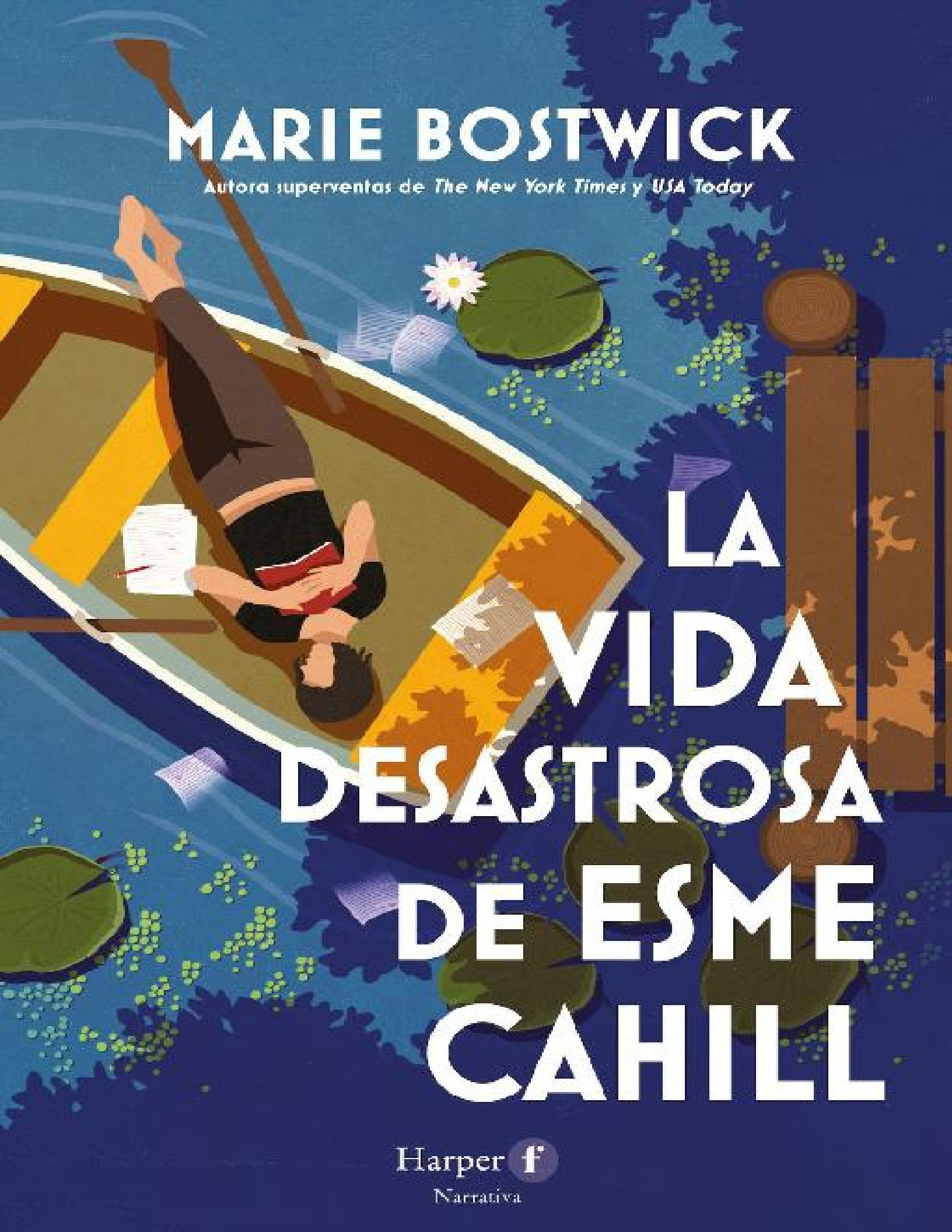




MARIE BOSTWICK

Autora superventas de *The New York Times* y *USA Today*

LA
VIDA
DESASTROSA
DE ESME
CAHILL

Harper **f**
Narrativa

MARIE BOSTWICK

**LA
VIDA
DESASTROSA
DE ESME
CAHILL**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

La vida desastrosa de Esme Cahill
Título original: Esme Cahill Fails Spectacularly
© 2023, Marie Bostwick

© 2023, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© Traducción del inglés, María Maestro

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Paul Miele-Herndon
Ilustración de cubierta: Shutterstock

I.S.B.N.: 9788418976605

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[*Mostaza y menta*](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[*Del invierno a la primavera*](#)

[Capítulo 13](#)

[*Por fin*](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[*Desvío*](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[*Ira y cenizas*](#)

[Capítulo 21](#)

[*Triunfo ordinario*](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[*Destrozada*](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[*Finalización*](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Agradecimientos](#)

*A la Gente Espectacular, aquellos que descubren cómo seguir adelante
cuando tienen ganas de rendirse*

Prólogo

Adele

Enero de 1942

La ira sabe a raíz de jengibre, picante, dulce y jugosa, un sabor que hace que te arda la lengua. Así es al menos como sabe esta ira, la ira de la frustración y la traición, la de ser descartada y bloqueada a cada paso, forzada a abandonar el camino que años atrás había trazado para mí, exiliada a las afueras de todo lo que anhelo, desechada, despreciada, marginada.

Demasiadas palabras. Pero siguen sin poder expresar del todo lo que siento, el sabor de esta furia.

Ese es el problema del inglés, de las palabras en general. Aisladamente, no tienen un significado intrínseco, y son tantas las que hacen falta para explicar una emoción..., incluso a ti misma. Por más que me gusten los libros, a veces me pregunto cómo lo harán los escritores, y por qué. Todo parece tan inútil. Puedes llenar una página y aun así no acertar a decir lo que querías.

Pero yo nunca he sido buena en eso de poner mis pensamientos en palabras. No hablé hasta los cuatro años. No es que no supiera hablar, sino que no lo hacía. Ya entonces notaba lo deficiente que es el lenguaje, intuía que vivía el mundo de forma diferente a los demás y que tratar de explicarlo solo podía dar lugar a malentendidos.

Estaba en lo cierto.

Cuando mi madre le dijo al médico de cabecera que su hija de ocho años probaba emociones y sentía colores, él frunció el ceño, refunfuñó por lo bajo y nos remitió a otros médicos, a un pediatra, a un psiquiatra infantil y, por último, a un neurólogo que le dijo a mi madre: «Adele padece sinestesia, una disfunción cerebral por la que los sentidos pueden confundirse, provocando una conexión anormal en respuesta a determinados estímulos. Por ejemplo, ver un color determinado y experimentar una sensación real del sabor asociado a este».

Yo no entendía de qué hablaba. Pero cuando pronunció las palabras «disfunción» y «anormal», mirándome como a un experimento de laboratorio, vi el color mostaza y saboreé mostaza.

Ahora bien, después de haber vivido veintiún años como sinestésica, tampoco tengo claro que el médico entendiera bien de qué estaba hablando. No es una disfunción, es un don, una porción extra de percepción que no todo el mundo llega a experimentar. Como la mayoría de la gente, puedo hablar, escribir y expresarme. Pero la mayoría de la gente no puede hacer lo que yo

hago, experimentar emociones como algo tangible y concreto, una sensación que no necesita de ninguna explicación o interpretación. Puede que no sea normal, pero no renunciaría a ella.

Cuando siento el mordisco del jengibre en la parte posterior de la lengua, sé exactamente a qué tipo de ira me refiero. También tiene un color, esta ira que ha estado cociéndose a fuego lento durante las horas de viaje desde Washington y que vuelve a borbotear cuando el autobús empieza a reducir la velocidad es el gris del carbón gastado salpicado con tinta negra y canela.

Cuando era pequeña, teníamos un gato con el pelo de ese mismo color, un gato callejero que apareció para lamer un poco de crema que se me había derramado en la entrada y ya no se fue. Tenía seis dedos en las patas, un solo ojo y la oreja derecha con cicatrices de guerra, rota por tres sitios distintos. Cuando le pregunté si podía quedármelo —una pregunta tonta porque nadie puede «quedarse» un gato, vienen o se van—, mi padre me dijo: «¿Por qué? Es el gato más miserable que he visto en mi vida». Me quedé con el nombre. Y con el gato también.

Miserable vivía bajo los escalones que daban al callejón. No entraba en casa ni aunque lo tentaras con atún. Pero, a veces, en un día de verano, se tumbaba bocarriba a tomar el sol, con los brazos estirados por encima de la cabeza, y dejaba que le rascaras la barriga tres, cuatro o incluso cinco veces. Y entonces, sin previo aviso, se replegaba sobre sí mismo como una navaja en su mango y atravesaba tu mano amiga con sus doce afiladas garras, a menudo haciéndola sangrar, y se escabullía luego bajo el porche con un bufido que decía que deberías haberlo sabido.

De modo que ¿explica eso tal vez el inusual color de esta furia con sabor a jengibre? Pues la ira del momento va unida a la convicción de que algún día me vengaré de quienes deberían haber sabido que no debían interponerse en mi camino, no atravesándolos con mis garras, sino demostrándoles que están equivocados.

Debería estar pintando, perfeccionando mi técnica, trabajando para que un día pueda ver mis obras colgadas en galerías, o incluso en museos. En cambio, me han desterrado a las montañas, a cuidar de las pinturas y esculturas de otros mientras dure la guerra. El hecho de que mis lienzos y mis tallas de mármol estén entre las mejores del mundo me reconforta un poco. ¿No podría ser acaso que el talento de los maestros se aferre aún a las obras que han dejado atrás? ¿Podría yo tal vez respirarlo de algún modo, encontrar la inspiración por ósmosis? Pero sigue siendo un destierro, un destierro injusto, mi penitencia por el pecado de rechazar las insinuaciones de mi jefe casado.

El autobús gime, chirría y se detiene. El conductor grita:

—¡Asheville Asheville, Carolina del Norte! ¡Próxima parada, Montreat!

Me levanto de un brinco, soy la única pasajera que lo hace, y me palpo la nuca para asegurarme de que mi sombrero azul sigue en su sitio antes de bajar del portaequipajes una carpeta de cuero con mis lienzos y una maleta color trigo que contiene más pinceles y tubos de pintura que ropa. El depredador treintañero del traje arrugado, que se ofendió cuando me cambié de asiento tras despertar de un sobresalto y encontrar su mano en mi rodilla, frunce el ceño y cruza los brazos sobre el pecho, dejando claro que no piensa ayudarme.

Avanzo renqueando por el pasillo, con la maleta golpeándome las piernas a cada paso, preocupada de que se me enganche en las medias y preguntándome si podré encontrar otro par en caso de que lo haga. Hace apenas unos días que empezó la guerra, pero ya se habla de racionar las medias a fin de reservar seda y nailon para fabricar paracaídas. Estiro el brazo todo lo que puedo para evitar que la bolsa me golpee las piernas y llego a la parte delantera del autobús sin incidentes. El amable conductor, un hombre de pelo gris y un marcado acento de

Baltimore que lo identifica como oriundo de mi ciudad natal, que lleva al volante desde Washington y me ha dicho que hace este mismo trayecto dos veces por semana, me quita la carga, la deposita en la acera y me tiende la mano cuando bajo las escaleras.

—Gracias. ¿Sabe dónde puedo encontrar un taxi?

—¿No le viene a buscar nadie? —pregunta.

Saco un papelito doblado del bolsillo de mi mejor chaqueta azul, ahora terriblemente arrugada por el viaje.

—Tengo la dirección de una pensión en la calle Flint.

—Bueno, no encontrará ningún taxi en esta parte de Asheville, señorita. Pero si mal no recuerdo, Flint está en el barrio de Montford —señala—. Atraviese ese callejón, gire a la derecha en Broadway, y en la siguiente esquina, gire a la izquierda por Starnes. Luego siga recto tres, quizá cuatro manzanas. No está lejos, pero no me gusta dejar a una dama sola en la calle. —Mira mis maletas, luego su reloj de pulsera y sacude la cabeza—. Si no fuera ya con retraso...

Sonrío, luego pongo adrede el acento del que tanto me había costado zafarme tras salir de casa e ir a la escuela de arte:

—No tiene por qué preocuparse por mí, señor. Soy una chica de Baltimore, no una dama. Se ríe.

—Bueno, está bien. Supongo que sabe cuidar de sí misma —me dice, antes de desearme lo mejor y volver a ponerse al volante.

El autobús se aleja, eructando gases de escape.

Recojo mis maletas y camino por la acera desierta con mis zapatos de plataforma, saboreando el jengibre crudo, viendo el pelo del gato y el futuro que merezco, una galería con mi obra expuesta y el día en que demostraré a todos que estaban equivocados.

Capítulo 1

Esme

2009

El flamante coche de segunda mano que compré por impulso en Nueva York y al que enseguida apodé «la Tostadora» por su forma cuadrada tenía un embrague pegajoso, una velocidad máxima de unos ochenta kilómetros por hora y un aire acondicionado que olía extrañamente a chucrut y funcionaba solo de forma intermitente. De modo que, cuando llegué a las afueras de la ciudad, estaba cansada, achicharrada, de mal humor y con mucho retraso respecto de la hora prevista.

Sin embargo, al alcanzar a trompicones la cima de la colina y ver olas de montañas verdeazuladas recortando el horizonte y, en el centro, la ciudad, que parecía el único asentamiento humano del universo conocido, suspendida en el cielo infinito, la irritación dio paso al asombro. En un perfecto día de principios de junio, «La tierra del cielo» es más que un eslogan; es una acertada descripción de Asheville, Carolina del Norte.

Hubo un tiempo en que este pueblo de montaña me parecía una especie de paraíso, un lugar de rescate y redención. Pero cuando a un animal herido se le da refugio y tiempo para curarse, llega un día en que la seguridad se empieza a sentir como asfixia. A mí me pasó lo mismo. Por eso me fui de Asheville hace casi quince años con la intención de convertirme en escritora.

Llevaba diciéndolo desde que tenía doce años, garabateando historias y «perfeccionando mi arte» mientras elaboraba los detalles de un plan anual para crear una vida feliz, segura y exitosa como novelista superventas que lo tenía todo: casa, marido, familia, amigos.

El primer paso era irme a Nueva York.

Cuando les dije a mis abuelos que había llegado la hora de empezar mi carrera y dejar la casa del lago donde me habían criado, George no entendía qué tenía que ver una cosa con la otra.

—¿Por qué no puedes quedarte aquí y escribir? También tenemos papel y bolígrafos en Carolina de Norte. Por no hablar de la cantidad de material de trabajo que hay. Piensa en Thomas Wolfe —esgrimió—, *La mirada del ángel* es un clásico, una de las mejores novelas de todos los tiempos, y toda la historia transcurre aquí mismo, en Asheville.

—Sí. Y Wolfe hizo su maestría en Harvard, enseñó en la Universidad de Nueva York y escribió la mayor parte del libro en Europa. George —dije. No sé muy bien por qué, pero siempre llamaba a mis abuelos por su nombre de pila; quizá porque no supe que existían hasta los diez años—, Nueva York es el centro del universo literario. Si quiero que me publiquen a los veintidós, tengo que empezar a hacer contactos.

—Solo tienes diecinueve años —replicó—. ¿Por qué tanta prisa? Tienes tiempo de sobra.

—Estaré bien —dije, en respuesta a su mirada y al modo en que tiraba de la hebilla de sus tirantes, como siempre hacía cuando algo le preocupaba—. No significa que no me vayas a volver a ver. Siempre volveré a visitarte, te lo prometo. Pero ahora que he terminado los estudios, no tiene sentido que siga por aquí. Además, si planeas llevar una vida increíble, tienes que ir allí donde la vida es increíble.

George se enganchó un pulgar en los tirantes y se volvió hacia mi abuela.

—¿Qué dices a todo esto?

Adele clavó sus ojos en los míos.

—¿Cuándo piensas irte?

—Hay un autobús el viernes por la mañana.

—Ya veo. ¿Así que quieres irte antes de que Robyn vuelva a casa? ¿Estás segura? Sigue siendo tu madre, Esme. Llevas diez años sin verla.

Me mordí el labio inferior, pero no dije nada. Adele no era muy habladora, pero cuando lo hacía, no se andaba con rodeos.

—Bueno —dijo al fin, leyendo la firmeza de mi silencio y mirando luego a George—, yo diría que tenemos mucho que hacer antes del viernes.

Y sí, lo hicimos.

Desde el día en que Adele me enseñó a hacerme mi propia ropa, mi armario se llenó. Mi terapeuta dice que todo parte de privaciones de la infancia. Yo creo que me gusta la variedad. Y hacer cosas. Ese es el problema de los terapeutas: lo convierten todo en un diagnóstico.

Que mi armario cupiera en dos maletas era imposible, así que me limité a meter mi ropa de verano y embale el resto para enviarlo cuando encontrara un lugar donde vivir, junto con mis libros y la máquina de coser portátil que me habían regalado por la graduación. Acabó siendo un trabajo más que notable. Sin embargo, la preocupación más acuciante de Adele era enseñarme a cocinar gambas con sémola.

—La grasa da mucho sabor, así que asegúrate de que el beicon esté bien frito antes de echar las gambas —explicaba mientras removía un revoltijo de lardos crujientes en su sartén favorita de hierro fundido—. Los neoyorquinos probablemente no lo sepan, así que pensarán que estás haciendo algo exótico. Lo mejor de esta receta es que es escalable, perfecta para fiestas.

Oh, Adele.

Cualquier otra abuela a punto de enviar a su nieta adolescente a la gran y peligrosa ciudad la habría instruido en el uso correcto de la maza de mano. La gran preocupación de Adele era asegurarse de que yo estuviera preparada para recibir. Que yo no tuviera apartamento, ni trabajo, ni dos míseros centavos y no conociera a nadie en Nueva York carecía de importancia: Adele estaba completamente segura de que acabaría dando muchas cenas.

Por supuesto, eso es exactamente lo que pasó. Aunque admito que no soy una gran cocinera, las gambas con sémola se convirtieron en mi plato estrella, una receta que sirve tanto para una cena de primera cita para dos como para un *baby shower* de veinte personas. Como decía Adele, es escalable.

George tuvo una respuesta más práctica, o al menos más de abuelo, a mi marcha. De hecho, me compró una maza y un silbato antivioladores, y me enseñó un par de golpes de kárate por si alguna vez me atacaban por la espalda.

Por aquel entonces, yo tenía un halo de tirabuzones castaños que hacían juego con mis ojos y me llegaban a la altura de los hombros, un ramillete de pecas sobre la nariz respingona y cara de

niña con forma de corazón. Al día siguiente de mudarme con Yolanda, tomé prestadas sus tijeras y me hice un desordenado corte *pixie* con la esperanza de que me hiciera parecer mayor y la gente me tomara en serio, pero en realidad no sirvió de nada. No pude pedir un cóctel sin que me pidieran el carné hasta que cumplí los veintiocho. Así que eso, junto con el hecho de que mido poco más de metro y medio sin zapatos y peso cuarenta y ocho kilos calada hasta los huesos, hizo que los intentos de convertirme en una matona de George resultaran un tanto irrisorios. Pero le seguí la corriente para que se quedara tranquilo y, bueno, porque... era un detalle que se preocupara por mí.

Nunca conocí a mi padre, ni siquiera sabía quién era. La rara vez que salía el tema, Robyn se refería a él como «el donante de esperma», lo que me hacía suponer que había sido uno más de sus muchos ligues de una noche. Pero George era mejor que dos padres para mí, así que nunca lo eché en falta.

Ahora, conduciendo por la autopista, he visto la salida que había tomado la maltrecha camioneta verde de George cuando me dejó tantos años atrás. Los recuerdos se agolpan en mi memoria, tan vívidos como si estuvieran acaeciendo en tiempo real.

El autobús se retrasaba. Recuerdo que yo estaba impaciente, deseando hacer borrón y cuenta nueva y que mis abuelos se subieran al camión y se fueran de una vez por todas, la forma en que George se paseaba y hacía sonar el cambio en su bolsillo me estaba volviendo loca. También recuerdo que me preocupaba que se marcharan y que el autobús no llegara. ¿Y si ya lo había perdido? En Asheville no había una terminal propiamente dicha, solo un punto de recogida y bajada frente a una gasolinera. ¿Y si era la gasolinera equivocada?

Por fin, se oyó el rugido del autobús al doblar la esquina. La larga espera dio paso al ajetreo, el recuento de maletas y las preguntas apresuradas sobre los paquetes de ropa interior nueva que Adele había dejado en mi cama la noche anterior. Y, de pronto, el autobús estaba en la parada, eructando gases de escape, y el conductor estaba levantando una puerta en la parte inferior de la bestia —rápido, rapidísimo— y cargando mis maletas en el maletero antes de volverla a cerrar de nuevo con un estruendo impaciente y decir que teníamos que ponernos en marcha, que tenía que recuperar el tiempo perdido.

Recuerdo la sacudida de euforia que sentí, la euforia de la aventura y los nuevos comienzos. Y recuerdo la última ronda de abrazos, el brillo húmedo en los ojos de George y cómo me plantó un billete de cien dólares en la mano recordándome que le llamara en cuanto llegase a Nueva York. Y a Adele poniéndome las manos en las mejillas e inclinándose hasta que estuvimos nariz con nariz, diciéndome: «Te quiero, te quiero, te quiero», y a mí diciéndoselo a ella.

Recuerdo que al seguir al conductor hasta la puerta y poner el pie en el primer escalón, un chillido me interrumpió, y que al volverme vi a Adele corriendo hacia mí en sus zapatos de vestir con pasos cortos y rígidos, sus rizos plateados rebotando a cada paso.

—¡Tu almuerzo! ¡Tu almuerzo! ¡Que se te olvida! —gritó, y me tendió una bolsa de la compra con provisiones para una semana—. Cómete primero la ensalada de huevo —me dijo—, para que la mayonesa no se eche a perder. Y luego el queso al pimentón. Deja la crema de cacahuete y la mermelada para el final. No te olvides.

—No lo haré.

—Siéntate junto al conductor —aconsejó—. Y cuidado con los machacadores.

—¿Qué son los machacadores?

—Hombres con abrigo y manos errantes.

Me reí.

—Te quiero.

—Yo a ti más.

—No te preocupes, Adele. Estaré bien.

—¡Oh, lo sé! —exclamó y me apretó las manos—. ¡Por supuesto que sí! Te esperan grandes cosas, Esme. Grandes grandes cosas.

Encontré un asiento junto a una ventanilla en la parte de atrás. Mis abuelos permanecían en la acera, sus sonrisas tensas reflejando su determinación de no llorar. Los saludé con la mano y los ojos secos, pensando que estaban demasiado afectados. Al fin y al cabo, no es que no fuera a volver nunca. Cuando viniera de visita, tendría éxito, sería feliz y, posiblemente, famosa, y ellos estarían orgullosos de mí.

Pero a medida que el autobús se alejaba, sentí una repentina punzada de..., no era exactamente remordimiento, más bien como un deseo de que las cosas hubieran sido diferentes, de no haber vivido el tipo de vida que me convirtió en la clase de persona que aceleraría su plan de salida para evitar a su propia madre, la madre a la que no había visto en casi una década. El cielo sabía que yo tenía mis razones. También mis abuelos, y por eso Adele no me había instado a retrasar mi partida. Porque ¿qué sentido tendría? Si me hubiera quedado una semana más, o incluso dos, no habría supuesto ninguna diferencia. Robyn había tomado sus decisiones y ahora yo estaba tomando la mía, la decisión de olvidar el pasado y centrarme en mi futuro.

Me puse de rodillas sobre el asiento, apoyé la palma de la mano en la mugrienta ventanilla y estiré el cuello para no perder de vista a mis abuelos durante el mayor tiempo posible. Adele tenía razón, me esperaban grandes cosas. Estaba segura. Todo lo que tenía que hacer era trabajar duro y ceñirme a mi plan.

Todo es perfectamente sencillo cuando tienes diecinueve años.

Capítulo 2

Nueva York

1997

Carl Zinfandel, cincuentón y medio calvo, con manos como jamones y un anillo de graduación de 1962 en uno de sus carnosos dedos, vestido con camisa de manga corta y una corbata de rayón a rayas que le colgaba un palmo por encima de la hebilla del cinturón, parecía más el encargado de una tienda de comestibles que un editor sénior de una importante editorial neoyorquina. En suma, no era para nada lo que esperaba.

Pero quizá él estuviera pensando lo mismo de mí.

Soy bajita y la silla frente a la mesa del señor Zinfandel era extrañamente alta. Me senté ahí, con los pies colgando, mientras él leía mi currículum.

Teniendo en cuenta su escaso contenido, me sorprendió que tardara tanto. Me había pasado la noche en vela escribiéndolo, rellenando mi escaso historial laboral con una lista de premios de escritura y utilizando la tipografía más grande que encontré para salir razonablemente airosa.

Bajé la vista a mi regazo y fruncí el ceño. El lino había sido un error. Al sentarme, mi vestido se plisó en una docena de arrugas desiguales. Y no quería ni imaginarme cómo llevaría el pelo. Después de los ojos verdes que heredé de Adele, mi melena de rizos castaños era mi mejor característica, pero con la humedad se encrespaban en una maraña a medio camino entre el estropajo de aluminio y el nido de pájaros.

Me pasé la mano por el pelo, pensando en cuántos de mis autores favoritos habían sido publicados por Dorne y Merrill —E. Foster Lewellyn, Rita Harris-Crown, Oscar Glazier— y en lo increíble que sería trabajar aquí. O, bueno, para ser sincera, en cualquier otro sitio.

El señor Zinfandel se aclaró la garganta y dejó mi currículum sobre el escritorio.

—Así que... en realidad no has hecho nada. ¿No es así?

—¿Perdón?

Estaba preparada para preguntas concernientes a mis fortalezas y mis debilidades, no tanto a la honestidad. Intenté recobrar la compostura, murmurando algo sobre que había estado a cargo de los eventos de autores en la librería cuando el gerente se estaba recuperando de una operación de vesícula (solo había sido una), pero Carl agitó una mano fornida en el aire y me cortó.

—Esa amiga tuya que trabaja en el departamento de diseño, la artística del pelo morado... —Agitó los dedos sobre la coronilla como si se echara polvo de hadas en la cabeza.

—¿Yolanda? Somos compañeras de piso. Me dijo que aquí había una vacante de asistente editorial.

—Sí, Yolanda. Dijo que eras escritora, si no mal recuerdo.

—Sí. Bueno..., lo era. En realidad, nunca he publicado nada.

—¿Tienes algo terminado?

—En los últimos tres años, he escrito quince novelas de diversos géneros. —Levantó las cejas, esperando el resto de la historia—. Y he recibido doscientos sesenta y ocho rechazos.

Sus cejas alcanzaron nuevas cotas.

—¿En serio?

Sí. De verdad.

¿Quién habría podido imaginar que tenía una capacidad tan infinita para la humillación? Admitirlo era una humillación de otro tipo. Sin embargo, por primera vez desde que entré en su despacho, el señor Zinfandel parecía interesado. Así que cuando apoyó los codos en el escritorio y la barbilla en sus grandes nudillos, hice lo que probablemente nunca se debe hacer en una entrevista: decir la pura verdad.

Le conté cómo me crie siendo hija única de una madre soltera adolescente que encontró su vía de escape en las drogas y el alcohol, y cómo Zip, uno de los muchos «tíos» con los que vivimos a lo largo de los años, me enseñó a leer antes de esfumarse como todos los demás, llevándose consigo todo el dinero del bolso de mi madre, pero dejándome con mi vía de escape, los libros. Le conté que nos habían embargado el coche, que pasábamos hambre cada vez que despedían a Robyn, cosa que ocurría con frecuencia, y el encontronazo con la ley que acabó llevándola a la cárcel y a mí a una casa de acogida. Cuando Carl empezó a compadecerse de mí, me adelanté y le hablé de George y Adele, los abuelos que nunca había sabido que tenía, y de cómo George había conducido toda la noche para recogerme después de que un asistente social le llamara para informarle de mi existencia y mi situación, y me había llevado a casa, al Last Lake Lodge, un rústico complejo pesquero a las afueras de Asheville.

—¿Y vivisteis felices para siempre? —preguntó Carl, echándose hacia atrás en su silla, aferrando los reposabrazos de cuero agrietado y haciendo crujir los muelles.

—Sí y no.

Sin entrar en demasiados detalles, le di a entender que empezar en un colegio nuevo de un pueblo pequeño no era fácil, sobre todo cuando tus compañeros se enteraban de que tu madre era drogadicta y estaba en la cárcel. No es justo juzgar a los hijos por los errores de sus padres, pero la gente lo hace. Por eso es tan importante hacerse un nombre y una reputación. Yo lo supe desde muy joven. Lo que no sabía, al principio, era cómo hacerlo.

Durante una compra de ropa escolar en Asheville, poco después de mi llegada a Carolina del Norte, Adele decidió que debíamos pasar por la librería. Oscar Glazier estaba allí, firmando ejemplares de *Amanecer rojo y acero frío*. Estaba emocionada, atónita al ver por primera vez a un autor publicado. El libro era una trepidante aventura para adultos y estaba muy por encima de mis posibilidades, pero Adele me compró un ejemplar de todos modos haciéndome prometerle que no lo leería hasta los catorce años. Rompí mi promesa casi de inmediato. Menos importante que el libro era el hombre que lo escribió. El señor Glazier ni siquiera levantó la vista al firmarme el ejemplar, pero el encuentro cambió algo en mí, abrió una puerta en mi mente. Empecé a esconder papel, lápices y una linterna en la funda de mi almohada y a garabatear historias bajo las sábanas cuando tenía que estar durmiendo.

Leer historias me había ofrecido una vía de escape. Escribirlas me liberaba dándome una sensación de seguridad y control, la capacidad de crear mundos en los que las heroínas siempre triunfaban ante adversidades en apariencia inevitables, siempre. Mis primeros esfuerzos fueron

titubeantes, salpicados de lagunas argumentales y con una ortografía deplorable, pero me enganché. Enseguida empecé a escribir a todas horas, bajo las mantas en la oscuridad de la noche y en mi cabeza a la luz del día. Poco a poco, fui mejorando.

Tras ganar un concurso de escritura para alumnos de sexto curso de todo el condado, mis profesores decidieron que debía saltarme el séptimo curso entero. Esto me convenció de dos cosas: que escribir era mi destino y que era posible acelerar el proceso de crecimiento. Mis abuelos eran cariñosos, amables y comprensivos, pero nunca pude quitarme la sensación de que la infancia dejaba a una persona demasiado a merced de los demás. Incluso a los once años, quizá sobre todo entonces, odiaba ser dependiente, y comprendía que, si tú no te hacías cargo de tu propio destino, otra persona podría hacerlo por ti.

Así que tomé todas las clases de nivel avanzado que ofrecía el instituto, además de clases de preparación a la universidad en verano, me gradué a los dieciséis años, obtuve mi licenciatura en la Universidad Estatal de los Apalaches a los diecinueve y me mudé a Nueva York un mes más tarde, justo después de enterarme de que mi madre había salido en libertad condicional y se mudaba de nuevo al lago, «hasta que se recupere», como dijo George. Cuánto tardaría era un misterio, pero un solo día era demasiado para mí, por lo que cogí el autobús el día antes de su llegada.

Nueva York era como esperaba: bulliciosa, ruidosa y abarrotada, un asalto a los sentidos, con librerías en todos los barrios y personajes potenciales en cada esquina. Pasé mi segundo día en la ciudad plantificada en la escalera del West Side Y, garabateando notas sobre la gente que entraba y salía, convencida de que al menos uno de ellos daría para una buena historia. Pero en Nueva York, incluso la Y estaba fuera de mi presupuesto. Tras ver un anuncio de «Se busca compañera de piso» en el tablón de anuncios de una cafetería, llamé al número y ese mismo día me mudé con Yolanda.

Nuestro apartamento, que compartía el baño con un salón de manicura de la planta baja probablemente fruto de una operación de blanqueo, era en realidad más bien un pasillo intercalado entre otros dos apartamentos y, a todas luces, ilegal. Pero era barato y me gustaba Yolanda, una divertida licenciada en Bellas Artes de espíritu libre que hacía a ganchillo unos extravagantes y raros monstruitos de ojos saltones parecidos a los animales de papel y arcilla de la región mexicana de Oaxaca, que siempre se enamoraba de chicos que no le convenían y a la que le gustaba leer tanto como a mí.

Vivíamos a base de sándwiches de queso, fideos ramen y esperanza. Yolanda trabajaba de camarera en tres restaurantes distintos hasta que encontró una galería dispuesta a comprar sus obras. Yo vendía libros en Barnes & Noble durante el día y escribía hasta altas horas de la madrugada todos los géneros imaginables: romance, suspense, literatura juvenil, fantasía y *steampunk*. Al principio fue divertido. Yolanda también venía de una ciudad pequeña, y nos encantaba explorar la ciudad, descubrir todo lo que uno podía hacer para entretenerse en Nueva York por menos de dos dólares, diciéndonos que algún día, cuando fuéramos famosas, las historias de nuestros días de artistas hambrientas serían un buen material para una entrevista.

Pero los sándwiches de queso y el ramen cansan con el tiempo. Igual que el rechazo.

Cuando el casero le subió el alquiler, Yolanda aceptó un trabajo como diseñadora gráfica júnior en Dorne y Merrill y acabó gustándole más de lo que había pensado. ¿Quizá a mí también?

Me aclaré la garganta y aclaré mi postura ante la pregunta de Carl sobre vivir felices para siempre.

—Lo que quería decir es que aún no. Pero estoy trabajando en ello.

—¿Y crees que conseguir un trabajo como mi asistente podría acelerar el proceso? —preguntó. Junté las manos sobre el regazo, sin mediar palabra—. ¿Estás segura de que estás preparada para dejar de escribir?

—Absolutamente.

Lo decía en serio. Si no captas la indirecta después de doscientos sesenta y ocho rechazos, ¿cuándo vas a hacerlo? Llegados a este punto, lo único que quería era ser buena en algo otra vez.

—Bueno. —Carl hizo una pausa para sorber su café—. No serías la primer editora que empieza pensando que es escritora. ¿Qué tipo de libros te gustan?

—De todo tipo. —Me moví hacia el borde delantero de la silla para que los dedos de mis pies, que habían perdido toda sensibilidad, hicieran contacto con el suelo, y enumeré mis favoritos por género. Tardé un buen rato—. Pero... —dije por fin, e hice una pausa para lamerme los labios, preocupada de que lo que estaba a punto de decir fuera algo equivocado—. No me entusiasma la ficción literaria. Al menos la mayor parte. Quiero decir, no es que la odie...

Carl me interrumpió con una enorme carcajada.

—¡Dios mío, yo sí! Pretenciosa, autoindulgente, una ensalada de palabras en su mayoría. Todos mueren y nada pasa. —Golpeó el escritorio con las palmas de las manos y movió el torso hacia delante, como si se dispusiera a saltar por encima de la mesa—. ¿Qué tiene de inteligente escribir un libro que no tiene trama?

¿Era una pregunta retórica? Me miraba como si no lo fuera. Antes de que pudiera formular una respuesta, Carl se reclinó en su silla.

—Si trabajas conmigo, trabajarás en títulos comerciales, los libros que la gente compra de verdad. La edición es un negocio. Y un editor es tan bueno como sus ventas del último año.

¿Si trabajaba con él?

No era definitivo, pero sonaba prometedor. Me incorporé y apoyé las manos en los reposabrazos. El tintineo de mis pulseras le llamó la atención y rio.

—Alguien a quien le gustan tanto las joyas tiene que casarse con un ortodontista.

—Oh, no tengo planes de casarme en un futuro próximo.

Era cierto. Tenía muchas ganas de casarme algún día, pero a su debido tiempo. Si no controlas tu vida, la vida acaba controlándote a ti. Por eso necesitas un plan. Al darme cuenta de que iba a perder el tren de ser publicada a los veintidós años, me reorganicé. Mi nuevo plan era bastante similar al anterior, todavía centrado en Nueva York (a pesar de sus estrechos e ilegales apartamentos reconvertidos en salones de manicura de tapadera, seguía siendo el lugar donde gente increíble vivía vidas increíbles), pero más realista y con un cronograma ligeramente más generoso.

A los veinticuatro tendría una carrera viable e interesante, a los veintiocho me casaría con el hombre de mis sueños, a los treinta y dos compraría un apartamento con jardín privado donde cultivaría flores y un amplio grupo de interesantes y buenos amigos, y a los treinta y cinco formaría una familia, dejando abierta la opción de un segundo hijo dos o tres años más tarde. De momento iba muy retrasada, pero si Carl me contratara, ¿podría recuperar el tiempo perdido?

—Ni siquiera tengo novio —le aseguré—. Y las pulseras las he hecho yo.

—¿Todas? —preguntó, ligeramente impresionado.

—Hacer joyas es una de mis aficiones. Y coser. Este vestido me lo he hecho yo.

Me pasé la mano por el vestido. Arrugado o no, me encantaba la falda con vuelo, las orquídeas rosas y fucsias y el cinturón fucsia a juego. No era una elección convencional para una

entrevista, pero seguro que la gente que trabajaba en el mundo editorial apreciaba lo original. Además, no podía permitirme un traje.

—Sí. —Carl volvió a aclararse la garganta—. No pensé que lo hubieras comprado en la ciudad. No pasa nada, chica. Es bueno que tengas aficiones.

—Oh, sí. Muchísimas. Leer, obviamente. Coser. Hacer joyas. Tejer. La jardinería.

Como no conseguía dominar los aumentos ni las disminuciones, lo único que sabía tejer eran bufandas y mi jardín actual era una lata de café oxidada en el alféizar de la ventana donde cultivaba perejil y cilantro, pero Carl no necesitaba saberlo. Una vez que mi futuro marido y yo compráramos juntos ese apartamento con jardín, me convertiría en maestra jardinera certificada. Y aprendería a hacer pan de masa madre. Y haría una salsa boloñesa realmente increíble. Al igual que los esquemas que había utilizado en mis proyectos de escritura, mi plan de vida incluía títulos y subtítulos.

—Oh, y he estado aprendiendo origami...

—¿Origami? —Carl enarcó sus pobladas cejas.

—Es muy relajante.

—Ajá. —Carl asintió con la cabeza—. Entonces, Esme Cahill, si te pidiera que me propusieras una idea para un libro de no ficción, ¿cuál sería?

—¿No ficción?

Esto debería haber sido lo más fácil del mundo. Yolanda y yo inventamos un juego al que llamábamos «Eso debería ser un libro», en el que cada una proponía un tema que pensara que podría funcionar para un buen libro y luego discutíamos sobre qué idea era mejor. La mayoría de las veces, yo proponía tramas de novela, pero también tenía muchas ideas sobre personas o situaciones reales que bien podrían constituir una lectura interesante. Sin embargo, en el momento en que Carl me pidió que le dijera el título de un libro, todas las ideas que había tenido se me fueron de la cabeza.

—Umm...

—Tómate tu tiempo.

Mi cerebro estaba en blanco. Lo único que penetraba era el sonido del reloj de la mesa de Carl, agotando los segundos y mis posibilidades de conseguir un trabajo de verdad. Pero, entonces...

—¡Oh! ¡Oh, un momento! ¡Ya lo tengo!

—Solo dímelo. No hace falta que levantes la mano.

—Yo... Yo conozco a una mujer que siente los colores. A veces también los saborea. —Carl se inclinó un poco para que yo prosiguiera—. Hace colchas. Cada color que pone en ellas está relacionado con las emociones que ha experimentado en un momento concreto de su vida.

—¿Una mujer que hace colchas con sinestesia? —Carl ladeó la cabeza—. ¿Sabe escribir?

—No lo creo —dije, sinceramente.

—Bueno, es una idea interesante. ¿Sabes?, los editores no siempre nos limitamos a esperar sentados a que los manuscritos aterricen en el escritorio, Esme. A veces nuestro trabajo consiste en coger el teléfono y convencer a la gente para que comparta sus historias.

¿Nuestro trabajo? ¿Estaba Carl Zinfandel diciendo lo que yo creía?

—Entonces..., ¿quiere que la llame?

Se me cayó el alma a los pies. Adele rara vez hablaba de sí misma, esquivando las preguntas que le hacía con las suyas propias. Si conseguir este trabajo dependía de convencer a mi abuela para que hablara de su vida, estaba condenada.

—El trabajo de un asistente editorial es ayudar —dice Carl—. Responder al correo

electrónico, programar reuniones, mantener el engranaje en marcha. Es un trabajo duro. Pero nunca contrataría a un ayudante a menos que creyera que tiene potencial para ocupar mi puesto algún día.

Se quedó callado. Contuve la respiración, presintiendo que se acercaba a su veredicto.

—Eres una joven extraña, Esme. Pero tengo un buen presentimiento contigo. Has tenido que luchar por las cosas que quieres. Eso significa que comprendes lo que es leer: encontrar conexión, saber que no somos los únicos que luchamos, o soñamos. Tienes que entender a los demás antes de entenderte a ti misma.

Se inclinó hacia delante, apretando las palmas de las manos.

—Los editores creamos libros, pero lo que realmente vendemos es esperanza. Si nunca has tenido que depender de ella, si nunca has tenido que averiguar cómo seguir adelante cuando tenías ganas de tirar la toalla, nunca entenderás qué es una historia y por qué la gente la necesita.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Carl Zinfandel estaba explicando lo que significan los libros para la gente, pero yo no podía evitar la sensación de que me estaba explicando a mí misma.

Tenía que conseguir este trabajo. ¡Tenía que trabajar para este hombre!

—Eres muy joven. Pero de alguna manera..., de algún modo creo que lo sabes. —Carl entrecerró los ojos y chasqueó la lengua contra los dientes, pensativo—. No, Esme Cahill, no quiero que llames a la tejedora sinestésica. Lo que sí quiero es que vuelvas aquí el lunes por la mañana, vestida... —me miró de arriba abajo— con cualquier cosa menos eso, y que empieces a trabajar para mí.

Capítulo 3

2009

¿Me he sentido alguna vez en mi vida tan feliz como al salir de la oficina de Carl con la promesa de un trabajo?

Después de tres años de no oír más que no, no y no, ¡alguien del mundo del libro había dicho al fin que sí! Devolví mi pase de visitante al aburrido guardia del mostrador de seguridad, grité: «¡Hasta el lunes!», y bajé prácticamente flotando por la calle 58 Oeste. Estaba emocionada, convencida de que la profecía de Adele se estaba cumpliendo y de que me esperaban grandes cosas.

Durante un tiempo, parecía que sí. Carl era un editor con experiencia y un mentor que me apoyaba y compartía conmigo todo lo que sabía. Al cabo de un par de años, empecé a editar libros por mi cuenta. Gracias a la suerte del principiante, cuando uno de mis títulos entró en las listas de los más vendidos, conseguí mi primer ascenso y un aumento de sueldo, y alquilé un bonito (y legal) estudio en Queens.

¿Establecerme en una carrera viable a los veinticuatro años? Sí, cumplido.

Carl se jubiló y se mudó a Florida cinco años después de que yo empezara a trabajar en DM. Echaba de menos trabajar con él y me preocupaba que mi carrera pudiera estancarse sin su orientación. Sin embargo, edité otros dos *best sellers* y al año siguiente fui ascendida de editora adjunta a editora, con un aumento de sueldo que me permitió empezar a ahorrar para comprarme una casa. Tras advertir que odiaba la humedad, los bichos y el golf, y que no estaba dispuesto a pasarse el día cenando a las cuatro y esperando la muerte, Carl regresó a Nueva York y abrió una agencia literaria. Quedábamos para comer casi todas las semanas y le compré unos cuantos títulos a lo largo de los años.

Así que sí, mi vida era buena. Y según lo previsto. Lo cual no quiere decir que no tuviera sus contratiempos.

Yolanda, mi amiga y más íntima confidente durante más de ocho años, abandonó DM y Nueva York, desapareciendo sin dejar rastro. El hecho de que ocurriera justo dos días antes de mi boda con Alex y que nunca supiera el motivo hizo que fuera aún peor. Me quedé en la escalinata del ayuntamiento con un ramo de margaritas que había comprado en una tienda de la esquina, escudriñando la acera en busca de Yolanda durante tanto tiempo que casi perdemos nuestra cita con el juez de paz.

No fue la boda que yo había imaginado, eso seguro. Acabamos pagando cinco dólares a una

señora vestida con licra roja y zapatillas de casa, a la que encontramos merodeando frente a la oficina del secretario municipal, para que fuera testigo de la ceremonia. Pero estaba hecho. Me había casado con Alex, un hombre guapo, encantador, atlético, perfectamente vestido y arreglado, con un acento de Georgia y unos modales a la altura. Además, con un poco de insistencia, había logrado convencerlo para que nos casáramos una semana antes de mi cumpleaños.

¿Felizmente casada a los veintiocho años? Sí, cumplido.

Bueno, vale... No tan felizmente.

No me malinterpretes, Alex le caía bien a todo el mundo, incluso a mí. Así que, en lugar de lamentarme de que el lado romántico del matrimonio fuera decepcionante, me centré en la suerte que tenía de estar casada con un hombre que me parecía más un amigo que un marido. Ningún matrimonio es perfecto, ¿no? Pensé que la pasión no era más que un factor en una enorme y compleja ecuación y que, aunque no fuéramos totalmente felices, lo éramos suficientemente.

Pero las matemáticas nunca fueron mi fuerte. Y, por lo visto, captar las señales tampoco.

El aspecto más embarazoso de mi divorcio es cuando la gente se inclina, baja la voz al mínimo y te dice en un susurro: «¿Así que sinceramente no lo sabías? ¿O lo sospechabas? ¿Un poco al menos?».

Que conste en acta que no, no sabía que mi marido era gay. Para ser justos, creo que Alex tampoco, no al principio. O quizá intentaba no saberlo. Quizá nos engañábamos los dos. Lo único que sé con certeza es que un hermoso sábado arrastré a Alex a una jornada de puertas abiertas de un adorable apartamento con jardín en Queens. Necesitaba algunas reformas y tenía un precio desorbitado, pero era la casa de mis sueños, o lo sería una vez la reformáramos. El hecho de que hubiera salido al mercado seis meses antes de mi trigésimo segundo cumpleaños me pareció un buen presagio. Soplaría las velas y tacharía otro hito de mi lista, justo a tiempo.

¡Cumplido!

Pero justo cuando estábamos a punto de cruzar una puerta en la que un agente inmobiliario había clavado un cartel rojo con un tipo de letra realmente feo que rezaba: «¡Bienvenidos a vuestro nuevo hogar!», Alex me tiró de la manga.

—Esme, hay algo que tengo que decirte...

Por si no lo sabías, «hay algo que tengo que decirte» nunca es preámbulo de buenas noticias. Jamás.

Debería saberlo. En el infernal año y medio que ha pasado desde que Alex me informó de que nuestro matrimonio era una farsa, he cubierto el cupo de malas noticias. Para empezar, la debacle del divorcio. Cuatro años es tiempo suficiente para que separar tu vida de la de otra persona sea un procedimiento terriblemente complicado y costoso. Y aun cuando tu matrimonio estuviera basado en una mentira y careciera por completo de pasión, los aspectos emocionales del divorcio tampoco son moco de pavo.

Por un lado, estaba furiosa con Alex. Por otro, echaba de menos tenerlo cerca. ¿O tal vez solo extrañaba tener a alguien cerca? Es difícil de saber. En resumidas cuentas, la soledad es un asco. Ya no estoy enfadada con Alex, no como antes. Ojalá hubiera sido un poco más consciente de sí mismo; ojalá lo hubiéramos sido los dos. Además, cuando tu matrimonio acaba como acabó el mío, convirtiéndose rápidamente en la comidilla de las burlas y risitas de la gente, de esa gente que creías eran tus amigos..., bueno, ahí es cuando empiezas a preguntarte si alguna vez has tenido amigos. O si alguna vez los tendrás.

El trabajo siempre había sido mi automedicación preferida, pero tampoco iba bien. En parte

fue mala suerte. ¿Quién iba a predecir un brote de la enfermedad de las vacas locas la misma semana que publicamos *Cocina para carnívoros*? Con todo, no era la única editora cuyas ventas habían caído. Los libros son una de las primeras cosas que la gente recorta en una recesión.

Sin embargo, para ser totalmente franca, no fue solo mala suerte, ni siquiera la economía. Aunque hacía todo lo posible por poner buena cara, no podía encontrar alegría en mi trabajo, ni en ninguna otra cosa.

Y hace ocho meses, las cosas empeoraron. Fue entonces cuando Adele llamó.

—Esme, quiero que vengas a casa para Acción de Gracias.

Me excusé diciendo que tenía mucho trabajo, lo cual era cierto.

—¿Por qué no venís George y tú? Tendré que estar en la oficina, pero puedo apañar mis reuniones para que podamos hacer algo de turismo y compras. Podríamos ir al desfile de Acción de Gracias y quizá pueda conseguir entradas para las Rockettes. ¿Qué te parece?

Pensé que daría saltos de alegría. Adele y George habían venido a Nueva York tres años atrás y a ella le había encantado, había comprado tanta tela en el distrito de la moda que tuvo que comprar otra maleta para poder llevársela a casa, y había quedado tan maravillada con el famoso *Espectáculo de Navidad* del Radio City que acabamos yendo tres veces en cinco días.

—No, no, no —insistió—. Esme, entiendo que no te guste pasar tiempo cerca de tu madre, pero necesito que vengas. Tengo algo que decirte.

Como era de esperar, Robyn Cahill nunca había conseguido «recuperarse» tras salir de la cárcel, y seguía viviendo en el lago a expensas de George y Adele.

Aunque había programado adrede mi partida a Nueva York para evitar ver a mi madre, nuestros caminos se cruzaban cada vez que iba al lago de visita. Por el bien de los abuelos, siempre me esforzaba por ser cortés con Robyn, esfuerzos que no siempre eran correspondidos. Eso, unido a mi siempre interminable horario de trabajo, era la razón por la que rara vez volvía a casa. Sin embargo, en ese momento, tratar con Robyn era menos preocupante que el tono tenso de la voz de mi abuela. Algo no iba bien aquí.

—Adele, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Y George?

—Estoy bien —me aseguró—. Y George está... George también está bien. Pero quiero que vengas a casa unos días. Hay algo para lo que necesito tu ayuda, algo que no puedo hacer sola.

—De acuerdo —dije con voz firme—. ¿Pero no puedes contármelo primero?

—Si fuera buena contando las cosas, no necesitaría tu ayuda. —Soltó una pequeña carcajada, volviendo a ser más ella misma—. No es nada tan terrible o inesperado, lo juro. Es solo..., solo la vida. Pero necesito tu ayuda, Esme. Hay cosas que debo enseñarte, conversaciones que solo se pueden tener cara a cara. —Hizo una pausa, cogió aire—. Así que vendrás.

Lo habría hecho. Pero no tuve ocasión. Cinco días más tarde, Adele murió de un derrame cerebral. No lo podía creer. Tenía ochenta y tres años, pero, de alguna manera, estaba convencida de que seguiría ahí por siempre. Tal vez eso explique que pudiera mantener la compostura al enterarme, porque no parecía real.

George me llamó para contarme lo ocurrido, pero estaba tan angustiado que tuvo que pasarle el teléfono a Robyn. Después de colgar, metí algunas cosas en una bolsa y cogí un taxi al aeropuerto JFK. Por suerte, había un asiento disponible en un itinerario que acabaría llevándome a casa, pero tuve que cambiar dos veces de avión y pasar cinco horas en el aeropuerto de Atlanta. Llegué tan pronto como pude, cogí un taxi directo a la funeraria para reunirme con George y Robyn, y pasé los cuatro días siguientes ocupándome de los preparativos, tan ocupada que apenas tuve tiempo de pensar, lo cual era de agradecer. De haberme parado a intentar procesar lo

sucedido, habría perdido la cabeza por completo y no le habría sido útil a nadie.

Esa parte no llegaría hasta más tarde, tras volver a Nueva York.

La presentación de novedades, una reunión trimestral de varios días en la que los editores presentan su lista de futuras publicaciones, es un acontecimiento importante en el mundo editorial. Es la primera y mejor oportunidad que tiene un editor de entusiasmar al departamento comercial con sus títulos y empezar a crear una corriente interna de apoyo a un posible gran éxito de ventas. Yo tenía nueve libros cuya publicación estaba prevista para la primavera siguiente, así que me puse a preparar mis presentaciones en cuanto volví de Asheville, metí mis emociones en una caja y tiré la llave. Al principio, mi concentración dio sus frutos. Mis presentaciones fueron sobre ruedas. Cuando terminé, Stephanie Mandela, la directora editorial, me dedicó una sonrisa y un gesto con la cabeza que parecía decir: «Así se hace, gente. La vieja Esme ha vuelto».

De modo que cuando me senté, me sentía bastante bien. Acto seguido Camille Espinoza se levantó para presentar su libro, una historia sobre una divorciada cuyas heridas emocionales se curan tras adoptar, de manera incidental, un perro callejero. No era un argumento especialmente original; he leído variaciones de esa historia infinidad de veces. Pero cuando Camille describió cómo el perro se lanzó a la calle para salvar a la mujer de ser atropellada por un coche que venía en dirección contraria, para acabar siendo arrollado en su lugar, empecé a moquear, luego a llorar y después a sollozar sin control.

La reunión se detuvo por completo. Durante diez segundos que a mí me parecieron diez años, mis colegas se limitaron a mirarme fijamente. Luego Camille me dio un clínex y Stephanie me sirvió un vaso de agua. Me recompuse lo suficiente como para bebérmelo sin atragantarme, musité una disculpa y salí de la sala.

Me tomé unos días y pasé gran parte de ellos en la cama, durmiendo y llorando. Tras agotar todas las vacaciones que me quedaban (la primera vez que lo hacía), volví a la oficina.

Recuerdo que cuando entré en el ascensor y pulsé el botón de la decimoctava planta, me sentí aliviada, pensé que todo iría bien si conseguía volver al trabajo y reanudar mi vida normal. Pero no fue tan fácil. Aunque cumplía todos mis plazos, el malestar se negaba a desaparecer. La mayor parte del tiempo me limitaba a seguir la rutina. Al cabo de un par de meses, Stephanie me llevó a comer y me sugirió que «hablara con alguien».

Cuando digo que en Nueva York todo el mundo tiene un terapeuta, no exagero. En el Upper West Side, hasta los perros tienen terapeutas. De ahí mi escepticismo. Con todo, la terapia me ayudó a comprender el alcance de mi dolor. Había perdido muchas cosas en el último año: a Adele, a Alex y mis sueños. Nada salía como yo pensaba.

Sin embargo, saber que Darius Ebersoll se retiraba ayudó algo más.

El trabajo siempre ha sido mi antídoto contra el dolor. Estaba convencida de que ser ascendida al puesto de editora sénior que Darius dejaba vacante aliviaría el mío, dándome la oportunidad de encarrilar mi vida y salir victoriosa de las fauces de la derrota. Aunque sabía que era una posibilidad remota, me metí de lleno en el trabajo, intentando demostrar que podía ocupar el lugar de Darius. Había sido el editor de Oscar Glazier durante veinte años, así que cuando me dieron el trabajo de editar el nuevo manuscrito de Oscar, me pareció una buena señal. Y tres meses después, cuando, a la vuelta de sus vacaciones, Stephanie dijo que quería verme, tenía claro que era para decirme que me habían ascendido. En cambio, lo que pasó fue...

Bueno, un acontecimiento tan fenomenalmente humillante que no quiero pensar ni hablar de él, y al que ahora simplemente me refiero como «El Incidente», un fracaso más espectacular y desmoralizador que todos mis rechazos anteriores juntos y que terminó, no con un ascenso, sino

conmigo metiendo doce años de recuerdos en cajas bajo la atenta mirada de un guardia de seguridad, siendo expulsada del único trabajo real que había tenido y haciendo lo único en lo que realmente había destacado. Tras dos meses de infructuosa búsqueda de empleo, me tocaba renovar el contrato de alquiler y advertí que no tenía más remedio que volver a casa con el rabo entre las piernas: divorciada, deprimida y en paro, un fracaso a todos los niveles.

—Deja de decir eso —me ordenó Carl, frotándose la corbata con una servilleta de papel para limpiarse la sopa que había derramado durante la comida de despedida en su cafetería favorita del centro—. Y deja de dar lástima. Esto es solo un contratiempo, chica. Un desvío, no un destierro. Volverás.

—No si no encuentro trabajo —me quejé—. He presentado solicitudes en todas partes y para todo.

Bueno..., todo no.

Durante unos quince minutos, me planteé cambiar de sector y solicitar el puesto de jefe de proyecto de control de transformación de la planificación, que «apoyaría la evolución de las iniciativas de transformación dentro de las iniciativas de planificación, colaborando con los accionistas para impulsar la ejecución y garantizar que la definición del alcance de la iniciativa cumpla los objetivos de armonización». Sin embargo, justo antes de pulsar la tecla de «enviar» tuve un momento de lucidez al darme cuenta de que lo único peor que ser rechazada para este trabajo sería que me contrataran para hacerlo.

Aparte de eso, había presentado mi candidatura a puestos para los que no estaba ni remotamente cualificada y no había conseguido ni una sola entrevista.

—Es por El Incidente —murmuré—. Nunca perdonaré a Oscar. Jamás.

Carl dejó de sorber la sopa el tiempo que tardó en poner los ojos en blanco.

—Otra vez con el drama. Aquí no hay ninguna conspiración, Esme. Oscar no ha tenido nada que ver. La economía está fatal, las ventas de libros se han hundido, DM ha tenido que recortar personal y tú has publicado un libro de cocina sobre carne durante un brote de vacas locas.

—¡Eso no fue culpa mía!

—¿Qué tiene que ver la culpa? Se trata del momento —dijo, luego dejó la cuchara—. Esme, ¿qué te dije? El primer día que nos conocimos, cuando entraste en mi despacho con un vestido hecho por ti y tu currículum inflado, ¿qué te dije?

—Un editor es tan bueno como sus ventas del último año —murmuré.

—Exacto. Sé que estás enfadada, pero llevas años yendo a cien por hora con la cabeza ardiendo. Esta es la oportunidad para coger aire, hacer balance.

—¿De qué?

—De tu vida. —Me tendió medio panecillo, invitándome a probarlo. Negué con la cabeza—. Entiendo cómo te sientes; yo también he estado en tus zapatos, ¿recuerdas? Lo llamaron jubilación anticipada, pero estaba claro: o lo coges o estás despedido. Retrospectivamente, fue lo mejor que me pudo pasar. De lo contrario, nunca habría abierto la agencia.

—Para mí es diferente, Carl. Ser editora es todo lo que siempre he querido hacer.

—No todo —me recordó.

—Por favor. Eso no cuenta —dije, descartándolo con la mano—. Era una niña. Escribir era una fantasía. Y para más inri, se me daba mal. Nadie me publicaría, nadie.

—Después de doce años de experiencia de vida y como editora, ¿no crees que puedes haber mejorado algo?

Carl siempre había sido de los que ponen buena cara al mal tiempo. Yo también lo era, casi

siempre. Sin embargo, mi éxodo temporal de la ciudad era una cuestión de supervivencia, no de reinversión ni de hacer balance. La única razón por la que volvía a casa era porque mi contrato de alquiler había terminado y mi indemnización no me iba a durar eternamente. Pero en cuanto encontrara otro trabajo, volvería a Nueva York e intentaría reconducir mi descarrilada vida..., siempre y cuando para entonces la Tostadora no hubiera petado del todo.

Cada vez que cruzaba un estado, descubría un problema nuevo. Al entrar en Nueva Jersey, descubrí que el aire acondicionado olía raro y solo funcionaba a veces. Entre Pensilvania y Delaware, advertí que los amortiguadores estaban estropeados. Al entrar en Maryland, empezó a traquetear cada vez que aceleraba. Tras pasar la noche en un motel de Virginia y levantarme antes del amanecer con la esperanza de salir temprano, me di cuenta de que solo me funcionaba un faro.

Por eso tenía que llegar a Last Lake antes de que oscureciera. Pero también tenía que comprar de camino pasta de dientes y espuma para el pelo. Si no recordaba mal, cerca de allí había un Harris Teeter donde podría conseguir lo que necesitaba.

Faltaban tres horas para la puesta de sol, pero cuando salí de la autopista y giré a la izquierda en una carretera comarcal, el día se oscureció de repente. Mi coche estaba envuelto en un denso banco de niebla. La niebla no es inusual en Asheville, pero suele desaparecer por la mañana. Aun así, en ese momento no me resultó tan extraña.

Volutas de vapor blanco y gris se arremolinaban en el aire. Pisé el freno para reducir la velocidad. En ese momento, un gran autobús gris salió de entre la niebla y giró bruscamente a la derecha, justo delante de mí. Jadeante, volví a pisar el freno, deteniéndome bruscamente. El autobús también se detuvo a escasos metros de mí, con los frenos chirriando al subir al bordillo.

La carretera era estrecha y la niebla me impedía ver lo que venía en dirección contraria. Me senté a esperar, con el corazón palpitante, pensando en lo cerca que había estado de ser arrollada por un autobús y en la extraña coincidencia que había vivido. Unos minutos antes, había estado planteándome coger un autobús Greyhound para emprender una nueva vida en Nueva York. Y lo siguiente que recuerdo es que, acto seguido, un Greyhound me corta el paso. Con la salvedad de que este autobús no se parecía al que yo había tomado, ni a ninguno que hubiera visto antes.

El logotipo del lateral me resultaba familiar, un galgo con sus largas patas estiradas por delante y por detrás, corriendo hacia una meta invisible, pero todo lo demás era diferente. Las ventanas eran pequeñas y achaparradas, las líneas del techo redondeadas. Sin duda era antiguo, quizá de los años cincuenta. ¿O sería anterior? Nunca había visto nada igual, salvo en las películas. ¿Qué hacía aquí? ¿Algún fanático del automóvil que había emprendido un proyecto de restauración a gran escala?

Al cabo de unos segundos, el autobús retumbó y se incorporó a la calzada a paso de tortuga. Yo iba detrás, deseando que el conductor girara o que la niebla se despejara para poder esquivarlo. Al pasar por el lugar donde se había detenido el autobús, vi a una mujer caminando por la acera.

Ella también era de otra época, o lo parecía.

Vestía una falda plisada hasta la rodilla de color azul claro y chaqueta corta con hombreras a juego, además de un sombrero de fieltro azul peligrosamente ladeado a la altura de la nuca. Su media melena, de un rubio pajizo y ondulada, le dejaba la cara despejada, con los mechones sueltos recogidos bajo el sombrero. Llevaba medias de seda, con costuras que le bisecaban los tobillos y las pantorrillas, y zapatos de plataforma azul marino. También portaba una cartera de cuero bajo el brazo y una vieja maleta de color trigo ribeteada en cuero marrón.

Como ambas íbamos en la misma dirección, no pude verle la cara, pero su manera de caminar calle abajo, con los tacones repiqueteando contra el pavimento a ritmo de tambor, me indujo a pensar que estaba tratando de contener su ira. Giré la cabeza al pasar y pude verla de soslayo. Mi intuición estaba en lo cierto. La joven estaba furiosa. Y muy muy decidida.

Un bocinazo me devolvió a la realidad. Al mirar por el retrovisor, vi que me seguía un Mazda verde. Me encogí de hombros a modo de disculpa y volví la vista hacia la carretera, sorprendida de que la niebla y el autobús hubieran desaparecido. Qué raro. La calzada estaba completamente despejada. También lo estaban las calles a izquierda y derecha. Yo había conducido muy despacio, distraída por la mujer de la maleta, así que era posible que el autobús hubiera girado cuando yo no miraba, y luego hubiera vuelto a girar rápidamente en la siguiente curva, desapareciendo.

Por supuesto, eso es lo que pasó, me dije. Lo que tiene que haber pasado. Los grandes autobuses plateados no desaparecen cual pompas de jabón en un día de verano. Puse las manos en el volante y aceleré, convencida de la lógica de esta explicación, y volví a mirar por el retrovisor. El Mazda verde seguía allí. Pero la acera estaba vacía.

La dependienta del supermercado, una mujer de pelo níveo, piel de ébano y uñas de color rojo brillante que tecleaba códigos de precios a la velocidad del rayo, no sabía más que yo.

—No hay parada de autobús en esta parte de la ciudad. Antes dejaban a los pasajeros a un par de manzanas de aquí. Pero eso fue hace mucho mucho tiempo. Hará unos cincuenta años. No sé dónde paran ahora. —Llamó por encima del hombro a su compañero de la caja de al lado—: ¿Ray? ¿Sabes dónde está la parada de los Greyhound? Esta señora está preguntando.

Ray, que parecía aún más viejo que su colega, los mechones blancos de su repeinada cabellera sin poder ocultar la piel rosada de su calva, negó con la cabeza.

—No hay parada en Asheville. Recogen y dejan en una gasolinera no muy lejos del campo de golf. —Yo sabía a qué se refería. Era el mismo lugar donde me había despedido de George y Adele. Ray frunció el ceño en mi dirección, con aspecto preocupado—. ¿Ha perdido el autobús?

—No. Solo por saber —dije, entregándole mi dinero a la mujer—. Permítame una pregunta, ¿están rodando alguna película por aquí ahora mismo?

—¿Qué? ¿Quiere decir aquí, en Asheville? —El anciano enarcó las cejas—. No. Pero si alguna vez lo hacen, Shawna y yo deberíamos ir al *casting*. Sería una lástima —dijo, pasándose una mano por sus cuatro pelos y sonriendo— desperdiciar esta belleza. ¿No crees, Shawna?

Shawna soltó un grito y me dio el cambio, sus largas uñas rojas chasqueando las monedas mientras contaba el dinero.

—¡Muy cierto! Cariño, llevo toda la vida esperando que me descubran.

Capítulo 4

Entré por la puerta del hotel a trompicones, renqueando como un perro de tres patas y arrastrando las maletas. George levantó la vista y gritó:

—¡Criatura! —Luego lanzó su libro a un lado, saltó del mostrador de recepción y cruzó el vestíbulo dando saltos con sus botas del cuarenta y nueve.

Si George muriera y volviera como un animal, sin duda sería un golden retriever. A los ochenta y siete años, mi abuelo seguía siendo un enorme y travieso cachorrillo rebosante de entusiasmo, siempre listo para la aventura. Con solo hacer sonar las llaves del coche, George se ponía en marcha. E independientemente de que yo llevara cinco minutos o cinco meses fuera, con el simple hecho de verme aparecer, se comportaba como si le hubiera alegrado el año.

—¡Mírate! ¡Mírate! —gritó y extendió los brazos, dispuesto a levantarme del suelo.

—¡Cuidado! —Me reí—. ¡Te harás daño en la espalda!

—¡Bah! No eres más grande que un minuto. Y sigo fuerte como un buey.

Era cierto. Sentía los grandes brazos de George tan fuertes y seguros como el primer día que lo conocí, cuando cruzó la puerta de la casa de acogida y me llevó a una nueva vida. También tenía el mismo aspecto, vestido con su uniforme habitual: camisa de cuadros, tirantes, Levi's azul oscuro y sombrero. George tenía una colección de sombreros que usaba todo el año: fedoras, *porkpies*, Homburgs, gorras de béisbol, gorros de pescador e incluso sombreros de paja. Hoy llevaba una boina negra inclinada sobre su espesa cabellera blanca. No había ningún hombre en un radio de ochenta kilómetros que pudiera llevarla, pero George sí.

—Esa es una de las cosas que me enamoraron de él —me dijo Adele una vez—. No los sombreros; el hecho de que se sintiera cómodo en su propia piel. No intentaba impresionar a nadie —añadió, luego se rio suavemente—. Bueno..., excepto a mí.

George me dejó de nuevo en el suelo.

—Tienes cara de hambre —dijo, y frunció el ceño al ver mi tacón roto y las polvorientas rodillas de mi pantalón negro—. Pero ¿qué ha pasado aquí?

—Nada. Me peleé con el abeto y perdí. Estoy bien.

George negó con la cabeza.

—Sí. Realmente voy a tener que hacer algo al respecto.

Cincuenta años atrás, Adele había plantado un abeto delante del refugio recién construido, sin caer en la cuenta de que el árbol crecería hasta alcanzar los veinte metros de altura con el consiguiente riesgo de tropiezo que comportaba la erupción de sus raíces. George llevaba tiempo diciendo que debía «hacer algo» al respecto. Pero como cortar la raíz podría matar el abeto, yo sabía que no lo haría nunca.

—Eso me pasa por llevar zapatos de ciudad al lago. Pero el verdadero problema es mi coche. Se rindió a unos cuatrocientos metros de aquí. Algo del embrague, creo.

—¿Por qué no me has llamado? Habría ido en el camión a recoger tus maletas. —De hecho, lo había intentado, pero no tenía cobertura. Sin embargo, antes de que pudiera explicárselo, George me pasó un brazo por los hombros—. Me alegro de que estés en casa.

Yo también, ahora que estaba aquí. Cuando tu mundo se pone patas arriba, te reconforta la idea de que ciertas cosas nunca cambian.

El Refugio Last Lake se asienta sobre un terreno de seis hectáreas inclinado hacia el agua, por lo que todas las cabañas tienen vistas. Cuando George y Adele lo compraron, justo después de la Segunda Guerra Mundial, era un terreno baldío. George taló los árboles y utilizó los troncos para construir cuatro cabañitas cerca de la orilla, alquilando las otras tres a pescadores. Aunque remoto, el entorno era precioso, el lago estaba lleno de peces y los precios eran asequibles: dieciocho dólares la semana en 1944. El almuerzo empaquetado costaba cincuenta centavos, pero el té helado con tarta casera o galletas era gratuito y se servía en el porche todas las tardes.

Cuando los pescadores empezaron a traer a sus familias, George alquiló una excavadora con el fin de crear terrazas que le permitieran construir más cabañas en la ladera. A finales de la década de 1950, había un puerto deportivo, una caseta de aperitivos, una zona de playa hecha con arena traída en camiones que contaba con una red de voleibol, mesas de pícnic y una vieja campana escolar colgada de un soporte de madera que solo debía tocarse en caso de emergencia, pero a la que los niños de once años no podían resistirse, así como veinticinco cabañas rústicas de madera conectadas por serpenteantes senderos.

En realidad, nunca hubo un plan; George siguió construyendo según surgía la necesidad y Adele siguió plantando flores según le venía en gana. Todos los tejados tenían tejas verdes. Si subías a las colinas y mirabas hacia abajo, daba la impresión de que alguien hubiera lanzado al aire un puñado de casas de plástico verde del Monopoly dejándolas caer al azar. Las dos únicas estructuras en las que intervino un arquitecto fueron la cafetería y el refugio.

Construida en 1973 para sustituir a la antigua caseta de aperitivos, la cafetería era básicamente una versión más grande de las cabañas, con techos más altos y un pequeño patio de baldosas, además de contar con un mayor número de ventanas, también más grandes, que daban al lago. Con semejantes vistas, ¿qué más se podía pedir?

El refugio era más amplio e importante, con un espacioso apartamento del propietario en el segundo piso, donde Robyn y yo nos habíamos criado sucesivamente, y en el que George seguía viviendo. También había un almacén, donde Adele cosía. Era enorme y de techos altos, pero un poco lúgubre porque no había ventanas. A medida que su vista empeoraba, Adele iba añadiendo lámparas de pie.

En la primera planta había dos despachos sencillos pero funcionales, una sala de juegos con fútbolín, máquinas de *pinball* y mesa de billar, y una cantina escondida en un rincón detrás de la recepción. Allí los clientes podían comprar caramelos, postales, naipes, malvaviscos, lombrices o aparejos de pesca, y llevarlos a la recepción, donde George hacía el recuento de las compras y alquilaba los barcos, haciendo las veces de dependiente, conserje y guía.

Pero la joya de la corona era el vestíbulo, con un techo de vigas de madera que se elevaba hasta nueve metros sobre el suelo, una enorme chimenea de piedra de río y paredes de estanterías con cientos de libros y una gran variedad de juegos de mesa para prestar a los huéspedes. El mobiliario era cómodo, funcional y atemporal. Dos sillones de estilo misión, donde Adele y yo solíamos leer en invierno, flanqueaban la chimenea, exactamente igual que siempre.

Una puerta que daba a la lavandería se abrió. Era Robyn con un montón de toallas.

—¡Mira lo que ha traído el gato! —exclamó George—. ¡Esme está en casa!

Robyn solo tenía dieciséis años cuando yo nací, y la gente a veces nos había tomado por hermanas. Ahora ya no. Tenía cincuenta años y los aparentaba. Se deslizó las gafas por la nariz y me miró los pies.

—¿Qué has hecho, tropezar con el abeto? —Antes de que yo pudiera decir nada, chasqueó la lengua—. Has estropeado esos zapatos tan elegantes. ¿Cuánto te han costado? —Al ver mi equipaje, sacudió la cabeza—. Parece que te has traído el armario entero.

—Todo menos mis vestidos de baile y mi kit de ladrona —bromeé, intentando mantener un tono frívolo.

—Bien —dijo George, y me apretó los hombros—. Eso significa que puedes quedarte mucho tiempo. Tal vez podamos pescar algo mientras estés aquí.

—Eso sería genial.

Hacía cuatro años que no pescaba, no desde que Alex y yo fuimos a Maine y acabó clavándose un anzuelo en la mejilla. Pero cuando era niña, George y yo nos pasábamos el día pescando.

—O tal vez podrías hacer algún trabajo de verdad mientras estás aquí —dijo Robyn.

No. Nada había cambiado. Robyn y yo llevábamos diez segundos respirando el mismo aire y ya tenía ganas de abofetearla. Pero me contuve.

—Esme ha venido a descansar —dijo George, frunciendo el ceño hacia Robyn—. Ella no tiene que...

—Está bien. No me importa ayudar; no sirvo para descansar. ¿Qué quieres que haga?

—Hablabamos más tarde, cuando te hayas instalado. —Desplazó la carga de toallas en sus brazos—. Bueno... Será mejor que deje esto. Bienvenida a casa, Esme.

Robyn salió por la puerta de atrás. George cogió una de mis maletas. Cuando protesté, me sacudió la mano.

—No soy tan viejo como para no poder ayudar a mi nieta con su equipaje. Sobre todo, si son de las que ruedan. —Sonrió, riéndose de su propia broma—. Pensé en ponerte en la número nueve, cerca del agua, pero apartada. A menos que prefieras la habitación extra de la cabaña de tu madre.

—Hmm... ¿Sabes?, creo que sería mejor si estoy por mi cuenta. Me quedo hasta tarde leyendo.

George no se dejó engañar por mi excusa.

—Sé que Robyn te saca de quicio —dijo—. Pero ¿no te planteas darle una segunda oportunidad, por el bien de las dos? La gente puede cambiar. Y yo no voy a durar siempre, ¿sabes? Algún día seréis solo tu madre y tú.

La gente puede cambiar. Pero Robyn siempre sería Robyn.

—Intenta llevarte bien con ella —dijo George, como rebatiendo mis pensamientos—. Te habría alojado en tu antigua habitación, pero ronco como una sierra de cinta. Me oírías a través de las paredes. Adele siempre se está quejando. He comprado unos diez tipos diferentes de tapones para los oídos, tratando de encontrar alguno que funcionara, pero...

Se detuvo a media frase. Su sonrisa se desvaneció.

—Quiero decir, ella solía quejarse de eso.

George apartó la mirada. El hecho de que hubiera olvidado brevemente que Adele había muerto me hizo reflexionar un instante. Pero entonces recordé que lo mismo me había ocurrido a mí hacía un par de semanas. Mientras paseaba por el distrito de la moda, vi un rollo de una tela

naranja que pensé que a Adele le encantaría. Solo al cruzar la puerta de la tienda recordé que había muerto.

Le apreté el antebrazo.

—Aún cuesta creer que se ha ido, ¿verdad?

—Siempre pensé que me iría yo primero. Pero aquí sigo —dijo con voz ronca—. A veces desearía...

—Sí, aquí sigues —dije, interrumpiendo una frase que no quería oír—. Me alegro.

George suspiró entrecortadamente y forzó una sonrisa. Le sostuve la puerta y cruzó el umbral con mis maletas. Aunque empezaba a salir la luna, el exterior estaba extrañamente oscuro. Apenas había luces encendidas en las cabañas. ¿Dónde estaban todos los huéspedes?

—¿Tienes hambre? —preguntó George mientras avanzábamos por el sendero—. En cuanto te instales, iré a la cafetería y pediré un sándwich. Tenemos un nuevo chef, Dawson McCormick. Se hace llamar Dawes. Es un tipo curioso. Lo encontré en el arcén de la carretera.

—¿Perdón? —Solté una carcajada, convencida de que era otra de sus bromas.

—No, en serio —dijo George—. Me dirigía a la ciudad, vi una furgoneta de carga averiada en la cuneta y me detuve para ver si podía ayudar. El motor estaba destrozado, pero me quedé acompañando a Dawes hasta que llegó la grúa y me preparó el desayuno.

»No te imaginas cómo es el interior de esta furgoneta, nunca he visto nada igual —continuó—. Tiene una cama grande sobre una plataforma en la parte trasera, con un colchón en condiciones, y bancos abatibles y una mesa delante a modo de comedor. También tiene una cocina completa: fregadero, cocina, despensa..., de todo. Incluso tenía un cajón extraíble con un inodoro debajo de la cama. No me importaría tener uno de esos. Tras cumplir los ochenta, he empezado a tener que levantarme a orinar no menos de diez veces por noche. La próstata.

Adoro a George, pero esto era, definitivamente, demasiada información. Y fuera de lugar.

—Espera un momento. ¿Encontraste a este tipo acampando en su furgoneta y le ofreciste un trabajo como cocinero?

—Vivía en su furgoneta —puntualizó George, como si eso mejorara las cosas—. Y es chef, no cocinero. Dawes tenía su propio restaurante, pero ahora se dedica a viajar, acepta un trabajo durante un tiempo y luego se va. Me hizo los mejores huevos revueltos que había probado en mi vida, con todas esas hierbas y una especie de queso de lujo espolvoreado por encima. Los probé y le ofrecí el trabajo —dijo dando por concluida la historia al llegar a mi cabaña—. Le adelanté el dinero para un motor nuevo y prometió quedarse todo el verano.

—¡George! —Solté un grito ahogado—. ¿Le has dado miles de dólares a un vagabundo cualquiera? ¿Cuánto dinero le has dado? ¿Cómo sabes que no se irá de la ciudad en mitad de la noche?

—Porque lo sé —dijo frunciendo el ceño—. Puede que sea viejo, pero sigo teniendo cabeza. Y todavía soy bueno juzgando a la gente. E incluso si no lo fuera, lo que hago con mi dinero es asunto mío.

—Tienes razón —dije—. Lo siento.

—Dawes es buena gente. Y hace un sándwich de queso a la parrilla cojonudo. —George dejó mis maletas en el porche y se volvió hacia mí—. ¿Quieres uno ahora o no?

—Claro —acepté—. Queso a la parrilla suena genial.

George fue a ocuparse de mi sándwich. Yo metí mis maletas en la cabaña, preocupada por él.

Había todo tipo de personas que se aprovechaban de los ancianos. Estaba claro que tenía que averiguar más cosas sobre Dawson McCormick. Pero en cuanto empecé a encender las luces, advertí que una decisión de contratación poco meditada podría ser el menor de nuestros problemas.

Si las encimeras de formica dorada de la cocina decían «de la década de 1970», el suelo de vinilo con motivos de ladrillo lo gritaba a los cuatro vientos. No habría estado del todo mal —al fin y al cabo, esto era un rústico refugio de pescadores junto al lago, y no un hotel de cinco estrellas—, si el resto de la decoración hubiera sido un poco menos cutre. La rayada mesa de comedor tenía sillas a juego estilo *pub* con patas tambaleantes que me recordaban a cuadros de perros jugando al póquer con fondo de terciopelo. Y aunque los muebles «desgastados» pueden dar cierta sensación de relax, la mesa de centro con acabado decapado hacía años que había cruzado la línea de lo hogareño a lo cochambroso. La alfombrilla de harapos trenzados había pasado de ser coqueta y alegre a desvaída, raída y, simple y llanamente, triste.

Pero lo más triste de todo eran los cojines.

Después de que George encontrara una oferta de sofás rojos, Adele decidió hacer cojines para los veinticinco. Mi abuela padecía una enfermedad llamada temblor esencial que le provocaba temblores constantes en las manos. Solo cesaban del todo cuando cogía a George de la mano o cosía. Aunque en realidad no necesitaba ayuda, me preguntó si quería ayudarla a coser. Yo tenía catorce años y estaba emocionada.

Nos pasamos un fin de semana entero haciendo esos cojines. Recuerdo lo bonitos que eran y lo orgullosa que me sentí cuando terminamos el último.

—¡A que son preciosos! —exclamó Adele, ahuecando un cojín en la esquina del sofá—. ¡Ese delicioso rojo! Sabe a canela y se siente como la expectación, eso que sientes cuando estás esperando abrir los regalos la mañana de Navidad. ¡Espléndido! Hemos hecho un buen trabajo, ¿no crees, Esme?

Siempre me había costado entender los vínculos sinestésicos de Adele, pero ese día me sentí conectada a ella como nunca lo había estado. Me sentí como una igual a sus ojos, una persona adulta. Desde que tengo memoria, eso es lo único que había querido ser. Su entusiasmo arrojó nueva luz sobre lo que entrañaba la adultez, la sublime satisfacción que supone hacer tu singular contribución, desempeñar tu papel en la colmena de la humanidad. Hoy, cada vez que tengo en mis manos el primer ejemplar de un libro que he ayudado a editar, el mundo sigue pareciéndome una mañana de Navidad.

Los cojines estaban raídos y las amapolas, otrora de color bermellón, eran de un salmón mortecino, tan apagado como el resto de la decoración. ¿Estaban todas las cabañas tan destartadas? De ser así, ¿explicaría eso la falta de huéspedes? Aunque tenía todo tipo de preguntas, mi principal preocupación ahora era entrar en calor. Subí el termostato con la esperanza de que la calefacción funcionara. Al ver que no, decidí encender un fuego.

George tenía un enorme respeto por el fuego y no dejaba que nadie más encendiera los grandes troncos del vestíbulo, ni siquiera yo. De ahí que nunca hubiera aprendido a hacer fuego. Sin embargo, había un tronco de madera prensada en la rejilla. Tras arrodillarme junto al hogar y leer las instrucciones, encendí una cerilla y la acerqué al extremo del envoltorio. El papel encerado y amarillo empezó a humear, luego se enroscó alejándose del tronco, resplandeciendo en rojo antes de convertirse en una llama.

¡Fuego instantáneo! ¡Exactamente como se anuncia!

Me balanceé sobre mis caderas, disfrutando de mi pequeño logro y del calor de las llamas

danzantes. Tan solo me faltaba algo de comida para que vida fuera perfecta. Habían pasado cuarenta minutos desde que George fue a buscarme el sándwich. Dando por sentado que lo habría olvidado, decidí darme una ducha. La presión del agua era estupenda y me pasé unos buenos diez minutos disfrutándola. Cuando cerré el grifo, el sonido del agua fue sustituido por un pitido agudo y punzante. Salí de la ducha, me envolví en una toalla, abrí la puerta del baño y, acto seguido, empecé a toser. El fuego seguía crepitando, pero el humo que había subido por la chimenea al prender el tronco volvía a entrar ahora en la habitación.

Con el pelo empapado y los pies descalzos, corrí hacia la chimenea, cogí un atizador y pinché el tronco, lo que no hizo más que avivar las llamas. Alguien empezó a aporrear la puerta de la cabaña. Corrí a abrirla, ciñéndome la toalla al cuerpo y carraspeando como un fumador de dos paquetes diarios. Un hombre demasiado ágil para ser George me esquivó. Tras dejar caer una bolsa sobre la encimera, se precipitó al salón y se arrodilló frente a la chimenea.

—¡Cuidado! —grité, intentando hacerme oír por encima del pitido de la alarma de incendios.

El hombre se quitó la camisa de cuadros que llevaba sobre una camiseta azul y se la envolvió en la mano. Tras un momento de vacilación, introdujo el brazo en la chimenea, unos centímetros por encima de las llamas, e hizo un movimiento brusco. De pronto, el humo empezó a subir por la chimenea.

—¡Abre la puerta! —ordenó—. Muévela de un lado a otro para despejar el humo.

Mientras lo hacía, mi salvador abrió presto todas las ventanas, se puso de espaldas a mí y agitó un paño de cocina en el aire. Entre las ventanas abiertas, el pelo mojado y que no llevaba nada más que una toalla, los dientes me castañeteaban del frío que tenía. Finalmente, por fortuna, el humo se disipó y la alarma cesó.

—Es suficiente —dijo, luego se dio la vuelta y me miró.

Era más alto que yo —casi todo el mundo lo es—, mediría alrededor de 1,85 y aparentaba unos treinta y cinco años. Tenía la cara bronceada, la tez casi morena y los ojos castaño oscuro bajo unas espesas cejas de color negro parduzco. Su pelo era castaño claro, grueso y un poco rizado. Tenía la nariz recta y la mandíbula afilada, si no del todo cincelada.

Mi tipo es rubio, de ojos azules y bien afeitado, alto pero no demasiado (1,70 es lo ideal para una mujer de mi estatura, lo bastante alto para que me sienta femenina en comparación, lo bastante bajo para que al besarlo no necesite un escabel), de complexión atlética y algo musculoso, ancho de espaldas pero sin pasarse, el tipo de hombre que parece haber nacido para llevar esmoquin. Aunque innegablemente guapo, este tipo parecía haber nacido para llevar..., bueno, más o menos lo que llevaba puesto.

Sus manos también estaban mugrientas, aunque tal vez fuera el hollín. Tenía una pequeña cicatriz en el lado izquierdo de la cara, justo encima de la mandíbula, y una de esas barbas incipientes que dan la impresión de que o ha olvidado afeitarse o no se ha molestado en hacerlo.

En suma, no es para nada mi tipo.

Entonces me miró, sus ojos recorrieron mi cuerpo, desde el pelo empapado hasta los pies descalzos, y mis entrañas se convirtieron en una *fondue*. Mis dientes dejaron de castañetear. Sentí un cosquilleo en la piel. Diez segundos antes, estaba helada. Ahora salía vapor a través de la toalla.

La parte lógica y evolucionada de mi cerebro, que parecía funcionar en segundo plano, como un *software* que puede registrar acontecimientos, pero no incitarlos, sabía que aquello era totalmente ilógico, una respuesta involuntaria a impulsos biológicos, al hecho de que estaba sana, tenía treinta y tres años, llevaba años casada sin saberlo con un hombre gay y, por ende, no había

mantenido relaciones sexuales en prácticamente toda mi vida.

A mi cerebro de lagarto no evolucionado no le importaba.

Apenas podía respirar y no podía hablar. Esto resultó ser algo bueno. De lo contrario, probablemente le habría dicho que quería casarme y tener mucho sexo y niños.

—Tenemos que cerrar las ventanas —dijo y se dirigió con paso firme a la cocina.

—Sí, claro —dije, acercándome a una ventana—. Muchas gracias. No sé lo que habría hecho si no llegas a venir. Bueno, en realidad... Sí que lo sé. Iba a tirar una jarra de agua sobre los troncos. Habría sido un desastre, ¿no? Gracias de todos modos.

—Pensé que la cabaña estaba en llamas.

Por el tono de su voz, daba la impresión de que pensaba que lo había hecho a propósito.

—Sí. Por un momento yo también. —Me reí nerviosa—. Tú debes de ser Dawes. Yo soy Esme.

—Me lo comentó George. ¿Dijo que eres editora de libros? —Asentí con la cabeza—. ¿Asumo que eso significa que sabes leer? —preguntó, mirando y señalando—. Porque hay un cartel sobre la chimenea que dice que hay que abrir el tiro antes de prender el tronco. ¿Te has fijado?

De hecho, no. Y de haberlo hecho, tampoco hubiera servido de mucho. ¿Qué era el tiro?

—El tiro de humos —dijo impaciente, como si repetir una palabra fuera lo mismo que definirla.

Como no le respondí, me agarró del brazo y me arrastró hasta la chimenea, donde aún ardía el tronco falso. Se puso en cuclillas frente al hogar.

—Hay una barra de metal en el interior mismo de la chimenea. ¿La ves? —Asentí, fiándome de su palabra—. Cuando tiras de ella, el tiro se abre y el humo sube por la chimenea. Cuando la empujas, el tiro se cierra de modo que el aire frío no puede entrar en la cabaña. ¿Entendido?

—Entendido —respondí sin prestar verdadera atención. Como ya había decidido no volver a encender un fuego en mi vida, no necesitaba saber nada sobre la colocación y el funcionamiento del tiro.

—Tu cena está en la bolsa —gruñó Dawes, luego se puso de pie y se fue, cerrando la puerta de una manera que no era exactamente un portazo, pero lo bastante enérgico como para dejar clara su intención.

¡Caramba! Era solo un poco de humo. ¿Tenía que ser tan cretino? Sin embargo, probablemente el hecho de que fuera tan cretino tenía su parte positiva, ya que caer en la lujuria era lo último que necesitaba en este momento. Y, claramente, era lujuria, nada más que eso. Lo superaría.

La cabaña seguía oliendo a humo, así que me puse unos vaqueros y una sudadera y saqué la comida al porche. El sándwich tenía unas marcas doradas perfectas y unos bordes crujientes, un queso a la plancha tan magnífico que podría haber posado para una revista. El centro contenía queso pegajoso, una suntuosa salsa bechamel, lonchas finas de jamón salado y sabía divino. ¡No era un queso a la plancha normal!

Cerré los ojos mientras masticaba, prácticamente extasiada de felicidad. Dawes McCormick era grosero y no era mi tipo. Pero alguien que sabía hacer un *croque monsieur* tan bueno no podía ser un estafador. ¿Acabaría gustándome Dawes?

Entonces recordé cómo había cruzado la puerta sin decir ni buenas noches y decidí que no. Lo más seguro es que no.

Capítulo 5

Tengo mis defectos, pero la incapacidad para seguir indicaciones no es uno de ellos.

La prueba de que las insinuaciones de Carl sobre mi poco convencional gusto para vestir el día que me contrató no habían pasado desapercibidas se hizo patente cuando deshice la maleta a la mañana siguiente. En mi armario y mis cajones había seis americanas, ocho pantalones de vestir, cuatro faldas lápiz, dos docenas de blusas y tops y cinco vestidos de cóctel, todos negros. Porque, como todo el mundo sabe, el negro es el color preferido de los profesionales neoyorquinos, al menos hasta que aparezca algo más oscuro.

Sin embargo, aparte de tres pares de vaqueros (uno de ellos también negro), un par de camisetas blancas lisas, una sudadera con capucha gris y dos pares de *leggings* Lululemon en mandarina y ciruela (neoyorquina o no, el color me seguía encantando), nada de lo que había traído era adecuado para la vida en el lago. Si mi exilio duraba más de una o dos semanas, probablemente tendría que utilizar parte de mi preciado finiquito para comprar ropa informal. Sin embargo, el problema más acuciante eran los zapatos. Como bien puso de manifiesto mi encuentro con el abeto, los tacones no me iban a servir de mucho. Tendría que ir a Asheville a comprarme unos nuevos, pero como para ir a la ciudad hacía falta un coche, lo que tocaba en primera instancia era ocuparme de la Tostadora.

Con la esperanza de no tener que gastar cientos de dólares en una grúa, decidí volver al coche y tratar de arrancarlo una vez más. Por intentarlo no perdía nada, ¿no? Pero cuando llegué al refugio, me encontré con que la Tostadora estaba aparcada enfrente, con uno de los laterales elevado por un gato, el capó levantado y dos pares de piernas en vaqueros asomando por debajo.

—¿Hola?

Me agaché para ver quién había allí. George salió de debajo del coche, retorciéndose sobre su espalda como una tortuga volcada antes de agarrar el viejo y nudoso bastón que había dejado en el suelo, y que utilizaba más como bastón de *trekking* que como bastón propiamente dicho, y se puso en pie.

—¡Buenos días, criatura! ¿Qué tal has dormido?

—Bien. ¿Cómo ha llegado mi coche hasta aquí?

—Enganchamos una cadena a mi camioneta y lo remolcamos.

—Enganchamos ¿quiénes?

—Dawes y yo —dijo George, golpeando el suelo con su bastón y cara de satisfacción.

Una voz ahogada salió de debajo del coche.

—Creo que ya está, George. Vamos a arrancarlo de nuevo.

Dawes también se deslizó hacia fuera desde debajo del coche, se levantó y se golpeó el trasero

de los vaqueros con las manos grasientas, tratando de disipar el polvo.

—¿Cómo has podido arrancarlo sin llave? —pregunté, mostrando mi llavero.

—Dawes hizo un puente —respondió George—. Es muy manitas.

¿El tipo que mi abuelo había recogido en la cuneta, además de saber hacer un estupendo sándwich de queso, tenía también rudimentos para el robo de coches?

Genial. Simplemente, genial.

George se puso al volante y jugueteó con algunos cables. Cuando la Tostadora empezó a rugir de nuevo, parpadeé de asombro mirando a Dawes, que sonrió y se encogió de hombros discretamente.

—No era nada grave. Las bujías estaban sucias, eso es todo. Decidimos echar otro vistazo por debajo, solo para asegurarnos. Pero todo está bien, puedes irte.

—Ahora zumba como una peonza —dijo George, luego bajó del coche y chocó los cinco con Dawes—. Buen trabajo.

Era como si hubieran salido del mismo armario aquella mañana: vaqueros oscuros de corte recto, camisas de cuadros azules y verdes y botas marrones de cordones. Aparte del hecho de que George era quince centímetros más alto, cincuenta años mayor, llevaba tirantes y una gorra de *tweed*, podrían haber sido gemelos. Era realmente adorable.

—Dawes, te presento a mi nieta, Esme. —George extendió el brazo hacia mí con la pomposidad de un presentador de concurso que señala el Gran Premio.

—Nos conocimos anoche —dijo Dawes. George le dirigió una mirada inquisitiva—. Te pasaste por la cafetería cuando estaba limpiando y me pediste que le llevara un sándwich de queso a la plancha, ¿recuerdas?

—Oh, claro. Es verdad. Claro —dijo George—. Sándwich de queso, lo recuerdo.

—Y estaba increíble —reconocí, sonriendo a Dawes, agradecida de que hubiera tenido a bien omitir la parte en la que casi quemo la cabaña—. El mejor *croque monsieur* que he comido en mi vida, mejor incluso que los de Petit Chou, ese pequeño gran bistró francés al que solía ir en Brooklyn.

Dawes asintió lenta y exageradamente.

—Petit Chou, ¿eh? Todo un cumplido.

Sentí las mejillas calientes. ¿*Croque monsieur*? ¿Petit Chou? Sonaba como una de esas esnobs que se creen que el mejor cumplido que se le puede hacer a algo es decir que es tan bueno como el que se come en Nueva York. ¿Por qué no me limité a decir «es el mejor queso a la plancha que he probado nunca» y listo? ¿A quién quería impresionar? Incluso había puesto acento francés, ¡por el amor de Dios!

—Bueno, estaba estupendo. Gracias. Y gracias por arreglarme el coche y..., ya sabes, por todo.

—Un placer. Siempre dispuesto a ayudar a una damisela en apuros.

Ahora me ardían las mejillas. No por lo de «damisela en apuros», que era cursi y posiblemente incluso un poco insultante, sino porque vi cómo George nos miraba a Dawes y a mí. Su interés en nuestro intercambio era intenso y un poco demasiado obvio.

—¿Dónde has conseguido las piezas? —pregunté, cambiando de tema—. Seguro que no tenías un juego de bujías de repuesto por ahí. —Me reí.

—En realidad, sí. Cuando vives en una furgoneta, llevas muchas piezas de repuesto a cuestas.

—Oh. Cierto.

Asentí no tanto para expresar mi acuerdo como para recordarme a mí misma lo que mi cerebro

de lagartija había decidido ignorar: que, además de no ser mi tipo, Dawes vivía en una furgoneta. De todos los tipos que no eran mi tipo, el más inadecuado era el que no podía sentar la cabeza.

—Bueno, será mejor que me ponga a trabajar —dijo Dawes, mirando hacia George—. El guiso del día es pollo al limón con orzo.

—Suená bien. Guárdame mi sitio en el bar. Oye, Dawes, ¿has pescado alguna vez con mosca? —Dawes negó con la cabeza—. Oh, te encantaría. Y Esme es una excelente pescadora con mosca..., ¿eh, pescadora? Estamos planeando ir a pescar truchas mientras esté aquí; deberías venir.

—Oh. Bueno..., claro. —Dawes se encogió de hombros—. Si hay un día flojo en la cafetería.

—Bien —dijo George, sonriendo a Dawes y luego a mí—. Es una cita.

Cuando Dawes desapareció, me volví hacia George y lo fulminé con la mirada.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —dijo, parpadeando inocentemente.

—¡Eso! —siseé, señalando con el dedo la esquina por la que Dawes acababa de desaparecer—. George, apenas se ha secado la tinta de mi divorcio. Lo último que necesito ahora es enredarme en... —me froté la cabeza, buscando las palabras adecuadas—, en lo que sea que estés tratando de enredarme.

—No sé por qué te pones así —dijo George—. ¿Qué hay de terrible en que quiera verte feliz?

—Feliz. —Solté una carcajada—. ¿Crees que intentar liarme con un tipo que has recogido en un arcén (y, dicho sea de paso, hacerlo de una forma humillantemente obvia) va a hacerme feliz? El hombre vive en una furgoneta, George. Está a un paso de ser un vagabundo.

—Ahora no vive en una furgoneta —replicó George—. Le instalé en la número veintidós, esa cabaña-estudio pegada a la cafetería. Y, de todos modos, ¿qué tiene de malo pasar un par de años conduciendo y viendo el país? Es un aventurero, eso es todo.

Puse los ojos en blanco.

—Aparte del hecho de que sabe hacer sándwiches de queso y puentes a un coche (algo que no juega precisamente a su favor), ¿no sabes nada de él!

—Pues a mí me cae bien —refunfuñó George, tirándose de la visera de la gorra—. Es un buen hombre. Con Dawes jamás te pasaría lo de llegar a casa del trabajo y enterarte de que te ha dejado por su «entrenador personal» —dijo abriendo comillas en el aire con los dedos—, eso sí lo sé.

Pongo los brazos en jarras.

—Vaya. ¿De verdad acabas de decir lo que has dicho? Eso ha sido mezquino.

—Lo siento —murmuró, desviando la mirada—. No quería decir exactamente eso. Pero todo esto me tiene alterado. Solo quiero verte feliz, cariño.

Sus cejas de oruga eran blancas como la nieve y las arrugas de las comisuras de los ojos parecían los pliegues de un abanico abierto. Pero con la cabeza colgando y la espalda encorvada por la pena, George aparentaba unos siete años.

—Yo también —dije, rebajando el tono—. Pero si hay algo que he aprendido desde que Alex se fue, es que hay cosas que no se pueden forzar, por más que las desees. Si alguna vez vuelvo a enamorarme (y es un gran condicional), será de alguien sin secretos, alguien a quien conozca por dentro y por fuera y que me conozca a mí de la misma manera y me quiera a pesar de ello. O incluso por eso.

George asintió.

—Así es como debe ser. Adele me quería a pesar de mí.

Sonreí.

—¿Recuerdas cuando te serviste un poco de sopa de pollo de una olla al fuego, y al final resultó ser tinte textil de azafrán? Tuviste la lengua amarilla durante una semana.

George se rio, poniéndose una mano en la parte posterior de la gorra y sacudiendo la cabeza.

—Me acuerdo. Siempre estaba tramando algo. Y la tela. Oh, ¡la tela! Hubo un tiempo, alrededor de unos cuatro años, antes de que se hiciera cargo del almacén, en el que me era imposible comer en nuestra mesa porque estaba siempre cubierta de telas, tijeras, hilos, máquinas de coser y no sé qué más.

»Pero te diré algo —añadió, su sonrisa desvaneciéndose—, daría todo lo que tengo por no poder volver a comer en mi mesa de cocina. Ahora está limpia como una patena, pero hay demasiado espacio. Por eso he empezado a almorzar en la cafetería. Dawes me guarda un taburete y un plato de sopa. Si no hay mucho trabajo, se acerca y habla conmigo mientras como.

—Eso está bien —dije, pensando en Dawes de un modo más apacible—. ¿De qué habláis?

—De nada del otro mundo —resopló George—. De béisbol, el tiempo. A veces me cuenta cómo ha hecho la sopa. Nada importante, solo charlamos. Me cae bien.

—Da la impresión de que Dawes y tú tenéis un pequeño *bromance* —bromeé.

—¿Qué es un *bromance*? —preguntó George, juntando las cejas.

—Solo una palabra —dije, resuelta a dejarlo ahí, pero advirtiéndole que George iba a insistir en una respuesta—. Significa que sois amigos.

—Sí —dijo George tras una pequeña pausa—. Supongo que sí.

—No abundan, ¿verdad?

—No. Sobre todo, a mi edad.

George se encaminó de vuelta al refugio y yo subí a la Tostadora. Al salir del aparcamiento, miré por el retrovisor y vi a mi abuelo subir lentamente los escalones, apoyándose en su bastón a medida que ascendía, y luego quedarse mirando la puerta como un gato doméstico indeciso, incapaz de decidir si quería estar dentro, fuera, o en cualquier otro lugar.

Tras hacer mis recados y volver al lago, entré en el vestíbulo y me encontré con Vera, una ama de llaves que trabajaba en el refugio desde que tengo memoria, atendiendo la recepción. Me dijo que estaba de sustituta porque Robyn se había llevado a George a Asheville para unas citas con el médico.

—¡Oh! ¿Dijo cuándo volverían?

Vera negó con la cabeza.

—Pero creo que será tarde, normalmente intenta concertar las citas médicas de George seguidas, una detrás de otra. No te preocupes, seguro que es solo rutina —dijo, respondiendo a mi ceño fruncido—. George es una fuerza de la naturaleza; acabará enterrándonos a todos, pero a su edad, conviene estar al tanto de lo que hay. George no lo lleva bien, por supuesto. —Vera sonrió—. Dice que no necesita que lo molesten y se queja de los malditos médicos que compran lanchas rápidas y casas en la playa a su costa. Robyn le ignora.

Sonreí. Eso sonaba totalmente a George. Y me alegraba saber que Robyn se aseguraba de que se cuidara.

—¿Quieres dejar un mensaje? —preguntó Vera—. Puedo decirle que te llame cuando vuelvan.

—Está bien, lo veré mañana. Ahora voy a dar un paseo para estrenar mis zapatos nuevos. No trabajes mucho —le dije, saludándola con la mano y preparándome para salir.

—No hay muchas posibilidades —respondió Vera, esgrimiendo una sonrisa forzada—. Esta tarde no tenemos a nadie. Solo estoy aquí para contestar al teléfono y atender a los que llegan sin reserva.

—¿Tenemos muchos de esos últimamente?

—No. Y muchas reservas tampoco. —Vera suspiró—. Para serte franca, Esme, está empezando a preocuparme. Ya sabes que empecé a trabajar en el refugio a los dieciséis años, primero de socorrista en el lago y luego en el servicio de limpieza, pensando que sería algo temporal. George y Adele fueron tan buenos conmigo que me quedé, y jamás lo he lamentado. He criado a dos hijos con este trabajo, a uno lo he sacado adelante sufragándole la escuela de estética y he ayudado al otro a pagarse la universidad; además, mira dónde estoy todos los días. —Dirigió la mano hacia el gran ventanal que daba al lago y luego chasqueó la lengua, una sombra de preocupación le nublaba las facciones—. Después de todos estos años, cuesta imaginar tener que empezar de nuevo en otro lugar, pero si el refugio cierra...

—¿Qué? —exclamé, sacudiendo la cabeza con firmeza—. ¿Quién ha dicho nada de cerrar? ¿Ha sido George? ¿Robyn?

—No —respondió Vera, encogiéndose de hombros—. Pero cada año tenemos menos huéspedes y, con todo el mantenimiento aplazado que hay por aquí, las cosas van cuesta abajo a toda velocidad. Así que pensaba que...

Corté el aire con la mano.

—Nadie va a cerrar nada —declaré.

—¿No? —Vera exhaló un suspiro y se llevó la mano al pecho—. No sabes cuánto me alegra oírte decir eso, Esme, y lo que me alegro de que estés en casa. No puedo permitirme jubilarme hasta dentro de cinco años. Pero supongo que no hay nada de qué preocuparse, ahora que estás aquí.

El alivio en su cara era tan palpable que no tuve el valor de decirle que mi estancia era temporal y que volvería a Nueva York en cuanto encontrara otro trabajo en el mundo editorial. En lugar de eso, me limité a decir:

—Celebro estar de vuelta.

Y le dije adiós con la mano.

Estaba demasiado oscuro para detectar las señales cuando llegué y, por la mañana, yo estaba tan absorta pensando el coche que no presté atención a lo que me rodeaba, pero al recorrer el camino serpenteante desde el refugio hasta la orilla del lago, empecé a entender de qué hablaba Vera. Las condiciones del refugio habían empeorado mucho desde mi última visita.

Los parterres, antaño el orgullo y la alegría de Adele, estaban llenos de maleza y desatendidos. Los adoquines de arenisca de los caminos estaban agrietados en algunos puntos y por los huecos crecían matas de garranchuelo. También había dientes de león brotando en el césped y maleza fuera de las cabañas. Tras inspeccionarlas una por una, encontré cuatro porches en ruinas, tres puertas de mosquitera rotas y una bajante tan inclinada respecto del canalón que un buen viento la habría derribado. Me detuve a apuntalarla, sin miedo a molestar a sus ocupantes puesto que esta cabaña, como casi todas las demás, estaba vacía.

No era de extrañar que el negocio estuviera de capa caída. Era demasiado pronto para decir que el refugio era una absoluta ruina, pero sin duda iba en esa dirección.

Al pasar por delante de la cafetería, vi que el mortero entre las baldosas del patio se había desgastado y que una parte de las piedras se había desplazado, creando una suerte de depósito para el agua de lluvia estancada que sería el caldo de cultivo ideal para los mosquitos cuando

hiciera más calor. Y aunque la cafetería se construyó con troncos que nunca habían tenido que pintarse ni barnizarse, las molduras pintadas de las ventanas y puertas se estaban desconchando. También el muelle estaba en mal estado, con tablas encharcadas que indicaban podredumbre y algunos tablones que ya brillaban por su ausencia. Los aseos del puerto no estaban en absoluto relucientes y una enredadera de kudzu, invasora y de rápido crecimiento, trepaba por la pared trasera. Aunque sabía que volvería a crecer —el kudzu puede crecer medio metro al día—, lo arranqué lo mejor que pude.

Al llegar al límite de la propiedad, encontré el antiguo sendero que llevaba a la cima de las colinas y luego rodeaba el lago. Lo seguí hasta el final, las preguntas sobre el deterioro del refugio y mi preocupación por George marcándome el paso.

No me cabía en la cabeza. George siempre había sido muy meticuloso con el mantenimiento y seguía un detallado programa de mantenimiento y reparaciones durante todo el año. ¿Qué había pasado? ¿Y por qué Robyn no había intervenido y hecho algo al respecto? Si Vera y el puñado de personas que trabajaban en el refugio no le preocupaban, cabría pensar que al menos se preocuparía por el legado de George y Adele. ¿De veras no le importaba? ¿Era realmente tan egoísta?

Cuanto más caminaba y pensaba en Robyn, más enfadada me sentía, sobre todo después de subir a lo alto de una colina que dominaba un valle verde salpicado de casas y graneros.

Aunque las cabañas parecían pintorescas y ordenadas desde la distancia, yo sabía desde mi infancia que muchas estaban en diversas fases de deterioro. Una de ellas estaba lo bastante cerca como para que pudiera apreciar el grado de abandono: un porche inclinado construido sobre bloques cada vez más hundidos de hormigón, la pátina de óxido en un tejado metálico, un camión abandonado al que le faltaba una rueda medio cubierto por un manto de kudzu. A menos que alguien interviniera, las enredaderas acabarían tragándose del todo al final del verano. El camión se convertiría en otro de esos topiarios involuntarios que a veces se ven en los arcones de las carreteras del sur: coches, camiones o incluso casas enteras sepultados por enredaderas invasoras, engullidos por la naturaleza, como si no hubieran existido nunca.

La caminata de vuelta al refugio me llevó dos horas. La imagen de la granja, el camión y las enredaderas me acompañó durante todo el camino. ¿Cómo era posible que las cosas, las personas, simplemente desaparecieran? ¿Cómo era posible que yo estuviera aquí, en el lago, y Adele... simplemente se hubiera ido?

La certeza de la muerte es probablemente una de las pocas verdades absolutas de la vida y, sin embargo, apenas sabemos nada de ella. Todos opinan, pero nadie sabe realmente adónde va la gente cuando se va, si es que va a alguna parte. Y nadie vuelve para contártelo.

Mi deseo era invertir el calendario hasta mi última conversación con Adele. Si pudiera volver a vivir aquel día, habría colgado el teléfono y volado a Asheville esa misma noche y habría pasado los cinco días siguientes a su lado, cumpliendo su última petición. En toda su vida, mi abuela nunca me había pedido nada, excepto aquella vez.

Hay algo para lo que necesito tu ayuda, algo que no puedo hacer sola.

¡Si me hubiera dicho lo que era! ¡Si la hubiera obligado a decírmelo! Pero no lo hizo y yo tampoco. Nada había que pudiera hacer para cambiar eso ahora, nada que pudiera hacer por la mujer que tanto había significado para mí.

¿Lo había?

Salí del bosque poco antes de la puesta de sol, cansada y con los pies doloridos, y enfilé mis pasos hacia cobertizo de las herramientas. Tras rebuscar entre las telarañas y las sombras del

interior, localicé una pala y la llevé al puerto deportivo.

La raíz de la enredadera de kudzu era más profunda de lo que pensaba. Desenterrarla hizo que me cayeran gotas por la frente y me llenó las manos de ampollas. Pero estaba decidida. No podía dar marcha atrás al calendario. No podía alterar el pasado. Pero sí detener esta incursión y, al menos por hoy, evitar que los elementos se apoderaran del legado de las dos personas que más quería en el mundo. Tras desenterrar la corona, un tubérculo tan grueso y largo como mi brazo, a la luz de la luna llena, dejé la pala a un lado y me hundí en la hierba, con los brazos tan pesados que apenas podía levantarlos.

Y cuando volví los ojos al agua, habría jurado que la vi de nuevo, una figura solitaria de espaldas a mí, contemplando el lago, bañada por la tenue luz de la luna y vestida de azul empolvado.

Capítulo 6

Me desperté antes del amanecer con las hebras de un sueño —una conversación con la mujer de azul— aferrándose a mi cerebro como telarañas, pero enseguida lo aparté de mi mente, achacándolo todo a trucos de luz de la luna y a una imaginación hiperactiva. Tenía preocupaciones más urgentes. Encontrar trabajo, una taza de café y las razones de la caída del complejo encabezaban la lista. El segundo problema quedó resuelto y el tercero pasó a un primer plano cuando Robyn apareció en mi puerta con dos tazas de café espumoso y una gorda carpeta de archivos.

—He pensado que deberíamos hablar.

No me digas.

Si nos hubiéramos encontrado la noche anterior, la habría acribillado a preguntas y comentarios, o incluso a acusaciones. En lo que a mí respecta, Robyn tenía mucho de lo que responder, aunque eso no era nada nuevo. Pero era demasiado pronto para discutir y, con los años, había aprendido que la mejor forma de abordar cualquier problema es ignorar las personalidades, dejar las emociones a un lado y centrarse en los hechos. Cogí la taza que me ofrecía y le hice un gesto para que entrara sin mediar palabra.

Robyn dejó su carga sobre la mesita y se sentó en el descolorido sofá rojo; luego sacó un paquete de cigarrillos y un mechero del bolsillo.

—Pensé que ibas a dejarlo.

—Sí..., bueno. También yo.

Encendió un cigarrillo, entrecerró los ojos y le dio una larga y lenta calada, como si intentara tranquilizarse antes de continuar.

—George tuvo algunas citas con el médico ayer.

Ya lo sabía. Vera dijo que era pura rutina, pero la mirada en los ojos de Robyn hizo que se me encogiera el estómago.

—¿Está bien?

—Sí —dijo Robyn—. Por ahora. Pero lleva un tiempo olvidando cosas. Pequeñas cosas al principio, como no ser capaz de encontrar una palabra concreta, o las llaves del coche. Al principio no me preocupaba. Después de todo, tiene ochenta y siete años. Pero empeoró mucho tras la muerte de mamá. Cuando John y Janis Wilson llegaron el mes pasado, no recordaba sus nombres. Llevan cuarenta años viniendo aquí.

Me acordé de los Wilson. Habían venido al refugio en su luna de miel y volvían todos los años para celebrar su aniversario, convirtiéndose en buenos amigos de Adele y George. La señora Wilson pintaba acuarelas y les había regalado un cuadro del lago que aún colgaba de la pared,

cerca de la recepción. El señor Wilson jugaba al billar y casi siempre perdía contra George.

—George trató de tomárselo a risa calificándolo de «momento sénior». Pero cuando lo miré a los ojos, vi un destello de pánico. Y entonces me di cuenta... —Robyn guardó un breve silencio, bajó la mirada a sus manos y se pasó el cigarrillo entre los dedos—. No los recordaba en absoluto.

—Eso no significa necesariamente nada —dije, deseando que fuera verdad—. Como bien has dicho, tiene ochenta y siete años.

—Es más que eso. También tiene problemas para sumar las facturas, las cuentas son un desastre. —Levantó la cabeza y me dirigió una mirada reveladora—. La semana pasada, no recordaba cómo atar el *tippet* a su anzuelo.

—Bromeas.

George solía bromear diciendo que la única razón por la que había comprado el refugio era para seguir yendo a pescar. Si no recordaba cómo hacer el nudo de cirujano para añadir un nuevo trozo de *tippet*, el sedal de pequeño calibre que se utiliza en la pesca con mosca, es que algo iba mal. Apreté los labios, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Es..., es demencia?

—¡No digas eso! —espetó—. Se lo dije al doctor y te lo digo a ti; no vamos a usar esa palabra. No lo permitiré.

La brusca y repentina vehemencia de su respuesta me cogió por sorpresa. Sobresaltada, cogí un cojín de amapolas desteñidas de la esquina del sofá y me lo apreté contra el pecho. Robyn se levantó de un salto de su asiento, empezó a dar vueltas y a resoplar, el humo del cigarrillo saliendo del círculo de sus labios en ráfagas cortas y frenéticas, como mensajes de socorro de una señal de incendio.

—Empiezas a aplicar ese tipo de etiquetas a alguien y enseguida se le reduce a eso. Así que nunca digas esa palabra y el nombre de George en la misma frase.

Se dio la vuelta y me apuntó con el dedo.

—¡Nunca! ¿Entendido?

—Sí, vale. Lo siento —murmuré, sintiéndome cohibida y más que ligeramente desequilibrada.

Había pasado la mayor parte de mi infancia viendo a mi madre tambalearse al borde del desastre que ella misma se había impuesto, preparándose para su inevitable caída del precipicio, el resbalón que nos lanzaría a los dos al vacío, lo que, por supuesto, acabó ocurriendo. Así que, cuando se trataba de Robyn y de mí, la sensación de desequilibrio no era tan inusual. Pero esto...

No estaba preparada para esto.

La edad y la muerte nos reclaman a todos con el tiempo, lo sabía. Pero siempre había supuesto que el final de George llegaría de golpe y con fuerza, que se estrellaría contra el suelo con un estruendo que se oiría a kilómetros de distancia, como uno de los altísimos pinos que había talado para construir una cabaña para su mujer, dejando un vacío colosal allí donde antes se había erguido.

Desde el día en que entró en mi vida, así lo veía yo, como un árbol poderoso y profundamente arraigado: una sombra frente al sol, un refugio contra el viento, como un cobijo en la tormenta. Por eso me desorientaba imaginarlo empequeñecido de algún modo, aceptar que pudiera ser menos de lo que siempre había sido me resultaba imposible. Es decir, no estábamos hablando de un anciano cualquiera, ¡se trataba de George!

George el de las botas del cuarenta y nueve. George al que le encantaban los sombreros, el

whisky de Tennessee y los puros Flor de América. George, que recitaba poemas de Emily Dickinson y hablaba de las novelas de John Steinbeck, Flannery O'Connor y Pat Conroy, y que amaba los conciertos de violonchelo tanto como el *country pop*. George el cuentista, que obsequiaba a los huéspedes con un sinfín de anécdotas, incluida la de la vez que el autobús de gira de Willie Nelson se averió en las inmediaciones, y cómo Willie y la banda se registraron en el complejo y se sentaron alrededor del fuego hasta pasada la medianoche, tocando la guitarra y repartiéndose una botella de George Dickel Select que su servicial anfitrión trajo a la fogata.

¿Cómo era posible que un hombre como George, tan lleno de vida que a veces parecía más grande que la vida misma, tuviera demencia? No podía hacerme a la idea. Pero casi igual de difícil era reconciliarme con esta extraña versión de mi madre.

A mi juicio, Robyn siempre había sido tan débil..., balbuceante, débil e indecisa, una eterna adolescente, egoísta, desconsiderada y tan poco profunda como una sartén. Y, sin embargo, era evidente que había reflexionado largo y tendido sobre el poder de las etiquetas, lo que significan y cómo pueden influir en la forma en que la gente ve a los demás. Eso fue quizá lo más sorprendente de todo. Nunca había visto a mi madre como alguien que se parara a pensar.

—Vale, pero... ¿cómo se supone que tenemos que llamarlo si no...? —Hice una pausa, conteniéndome antes de pronunciar la palabra prohibida—. Si no, ya sabes..., eso.

—No existe —dijo Robyn—. Solo existe George, un hombre inteligente, fuerte e interesante que a veces olvida cosas y necesita apoyo para seguir siendo el hombre que siempre fue. El refugio siempre formó parte de eso, pero tal y como van las cosas... —Sacudió la cabeza—. No sé cuánto tiempo más podremos mantener el lugar a flote.

Vera tenía razón al preocuparse. Se trataba de algo más que de un mantenimiento aplazado por el dolor de George o la falta de atención de Robyn: el futuro del complejo estaba en juego.

—¿Cómo es de grave?

—Las reservas han bajado mucho. Llevan años cayendo, pero no me di cuenta hasta que empecé a investigar tras la muerte de mamá. Estamos en una encrucijada, Esme. —Robyn apretó los labios un instante—. Es hora de pensar en vender.

—¿Qué? —exclamé—. ¡No puedes vender el refugio! George y Adele se han pasado toda la vida construyéndolo. Es el hogar de George. Sería...

Robyn soltó un resoplido de exasperación y me cortó haciendo un gesto con la mano.

—¿Qué quieres que haga, Esme? El complejo está perdiendo dinero; lleva años así. No veo otra opción. Si George acaba necesitando... —Dudó, como si temiera que mentarlo pudiera hacer que ocurriera—. Más cuidados, o incluso un tipo de vida diferente, no sé de qué otra manera íbamos a sacar el dinero para pagarlo. —Se hundió en el sofá y aplastó la colilla contra la tapa de plástico de su café, ya frío, y luego se frotó la cara con las manos—. Sé que no querías venir a casa, pero me alegro de que lo hayas hecho. Llevo meses dándole vueltas a esto y sigo sin ver otro camino. —Levantó la cabeza—. Esme, necesito tu ayuda.

—¿Para vender el refugio de George?

¿Creía en serio que yo estaría dispuesta a participar en eso? No podía ser. La casa era el hogar de George. Y también el de Robyn. Aparte de los años que habíamos pasado vagando de un apartamento barato e infestado de cucarachas a otro y los que ella había pasado entre rejas, nunca había tenido otro hogar. ¿No significaba eso nada para ella?

Crucé los brazos sobre el pecho. Robyn se encogió de hombros aparatosamente.

—Bien —dijo ella—. Entonces, ayúdame a idear otro plan, porque no tengo nada.

—Por si lo has olvidado, me gano la vida leyendo libros. ¿Qué te hace pensar que puedo

ayudar?

Me fulminó con la mirada y sacó un paquete de Marlboro del bolsillo.

—Porque tú has ido a la universidad y yo abandoné en secundaria. Porque tú eres más lista que yo, joder. —Sacó un cigarrillo del paquete—. Ya está. Ya lo he dicho. ¿Estás contenta ahora?

¿Contenta? ¿Por qué iba a estarlo? ¿De dónde se había sacado la idea de que yo no la consideraba inteligente?

—Robyn, nunca dije...

—Para —dijo cansada, encendiéndose el cigarro—. Para, ¿vale? Si hubiera alguien más a quien pudiera preguntar, lo haría. Pero no lo hay.

Dio una calada y me miró.

—¿Entonces? ¿Vas a ayudar o no?

Capítulo 7

Aun cuando hubiéramos tratado de ponernos de acuerdo en algo tan mundano como pedir una *pizza*, cualquier negociación entre Robyn y yo iba a ser difícil. Hasta en los intercambios más sencillos había subtextos, heridas del pasado, traiciones y sospechas siempre al acecho.

Sin embargo, en cuanto Robyn abrió sus archivos y empezó a explicarme las cuentas, me di cuenta de dos cosas. Primero, que George le importaba tanto como a mí. Segunda, que el complejo tenía graves problemas financieros. Ambas convinimos en que había que hacer algo, pero no pudimos ponernos de acuerdo en cómo hacerlo y discutimos durante más de una hora sin llegar a ninguna parte.

—Vale, vale, vale —dije finalmente, metiéndome los dedos en el pelo y cortando a Robyn en medio de un punto que ya había dicho cinco veces—. Entiendo lo que dices y no discrepo. Todo se reduce a dos problemas: la disminución de la ocupación y el mantenimiento diferido.

—Exactamente —respondió Robyn—. Es lo del huevo y la gallina. Estamos perdiendo negocio porque necesitamos renovar, pero no podemos renovar porque el negocio ha bajado. ¿Será un callejón sin salida?

Era ambas cosas. Y posiblemente una espiral de muerte irreversible. Pero no lo dije en voz alta.

—Lo llames como lo llames, deberíamos renovarlo. En serio —dije, extendiendo los brazos para abarcar el maltrecho entorno—, ¿de verdad crees que alguien estaría tan loco como para comprar un viejo y destartado complejo de pesca que lleva años perdiendo dinero? Para poder venderlo tendrías que arreglarlo, así que ¿por qué no hacerlo de todos modos, publicitarlo un poco e intentar que vuelva a ser rentable?

Ya había propuesto otras versiones del mismo argumento, pero esta vez Robyn parecía estar escuchando. Volcó del todo la taza de café y se bebió las últimas gotas; luego rodeó la taza vacía con las dos manos y se la encajó en la barbilla.

—Vale, pero... ¿cuánto tiempo crees que tardaríamos? Quiero decir, en obtener beneficios.

—¿Si todo saliera bien? —Elegí un número al azar. En serio, ¿cómo iba a saberlo?—. ¿Dos años? —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Tal vez tres?

—No. Eso no funcionará. No podemos esperar tanto.

—Espera, ¿y si fuera solo un año? —dije, un poco a la desesperada, sabiendo que solo tenía una oportunidad para hacerla cambiar de opinión—. O ¿para el final del verano?

—¿Tres meses? —Hizo una pausa—. Eso es imposible. No se puede.

Aunque agitó la mano a modo de rechazo, había un tono interrogante en su voz que me hizo pensar que al menos una parte de ella quería convencerse.

—¿Y si hacemos un trato? —pregunté, acercándome a Robyn—. Dedicaré el verano a buscar formas de mejorar nuestro *marketing* y aumentar los ingresos. Y trataré de hacerme una idea de lo que tendríamos que hacer en cuanto a reformas, empezaré a pedir presupuestos y...

—Eso ya lo he hecho yo —dijo Robyn, inclinando la barbilla hacia su carpeta—. Tienes razón; nadie va a comprar este lugar tal como está. Pensé que sería mejor arreglarlo un poco antes de ponerlo a la venta. Esperaba que te encargaras tú. No tengo tiempo material.

—No hay problema —dije, asintiendo con la cabeza y tratando de parecer dispuesta—. Me ocuparé de todo, pero con una condición: que me des el verano para enderezar la situación. Si el refugio da beneficios el Día del Trabajo, no lo vendes. ¡Ah! —exclamé, pensando en una salvedad más—, y tampoco hablarás con George de vender antes de esa fecha, ni una palabra. ¿Trato hecho?

—De todo modos, tampoco pensaba hacerlo hasta que no hubiera más remedio, no tiene sentido molestarle. Pero... —Mordió el borde de su taza de café, dejando la marca de los dientes en la espuma—. No lo sé.

—¿Qué no hay que saber? —pregunté, exasperada—. Lo vendas o no, tienes que reformarlo. Probablemente nos lleve casi todo el verano. Así que ¿qué diferencia hay?

Robyn entrecerró los ojos.

—Vale, pero ¿qué pasa si te hacen una oferta de trabajo?

Era una pregunta legítima, una pregunta que no me había planteado como es debido. Quería volver al trabajo y a la ciudad lo antes posible, pero esto era más importante. El refugio era el hogar de George. E incluso después de tantos años, seguía considerándolo mi hogar, una especie de ancla emocional, la única constante en mi vida.

—O los convenzo para que me guarden el puesto o les digo: gracias, pero no, gracias.

—¿Así que prometes que vas a pasar aquí todo el verano? ¿Con o sin trabajo?

Cuando asentí, parpadeó y movió un poco los hombros.

—De acuerdo, entonces. Parece que el refugio va a recibir un buen lavado de cara. Ahora lo único que tenemos que hacer —dijo, cogiendo su carpeta— es pensar cómo vamos a pagarlo.

Las listas de reparaciones necesarias y presupuestos que Robyn había reunido eran exhaustivas, pero no muy alentadoras.

—Hay un punto positivo —dijo—. La número diecisiete está reservada para ocho semanas.

—¿Dos meses enteros? —Si era cierto, este era en efecto un punto brillante, sorprendente. Según los gráficos de Robyn, nuestra reserva media era de solo cuatro noches—. ¿Quién hizo la reserva?

—Un tipo llamado Bob Johnson. Se ha quedado con nosotros un par de veces en el pasado. Nunca llegué a conocerlo, pero George sí. Por lo visto, es escritor. ¿Has oído hablar de él?

—No. Tal vez utilice un seudónimo —dije, y luego pasé el dedo por una columna de números, haciendo una mueca de dolor al ver el total marcado con un círculo rojo—. ¿Setenta y tres mil? ¿En serio?

—Me temo que sí. Y eso solo cubre las reparaciones más urgentes —dijo Robyn, abriendo un cuaderno—. Hablamos de cambiar el muelle y el horno, reparar las pasarelas y el alumbrado, reasfaltar el aparcamiento...

Tenía razón en lo del aparcamiento. Con todos esos baches, parecía un paisaje lunar y daba una pésima, pero tristemente acertada, primera impresión.

—Y tenemos que redecorar —continuó—. Las cabañas necesitan cortinas nuevas, alfombras, toallas, ropa de cama, todo. Los colchones están fatal.

Me froté un punto dolorido en la parte baja de la espalda. En eso también tenía razón.

—¿Qué es esto? —Señalé una entrada para mejoras eléctricas—. La electricidad funciona, ¿no? Quiero decir, ¿todo está en regla?

Robyn sacudió la cabeza.

—Sí y no. George hizo parte del cableado por su cuenta. Convendría que lo revisara un electricista de verdad. Pero la mayor parte del presupuesto es para nuevos enchufes. Según nuestras críticas en Internet (que son bastante terribles, por cierto), no tener suficientes enchufes es una de nuestras principales quejas.

—Vaya. ¿De verdad has entrado en Internet y has leído las críticas?

Robyn apretó la mandíbula.

—Sí, Esme. ¿Crees que no me da la sesera para entrar en Internet?

—¿Qué? ¡No! Solo quería decir que fue una buena idea. Si le preguntas a alguien directamente si disfrutó de su estancia, probablemente te dirá que estuvo bien, aunque no fuera así. Las opiniones en Internet son mucho más sinceras y específicas. Fue una buena idea —repetí—. De verdad.

Puso los ojos en blanco.

—¿Podríamos por favor reducir al mínimo los comentarios personales?

—¿Qué comentarios personales? Lo único que he dicho es que... —Robyn me fulminó con la mirada—. Bien. Centrémonos en encontrar el dinero para hacer todo esto.

—No estamos arruinados del todo —dijo, sacando un extracto bancario del montón—. Después de apartar algún dinero para los gastos del verano, aún nos quedan veintidós mil de reserva.

—Vale, entonces priorizamos. El horno puede esperar. Pero el muelle no puede y los jardines están hechos un desastre. No necesitamos redecorar todas las cabañas a la vez. Empecemos con... ¿cinco?

—Cinco está bien —dijo Robyn—. Deberíamos ponernos a trabajar en la número diecisiete lo antes posible. Si Bob Johnson cancela su reserva, estamos perdidos.

Pasamos otra hora haciendo números, intentando sacar el máximo partido a veintidós mil pavos. Con mi finiquito y el dinero que había estado ahorrando para la entrada del apartamento, yo misma podría haber financiado el resto de las reparaciones. Pero ¿debía hacerlo? Si el refugio estaba realmente en una espiral mortal, ¿era buena idea desinflar mi colchón financiero tratando de salvarlo?

—Hay una forma en la que podríamos sacar algo de dinero —dijo Robyn, interrumpiendo mi ensoñación—. Tal vez sea una idea descabellada, pero... podríamos intentar vender las colchas de Adele.

¿Las colchas de Adele?

Hasta el final de su vida, Adele siguió haciendo colchas para todas las cabañas, reponiéndolas periódicamente cada cinco años. Yo había dormido bajo una la noche anterior, con un diseño de una cabaña de madera. Significaba algo para mí porque la había hecho Adele, pero podría haber ido a casi cualquier tienda y comprar algo parecido, confeccionado en una fábrica cualquiera, por cincuenta pavos. La calidad habría sido pésima, pero si no conoces la técnica del acolchado, ¿notarías la diferencia?

—Esas no —dijo Robyn, leyendo mi confusión—. Las colchas raras. Las de colores.

Ahora lo entendía. Además de hacer colchas para las cabañas —colchas utilitarias, como siempre las había llamado, para indicar que eran funcionales—, Adele también había cosido otras colchas, colchas que no estaban destinadas a ser usadas y que rara vez había visto nadie, ni siquiera yo.

Eran originales en su diseño y muy abstractas, sin los tradicionales cuadrados. A menudo utilizaba formas geométricas estándar, pero de manera impredecible. Y, a veces, sus parches eran curvos o rizados, como ondas ondulantes. No había dos iguales, pero todas llevaban el sello particular de Adele. Recuerdo una que había terminado cuando yo estaba en el instituto, con delicados montones de tela, apilados unos sobre otros en una miríada de tonos dorados, intercalados con finas tiras de arcilla y tiza. Me recordaba a los acantilados del desierto, testigos ancestrales del paso del tiempo.

—La gente debería ver esto —le dije—. ¿Por qué no la presentas en la feria del condado?

—Oh, Esme —dijo Adele, y luego se echó a reír.

Le dije que hablaba en serio, que era una colcha preciosa y que la gente tenía que verla, pero ella siguió riéndose.

—Me alegro de que te guste. Pero nadie lo entendería, créeme. Además, no se trata de eso. Hago estas colchas para mí, para explicarme a mí misma. Igual que tú escribes tus historias. ¿Entiendes?

Mis historias trataban de hombres lobo, de hadas, de espeluznantes asesinatos sin resolver o de cualquier otra cosa que considerara con posibilidades de ser publicada. Aparte del anhelo de ver mi nombre en la portada de un libro, no tenían nada que ver conmigo. Pero admitirlo me resultaba embarazoso, así que opté por dejar el tema.

—¿De veras crees que alguien querría comprar las colchas de Adele? —le pregunté a Robyn.

—Tal vez. Hay una galería en Asheville que lleva arte textil. En realidad, es más como una cooperativa. Enseñan a tejer, hilar, cestería, ese tipo de cosas —explicó—. Parece que lo de la galería es más bien una actividad secundaria, para proporcionar a los estudiantes un espacio donde vender lo que hacen.

»Me pasé por allí el mes pasado y le enseñé a la señora que lo lleva una foto de una de las colchas de mamá. No me supo decir cuánto valía sin ver la colcha, pero me dijo que nos pusiéramos en contacto con ella si alguna vez queríamos venderla. Quizá deberíamos llamarla.

Yo no estaba tan segura.

Cuando empecé a trabajar en DM, Yolanda y yo alquilamos un puesto en una feria de artesanía con la esperanza de vender sus monstruos de ganchillo y mis joyas hechas a mano. Después de pagar los materiales, el alquiler del puesto y dos perritos calientes para comer, acabamos el día con un agujero de setenta dólares. ¿Estaba dispuesta a dejar que una propietaria de cooperativa con chanclas Birkenstock vendiera las colchas de Adele por una miseria en su mercadillo?

—Tenemos que hacer algo con ellas —dijo Robyn, respondiendo a mis dudas—. De lo contrario, acabarán comidas por las polillas en el almacén.

—¡No! ¿Quieres decir que hay polillas en las colchas de Adele?

—Cálmate —dijo Robyn, presionando el aire con las manos—. Están bien. Hay montones ahí arriba, pero he desenvuelto solo una y le he hecho una foto para enseñársela a la señora de la galería. ¿Ves? —Sacó el teléfono y me la mostró.

Las pocas colchas que Adele me había dejado ver solían centrarse en una estrecha gama de colores en múltiples tonos. Pero esta colcha presentaba innumerables y coloridos retazos

aplicados sobre un fondo blanco recortado. Parecía una fiesta, como si alguien hubiera lanzado al aire un puñado de confeti y hubiera hecho una foto. Aquella colcha desprendía movimiento, movimiento y alegría.

Se me humedecieron los ojos.

Robyn suspiró.

—Tienes razón. No podemos vender las colchas. —Se enjugó los ojos—. Debería irme. Vera trabajó hasta tarde anoche, así que hoy me tocan todas las tareas domésticas.

—¿Quieres ayuda?

—¿Tuya? —Soltó una carcajada—. Eh..., no.

—De acuerdo —dije—. Pero, antes de que te vayas, ¿crees realmente que el médico no se equivoca con lo de George? Anoche estuvimos hablando un buen rato y parecía estar bien.

Asintió tal y como hace la gente cuando te da la razón como a los tontos, aunque sepan que no la tienes.

—Tiene días mejores y días peores. Ya lo verás. —Se puso en pie—. Dejo aquí la carpeta; necesitarás las listas. Gracias por hacer esto, Ez.

—Encantada de ayudar —dije, cogiendo la carpeta de su mano—. Me gusta tener un proyecto.

Robyn sonrió.

—Sí. Lo recuerdo.

Yo también sonreí. Es cierto, lo único que temo tanto como las horas muertas es no tener nada que aportar. Y aunque no me hacía ilusiones de que nosotras pudiéramos llegar a tener una verdadera relación, tenía que admitir que Robyn parecía diferente. Tal vez George tenía razón; tal vez la gente puede cambiar.

Robyn abrió la puerta, pero no salió.

—Casi lo olvido. Hay una caja que Adele quería que tuvieras. Ella lo mencionó el día antes del derrame, me dijo que te la diera.

—¿Una caja? ¿Qué hay dentro?

—¿Cómo voy a saberlo? Barátijas, con toda probabilidad. La semana pasada, abrí un cajón y encontré cientos de esos alambres retorcidos que se ponen en las bolsas de pan; probablemente los había estado guardando desde los tiempos de Nixon.

—Un momento —dije, cerrando los ojos—. ¿Adele te habló de esa caja el día antes de morir y me lo dices ahora? ¿Estás de broma? —exclamé, dejando caer las manos y toda esperanza de reconciliación con mi madre. Intentaría llevarme bien con ella, por el bien de George.

Pero yo estaba en lo cierto la primera vez; Robyn seguía siendo Robyn.

Nada cambiaría eso jamás.

Capítulo 8

Al día siguiente, seguí a Robyn mientras subía las escaleras del almacén del segundo piso, sus pisadas furiosas levantando motas de polvo a cada paso.

—Porque lo olvidé. ¿Vale, Esme? Por milésima vez, ¡simplemente, se me olvidó!

Al llegar al rellano y luego a la puerta, Robyn sacó un pesado llavero del bolsillo de su chaqueta y tanteó la colección, buscando la correcta.

—¿Cómo es posible? —pregunté cuando introdujo la llave en la cerradura—. Fue una de las últimas conversaciones que tuviste con ella, ¡la última! ¿Cómo has podido...?

Robyn tiró de la llave hacia la izquierda, empujó la puerta con tanta fuerza que chocó con una pila de sillas que bloqueaba parcialmente la abertura, luego se dio la vuelta y gritó:

—¡Porque sí! Porque no todo gira en torno a ti. Por si no te habías dado cuenta, Esme, tengo varias cosas entre manos. Mientras tú te paseabas por Nueva York, yo me quedaba aquí, cuidando de George y del complejo, tan ocupada intentando mantener la cabeza fuera del agua que ni siquiera tuve un día para sentarme y llorar la muerte de mi madre.

Robyn siempre fue de mecha corta, pero la intensidad de su enfado, así como lo que tenía que decir, me sacó de mis casillas. Pulsé el interruptor que había junto a la puerta y se encendió una lámpara de dos bombillas, demasiado pequeña para el espacio cavernoso, que apenas servía para disipar las sombras.

—Lo siento. Supongo que no era consciente de lo duras que eran las cosas para ti.

—Bueno, si llamaras de vez en cuando, tal vez lo serías.

Su comentario me dolió en el alma, como suelen doler las observaciones dolorosamente certeras.

Había pasado gran parte de mi existencia intentando alejar a Robyn de mi vida y de mis pensamientos y, en general, había tenido éxito en mi empeño: no la llamaba a menos que fuera estrictamente necesario, y en las conversaciones con mis abuelos, rara vez la sacaba a colación si ellos no lo hacían antes. Aunque tenía buenas razones para sentirme así, ahora no dejaba de preguntarme si no había ido demasiado lejos.

Desde el día en que George me trajo al lago y Adele me dio la bienvenida con una sonrisa, un abrazo y un trozo de tarta de caramelo, los había abrazado como familia y al lago como mi hogar: nuestra familia, nuestro hogar. Robyn ahí no tenía cabida. La mantuve apartada, separando los recuerdos de la vida que había conocido hasta entonces de la nueva y mejor vida que había encontrado con mis abuelos.

Pero este era su hogar, y también su familia, tanto como lo era mía. Quizá más. Ella había estado aquí primero y se había quedado la última; mientras que yo había huido a Nueva York sin

apenas mirar atrás y la había visitado con mucha menos frecuencia de la debida. Siempre había acusado a Robyn de egocéntrica, pero ¿quién era la egoísta ahora?

De haber sabido cómo empezar, quizá habría intentado disculparme. En lugar de eso, hice lo que pude para ser útil. Y cambié de tema.

Robyn sacó una escalera alta de detrás de un montón de muebles viejos cubiertos con fundas para el polvo. Yo corrí a sujetarla mientras subía y acto seguido empecé a contarle mis progresos en las reformas. Aunque el temperamento de Robyn podía estallar más rápido que un petardo, tendía a apagarse con la misma celeridad. Cuando le hablé de la oferta que había encontrado en colchones, torció los hombros y me miró desde el tercer escalón con expresión incrédula.

—¿Cuánto?

Repetí la cifra, explicando que había encontrado una rebaja del veinte por ciento.

—Pero conseguí que me rebajaran otros mil.

—¿Cómo?

—Porque estábamos comprando cinco a la vez. Además, soy buena regateando.

—Ya veo.

Continuó su ascenso. Cerré los ojos, arrugué la nariz y estornudé. Ya casi nadie subía aquí y el almacén estaba lleno de polvo. No pude evitar preguntarme cómo afectaría a las colchas de Adele. Según Robyn, estaban bien envueltas en papel de seda. Eso quisiera ver yo, pero como estaban guardadas en el armario y la escalera de Robyn bloqueaba la puerta, tendría que esperar. La misión de hoy era localizar la caja que Adele había dejado específicamente para mí y que, según creía Robyn, estaba escondida en algún lugar entre una torre de cajas apiladas encima del armario.

Siempre me han dado miedo las alturas. Incluso verla ascender me ponía nerviosa, así que me entretuve hablando sin parar, procurando mantener mi ansiedad y mi pulso bajo control.

—Entonces..., llamé a un par de contratistas, intenté conseguir otro presupuesto para el aparcamiento... —Sentí un cosquilleo en la nariz. La boca se me abrió de par en par y estornudé dos veces más.

—¡Ya van tres! —exclamó Robyn, mirándome—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Alguien está enamorado de ti.

—Lo dudo mucho —dije, y continué donde lo había dejado—: De todos modos, un tipo sugirió que retiráramos el viejo asfalto y lo sustituyéramos por grava. Dada nuestra ubicación rural y ambiente rústico, creo que estaría bien. Y nos ahorraríamos un buen dinero.

—Cualquier cosa es mejor que un aparcamiento que parece la superficie lunar al conducir. Pero deja que hable con George antes de tomar una decisión. Se pone de mal humor si siente que se le deja al margen. —Movié una caja para ver la que estaba debajo—. No, esta no es.

Robyn soltó la escalera y alcanzó otra caja, subiendo un peldaño por encima del que claramente indicaba en letras rojas que no era seguro pasar de ese punto. Apreté los labios para no soltar un grito de advertencia y me agarré con más fuerza a la escalera.

—Y estaba pensando en maneras de atraer más negocio. Quizá deberíamos hacer publicidad en Facebook —dije, arqueando el cuello y mirando las suelas de sus zapatos—. DM empezó a hacerlo el año pasado. No es caro y puedes dirigir los anuncios a públicos específicos.

—Ajá —murmuró distraídamente—. Suena bien.

—Pero he pensado que tal vez deberíamos vincularlo a algún tipo de evento especial. La gente está inundada de publicidad, así que necesitamos algo que los emocione.

Robyn se puso de puntillas y estiró un brazo al máximo.

—¿Qué tenías pensado?

—Nada especial. Esperaba que tú me dieras alguna idea.

—Yo no soy la que ha ido a la universidad, chica. Te dejo la reflexión a ti.

Se me desencajó la mandíbula. ¿A qué narices venían esos comentarios sarcásticos sobre mi educación en comparación con la suya? ¿La insinuación de que me creía mejor que ella, más lista, solo porque había terminado la universidad? ¿Lo de que era demasiado finolis para el trabajo pesado? Yo había estudiado en los Apalaches, no en Harvard, había pedido préstamos y había trabajado de camarera para pagarme los estudios.

—Adele dijo que estaba aquí —murmuró Robyn—. Pero quizá no me enteré bien. Quiero decir, ella no era mucho más alta que tú. ¿Cómo diablos habría podido subirla?

Se balanceó sobre la escalera, aguzando la vista hacia los oscuros recovecos creados por las torres de cajas y los ángulos llenos de telarañas del empinado techo de troncos.

—¡Espera! Creo que la veo.

Levantó ambos brazos por encima de la cabeza, tocando ligeramente una viga de tronco con la punta de los dedos, luego plantó el pie izquierdo en lo alto de la escalera y se impulsó con el derecho.

—¡Mamá! ¡Para! ¿Estás loca? ¡Para!

—¿Mamá? —Robyn estaba ahora en la parte superior de la escalera. Inclino la cabeza hacia abajo, sonriendo—. No me has llamado mamá desde que aprendiste a ir al baño.

—¡Baja de ahí! ¿Quieres matarte?

Se rio.

—¡No seas histérica! Es perfectamente seguro. ¿Ves?

Soltó la viga y extendió los brazos a los lados en un grácil arco, con los dedos curvados, echando el pecho hacia delante y los hombros hacia abajo, y levantó lentamente la pierna izquierda, balanceándose sobre el estrecho saliente de la parte superior de la escalera en un perfecto arabesco de infarto.

Cerré los ojos. No podía mirar. Estaba sudando.

—¿Quieres hacer el favor de bajar de ahí?

—Espera un segundo. Todavía tengo que coger la caja.

Oí crujidos y rozamientos, el ruido de cartón sobre cartón.

—¡Cógela!

Abrí los ojos, vi una caja que caía hacia mí y estiré la mano para cogerla un nanosegundo antes de que me golpeará en la cabeza. Robyn bajó por la escalera con la seguridad y desenvoltura de un bombero que se desliza por un poste, sonriendo al llegar al suelo.

—Siempre fuiste un gato asustadizo, incluso cuando eras pequeña.

Y tú siempre tan temeraria. Imprudente con tu vida, y con la mía.

Era una caja de cartón normal, de las que se usan para guardar archivos. Adele había escrito «Guardar para Esme» en la parte superior con rotulador rojo y la había asegurado con dos vueltas de cuerda. La llevé al vestíbulo y Robyn me siguió. Cuando bajamos, George, que estaba de pie junto a una estantería de la cantina, llenando una cesta de chocolatinas, levantó la vista.

—¿La has encontrado? ¿Qué contiene?

—Aún no lo sé. ¿Echamos un vistazo?

Dejé la caja en el suelo. George sacó su navaja y me la entregó. Aserré las cuerdas,

preguntándome qué contendría, convencida de que fuera lo que fuera debía de ser algo extraordinario e importante. ¿Qué podía ser?

¿Recuerdos familiares? ¿Colchas? ¿Un conjunto de cartas que escribía, pero nunca envié, explicando el secreto de la vida? ¿Joyas? ¿Una bolsa de terciopelo con doblones de oro?

Poco probable, pero los doblones me habrían venido de perilla en este momento. Además, una de las primeras historias que escribí, cuando tenía once años, presentaba una circunstancia parecida. Naturalmente, los personajes vivieron felices por siempre jamás. ¿No sería estupendo que nosotros pudiéramos hacer lo mismo?

Mientras George y Robyn miraban, corté la última cuerda, quité la tapa y miré dentro. En lugar de monedas de oro y finales felices, la caja estaba llena de papeles.

Había un sobre de recortes de periódico amarillentos, dispuestos sin ningún orden en particular. Otro contenía recetas escritas en un extraño *collage* de papeles y tarjetas. Clasificándolas, encontré el preparado de gambas y sémola que me había enseñado antes de irme a Nueva York, garabateado en el reverso de una vieja tarjeta de Navidad. En una hoja de cartulina rota, de las que los niños usan para hacer manualidades, descubrí la receta de la tarta de caramelo que me había preparado en mi primer día en el lago y en todos mis cumpleaños posteriores. Adele tenía la costumbre de coger cualquier cosa que tuviera a mano cuando quería anotar algo, y siempre que se le traspapelaba, decía: «¿Dónde demonios está? Lo escribí en el reverso de un recibo de Harris Teeter y lo puse justo aquí, sé que lo hice».

Rebuscando un poco más, encontré dos viejos y queridos ejemplares de libros del poeta de origen libanés Kahlil Gibran, un libro de grabados de arte con las páginas dobladas, una larga cadena de sujetapapeles, una piedra lisa del tamaño de una piña con rayas negras y cobrizas, una caja de pintura seca, tres pinceles, un callejero antiguo de Asheville, un calendario de pared de 1943 que proclamaba con orgullo ser «Un regalo de Hillyard Automotive, el garaje de los buenos vecinos de Asheville», una bolsa de plástico con cientos de hexágonos de cartón, de los que usan las expertas en acolchado para el empalme de papel inglés, y unos cuantos cuadernos de espiral con tapas negras.

Al principio, pensé que podían ser diarios. Adele había escrito algunas palabras aquí y allá, pero la mayoría eran manchas de pintura. Parecían más deliberadas de lo que la palabra «manchas» podría sugerir, pero era imposible saber qué significaban, si es que significaban algo.

Robyn metió la mano en la caja y sacó una cadena de sujetapapeles, colgándola sobre mi cabeza.

—¿Qué te dije? Porquerías. Más lazos y pelotas de goma elástica.

—Siempre fue de guardarlo todo —dijo George asintiendo, pero con cara de decepción.

Como tantas otras personas que habían vivido la Gran Depresión, Adele se resistía a deshacerse de todo aquello que pudiera tener una remota posibilidad de ser útil. «Nunca sabes cuándo lo puedes necesitar», había sido el lema de Adele. ¿Era esto más de lo mismo?

La decepción que sentí al acercarme al fondo de la caja era palpable. Me había convencido de que había algo importante en su interior, de que Adele había dejado intencionadamente un mensaje para que yo lo encontrara, una continuación de la conversación que yo tantas veces y durante demasiado tiempo había pospuesto, respuestas a las preguntas que debería haber formulado cuando tuve la oportunidad. Respuestas que, tal vez, podrían proporcionarme algunas respuestas a mí también, pistas que me ayudaran a resolver el rompecabezas de mi vida, antes ordenada, pero ahora totalmente descarrilada. En lugar de perspicacia y respuestas, Adele me había dejado un legado de viejas recetas, cuadernos usados y enigmas sin resolver.

Robyn soltó la cadena de clips de entre sus dedos. Cayó sobre los papeles con un sonido resbaladizo, como el de una serpiente que se desliza hacia la seguridad de su guarida.

—Bueno... Me alegro de haberme jugado la vida para recuperar esto para ti.

Se agachó para coger la caja. Le aparté la mano.

—¿Qué haces?

—Tirarlo a la basura. A menos que haya algo que quieras guardar. ¿Se te están acabando los clips, quizá? ¿O los calendarios de pared caducados? ¿O te faltan piedras? Como no cocinas, sé que esa carpeta de recetas no la necesitas.

Sentí su sarcasmo como un pinchazo, un intento deliberado de hacerme reaccionar. Me dije que no mordería el anzuelo, pero cuando hablé mi voz sonó más a la defensiva de lo esperado.

—Cocino. Pero no muy a menudo. Ahora que tengo más tiempo, quizá pruebe alguna de estas —dije, cogiendo la carpeta de recetas y pensando que realmente cabía la posibilidad.

Aunque siempre había tenido la intención de aprender repostería, nunca me había puesto a ello. Y no había comido tarta de caramelo desde que cumplí diecinueve años. Para mi próximo cumpleaños, tal vez podría hacerla yo misma. A Adele le habría gustado. Aunque puede que lo mejor fuera empezar con el pan de maíz de la señorita Ida. Las instrucciones que Adele había escrito de su puño y letra parecían mucho más sencillas que la tarta de caramelo.

Cogí la gastada tarjeta de recetas de tres por cinco. Sentí el dorso resbaladizo contra mis dedos. Entonces me di cuenta de que no era una tarjeta, sino una fotografía. Le di la vuelta.

La foto en blanco y negro mostraba a una mujer de poco más de veinte años, con rizos hasta los hombros apartados de la cara y escondidos bajo un gracioso sombrerito más decorativo que funcional, frente a una gran casa con un amplio porche, montantes de abanico flanqueando la puerta principal y molduras de estilo Tudor que parecían desentonar con la sólida huella colonial. Era un edificio indeciso, una casa que no acababa de decidirse a ser lo que quería ser. La expresión de la cara de la joven, la forma en que apretaba las manos, como si tratara de evitar que se le cerraran, me indicaron que sufría el mismo tipo de dudas.

Pero lo que me había acelerado el corazón era su atuendo: una falda plisada bajo una chaqueta de cintura recortada con grandes hombreras, y la maleta retro y la carpeta de dibujo que tenía a sus pies.

George se agachó para ver más de cerca.

—Recuerdo ese traje —dijo—. Fue su mejor traje durante toda la guerra. Por aquel entonces, uno no podía irse de compras cuando quería. Las cosas estaban racionadas.

Incliné la cabeza hacia atrás, mirándole.

—George, ¿de qué color era? ¿Te acuerdas?

—Azul. Ese tono tan claro; ¿cómo lo llaman? —Frunció el ceño, dudando un instante, y chasqueó los dedos cuando se le vino a la cabeza—. ¡Azul empolvado!

—Así es —murmuré, volviendo los ojos a la fotografía—. Así es.

Conocía ese color, ese traje, a la mujer que estaba frente a la casa, indecisa. Y aunque no puedo explicar cómo, de repente comprendí por qué había venido a Asheville y cómo se sentía al respecto, como si, extraña y vívidamente, las sombras de cosas que habían acaecido décadas antes de mi nacimiento hubieran cobrado vida en mi imaginación.

También comprendí, de forma igualmente repentina, la razón por la que mi abuela me había pedido que volviera a casa.

Mostaza y menta

Enero de 1942

Los domingos por la mañana en Asheville son tranquilos. Es de agradecer.

Aunque había enviudado en 1934, Ida Ramsay, propietaria de la pensión, me pidió que la llamara señorita Ida. Al parecer, referirse a una mujer casada o viuda como «señorita» es común en el sur, independientemente de su edad. Me parece raro, pero supongo que acabaré acostumbrándome.

Nunca se lo preguntaría directamente, pero a juzgar por su pelo canoso y ondulado y por la piel suelta de su cuello, que tiene todos los visos de convertirse pronto en una barba, diría que la señorita Ida ronda los sesenta y dos años. Es amable, hospitalaria y buena cocinera. Pero no para de hablar, ¡nunca!

Cuando llamé a la puerta de la pensión, con el único deseo de un baño caliente y una cama, insistió en que posara para una foto antes de dejarme entrar. Me quedé de pie delante de la casa con mi equipaje mientras ella permanecía de pie en medio de la calle, jugueteando con su cámara Brownie y parloteando en un tono agudo, una especie de gorjeo incesante que me recuerda a los mirlos que solían posarse en el árbol de la esquina de mi calle en Baltimore.

—Está bien, señorita Maslow. Puede dejar sus cosas en la acera. Me alegro de que haya llegado con buena luz. Anochece pronto y nunca se sabe si el autobús lleva retraso. Pero aquí está, ¡y justo a tiempo! ¿Le importaría desplazarse un poco a la izquierda?

»He hecho fotos a todos mis huéspedes desde que compré la pensión en el año 1935. Bueno..., no a la gente que está de paso —dijo, poniéndose la correa de la cámara alrededor del cuello—, sino a todos los que se quedan más de una semana. Pego las instantáneas en el álbum que tengo en el salón. Tendrá que echarle un vistazo después de cenar.

»¿Ha venido desde Washington? Nunca he estado allí, pero pienso ir algún día. Aunque supongo que tendré que esperar hasta que termine esta guerra, ¿no? ¿Tiene familia en el ejército, señorita Maslow? ¿Hermanos? ¿Primos? ¿Novios? ¿No? Bueno, eso es en cualquier caso una bendición.

»Si no recuerdo mal, el señor Chestnut, de la inmobiliaria, dijo que iba a ocupar algo así como un puesto de secretaria, ¿y trabajar para la señora Vanderbilt? Bueno, supongo que ahora es la señora Gerry, desde que se casó con ese senador de Rhode Island. El señor Vanderbilt murió tras una operación de apendicitis, pobre hombre.

Suspiró, frunciendo el ceño mientras inclinaba la cabeza hacia abajo para mirar a través del

objetivo de la cámara.

—Tan jóvenes. Y una pareja tan guapa, cívica y generosa. Se case con quien se case, siempre será la señorita Vanderbilt para la gente de Asheville. Pero ya no la vemos mucho, así que tengo curiosidad por saber por qué necesita una secretaria. ¿Y por qué no una chica local? La hija de mi hermana, Elaine, mecanografía cuarenta y cinco palabras por minuto y sabe taquigrafía.

La señorita Ida habla con preguntas constantes y rara vez deja de parlotear el tiempo suficiente como para obtener alguna respuesta. Pero esta vez sí lo hizo, mirándome expectante. Le conté lo que el señor Finley, director de la recién inaugurada Galería Nacional de Arte y jefe de mi jefe, me recomendó que dijera a cualquiera que me preguntara: que la señora Vanderbilt me ha contratado para catalogar la extensa colección de arte y antigüedades Biltmore, un proyecto que podría durar meses y posiblemente años.

—Aparte de eso —me había dicho el señor Finley, mirándome con ojos sombríos—, no hace falta que diga nada. Por supuesto, catalogará la colección Biltmore, o al menos hará como si lo hiciera. No obstante, se trata de una operación de alto secreto. Las obras de arte más preciadas de nuestra nación están bajo su cuidado. Nadie, aparte de un reducido grupo del personal y los guardias de seguridad, debe conocer el verdadero propósito de su presencia. Le ruego por tanto que sea reservada.

Nunca he hecho otra cosa, así que fue fácil prometer que lo haría.

La señorita Ida aceptó mi coartada con un murmullo, diciendo que suponía que eso lo explicaba todo, que necesitaban una chica que supiera un poco de arte, y volvió a trastear con la cámara. Podría haber pintado un retrato en el tiempo que tardó en hacer una foto teóricamente espontánea. Pero como iba a vivir en su casa, no dije nada y sonreí, intentando parecer alegre, como una joven ansiosa por empezar un nuevo trabajo en una nueva ciudad.

Supongo que no soy muy buena actriz.

—Intente sonreír, ¿quiere, señorita Maslow? Sé que debe estar cansada, pero parece que le ha sentado mal una ostra. ¿Ha probado alguna vez el pastel de caramelo? He horneado uno esta mañana. En cuanto acabemos con esto, le traeré un trozo. De modo que tal vez podría pensar en eso. Quédese quieta un minuto más. Quiero asegurarme de enmarcarlo todo a la perfección.

La señorita Ida se movió a la izquierda y luego la derecha, tratando de encuadrar la foto a «la perfección».

—Entonces, sabrá algo de arte, imagino. ¿Y supongo que también hará sus pinitos con la pintura, ¿cierto? Ya veo su carpeta. Eso está bien; las chicas también deberían tener sus logros. Mi hermana toca el piano y pinta porcelana y acabó casándose con un banquero. Yo hago punto y coso colchas, pero no es lo mismo, ¿no? Bueno, al menos no eres escritora. No me fío de ellos —dijo sacudiendo la cabeza—. La gente dice que Thomas Wolfe es un tesoro nacional. Tal vez lo sea. Pero su novela tocó muy de cerca a mucha gente de Asheville. Si usted fuera a escribir un libro sobre los personajes de mi pensión, le pediría que se buscara otro alojamiento. Pero pintar está bien, siempre y cuando no gotee y limpie lo que ensucie al acabar. Estoy segura de que le gustará su habitación. La acabo de pintar y le da el sol de la mañana, así que es bonita y luminosa.

La señorita Ida se agachó un poco más. Intenté parecer agradable y pensar en la tarta de caramelo. Debió de surtir efecto, porque al fin exclamó:

—¡Ya está! Perfecto.

Sacó la foto y me acompañó a casa, parlotando todo el camino. Y así sigue.

Aquella noche, durante la cena, uno de mis compañeros de pensión, George Cahill, un hombre alto que huele ligeramente a humo de puro, aunque no de forma desagradable, se inclinó hacia mí y me susurró por un lado de la boca:

—Por si te preguntabas qué le ha pasado al señor Ramsay, al pobre hombre le han hablado hasta la extenuación.

Luego me guiñó un ojo esperando verme sonreír.

No puedo decir que no estuviera tentada —era gracioso—, pero me limité a mantener los ojos en mi sopa. Nunca he pintado una taza de té en mi vida, pero la señorita Ida tiene razón, una chica debe tener sus logros. Lo único que me importa hacer durante mi exilio en Asheville es ser una mejor pintora. Así que George Cahill se puede guardar sus guiños para otra.

Esta mañana, la señorita Ida y los demás fueron a la iglesia. Yo me excusé de ir aduciendo dolor de cabeza, lo cual no era mentira. Hay otros seis huéspedes y no estoy acostumbrada a vivir tan apretada. Como si mi «bonito y luminoso» dormitorio no fuera suficientemente malo, siempre hay algún tipo de ruido..., puertas golpeando, agua corriendo, escaleras crujiendo y, por supuesto, la señorita Ida hablando.

Cuando todos se fueron, me tumbé en la cama con los ojos cerrados, disfrutando del silencio y tentada de volver a dormirme. Pero entonces, recordando la tarea que tenía entre manos y sabiendo que esta podía ser mi única oportunidad de completarla, salí de debajo de las sábanas, me puse un peto salpicado y una camisa vieja, me até un pañuelo azul al pelo y bajé las escaleras hasta el patio trasero.

Crecí en una casa adosada de ladrillo en Butcher's Hill, al sureste de Baltimore. El callejón era mi patio de juegos, el único lugar con espacio suficiente para que los niños jugaran al béisbol callejero y las niñas saltaran a la comba. Mis únicos encuentros con la naturaleza consistían en ir de vez en cuando a Patterson Park y ayudar a mi madre a plantar pensamientos en las jardineras cada primavera, para luego arrancar los restos secos cuando las flores se echaban a perder por el calor y la falta de cuidados, como inevitablemente ocurría en junio. Por eso, aunque el jardín de la señorita Ida no es más grande ni más extraordinario que el de otros vecinos, a mí me parece milagroso. No puedo hacerme a la idea de tener tanto espacio, ¡y todo para una!

El aire de enero era más frío que fresco, los árboles estaban desprovistos de hojas, los rosales de la esquina, esqueléticos, y la hierba aletargada, marrón. Aun así, el jardín dormido me parecía encantador. Cuando pienso en el aspecto que tendrá dentro de unos meses, imagino el color y el sabor de la primavera, casi puedo sentirme agradecida por estar aquí para presenciar su despertar. Sigo siendo una exiliada involuntaria, impaciente por volver a la ciudad, pero Asheville es más hermosa de lo que había imaginado. Durante los largos paseos que he dado para escapar del ruido y el bullicio de la ajetreada pensión, a veces vislumbro colinas lejanas y montañas de salvia plateada tan hermosas que el aliento y las palabras me abandonan, sustituidos por el sabor terroso de las setas recolectadas y una añoranza conmovedora, casi dolorosa. Rezo cada noche para que la guerra se gane pronto, incluso mañana. Pero si no es así y mi exilio se prolonga, rezo por tener la oportunidad de conocer de verdad esas montañas y verlas vestidas con los colores del invierno, la primavera, el verano y el otoño.

Cuando abrí la puerta del cobertizo de las herramientas, chirrió tan fuerte que miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me veía antes de entrar y hurgar entre cajas y cajones en busca de lo que necesitaba. Después de llevarlo todo a mi habitación, saqué de debajo de la cama el bidón de un litro que había metido en la casa y me puse manos a la obra.

La pintura verde menta que había comprado se siente como un anhelo y sabe a té fuerte. Mientras pasaba la brocha por la pared, cubriendo de verde el horrible color mostaza, se me empezaron a deshacer los nudos de los hombros. Para cuando terminé la primera pared —o más bien las tres cuartas partes inferiores, porque los techos de la pensión de la señorita Ida son altos y yo soy bajita—, el dolor de cabeza casi se me había pasado.

Respiré hondo, disfrutando del picante aroma de la pintura húmeda, y percibí el humo de un puro. Me di la vuelta y vi a George Cahill en la puerta.

—Mejor —dijo—. Pero parece que te vendría bien algo de ayuda con la parte de arriba.

—No he podido encontrar una escalera.

—Conmigo cerca, no la necesitas —dijo. Se quitó la gorra de tweed, dejando al descubierto una mata de pelo rubio cobrizo, cogió una brocha y empezó a pintar.

Lo que podría haber resultado incómodo, no lo fue. Había algo agradable en trabajar junto a alguien y no sentir la presión de tener que hablar. Subimos y bajamos las brochas por las paredes en silencio hasta que cada centímetro de mostaza quedó oculto y mi dolor de cabeza desapareció. Le agradecí a George su ayuda. Sonrió y dijo que había sido un placer. George tiene una bonita sonrisa.

Mi madre solía acusarme de ser no solo rara, sino impulsiva, y quizá lo sea. Porque hasta que oí el sonido de una puerta abriéndose, pasos en las escaleras y a la señorita Ida diciendo, con una voz aún más aguda de lo habitual: «¿Qué es ese olor? ¿Pintura?», nunca me había parado a pensar cómo reaccionaría si yo pintara un dormitorio recién pintado sin contar con su permiso. Dadas las circunstancias, verla palidecer, llevarse la mano al pecho y, acto seguido, gritar: «¡Adele Maslow! ¡George Cahill! ¡Qué habéis hecho!», no era imprevisible.

Sin embargo, la forma en que se balanceó sobre sus pies y se desplomó luego en el suelo desmayada fue algo que no vi venir.

Capítulo 9

Para no tener un trabajo remunerado, estaba terriblemente ocupada. Mi primera semana en el refugio pasó volando. Sin embargo, algunos de mis esfuerzos habían sido más productivos que otros.

Encontrar aquella vieja foto de Adele en su primer día en Asheville echó a rodar la pelota. Pero cuando busqué entre los viejos recortes de periódico y encontré una noticia de 1944 sobre las obras de arte de la Galería Nacional, secretamente escondidas en la Casa Biltmore durante la guerra, que regresaban triunfantes a Washington, acompañada de una foto granulada en blanco y negro de unos hombres sonrientes llevando cuadros a un camión que los esperaba con una mujer que aparecía solo parcialmente en el encuadre, de espaldas a la cámara, pero con una silueta que me resultaba familiar, la bola se precipitó cuesta abajo y me arrastró con ella. Había experimentado estallidos de creatividad antes, pero nada como esto.

George confirmó que Adele había trabajado en Biltmore, pero no fue capaz de recordar los detalles de sus funciones, solo que creía que era una especie de secretaria. Su vaga respuesta me preocupó, sobre todo después de que Robyn me lanzara una mirada del tipo «a esto me refería».

Pero Robyn sabía aún menos que George sobre el trabajo de guerra de Adele, así que tal vez nunca se lo había contado a ninguno de los dos. Además, dado que el arte se había transportado y almacenado en Biltmore en secreto, Adele podría haber recibido instrucciones de no contar a nadie lo que estaba haciendo. ¿Quizá mantuvo esa política, incluso después de la guerra? Podía ser eso; Adele no era habladora.

En cualquier caso, no frenó mi escritura. Las imágenes, la acción y los diálogos eran tan vívidos en mi mente que me dejé llevar. Escribir las dos primeras escenas, Adele bajando del autobús en Asheville y pintando después el dormitorio y haciendo que su casera se desmayara, fue tan fácil como abrir un grifo para beber. Las palabras brotaban a borbotones y lo único que tenía que hacer era extender el vaso para capturarlas. Era fácil. Y sumamente divertido.

Adele tenía unos sesenta años cuando la conocí. Su pelo era gris, los cristales de sus gafas empezaban a ser un poco más gruesos, y también su cintura. A primera vista, parecía la típica abuela. Leía libros, horneaba pasteles, cosía colchas, cuidaba de sus flores, se preocupaba por su marido, llevaba fotos familiares en su cartera.

Pero Adele no era como la mayoría de las abuelas, ni como nadie que yo haya conocido jamás.

La sinestesia era sin duda parte de ello; esa «porción extra de percepción» iluminaba el centro artístico de su alma, ayudándola a ver lo que el resto de nosotros nos perdíamos. Pero había algo más. Incluso a sus ochenta y tantos años, Adele tenía un brillo en los ojos que casi desafiaba a la gente a encasillarla, dándote la idea de que, en cualquier momento, podría hacer algo inesperado,

incluso extravagante. Sin embargo, aparte de hacer tinte de azafrán disfrazado de sopa de pollo, colgar de los árboles festones de tela chorreante recién teñida como si fueran banderines del Cuatro de Julio todos los veranos, levantarse en plena noche para cavar un macizo de flores que yo descubría al salir a la calle a la mañana siguiente, o bailar un bailecito de cuando en cuando en un claro de árboles, tarareando para sí misma y haciendo piruetas de pura alegría con la gracia de una niña, en realidad nunca lo hizo. Pero siempre sabías que podía, intuías que de alguna manera se contenía. Eso es lo que la hacía tan interesante para mí.

Gracias a Adele, siempre me ha atraído la gente rara, los excéntricos, los artistas, las personas que hacen todo lo posible por actuar como los demás, pero nunca lo consiguen del todo. Aunque tenía la certeza de que las escenas que escribía reflejaban hechos reales y no de mi imaginación, no podía demostrarlo. Aun así, escribir sobre esa Adele recién bajada del autobús, una mujer que era poco más que una niña, ahora empujada sin quererlo a un mundo completamente nuevo, y menos hábil para controlar sus impulsos y ocultar sus rarezas de lo que lo sería más adelante en la vida, fue para mí... pura magia. Y tremendamente sencillo.

Hasta que dejó de serlo. Apenas la casera cayó desplomada en el suelo, la espita de la inspiración se cerró.

Volví al almacén al día siguiente, saqué las colchas de Adele del armario y me pasé horas mirándolas, con la esperanza de cebar la bomba. Eran suntuosas, abstractas, evocadoras y misteriosas. Estaba convencida de que tenía que haber alguna conexión entre las colchas, las cosas que Adele había guardado para mí en la caja y su historia, pero no conseguía averiguar cuál. Cuando me senté ante el portátil para escribir otra escena, mi mente estaba tan en blanco como un lienzo nuevo.

Probablemente era lo mejor. Había cosas muchísimo más importantes a las que dedicar el tiempo, proyectos que podrían pagar las facturas y ayudar al refugio a obtener beneficios.

Había convertido la mesa de la cocina de mi cabaña en mi centro de operaciones. En el lado izquierdo apilaba recibos, presupuestos, estimaciones y todo lo relacionado con las reformas. Ya habían llegado los colchones nuevos para las cinco cabañas que estábamos renovando. Robyn y yo habíamos colgado cortinas nuevas. George instalaría grifos nuevos en el baño a finales de semana. Estaba segura de que terminaríamos de redecorar antes de que llegara Bob Johnson. Pero había tanto que hacer y nuestros fondos eran tan limitados que me preocupaba que fuera demasiado poco y demasiado tarde.

Aunque tuviéramos el dinero para hacer todo lo que hay que hacer, ¿veríamos los frutos de nuestros esfuerzos al final del verano? No hace falta tener un MBA para darse cuenta de que se tarda mucho más en reconstruir una reputación que en perderla. Yo no disponía de ese tiempo. ¿Qué haría falta para que la gente visitara en las próximas semanas un refugio de pesca con encanto rústico y alejado de los circuitos turísticos y se dejara parte del dinero que tanto le había costado ganar? Llevaba toda la semana dándole vueltas y no se me había ocurrido ninguna solución.

La parte derecha de la mesa estaba empapelada con ofertas de empleo y varias versiones de mi currículum. En ese momento tenía unos seis, cada uno con una visión ligeramente distinta de mi experiencia y mis logros. Ninguno de ellos funcionaba. La noche anterior me pasé tres horas preparando mi solicitud para un puesto de editor ejecutivo, solo para consultar mi correo electrónico después del desayuno y encontrarme con un «gracias, pero no, gracias» como respuesta, además de otros dos correos similares relacionados con puestos a los que me había presentado semanas antes. Me sentí como en los viejos tiempos, cuando enviaba manuscritos y

coleccionaba rechazos como los niños de siete años coleccionan cromos de Pokémon.

Después de años de éxito, de repente nadie me quería. Por más que lo intentaba, no encontraba el camino a seguir. Para alguien como yo, que siempre había estado tan segura del camino hacia la realización plena, esto era más que ligeramente desconcertante.

Recordé el día en que, con unos catorce años, yo estaba sentada con los mayores en los escalones del porche cubierto que se extendía por la parte trasera de la cabaña, con vistas al lago, tomando el té helado y las galletas de melaza que Adele servía a diario. Adele, George y el señor y la señora Thayer estaban sentados en mecedoras, escuchándome leer uno de mis cuentos. Cuando terminé, la señora Thayer exclamó:

—¡Ha sido el mejor hasta ahora, Esme! De verdad, cada año eres mejor.

Sin ninguna ironía y aún con menos humildad, le expliqué que eso se debía a que trabajaba duro y escribía todos los días.

—Tienes que saber lo que quieres. Tienes que tener un plan —dije, y luego procedí a esbozar el mío, que más adelante cambiaría ligeramente al compartirlo con Carl en mi entrevista y de nuevo con Alex durante nuestra tercera cita.

—Esta chica va a llegar lejos —dijo el señor Thayer, señalando con la cabeza a George, que sonreía.

—Ciertamente es ambiciosa —dijo la señora Thayer—. Y precoz. Pero, Esme, me pregunto... Con tanta planificación, ¿no te preocupa perderte lo inesperado? ¿Lo fortuito? No sé tú —añadió, mirando a Adele—, pero yo siempre he pensado que los desvíos son la mejor parte de cualquier viaje.

Adele asintió.

—Lo quieras o no, la vida tiene una forma de dirigirte hacia el camino que estás destinado a tomar. —Levantó la cabeza y me sonrió—. Pero supongo que es el tipo de cosas que uno tiene que aprender por sí mismo.

¿Era eso? ¿Un desvío? Parecía más una interrupción. ¿O una prueba, tal vez?

De ser ese el caso, estaba fracasando estrepitosamente.

Miré a la mesa, observando los montones de papeles, presupuestos de reformas que no podíamos permitirnos, solicitudes de trabajo que probablemente no conseguiría, negativas a trabajos que debería haber conseguido, y suspiré. Sentí que todo el día había sido un desperdicio.

Pero entonces vi la caja de Adele sobre la encimera de la cocina, y recordé que el día aún no había terminado.

El caramelo es básicamente azúcar derretido. Hacerlo debería ser lo más fácil del mundo.

No lo es.

Estaba resuelta a que este intento, el cuarto, funcionara. Tenía que funcionar. Me estaba quedando sin cacerolas limpias. El primer cazo que había utilizado, que ahora contenía un charco de caramelo quemado convertido en cemento azucarado, era un completo desastre. Pero esta vez las cosas iban mejor.

Después de ver un par de tutoriales en YouTube, pensé que había detectado mi error. Se suponía que no había que remover el azúcar, solo darle vueltas en el cazo una vez licuado. Y cuando el azúcar derretido empezara a colorearse tenías que estar muy atenta, porque el intervalo entre el color marrón y el quemado es despiadadamente breve. El momento se acercaba. Con un par de minutos más bastaría.

Y podría haberlo hecho si en ese momento crucial yo no hubiera apartado los ojos de la cacerola y hubiera visto que los dos pasteles que había sacado del horno y puesto en la encimera minutos antes empezaban a desinflarse, hundiéndose en sí mismos y suspirando como spaniels decepcionados.

—¡No! —grité—. ¡No, no, no, no!

Mi reacción fue más refleja que deliberada. El cucharón de metal que había tenido en la mano se estrelló contra el fogón apenas lo solté, rebotó en un quemador y aterrizó en posición vertical en la cacerola. Corrí hacia la encimera y empecé a soplar como un fuelle sobre los dos pasteles desplomados, como si al hacerlo pudiera volver a inflarlos de algún modo. Pero no fue así.

—¡No! —chillé de nuevo, y golpeé la encimera con el puño.

El pastel más cercano al golpe cayó todavía más, uno de los lados se hundió hasta quedar plano como una tortita.

—¿Esme? ¿Qué haces?

Solté un juramento, me froté los ojos con la manga y me volví hacia Dawes.

—Haciendo un pastel. La cafetería cierra el lunes, así que pensé que no te importaría que usara tu cocina. —¿Su cocina? ¿Por qué había dicho eso? Esta cocina pertenecía a George, no a Dawes. Mía tampoco era, pero al menos yo era de la familia—. ¿Qué haces aquí?

—Salando mis pollos. —Lo miré sin comprender—. Los asados. Los froto con sal, pimienta y hierbas y los dejo reposar al menos doce horas —me explicó—. Esto permite que los sabores se impregnen. Entonces... —miró hacia los dos cilindros hundidos—, ¿qué clase de pastel estabas haciendo?

—Caramelo.

Olfateó el aire.

—Sí. Creo que lo estás quemando.

—¿Qué? ¡Oh, no! —grité, y me di la vuelta.

La cacerola burbujeaba como un caldero, un jarabe del color de la tierra negra hacía espuma cual un brebaje de bruja. Sin pensar, agarré el asa de la cacerola con la mano izquierda y la cuchara con la derecha e inmediatamente retrocedí, chillando de dolor.

—Nunca utilices una cuchara de metal para el caramelo —me aconsejó Dawes—. El metal conduce el calor.

—¡Ay! —grité, sacudiéndome la mano e ignorando sus útiles observaciones.

Dawes cruzó la habitación a grandes zancadas, me agarró del antebrazo y me empujó hacia el fregadero, abrió el grifo y me metió la mano en el chorro de agua fría.

—Déjala ahí —me dijo, sujetándome la muñeca cuando intenté retirarme—. Dejará de escocer en un minuto.

Cuando por fin lo hizo, Dawes cerró el grifo y me examinó la mano.

—Vivirás —sentenció y me tendió una toalla.

Me la pasé con cuidado por la palma aún enrojecida, sintiéndome como una idiota.

—En YouTube parecía más fácil.

—Sí, bueno... —Dawes soltó una carcajada, sacó una bandeja de pollos de la nevera—. Todo parece fácil en YouTube. ¿Has horneado muchos pasteles antes?

—Pastel de confeti de paquete.

—¿Eso es todo? —Incluso después de que asintiera, seguía con cara de no dar crédito—. ¿Qué ha hecho que quisieras probar a hacerlo hoy? El pastel de caramelo no es precisamente para principiantes.

—Era la receta de mi abuela. Pensé que sería divertido continuar la tradición.

Dawes cogió algunas hierbas frescas del frigorífico y las llevó a la encimera.

—Vale, pero... ¿de verdad no la has ayudado nunca a hacer uno? ¿Ni le pediste que te enseñara?

—Cuando era niña solía pasar mucho tiempo en la cocina, pero normalmente tenía la nariz metida en un libro. Siempre tuve la intención de preguntarle, para cuando tuviera una casa de verdad con una cocina en condiciones, pero...

Me encogí de hombros, avergonzada por lo inadecuado de mi excusa. Dawes empezó a deshojar los tallos de romero y a cortar las hojas a la velocidad del rayo.

—Te diré algo, tú me ayudas con el pollo y yo te enseño a hacer pastel de caramelo.

—¿Lo dices en serio? Me encantaría.

—Muy bien. Ve a ponerte un delantal y lávate las manos.

—Oh... Oh, guau. Eso sí que tiene buena pinta. Buenísima.

Cuando cocinaba, Dawes era todo un profesional. Daba instrucciones sin sonreír, pasando rápidamente de una tarea a la siguiente, deteniéndose solo para preguntar: «¿Lo has entendido?», repitiéndomelo si yo dudaba lo más mínimo, observándose y dejando que lo hiciera yo sola para demostrarme que podía. Era de los que pensaba que se aprende a base de práctica, así que hicimos dos pasteles, trabajando codo con codo. Pero cuando nos sentamos a comer, el Dawes sonriente y relajado que había conocido cuando ayudaba a George a reparar mi coche resurgió.

—Tu abuela sí que sabía lo que hacía —dijo, asintiendo con aprecio.

Lamí el glaseado de mi tenedor.

—Esto está increíble. Sabe igualito que la receta de Adele. Exactamente igual.

Le dio el último mordisco.

—Bueno, cuéntame la historia de tu vida.

—¿Cómo?

—Que me cuentes la historia de tu vida —repitió—. Se llama conversación. George dice que perdiste tu trabajo y te divorciaste. Ya imaginaba que tenía que ser algo así; no pareces el tipo de persona que lo deja todo y se va al bosque por capricho. —Dawes se inclinó sobre la encimera para cortarse otro trozo de tarta, y yo tomé nota mentalmente de que tenía que hablar seriamente con George—. Vale, está bien. Cuéntame qué has hecho esta semana. Quiero decir, aparte de intentar quemar tu cabaña.

En realidad, no era asunto suyo. Pero se había tomado parte de su día libre para enseñarme a hacer el pastel de caramelo, así que me sentí en deuda con él. Además, creo que necesitaba hablar. Sin entrar en demasiados detalles, le conté por encima cómo acabé en el refugio y un poco más sobre su preocupante situación financiera y nuestros intentos de darle la vuelta. Dawes no habló hasta que terminé, lo cual fue agradable. La mayoría de los hombres son tan negados. Se vuelven del revés intentando averiguar cómo atraer a las mujeres, cuando lo que la mayoría de nosotras queremos es simplemente que nos escuchen.

—Así que a eso nos enfrentamos —dijo al terminar.

Dawes no había tocado su segundo trozo de pastel, pero ahora cogió su tenedor.

—Me lo estaba preguntando. Sigo convencido de que el negocio repuntará en verano, pero por ahora... —Sacudió la cabeza—. Es una pena. George es genial. Y este es un sitio precioso, tranquilo y apacible.

—Demasiado apacible —dije—. Ese es el problema. Podemos hacer las reformas, pero si no consigo que se corra la voz y mantenernos a flote a corto plazo, puede que todo sea demasiado poco y demasiado tarde.

—¿Sabes...?

Dawes agachó ligeramente la cabeza, haciendo una pausa tan larga que sentí la necesidad de pellizcarlo.

—¿Sabes qué?

Me miró.

—Es que... he tenido una idea. Bueno, en realidad no es idea mía —aclaró—. Algo que un amigo mío intentó una vez. Puede que no sea muy buena.

—Tiene que ser mejor que lo que tengo yo, que es nada. Adelante —dije, señalando a Dawes y el pastel sin terminar en su plato—. Soy toda oídos.

Metí una almohada en una funda y se la lancé a Robyn.

—¿Y estás seriamente convencida de que esto va a funcionar? —preguntó.

La expresión de su cara decía que ella estaba seriamente convencida de que no.

—Puede ser. Además, ¿qué tenemos que perder?

—Bueno, el dinero para comprar la comida, para empezar —dijo Robyn, luego levantó ambos brazos y sacudió la sábana de arriba, que quedó suspendida en el aire un instante y luego flotó hacia el colchón—. No veo cómo dar a la gente una cena gratis (costilla de primera nada menos) puede darnos beneficios.

Agarré el borde de la sábana, asegurándome de que estaba centrada antes de meterla.

—No es gratis —le recordé—. Serían diez dólares con los beneficios donados al banco de alimentos.

—Bien —dijo ella, pasando la mano por la sábana para alisarla—. No es gratis para ellos. E indudablemente no es gratis para nosotros. Dime otra vez cómo se gana dinero con esto.

—Si a la gente le gusta la comida, volverá y se lo contará a otros —expliqué—. Ah, y todo el mundo recibe un vale para una cuarta noche en el refugio cuando paga tres. Si vienen trescientas personas a la cena y solo el diez por ciento de ellas utiliza esos vales, son noventa noches adicionales de ocupación. Y si causamos buena impresión, se correrá la voz.

Robyn desplegó una nueva colcha con el dibujo de una cabaña de madera roja y azul que habíamos comprado en una tienda de saldos. Adele se habría horrorizado, pero coser colchas era lo último para lo que yo tenía tiempo en aquel momento.

—Son muchos condicionales —dijo.

—Dawes conocía a un chef de la zona de Boston que hizo algo parecido para ayudar a dar a conocer su nuevo restaurante; se presentaron quinientas personas.

—¿Cómo está ahora?

—Cerrado después de ocho meses. —Robyn me lanzó una mirada—. Lo sé. Lo sé —dije, levantando las manos—. Pero esto es todo lo que tengo ahora mismo. ¿Puedes al menos fingir que me apoyas?

Cogí una almohada de una silla cercana, le di un fuerte puñetazo y la lancé en dirección al cabecero. Robyn puso los ojos en blanco.

—No seas tan dramática. Te apoyo. Lo hago —me dijo cuando solté una carcajada—. De hecho, creo que es una gran idea, especialmente la parte de donar el dinero para beneficencia.

—¿En serio? Porque si vamos a hacerlo, tenemos que hacerlo pronto. ¿Qué te parece en tres semanas?

—Claro —dijo ella, apoyando una almohada en el cabecero—. ¿Por qué no? Si resulta ser un fracaso y acabamos arruinados, al menos George y yo tendremos una entrada para el banco de alimentos.

—Ja, ja, ja.

Robyn le dio una palmadita a la almohada y miró en derredor, la nueva ropa de cama, las cortinas y las alfombras.

—Está bien —dijo—. Está muy bien.

Lo mismo pensaba yo. Con suerte, Bob Johnson estaría de acuerdo. Se suponía que llegaría al día siguiente. La verdad es que Robyn no era la única que albergaba dudas sobre lo de que esta cena pudiera impulsar nuestro negocio. Lo hiciera o no, dos meses enteros de ocupación no era moco de pavo. Y si tenía alguna esperanza de obtener beneficios al final del verano, no podía permitirme perder ni un céntimo.

Capítulo 10

—¿Estás seguro de que es escritor? —pregunté, mirando a George mientras sacaba otro pensamiento de su maceta de plástico.

Me había levantado temprano para plantar flores delante de la cabaña que en breve ocuparía Bob Johnson. George estaba haciendo su parte para prepararse para nuestro nuevo huésped reparando una bajante inclinada.

—Es que no es muy buen nombre para un escritor —le dije—. ¿Qué ha publicado?

George echó la cabeza hacia atrás, aflojó la mandíbula y entrecerró los ojos, tratando de colocar la bajante en su sitio bajo el canalón.

—No lo sé. Me dijo que había escrito bastantes libros, pero nunca leí ninguno. Quizá escriba bajo uno de esos... ¿Cómo se llaman?

—Seudónimos —respondí, mientras dejaba caer el pensamiento en el hoyo y palmeaba la tierra.

George se encogió de hombros.

—Podría ser. Sinceramente, no sé mucho de él, salvo que parecía un buen tipo y que le gusta jugar al billar.

—¿Es bueno?

—No tan bueno como él cree —dijo George, guiñándome un ojo—. Sería bastante mejor si dejara el licor tostado. Su juego se va al infierno después del segundo *bourbon*. Le saqué cien pavos.

George rodeó la bajante con ambas manos y la levantó, encajándola en su sitio.

—Eso debería bastar —dijo, y dio un paso atrás.

La bajante se inclinó hacia la izquierda y cayó sobre la hierba con un ruido sordo. George miró al soldado caído, resopló y emitió un sonido de succión con los dientes.

—Creo que necesito cinta adhesiva.

George creía que tenía un rollo en la oficina. Lo acompañé, pensando que sería una buena oportunidad para hablar con él. Mientras caminábamos, nos cruzamos con algunas personas que se dirigían a la cafetería para almorzar. George se paraba a charlar cada dos por tres, pero finalmente pude contarle mi idea de organizar una cena a beneficio del banco de alimentos.

—Bueno, siempre he tratado de comportarme con los demás como a mí me gustaría que se comportaran conmigo. Tu abuela hacía lo mismo. Y yo también he pasado hambre de vez en cuando.

Sí, lo había hecho. Al igual que Adele, George había vivido la Gran Depresión. Pero, a diferencia de ella, a él le encantaba compartir historias de su vida anterior. Su padre era un

destilador de alcohol ilegal que consumía más producto del que vendía. El joven George hacía lo que podía para que hubiera comida en la mesa familiar. Pero demasiado a menudo, George pasaba hambre.

—Pero tres semanas parece poco tiempo para organizar una gran cena —dijo George mientras subíamos la colina—. ¿Cómo vas a correr la voz?

—El banco de alimentos enviará un comunicado de prensa y yo pondré en marcha una campaña publicitaria en Internet.

George se tiró del ala de su gorra de *tweed*.

—Bueno, supongo que sabes lo que haces. Y si eso ayuda a la gente que está pasando una mala racha, entonces estoy de acuerdo.

A decir verdad, yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Pero agradecía su apoyo, bastante más convincente que el de Robyn. No había nada seguro, pero era una buena causa y, a la larga, esperaba que la generosidad de George beneficiara también al refugio. Al llegar a la cima de la colina, oímos el sonido de neumáticos rebotando sobre los baches a medida que un vehículo entraba en el aparcamiento.

—Creo que es Bob —dijo George—. Recuerdo el coche.

No me extraña. No se veían muchos Range Rover sobrealimentados en el lago. Aunque las ventanillas de este coche estaban ligeramente tintadas, pude ver que el conductor era mayor, alto y corpulento, con una espesa cabellera gris. Pero no lo reconocí, ni siquiera después de que bajara del Range Rover con sus botas negras, su chaqueta de piel de gamo con flecos y sus gafas de aviador con cristales de espejo, y sacara del maletero dos bolsas de cuero negro. Era el último lugar en el que habría imaginado encontrármelo, pero cuando empezó a caminar hacia nosotros con un paso que más parecía un pavoneo, lo supe.

—Oh, no.

—¡Bob! —George saludó y caminó hacia el hombre con la mano tendida—. Me alegro de verte. He calentado la mesa de billar. ¿Qué tal el viaje?

—Largo. —Agarró la mano de George, se quitó las gafas y gimió—: ¿Qué haces tú aquí? —preguntó, luego se volvió hacia George—. ¿Qué hace ella aquí?

George volvió la mirada hacia mí.

—¿Os conocéis?

—Podría decirse que sí. —Levanté la mano para masajearme un dolor en el cuello—. George, este es Oscar Glazier, el hombre por el que perdí el trabajo.

No le había visto desde El Incidente. Pero el recuerdo de todo lo sucedido estaba grabado a fuego en mi cerebro, mi rabia y humillación acrecentadas por el hecho de haber estado tan ilusionada con nuestro primer encuentro, estúpidamente convencida de que ser la editora de Oscar impulsaría mi carrera.

De hecho, había llegado a la oficina una hora antes a prepararme.

Ya había enviado a la agente de Oscar un correo electrónico con algunas observaciones diplomáticamente redactadas sobre su libro y le había pedido que concertara una cita para que viniera a la oficina y pudiéramos hablar de él. Quería destacar algunos pasajes que me gustaban y que creía se podían conservar en la versión reescrita, pero no había llegado muy lejos cuando Shauna Brown, una editora técnica recién llegada que ocupaba un cubículo al final del pasillo, llamó a mi puerta.

—¿Tienes un segundo? —dijo, haciendo una mueca de disculpa—. Es sobre la portada de *Vals de agua*. Es una emergencia.

Le hice señas para que entrara. Shauna aún estaba verde y un poco ansiosa, pero me caía bien.

—El departamento de arte me ha enviado las maquetas de las portadas y necesito una segunda opinión —me dijo, y depositó tres hojas de papel sobre mi mesa, estampándolas contra la superficie como un crupier repartiendo una mano de póquer—. Dime, ¿son tan atroces como creo?

Revisé las opciones.

Una rosa blanca sobre fondo azul.

Servicio de té floreado y collar de perlas sobre una mesa.

Sillas Adirondack vacías en una playa.

—Sí. Tan atroces —confirmé—. Dile a Zane que empiece de nuevo.

—¿Puedo hacerlo? Dice que se nos pasará la fecha de impresión si no elijo algo hoy.

Sacudí la cabeza.

—Siempre dice lo mismo. Es un vago. No temas replicarle —dije, y entonces recordé que Shauna no era de las que replican, al menos por ahora—. Intenta apelar a su vanidad, dile que me has oído decir que es el mejor diseñador que ha tenido DM.

Una mentira total, pero valía la pena intentarlo.

—¿Tú crees? Gracias. Lo intentaré. —Shauna sonrió, pero no hizo ningún ademán de marcharse—. Sabes, se dice por ahí que viene Oscar Glazier. Dicen que exigió catorce revisiones de su última portada y que Darius se retiró antes de tiempo porque no quería aguantarle más.

—Darius se retiró antes porque su nueva esposa tiene un fondo fiduciario. Y las revisiones fueron quince.

Y las ventas seguían siendo decepcionantes. La mejor portada del mundo no puede compensar una escritura descuidada. Darius había estado dejando que Oscar escribiera de cualquier manera durante años. Y eso estaba a punto de cambiar.

—Cuesta más trabajar con unos escritores que con otros. Merece la pena si tienen talento.

Shauna enarcó las cejas.

—¿Crees que todavía lo tiene?

En sus mejores tiempos, Oscar Glazier podía ser fascinante. El problema era que hacía mucho mucho tiempo que no estaba en su mejor momento. Su último manuscrito era chapucero, cargado de tropos y clichés. Pero si Oscar estaba dispuesto a trabajar duro y me dejaba ayudarlo, estaba convencida de que su mejor obra estaba por llegar.

—Sí. Sigo pensando que tiene talento.

—Pero es un gran coñazo, ¿no? —Cuando levanté las cejas, Shauna se echó a reír—. Sí, todo el mundo dice que te gusta enfrentarte a los plomazos. Nick incluso te llamó la susurradora de autores.

Conociendo a Nick, no lo decía en absoluto como un cumplido. Todo el mundo tiene su némesis y Nick Ferrante era la mía. Hace unos años, cuando él quería echar a un par de autores difíciles, yo me encargué de ellos y les saqué algunos buenos libros. Uno, un *thriller* de misterio titulado *No mires ahora*, estuvo cinco semanas en las listas de los más vendidos. Nick nunca me lo perdonó.

—¿Es este tu primer encuentro con él? —preguntó Shauna.

—¿Con quién, con Oscar? Nunca hemos tenido una conversación propiamente dicha, pero me lo he encontrado en fiestas de empresa. Un año intentó ligar conmigo. Pero estaba tan borracho

que dudo que se acuerde. —Me reí entre dientes—. Al menos, eso espero. Si no, podría ser un encuentro incómodo.

—Ugh. —Shauna se estremeció—. ¿No tiene como mil años?

—Sesenta y cuatro. Pero es demasiado viejo para mí, y para las mujeres con las que se casa y se divorcia.

Acerqué el manuscrito de Oscar al centro de mi escritorio. Michael, mi asustadizo ayudante de veintitrés años, entró temblando como un *collie* para decirme que Oscar Glazier había llegado.

—¿Qué? ¿Ya? Se ha adelantado una hora. ¿Le has llevado un café?

—No, pero... está en el vestíbulo —dijo Michael, parpadeando ansiosamente.

Gruñí y cogí mi chaqueta del respaldo de la silla.

—Esme, no creo que...

—No importa. Lo traeré yo misma. —Michael volvió corriendo a su cubículo. Me atusé el flequillo y miré a Shauna—. Perdona, tengo que ir a buscar a mi autor y explicarle amablemente que su manuscrito es horrible.

Ella sonrió.

—Sí. Mejor que no uses la palabra «horrible».

—Bien —dije—. Buen consejo.

Entré en el vestíbulo y vi a un hombre tambaleándose al doblar la esquina. Era corpulento, barbudo y trastabillante, parecía un Sean Connery trasnochado, hinchado y maltrecho, con su buen aspecto echado a perder y su otrora elocuente lengua espesa por la bebida.

—¿Oscar?

Volvió la cabeza hacia mí.

—Señor Glazier —corrigió—. ¿Quién es usted?

—Esme Cahill —dije, extendiendo la mano sin molestarme en mencionar que ya nos habíamos visto varias veces—. Su nueva editora.

Oscar miró mi palma abierta como si acabara de darle un pez muerto.

—Oh, no lo creo. Tú, chica, no eres mi editora.

Retiré la mano.

—Oscar, ¿por qué no viene a mi despacho para que podamos hablar? Tengo muchas ganas de...

—¿Me estás escuchando? —gruñó Oscar, y luego gritó—: Tú no eres mi editora. ¡Alguien que se atreve a sugerir que me estoy repitiendo y llamar plano a mi protagonista...!

No recordaba mi nombre, pero no le costó recordar que no me gustaba su libro. La cosa no empezaba bien. Las puertas se abrieron. Asomaron cabezas, incluida la de Nick Ferrante. La presencia de curiosos hizo que la situación fuera todavía más incómoda, pero mantuve la calma. No era la primera vez que me enfadaba con un autor.

—Oscar, no he dicho que su personaje fuera plano. Solo sugerí que le faltaba profundidad.

—¡Bueno! —bramó—. ¿No es lo mismo?

Ahí me había pillado.

—Mire, vayamos a mi despacho y hablemos de su libro. Tiene potencial y me entusiasma ayudarle a sacarlo a la luz. —Pude ver a Nick sonriendo con el rabillo del ojo, pero no le presté atención—. Oscar, he admirado su trabajo durante años. Y no sabe lo emocionante que fue para mí que me nombraran su editora.

Enarcó una ceja gris.

—¿Sabes por qué no puedes decírmelo? PORQUE NO ERES MI EDITORA. —Golpeó el aire

con los puños—. ¡Ninguna chica de mierda va a editar una novela de Oscar Glazier! ¡Ve a contestar el teléfono! Mejor aún, tráeme un café. Voy a ver a Matt.

—¡Eh! —grité, dando dos pasos hacia delante y acercándome a su cara todo lo que me permitía mi metro sesenta de estatura con tacones. De ninguna manera iba a permitir que un borracho tambaleante irrumpiera en la oficina del máximo ejecutivo de DM, Matt Hardesty. Y de ninguna manera iba a aguantar este tipo de gilipolleces, ni de Oscar ni de nadie—. ¡Señor Glazier, se está pasando de la raya!

—¡Ajá! Por fin recuerdas mi nombre. ¡Señor Glazier!

Se inclinó para fulminarme con la mirada. Le miré del mismo modo, resuelta a no dejarme intimidar. Se enderezó de nuevo y miró a la audiencia de editores atónitos y divertidos.

—Si alguien me necesita —balbuceó—, estaré en el despacho de Matt, eligiendo un nuevo editor. Tal vez el afortunado sea uno de ustedes. —Caminó a trompicones por el pasillo, hacia los despachos ejecutivos.

—¿Oscar? Oscar, no puede bajar ahí.

—¡Café! —gritó sin mirar atrás—. ¡Con leche y dos de azúcar!

—¡Oscar! —Empecé a perseguirlo, con los brazos bombeando mientras intentaba darle alcance, evitando el contacto visual con mis compañeros—. ¡Oscar, vuelva aquí!

Eché a correr con la esperanza de cortarle el paso antes de que llegara al despacho de Matt. Fue inútil. Oscar entró por la puerta a toda velocidad, empujando a su asistente. Cuando lo alcancé, ya estaba en plena diatriba, desvariando, profiriendo insultos, exigiendo a Matt que me sustituyera por un editor que no fuera «una analfabeta disfrazada». Oscar quería echarme de la empresa y, si era posible, del país. Matt, un hombre de unos cincuenta años con gafas y aspecto de modelo de Brooks Brothers, le pidió tranquilamente que tomara asiento y luego me miró a mí.

—Gracias, Esme. Yo me encargo.

No pude hacer otra cosa que escabullirme a mi despacho e intentar bloquear los insultos de Oscar que resonaban por los pasillos mientras difamaba mi profesionalidad, mi sexo, mi altura y mi gusto por la ropa. Todo el mundo en ese lado del edificio le estaba oyendo. Fue el momento más humillante de mi vida. Varios de mis compañeros de trabajo merodeaban por el pasillo, fingiendo tener motivos para estar allí y mirándome de reojo al verme pasar. Nick Ferrante no fue tan sutil. Cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió cuando entré en mi despacho.

—Ahí va, gente. Esme Cahill, la susurradora de autores.

Me desplomé en la silla del escritorio, cabreada pero resuelta a trabajar, pero un nuevo golpe en la puerta me interrumpió. ¿Dónde estaba Michael? Se suponía que era mi guardián, pero seguramente estaría escondido debajo de su mesa.

—¡Sea lo que sea, que sea rápido!

Stephanie Mandela abrió la puerta.

—¿Es un mal momento?

—¡Oh! Oh, Dios, no —dije, tragando saliva—. Lo siento, Steph. No sabía que eras tú. Todo ha sido una locura esta mañana.

—Sí, oí los gritos de Oscar desde mi despacho.

Asentí y cambié de tema:

—¿Has pasado unas buenas vacaciones? ¿Qué tal las Bermudas?

—Bien. Sé que no habíamos quedado hasta más tarde, pero será mejor que lo hagamos ahora.

—Cruzó el umbral y cerró la puerta—. Escucha, Ez. No es fácil hacer esto, pero... —Suspiró—. Hay algo que tengo que decirte.

George sacudió bruscamente la cabeza.

—¿Te refieres a ese Oscar Glazier? ¿Aquel cuyos libros estabas leyendo siempre cuando eras niña? Me enviaste uno hace años, por mi cumpleaños. Estaba bien. —Cuando se encogió de hombros, a Oscar le ardían los ojos—. Pensé que te gustaba.

—Eso fue antes de conocerle.

Oscar me fulminó con la mirada.

—Esta chica —dijo, dirigiéndose a George, pero lanzando un dedo acusador en mi dirección—. Esta chica es una amenaza, ha puesto mi vida patas arriba. ¿Qué hace aquí?

George se tiró de la gorra.

—Esta chica es mi nieta, Esme.

Oscar echó la cabeza hacia atrás y abrió los brazos.

—Bueno, eso sí que es genial. Genial. Conduzco todo el trayecto hasta aquí y... —Se dio una palmada en los muslos y se agachó para coger las maletas.

Sentí una sacudida de pánico.

—¿Oscar? ¿Qué haces?

—Me voy. Si tú te quedas, yo no. —Oscar emprendió la marcha hacia su coche.

Me puse delante de él, bloqueándole el paso.

—¡No puedes hacer eso! Hiciste una reserva para dos meses enteros.

—Que ahora estoy cancelando. Puedes quedarte con el depósito de una noche.

—¿Una noche? Pero...

Cuando agarré la manga de Oscar, George se adelantó para tirar de mí.

—Déjalo ir, Esme. No necesitamos su dinero.

Pero sí lo necesitábamos. Yo contaba con él. Si Oscar cancelaba, el agujero financiero en el que estábamos devendría un abismo.

—Oscar —dije, extendiendo las manos—, me doy cuenta de que esto es un *shock*, pero... Por favor, no te vayas. Hemos redecorado toda la cabaña, solo para ti. Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—Si quisiera, seguro que podríamos. Pero no quiero. —Me clavó un dedo en la cara—. Dijiste que mis personajes eran planos.

Lo hice y lo eran. Pero nada de eso importaba ahora.

—No era mi intención. Lo siento mucho. Entremos para que podamos discutirlo.

—Eso es lo que dijiste en Nueva York. ¿Qué problema tienes con lo de intentar quedarte a solas conmigo en habitaciones pequeñas? ¿Estás enamorada de mí o algo parecido? Cariño, pierdes el tiempo. —Inclinó su metro ochenta y me miró con desprecio—. No salgo con idiotas.

—¿Cómo acabas de llamar a mi nieta? —Sin esperar la respuesta, George se escupió en las manos y empezó a remangarse—. Súbetelas, Bob.

Oscar suspiró cansado.

—George. No voy a pelear contigo. Tienes ochenta años.

—Ochenta y siete —contraatacó George—. Y todavía puedo contigo. Nadie habla mal de mi familia y se va de rositas. ¡Súbetelas! Vamos a arreglar esto ahora mismo. —George se agachó y empezó a arrastrar los pies de costado, como un cangrejo patinando por la arena.

—No hay nada que resolver —dijo Oscar, poniendo los ojos en blanco—. Así no.

—Oscar tiene razón —me apresuré a decir, saltando entre los dos—. No podemos resolverlo

así. Alguien saldrá herido. ¿Qué tal si jugamos al billar? Si Oscar gana, se va. Si pierde, se queda y cumple su reserva, los dos meses enteros.

—Qué familia más loca —murmuró Oscar—. ¿Oscar puede irse ya? No necesito tu permiso. Puedo irme cuando quiera. Y lo voy a hacer. —Volvió a coger las maletas y se puso en marcha hacia el Land Rover.

Lo seguí, trotando para mantenerme a su altura.

—¡Oscar! Oscar, espera. ¿No podemos hablar de esto?

—Deja que se vaya —gritó George—. Sabe que perderá. Todavía recuerda los cien dólares que le soplé la última vez.

Oscar paró en seco y se dio la vuelta, mirando a George con los ojos entrecerrados. El corazón me latía con fuerza. Advertí que estaba tentado de recoger el guante que le había lanzado mi abuelo. Por un momento, estuve convencida de que lo haría. Pero entonces exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—Olvidalo —dijo, dándose la vuelta—. No merece la pena.

Lo agarré de la manga.

—¡Oscar, espera! ¿Y si hago que valga la pena?

Capítulo 11

Oscar soltó abruptamente el equipaje junto a la puerta, como si planease una huida rápida, luego franqueó la recepción y fue directo a la sala de juegos.

—Una partida —anunció, levantando un solo dedo por encima de su cabeza—. Si pierdo, mantengo mi reserva. Si gano, me voy de aquí con quinientos pavos en el bolsillo.

—Por mí, bien —dijo George a la espalda de Oscar, y me lanzó una mirada reprochándome seriamente que hubiera puesto el dinero—. ¿Listo?

Oscar se quitó la chaqueta.

—Nací listo.

Luchando contra el impulso de mostrarle mi desprecio, di un paso adelante.

—Quizá deberíamos pedir algo de comer antes. Oscar ha tenido un largo viaje. Tendrás hambre, ¿no?

Oscar se encogió de hombros de mala gana.

—Podría comer.

—Estupendo. Iré a la cafetería a pedir unos bocadillos. George ha contratado a un nuevo chef estupendo. ¿Qué tal un *croque monsieur*? ¿O tal vez la hamburguesa del día?

—Lo que sea —dijo Oscar distraídamente, tirando su chaqueta en una silla—. Oye, ya que estás, pídemme un Old Fashioned.

—¿*Bourbon* o centeno?

—*Bourbon*. Y sin hielo. Diluye el licor.

—No hay problema.

George tenía razón. Oscar no era muy buen jugador de billar. Y después de beberse el segundo cóctel que tan amablemente le había traído para entretenerlo hasta que llegara la comida, su juego empeoró. Por desgracia, George tampoco estaba jugando muy bien.

Metió un par de bolas al principio de la partida, pero enseguida empezó a fallar más y más golpes. Tenía la boca tensa y noté que hacía un gesto de dolor al tirar y se masajeaba las manos tras dejar el taco. ¿Le dolían? ¿O era demasiada presión para él? Una vez que Oscar metió la bola dos en la tronera lateral igualando el marcador, empecé a preocuparme. Cuando Dawes llegó con la comida y otro Old Fashioned para Oscar, sugerí que parásemos para comer con la esperanza de que un descanso ayudase a George a recuperarse, pero Oscar no estaba por la labor.

—No hay razón para que no podamos jugar mientras comemos —dijo, dando un largo sorbo a su vaso alto y luego un bocado al sándwich—. ¡Guau!, esto está estupendo. Buen fichaje —

añadió, asintiendo primero a George y luego a Dawes—. La chica no bromeaba al decir que habías encontrado un gran cocinero.

—Esme —le recordé.

—No importa. En cuanto gane este juego, no pienso volver a verte en mi vida.

Oscar se limpió los dedos grasientos en una servilleta de papel y empezó a entizar su taco. Me dirigí al otro lado de la sala para hablar con Dawes y George.

—Parece una partida reñida —dijo Dawes.

—Que sigan llegando esos cócteles —dije con voz queda—. Cuanto más bebe, peor juega. No es que importe mucho —seguí, palmeando el hombro de George—. Lo estás haciendo muy bien.

—Bueno, ambos sabemos que eso no es cierto. Es la maldita artritis. —George hizo una mueca al frotarse sus nudillos deformados—. Hoy está mal.

Dawes me lanzó una mirada.

—Quizá deberías posponerlo.

—Nunca accedería —dijo George, abriendo y cerrando sus rígidas manos—. Estaré bien.

George tenía razón; Oscar era sin duda de los de «todo o nada». Me daban ganas de abofetearme. ¿Por qué había puesto a George en esta tesitura? ¿Por qué no podía haberme limitado a cerrar la boca y dejar que Oscar se fuera? Me aparté de la mesa y susurré para que Oscar no pudiera oírme:

—Esto es una locura, George. Vamos a cancelarlo y...

—¡No! —musitó—. Nos jugamos demasiado en esto. No es solo el dinero, es una cuestión de pundonor familiar. Deberías haberme dejado atizarle —refunfuñó—. Un buen puñetazo.

Lo del pundonor familiar no lo tenía tan claro, pero el orgullo de George estaba en juego. Era un adulto. Si quería jugar a pesar del dolor, yo no tenía derecho a impedirselo. Cuando Dawes hizo un pequeño gesto con la cabeza, supe que lo entendía y estaba de acuerdo.

—Debería volver a mi cocina. Pero vigila a este tipo —murmuró Dawes tras un estruendo de bolas y un grito de Oscar—. Acaba de golpear la bola blanca dos veces hundiendo la número seis.

—Tu turno —dijo Oscar con jovialidad, tambaleándose ligeramente mientras George se acercaba a la mesa. Se volvió hacia Dawes—. Oye, ¿te importaría traerme otro Old Fashioned?

—Enseguida.

Pero en lugar de marcharse de inmediato, Dawes se quedó en la puerta y se cruzó de brazos para ver el golpe de George.

George cogió el bloque de tiza. Por la expresión de sus ojos, advertí que marcar el taco le dolía. Cuando se alineó con la bola y apretó el palo para golpearla, su rostro se contorsionó y soltó un frustrado alarido de dolor, dejando caer el taco sobre la mesa con un ruido sordo de madera. Me acerqué y le puse la mano en el hombro.

—Está bien, George. No te preocupes.

—¿Te rindes? —El regocijo en la voz de Oscar me dio ganas de darle un puñetazo.

La mirada de George decía que también a él le habría gustado darle lo suyo de haber podido cerrar el puño.

—¿Y un sustituto? —preguntó George.

—O juegas o no —dijo Oscar—. Y si no juegas, pierdes la partida y la apuesta. —Levantó el vaso y me sonrió antes de dar otro trago.

—¿Y si endulzo el bote? —George se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un montón de billetes de veinte de su cartera.

Oscar resopló e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Quién sería tu sustituto? —Oscar miró hacia la puerta y a Dawes—. ¿Él?

Dawes levantó las manos.

—No puedo hacerlo. Tengo que preparar la cena para los huéspedes.

George me miró.

—Bueno..., ¿y qué tal Esme?

—Estás de broma, ¿verdad?

Cuando Oscar se echó a reír, descartando simultáneamente la idea y a mí, me di cuenta de que George tenía razón. Se trataba de algo más que de dinero. Y di un paso al frente.

—Guarda tu cartera, George. Cubro esta apuesta. Y la doblo.

La sonrisa de suficiencia de Oscar se transformó en una sonrisa de petulancia aún más pronunciada.

—¿Mil? ¿Estás segura, princesa?

Recogí el taco abandonado de George.

—Estoy segura, viejo. Ahora bien, ¿quieres jugar o quieres hablar?

Dawes se marchó y la partida se reanudó.

Lo que Oscar no sabía era que George me había enseñado a jugar cuando yo tenía once años. No era tan buena, pero tampoco tan mala, lo que me bastaba para ganarle la partida a Oscar. Por supuesto, ayudó que Oscar siguiera bebiendo *bourbon* como beben té dulce las abuelas del sur que se sientan en el porche. Cuanto más licor bebía, peor era su juego y más se le soltaba la lengua.

—Así que... —Oscar hipó, luego comenzó de nuevo—: Entonces, a todo esto, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ver a mi familia y buscar trabajo. Hiciste que me despidieran, ¿recuerdas? Bola siete en la tronera de la esquina. —Empujé la bola, pero rebotó contra el borde—. Tu turno.

Cuando se quedó ahí parado, mirándome fijamente, le pregunté:

—¿Vas a jugar o qué?

—No hice que te despidieran. No me malinterpretes, lo habría hecho de haber podido. Lamentablemente, ya no tengo esa clase de influencia. No eres la única que está sin trabajo, Media Pinta.

Cogió su palo y golpeó sin anunciar la bola ni la tronera. De todos modos, daba igual. Falló por mucho, pero no pareció importarle.

—¿Qué quieres decir con que estás sin trabajo?

Oscar me miró por encima de la nariz, clavándome sus acerados ojos azules.

—¿Qué parte de «sin trabajo» no has entendido? Significa que, como a ti, me han enseñado la puerta. Después de tu marcha, Matt me comunicó que mis ventas eran pésimas y que DM no solo no tenía intención de ofrecerme un nuevo contrato, sino que iban a retirar de catálogo el libro que ya había terminado aduciendo que perderían menos dinero dejándome conservar el anticipo que imprimiéndolo. Si la memoria no me falla, se mencionó la frase «echar la soga tras el caldero».

—Oscar se inclinó más hacia mí—. Eso es lo que significa «sin trabajo». ¿Alguna otra pregunta, Media Pinta?

—Oh. Bueno..., lo siento. —Por alguna razón, realmente lo sentía—. Pero no me llames Media Pinta.

—Pero te va al pelo. ¿Cuánto mides, metro ochenta?

—Uno sesenta —dije incluyendo los tacones en la ecuación.

George, que observaba desde la barrera, meneó la cabeza.

—Es duro. Yo también lo siento.

—Te toca —murmuró Oscar, ignorando nuestra expresión de simpatía.

Metí la bola nueve, luego la tres, pero, una vez más, fallé la siete.

—Y eso no es lo peor —espetó Oscar, retomando la conversación y su taco—. El mismo día que Matt me enseñó la puerta, Matilda también me dejó.

—Eso es terrible —dijo George—. ¿Quién es Matilda?

—Mi mujer.

—Espera un momento —dije, entrecerrando los ojos, recordando una de las fiestas de Navidad de la empresa y a una rubia alta, pechugona y veinteañera que reía como una foca y bebía Dubonnet con hielo—. Creía que tu mujer se llamaba Layla.

Oscar negó con la cabeza mientras daba otro trago a su *bourbon*.

—Layla era la esposa número tres. Y, en retrospectiva, no estuvo tan mal. Solo se quedó conmigo por mi Jaguar, mi velero y cinco mil al mes de pensión alimenticia. En definitiva, de entre mis terribles errores, uno de los más asequibles.

»Matilda —dijo con una exagerada inclinación de cabeza— era la número cuatro. Es más lista que Layla y tiene una abogada mucho mejor, tan estupenda que me deslumbró hasta tal punto que me casé sin acuerdo prenupcial. Quiere doce mil al mes y la mitad de la casa en la que crecí, en Sag Harbor. Está a un kilómetro y medio de la playa, es una casa vieja con techos bajos y fontanería dudosa. Ni siquiera tiene piscina, pero... Nunca he vivido en otro sitio. En teoría, podría comprarla. Pero en Sag Harbor, hasta una casa sencilla cuesta siete cifras.

Se encogió de hombros, golpeó y volvió a fallar.

—Así que sí. Por si un cuarto divorcio y el despido no fueran suficientes, estoy arruinado y a punto de perder lo único que me queda y que realmente me importa, la casa en la que me crie. Básicamente, estoy jodido. Por eso he venido aquí —dijo, extendiendo el brazo—, en un desesperado y agónico último intento de escribir una novela que me permita conseguir un nuevo editor y un anticipo lo bastante grande como para comprarle la mitad de mi propia casa a Matilda, la preciosa y despiadada chica de veintiocho años. Pero como es bien sabido que no he escrito nada que no sea una completa mierda en años...

Se pasó la mano por el pelo gris plateado y soltó una carcajada entre incrédula e histérica.

—Lo juro, me siento como si viviera en una de mis novelas. A cada vuelta de página, las cosas empeoran para nuestro héroe. Por supuesto, si realmente fuera el protagonista de una de mis novelas, o bien aparecería en el horizonte un escuadrón de helicópteros con marines fuertemente armados, o haría estallar algún tipo de bomba aniquiladora para erradicar a los malos. Pero el caso es que dudo que vaya a ser capaz de escribir mi salida de esta, ¿no es cierto, Media Pinta?

Volvió a reír, esta vez más suavemente, y se cubrió los ojos con la mano.

Espera... ¿Estaba llorando?

George y yo intercambiamos miradas, sin saber qué hacer. Finalmente, extendí la mano y toqué el brazo de Oscar.

—Eh. Tal vez deberíamos dejarlo para otro momento.

Oscar negó con la cabeza y bajó la mano de la cara. Cuando lo hizo, vi que el acero había vuelto a sus ojos. Me puso el taco en la mano.

—Tu turno. —Empecé a protestar, pero me cortó—. Terminemos con esto.

Me incliné, anuncié mi intención, metí la bola siete y luego la ocho. Juego terminado. Oscar asintió lentamente, como si reconociera lo inevitable.

—Bueno, parece que me quedo aquí. Probablemente sea lo mejor. Porque, como todos sabemos, no estoy en condiciones de conducir. —Me tendió la mano—. Bien jugado, Media Pinta.

Además de detestable, Oscar Glazier era un escritor perezoso, un pésimo jugador de billar, y bebía demasiado. Todo lo que le pasaba era culpa suya. Quiero decir, después del tercer divorcio con una mujer a la que doblaba la edad, ¿no es para verlo venir? Sin embargo, mientras se cuadraba de hombros y se alejaba, me acordé de esas películas en las que el criminal, impenitente pero extrañamente vulnerable, atraviesa resueltamente la puerta donde le espera el pelotón de fusilamiento, decidido a morir con dignidad.

Sabe que se lo merece. Y tú también lo sabes.

Con todo, una parte de ti sigue esperando la llamada del gobernador para concederle un indulto.

Capítulo 12

Enseguida transcurrieron tres semanas y, dadas las circunstancias, más felices de lo que había imaginado. Ciertamente, entrar en mi correo electrónico cada mañana para enfrentarme a una nueva ronda de rechazos seguía siendo desalentador. Pero una taza de café y un paseo por el lago me ayudaban a recuperarme.

Había olvidado lo increíblemente hermosas que eran las montañas a principios de verano, y lo silenciosas que estaban. Aparte de mi respiración, no se oía más que el chapoteo ocasional de las truchas al saltar, el batir de los remos cuando un pescador remaba hacia su lugar de pesca favorito y el trinar de los pájaros, que parecían tan ansiosos como yo por empezar el día. Había tanto que hacer.

Cuando un DJ local empezó a promocionar la cena benéfica en antena, los teléfonos empezaron a sonar sin tregua con gente que quería reservar. ¿Reservas? No estábamos preparados para eso. Sin embargo, necesitábamos algún tipo de recuento, así que imprimimos cuatrocientas entradas por orden de llegada y pedimos a la gente que hiciera cola. En tres días, estaban agotadas.

Organizar la cena para cuatrocientos comensales y acondicionar el local para el gran día fue una tarea ingente que me mantuvo ocupada, pero en el buen sentido. La diferencia entre estar ocupado y frenético es la diferencia entre vivir tu vida o que tu vida te consuma. En algún punto del camino, lo había olvidado.

Los sureños hablan, caminan e incluso comen a un ritmo algo más lento. Muchos de mis antiguos colegas creían que los sureños eran, en el mejor de los casos, poco ambiciosos y, en el peor, rematadamente vagos. Echando la vista atrás, me pregunto si esa es en parte la razón por la que trabajaba no solo duro, sino frenéticamente; ¿porque intentaba demostrar que no era ninguna de las dos cosas?

El estereotipo era falso. ¿No lo son siempre? George era muy ambicioso. Y yo estaba empezando a entender que Adele también lo había sido, aunque de una manera diferente. En cuanto a lo de vagos, bueno... Ya me gustaría soltar a Nick Ferrante, o Matt Hardesty, o incluso Carl, en medio del bosque con nada más que una sierra y ver lo que tardaban en construir una cabaña, por no hablar de un complejo entero.

Si los surcarolinos se movían a un ritmo más pausado, quizá no fuera porque le pidieran menos a la vida, sino porque la apreciaban más. Cuando se llena cada momento de actividad frenética no queda espacio para las cosas que de verdad importan.

Me aseguré de que mis días ocupados dejaran hueco para George. Pero no siempre era tan sencillo; como decía Robyn, tenía días buenos y días malos.

Cuando intentamos jugar al *cribbage*, un juego de cartas que me había enseñado de niña, no recordaba las reglas y se frustró tanto que empujó el tablero y subió las escaleras sin darme las buenas noches. Nuestras dos salidas de pesca tuvieron más éxito. George montó la caña él solo, lanzó como un profesional y pescó su tope. También ayudaba con las reformas y parecía disfrutarlo, canturreando para sí mientras instalaba grifos nuevos, sustituía escalones podridos del porche o me ayudaba a esparcir mantillo. A George también le gustan los proyectos; quizá lo haya heredado de él.

Así que sí. Días buenos y días malos.

Hacía todo lo posible por llevarme bien con Robyn, y creo que ella también se esforzaba, pero no parábamos de discutir. Yo decía algo, ella se lo tomaba a mal —o viceversa—, y vuelta a empezar. Por suerte, trabajábamos en órbitas distintas: Robyn se ocupaba de las tareas cotidianas del complejo y yo me centraba en las reformas y la cena, así que nuestros caminos no se cruzaban a menudo. Y aunque pasaba a diario por la cabaña diecisiete, nunca me topé con Oscar. Sabía que estaba porque encendía las lámparas por la noche y a veces veía la silueta de un hombre en las persianas, paseándose de un lado a otro. De no ser por eso, y por las botellas de *bourbon* vacías en el porche, me habría preguntado si le había pasado algo. Menos mal. Ocuparme de Oscar era lo último para lo que tenía tiempo.

La mañana de la gran cena me levanté antes de que sonara el despertador, nerviosa por si me había olvidado de hacer algo, preocupada de que algún desastre imprevisto —incendio, inundación, intoxicación alimentaria— lo estropeará todo. Pero en cuanto salí, mis temores se disiparon. El día de mediados de junio era luminoso, despejado y sin nubes. Una brisa del suroeste perfumaba el aire de pino y ondulaba la superficie del lago, haciendo que el agua brillara y resplandeciera, como si una formación de peces brillantes como diamantes se arremolinaran justo debajo de la superficie. Cuando era pequeña, Adele abría los brazos en mañanas como esta y exclamaba: «¡Las montañas y las colinas prorrumpirán en cánticos, y todos los árboles del campo aplaudirán!».

Sabía que era de la Biblia, pero pensé que sonaba tonto.

—Las colinas no cantan. Los árboles no pueden aplaudir.

—Claro que pueden —me decía—. ¡Usa tu imaginación!

Supongo que mi imaginación por fin se había puesto en marcha, pues la mañana de la cena la naturaleza entera parecía gritar de alegría, animándonos. Si no hubiera tenido tanto que hacer, podría haber respondido, dándole al día una sonora ovación.

Hice una última inspección del terreno, recorriendo los senderos serpenteantes, ahora desprovistos de malas hierbas y adoquines agrietados, admirando el césped pulcramente cortado, el mástil recién pintado con su nueva bandera ondeando en la brisa y las macetas libres de malas hierbas llenas de alegres pensamientos, blancos macizos de alegrías y toneladas de mantillo que George me había ayudado a palear y esparcir. De camino a la cafetería, vi a Dawes en el patio, ayudando a dos camareros que estaban colocando las mesas.

Reemplazar la argamasa desmoronada y las viejas losas del patio costó dos mil. Instalar más enchufes y comprar ristas de bombillas Edison para colgar en el perímetro costó otros ochocientos. Fue una gran inversión; yo misma acabé desembolsando mil dólares de mis ahorros. Pero nada hay más mágico que cenar frente al lago en una noche de verano y, sin el patio, no teníamos suficiente espacio, así que no tuvimos elección.

Dawes levantó la vista cuando me acerqué. Su atuendo habitual en la cocina eran unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Hoy vestía un nuevo y reluciente traje blanco de

cocinero con puños franceses y una doble botonadura en la chaqueta. Parecía feliz, guapo y elegante. Por un segundo, esa sensación de *fondue* derretida que creía haber superado amenazó con volver. Sin embargo, cuando esbozó una sonrisa tan deslumbrante como su uniforme, me limité a devolvérsela sin más, y le pregunté si necesitaba algo.

—Sí. Un buen *sous chef* profesional.

—No, lo siento. ¿Qué tal una asistente mal entrenada?

—Se acerca bastante —dijo—. Entra y coge un delantal.

Me puso a trabajar junto a sus otros dos ayudantes, lavando lechugas, cortando judías verdes y pelando patatas. Él mismo preparaba las costillas de primera, metiendo innumerables dientes de ajo en la carne y frotándola con una mezcla de mantequilla, sal y hierbas, silbando y trabajando deprisa. Saltaba a la vista que la cocina era su hábitat natural, el lugar donde se sentía más a gusto. En un momento dado, se detuvo para tomar una taza de café, levantó la barbilla hacia el montón de judías verdes que yo estaba cortando y dijo:

—Puede que acabemos haciendo de ti una gran cocinera.

—¿Eso crees? ¿Así empezaste tú?

—Ajá. A los quince años conseguí trabajo como friegaplatos en un restaurante italiano. Me había criado con comida rápida y *pizza* congelada, así que las verduras frescas fueron toda una revelación. Y la pasta casera... —Se llevó las manos a las sienes y abrió los dedos—. Casi me explota la cabeza. Empecé a hacer preguntas, cantidad de preguntas. Un día, el chef me puso un delantal y me dijo que me fijara en cómo pelaba zanahorias, luego me pasó el pelador y me dijo: «Si haces un buen trabajo, mañana te enseño a lavar lechugas. Al día siguiente, tal vez te deje despepitar tomates. Hazlo todo bien, como te digo, y algún día te enseñaré a hacer ravioli».

—¿Así es como aprendiste todo esto? ¿Observando y haciendo?

—Más o menos —dijo, luego golpeó su taza de café contra la encimera y dio una palmada—. ¡Bien! Hora de hacer galletas.

Hicimos más de mil —con pepitas de chocolate, de avena y nueces, de canela—, además de una montaña de judías verdes, otra montaña de zanahorias con hierbas y diez bandejas enormes de patatas gratinadas con cantidades ingentes de mantequilla, nata y queso gruyer. Apenas podíamos parar para recobrar el aliento, y menos aún tomarnos un descanso. Pero cuando el reloj dio las cinco, estábamos listos.

Yo hacía las veces de *maître*, haciendo malabarismos con los asientos, acompañando a los invitados a las mesas, agradeciéndoles sus donativos y su paciencia. George llevaba bolsas de papel con palomitas de maíz sazonadas con especias cajún a la fila de hambrientos invitados que se extendía desde la puerta hasta el muelle, contándoles historias y divirtiéndose como nunca. Cuando por fin la cola empezó a reducirse, se dirigió a la recepción para que Robyn, que había estado atendiendo llamadas y haciendo reservas para los comensales que decidieron aprovechar sus bonos de «paga tres noches y quédate cuatro», pudiera comer algo.

La cola había desaparecido, pero las mesas seguían llenas. Mientras buscaba sitio para sentar a Robyn, entró un hombre alto y con gafas, de unos cuarenta años, y me preguntó si había hueco para dos más.

—Llegan justo a tiempo —le dije, examinando un mapa de mesas para ver dónde podía colocarlos.

—¡Estupendo!

Me entregó las entradas y metió dos billetes de cien dólares en el bote de los donativos como si tal cosa, luego levantó la vista para dirigirse a una mujer que acababa de entrar por la puerta.

—No es demasiado tarde, cielo. Todavía tienen sitio.

—Oh, bien. Me muero de hambre.

Mi cabeza se alzó como si mi cuello fuera un resorte. ¡Esa voz! Pero solo cuando el hombre le pasó el brazo por los hombros y le besó la parte superior de la cabeza, en el mismo punto donde el rubio platino daba paso a un amplio mechón de color morado, di crédito a mis oídos.

—¿Yolanda?

—¡Oh, Dios mío! ¡Esme!

Robyn, que había estado cerca esperando mesa, se acercó a mi puesto de *maître*.

—¿La conoces?

—Bueno, sí. Éramos... —A punto estuve de decir que éramos amigas, pero me contuve a tiempo—. Éramos compañeras de piso en Nueva York. Y también trabajábamos juntas. El mundo es un pañuelo —dije, soltando una carcajada de incredulidad. ¿Primero Oscar y ahora Yolanda? ¿Acaso todos aquellos con los que había tenido una relación incómoda acababan en Last Lake, Carolina del Norte?

—Bueno, yo también la conozco —dijo Robyn—. Te lo dije, ¿recuerdas? ¿El día que fui a la ciudad y le enseñé a la señora de la galería una foto de la colcha de Adele? Bueno, esta es la señora.

Yolanda chasqueó los dedos y señaló a Robyn.

—¡Me acuerdo de ti! ¡Y de esa colcha!

Se volvió hacia el hombre alto, que había permanecido en silencio mientras se desarrollaba la escena, mirando a Yolanda con manifiesta adoración.

—Cariño, ¿recuerdas la colcha de la que te hablé? ¿Esa que parecía como si alguien hubiera lanzado al aire puñados de confeti?

—No podías dejar de hablar de ella —dijo él, asintiendo.

Yolanda miró a Robyn.

—¿Me dijiste que la había hecho tu madre? Me encantaría conocerla.

—Adele falleció el año pasado. Un derrame —expliqué—. Muy repentino.

—¿Adele? ¿Te refieres a Adele, tu abuela? —Cuando asentí, Yolanda volvió a mirar a Robyn, entrecerrando los ojos mientras su cerebro ataba cabos—. Así que tú debes de ser...

—Mi madre, Robyn Cahill —dije, interrumpiendo antes de que Yolanda pudiera dar alguna pista de lo que ya sabía sobre ella y nuestra relación.

Yolanda lo captó enseguida, y se limitó a sonreír y a tenderle la mano.

—Encantada de conocerla, señorita Cahill. Soy Yolanda. Y este es mi marido, David Olmsted.

Claro que lo era. Se notaba por el modo en que se miraban. Sin embargo, se me hacía raro pensar que Yolanda estuviera casada. No solo porque siempre había tenido el don de enamorarse de los tipos más propensos a hacerla desgraciada, sino porque siempre había dicho que, de casarse algún día, quería que yo fuera su dama de honor.

Por otro lado, yo le había dicho lo mismo a ella. Supongo que la diferencia estribaba en que yo lo decía en serio.

—Enhorabuena.

—Gracias —dijo Yolanda, y se echó a reír—. ¡Esto es una locura! Sabía que era el hotel de tu abuelo, pero nunca imaginé encontrarte aquí. ¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad? ¿Está Alex contigo?

—Todavía no sé cuánto tiempo me voy a quedar, y Alex está..., bueno, nos divorciamos.

—Resulta que era gay. Siempre pensé que podría serlo —confesó Robyn, inclinando la cabeza hacia Yolanda antes de volverse hacia mí, aparentemente inmune a las dagas de mis ojos—. Oye, ¿podemos conseguir una mesa antes de que cierre la cocina? No sé ellos, pero yo me muero de hambre.

—¿Por qué no se sienta con nosotros, señorita Cahill? —sugirió David—. Estaríamos encantados.

—Oh. Bueno..., claro. Estaría bien. Nunca he conocido a ninguna de las amigas de Esme. —Miró a Yolanda—. Quizá Esme pueda llevarte arriba después de cenar y enseñarte las colchas de Adele.

Yolanda abrió los ojos de par en par.

—Espera un momento. ¿Colchas? ¿Más de una?

—Probablemente más de cuarenta —respondió Robyn.

Yolanda dirigió a David una mirada suplicante.

—Adelante —dijo riendo—. Pediré que te pongan la cena para llevar.

Cuando empecé a quitar el papel de seda y a desenvolver una tras otra las colchas, a Yolanda le brillaron los ojos y se llevó la mano a la boca, murmurando: «Oh, oh, oh», entre sus dedos entrelazados, como si estuviera tan sobrecogida que realmente le faltaran las palabras. Yo había tenido una reacción similar la primera vez que las vi. Pero ver la obra de mi abuela a través de los ojos de Yolanda me hizo darme cuenta de lo verdaderamente extraordinaria que era, de lo extraordinaria que era ella.

—Estas son... Son impresionantes —dijo por fin—. Nunca me dijiste que Adele era artista.

La forma en que lo dijo, casi como una acusación, me pilló desprevenida y el tono de mi voz al contestar dejó más que patente que estaba a la defensiva.

—Sé que fue a la escuela de arte un par de semestres, pero, que yo sepa, lo único que hacía eran colchas.

—No necesitas un pincel para ser artista —respondió Yolanda, con un tono de fastidio que me decía que debería haberlo sabido.

Tenía razón, debería haberlo sabido.

No sé cuántas diatribas y lágrimas había presenciado en Nueva York, cada vez que Yolanda volvía de una visita a una galería que había esperado estuviera dispuesta a exponer y vender sus criaturas de ganchillo, solo para que la condescendiente propietaria le dijera que su arte no era arte en absoluto, sino artesanía, cosa de aficionados o amas de casa aburridas. Comprendo la frustración de Yolanda. Cualquiera que tuviese ojos en la cara podía ver que era una artista con talento, apasionada e imaginativa.

Sin embargo, no había pensado en Adele de la misma manera, no hasta ahora.

—La forma en que combina los colores es tan inusual y tan habilidosa —dijo, girando meticulosamente las colchas, como si manipulara algo frágil y sumamente valioso—. Esta, por ejemplo: el verde menta y el mostaza son dos colores que nunca se me ocurriría combinar, pero de algún modo ella consigue que funcionen. Es increíble. Y mira —añadió, haciendo una pausa para examinar otra colcha—, aquí ha utilizado el mismo verde, parece incluso que sea la misma tela, pero la sensación es totalmente diferente. Combinar el verde con distintos tonos de crema y utilizar muchas curvas serpenteantes le da un aire muy lúdico. Da la sensación de que improvisa

y se divierte.

»La emoción de su trabajo es palpable —continuó Yolanda, mientras examinaba una de las colchas más pequeñas, hecha con colores oscuros, un fondo negro, carbón y gris ceniza, intercalado con rayas de color canela—. Esta es tan cruda, tan llena de furia. ¿Qué dijo de ella?

—Nada. Ni siquiera la había visto hasta hace unas semanas.

Yolanda frunció el ceño, un pliegue de frustración surcándole las cejas.

—Bueno, ¿cuándo aprendió a acolchar? ¿Quién le enseñó?

—No lo sé, nunca me lo dijo.

—¿Nunca dijo nada sobre sus colchas? ¿Nada en absoluto?

—Tuvimos una conversación hace años, cuando yo era adolescente. Me dijo que era la forma en que se explicaba a sí misma, pero nada más. Lo siento —dijo cuando a Yolanda se le cayó el alma a los pies—. No la presioné porque parecía que no quería hablar de ello.

—¿Sabes al menos cuándo la hizo?

No lo sabía. Pero antes de que pudiera responder, Yolanda dio la vuelta a la colcha y dejó al descubierto unas marcas de bolígrafo tenues y descoloridas, escritas con una letra que me resultaba familiar. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—Enero de 1942 —murmuró Yolanda—. Entonces, tal vez tuvo algo que ver con el comienzo de la guerra. Eso tendría sentido; las emociones estaban a flor de piel después de Pearl Harbor.

Sí, tenía sentido. Mucho más sentido que ver un autobús que no estaba, un espectro vestido de azul, una foto antigua y, de repente, conocer con absoluta claridad un capítulo de la historia de mi abuela y escribirlo entero, plasmando la escena con tal facilidad y seguridad que más parecía una transcripción que un ejercicio literario. La mayoría de la gente no habría dado crédito a mi historia, pero Yolanda no era la mayoría de la gente. Desde el primer momento, eso es lo que me gustó de ella. Como ya he dicho, siempre me han atraído los bichos raros, los excéntricos, los artistas. Son los que ven, y creen, lo que otras personas no.

—Ez, ¡suenan increíbles! Y después de todos estos años, ¡estás escribiendo otro libro! ¡Fantástico! ¿Puedo leerlo?

—Supongo. Pero... no es un libro, solo un par de escenas. Dudo que haga más.

Yolanda me lanzó una mirada incrédula, como si acabara de decir que tenía dudas respecto de la existencia del oxígeno y mi disposición a seguir respirándolo.

—¿Por qué no? ¿Por qué?

Intenté explicarle lo del grifo de la inspiración, cómo se había cerrado tan repentinamente como se había abierto, pero no pareció entenderlo.

—¿Y? Escribe de todos modos.

—No puedo. Las vi... —balbuceé, deteniéndome porque la palabra «visiones» sonaba demasiado esotérica—. Las imágenes se detuvieron tan rápido como empezaron y ahora no tengo ni idea de lo que pasa después. Ni de qué significa todo esto —dije, señalando la pila de colchas.

—Vale, ¿por qué no usas tu imaginación entonces?

—Porque no es una historia cualquiera, es la historia de Adele. No puedo inventarme algo de la nada. De hacerlo, tendría que hacerlo bien, y saber que es verdad.

Yolanda apretó los labios e hizo una mueca.

—Perdone, pero ¿está usted segura de que es Esme Cahill? ¿No trabajamos tú y yo en el mismo sector? Ez. Todo libro es una ficción, ya lo sabes, influida por la experiencia, los valores, el punto de vista y, sí, también por la imaginación del autor. Los historiadores interpretan. Los biógrafos embellecen. Los memorialistas solo cuentan su versión de los hechos. Y los escritores

escriben. Tú más que nadie deberías saberlo. No te quedes ahí como un pasmarote y me digas que no puedes encontrar inspiración, ¡no cuando tienes acceso a todo esto!

Yolanda alcanzó la pila de colchas y las fue alzando una tras otra, primero la pieza con las rayas canela, luego una que parecía un espejo hecho añicos con el borde dorado e innumerables grietas, creada con hilos negros cosidos como arañas sobre una tela azul plateada, otra que tenía una docena de coloridos triángulos largos y finos que colisionaban en el centro, así como una colcha de aspecto inquietante con rectángulos verde oscuro de diferentes tamaños que se abalanzaban desde la esquina superior izquierda, amontonándose unos sobre otros hasta tapar gran parte del fondo azul, y, por último, una colcha que mostraba un árbol con las ramas desnudas por un lado y una preciosa profusión de vivas hojas escarlata por el otro. Luego extendió la mano hacia los otros montones de colchas.

—Aquí tienes mucho con lo que trabajar —dijo—. Empieza con la imaginación y a ver adónde te lleva. ¿Y si tu abuelo no lo recuerda todo? ¿O nunca lo supo realmente? Adele pasó sesenta años en Asheville, debe haber dejado algunas migas de pan. ¡Ve a buscarlas! Puede que tu abuela fuera reservada en vida, pero ahora está dispuesta a hablar. Tu trabajo es escuchar.

Discutimos un rato, bromeamos un poco y nos pusimos al día de lo que había acaecido en los últimos años, evitando cuidadosamente toda mención de los acontecimientos que precedieron a nuestra despedida, nuestra conversación cómoda e incómoda por momentos.

Mientras envolvía las colchas, Yolanda me contó cómo conoció a David, un catedrático de historia que a veces se ofrecía voluntario para hacer visitas guiadas por el centro de Asheville.

—Fue en un viaje de camino a la boda de una prima, se casaba con un abogado de Lexington. Nunca planeé quedarme. Y desde luego jamás pensé en enamorarme —dijo, riendo como si aún no pudiera creérselo—. ¡Diablos, ni siquiera había planeado hacer el *tour*! Estaba pasando el rato en el parque Pritchard, escuchando un corro de tambores, cuando David pasó hablando a un grupo de turistas que le iban detrás como una columna de patos. En cuanto le vi, caí rendida. Salté del banco y lo seguí.

»Él también me había echado el ojo —sonrió—. Al final del recorrido, David me propuso tomar un café y estuvimos hablando durante seis horas. Nunca llegué a ir a la boda de mi prima, pero, a los tres meses, tuve la mía propia.

David era pariente lejano de Frederick Law Olmsted, el famoso arquitecto paisajista que había diseñado parques y jardines por todo el país, incluidos Central Park en Nueva York y los jardines de la finca Biltmore. Él y Yolanda vivían en un Tudor de ladrillo de 1928 en Grove Park, una zona por lo general fuera del alcance de artistas hambrientas y profesores universitarios, por lo que sospeché que parte del dinero que tenían llevaba el apellido Olmsted. Mientras David impartía clases, Yolanda dirigía una galería en la que exponían mujeres artistas, con un taller anexo en el que se enseñaban técnicas textiles.

Les encantaba vivir y trabajar en Asheville y, como quedó patente al volver abajo y ver a David sentado pacientemente en el vestíbulo, sosteniendo el jersey de Yolanda y una caja de *catering* con su cena ya fría, también se querían, y mucho.

—Oh, David. Lo siento. No quería tardar tanto.

—No te preocupes. He tenido una agradable charla con Robyn, y la comida era estupenda. Definitivamente vamos a volver. El chef salió de la cocina y se sentó con nosotros al final, un tipo muy interesante. George también se unió a nosotros —dijo sonriéndome—. Tienes una gran

familia.

—Gracias —dije.

No valía la pena explicar que Dawes no era de la familia.

Él se volvió hacia Yolanda.

—¿Qué tal las colchas?

—Alucinantes. Gracias por ser tan comprensivo.

Se inclinó hacia él, balanceándose como un sauce al viento, le besó en la mejilla y apoyó ligeramente una mano en la otra, mirándole a los ojos.

Cuando Yolanda había entrado por la puerta aquella noche, había sentido una sacudida de pura alegría, la sensación de que te devolvían algo precioso. Pero que yo me sintiera así no significaba que el sentimiento fuera mutuo. Con David en su vida, quizá ya no necesitaba amigas...

David estiró el jersey para que Yolanda pudiera meter los brazos en las mangas.

—Vendrás a verme, ¿verdad? Estoy en la galería todos los días. Tu madre sabe dónde. — Cuando asentí, sonrió—. Ven pronto. Tenemos mucho tiempo perdido que recuperar.

Prometí que lo haría, me despedí y volví a la cafetería para ayudar a limpiar. Incluso con la ayuda de todos, tardamos bastante. Había sido un buen día en muchos sentidos. Pero cuando regresé a mi cabaña, lo único que quería era meterme bajo las sábanas y dormir toda una semana.

En lugar de eso, me preparé un café, encendí el portátil y me puse a imaginar.

Del invierno a la primavera

1942

George Cahill no es el hombre que yo creía.

No, eso no es del todo exacto. Nadie podría ser más íntegramente él mismo que George. Es un hombre amable, ve lo mejor de cada persona y situación. También es bromista, chistoso, contador de historias, encantador y un seductor desvergonzado. Y gracias al cielo por ello. De lo contrario, tras mi impetuoso trabajo de pintura del mostaza al verde menta, la señorita Ida bien podría habernos dicho a ambos que hiciéramos las maletas.

Pero como George es George, logró metérsela en el bolsillo y todo quedó perdonado. Ahora, ella actúa como si el verde menta hubiera sido idea suya en primera instancia y está buscando telas para hacer una colcha a juego con las paredes; todo porque George no podría disimularlo ni adrede y se presenta como lo que es: un ser humano esencialmente feliz, el tipo de hombre al que la gente no puede evitar querer.

George empezó a trabajar el mismo día que yo. Como los dos trabajamos en la finca Biltmore, el señor Chestnut se encargó de que me llevara al trabajo todos los días. George aceptó trabajar en la lechería porque estaba clasificado como no apto para el servicio militar a causa de un soplo en el corazón que no supo que tenía hasta que fue a la Oficina de Reclutamiento del Ejército. «Mi corazón nunca me ha dado problemas», me dijo George con un ceño fruncido poco habitual en él. «Se lo dije al médico, pero él se limitó a decirme que debía dedicarme a la agricultura, porque alguien tenía que quedarse en casa y cultivar alimentos para las tropas».

Ese médico no se equivocaba, el Gobierno ha pedido a los productores de leche que aumenten la producción para hacer queso y leche evaporada a fin de alimentar a los soldados destinados en el extranjero. El trabajo de George es esencial en la contienda, pero yo sé que preferiría estar luchando. George me ha contado muchas cosas de su vida durante nuestros trayectos diarios. Y yo me he sorprendido a mí misma devolviéndole el favor, hablándole un poco de mi pasado, de mis ambiciones como artista, e incluso un poquito de la sinestesia.

Fue una especie de prueba. La mayoría de la gente me mira como si tuviera dos cabezas cuando la menciono, pero George no. Hizo muchas preguntas y al final dijo que ser sinestésico debía hacer la vida muy interesante. Y tiene razón, la hace. Pero no le conté todo sobre mí, no puedo. Casi nadie, ni siquiera George, puede saber que detrás de las pesadas cortinas colgadas para camuflar la entrada de la inacabada sala de música hay una cámara secreta que esconde

los mayores tesoros artísticos de la nación, y que es ahí donde paso mis días.

Me llegó a gustar George. Pero hoy me he dado cuenta de que no es lo que yo creía. Empezó hace semanas, con el libro.

George acude los sábados a un salón de billar para tomar una cerveza con su antiguo jefe, Jimmy, y embolsarse algo de dinero jugando unas partidas. Como los militares que esperan el despliegue entran y salen de Asheville semanalmente, George rara vez tiene problemas para conseguir adversarios. Me ha invitado varias veces a ir con él, pero siempre le digo que no. No me imagino a mí misma sentada al margen, tomando una cerveza y mirando mientras los hombres hacen algo. E incluso si lo hiciera, no quiero darle ideas a George. Además, las noches y los fines de semana son el único momento que tengo para pintar.

Un sábado de principios de marzo, George volvió del billar antes de lo habitual. El sol se había puesto, así que yo ya había guardado mis pinturas y estaba leyendo. Cuando George llamó a mi puerta y me preguntó si podía entrar, dejé mi libro a un lado. Estas charlas después del billar se han convertido en una especie de ritual. George entra, dejando la puerta entreabierta para que la señorita Ida y los demás no se hagan una idea equivocada, y me cuenta su velada, bromeando, flirteando, contándome historias e intentando hacerme reír, cosa que sé que le encanta hacer. Además de ser esencialmente feliz, George es esencialmente generoso. La risa es un regalo que haces a los demás, un medio de compartir tu felicidad con otra persona. George lo hace a menudo y fácilmente.

Después de revelar que esa noche había perdido, riéndose de sí mismo mientras contaba cómo había tenido que entregar tres dólares a un cabo de Indiana que había conseguido «timar al timador», George me preguntó qué estaba leyendo.

—El Profeta. Lo escribió un hombre llamado Kahlil Gibran. Es poesía. Bueno, algo así. Es poesía en prosa. No tiene rima —dije en respuesta a su ceño fruncido—. La forma en que las palabras se sienten y suenan y..., bueno, saben, es como poesía, pero la forma en que está escrita es más como prosa.

Incluso a mis oídos, la explicación sonaba confusa y poco interesante, aunque el libro era todo menos eso. Si hubiera podido pintar lo que quería decir, habría llegado más lejos. Pero la ilustración es una forma de comunicación lenta y esta torpe explicación era lo mejor que podía ofrecer. Así que me sorprendí cuando George cogió el delgado volumen y miró la portada.

—¿De qué trata?

Quizá porque Gibran también era artista, había trabajado y estudiado en París, su escritura me parecía pintura, emocional, evocadora y veraz, los sabores de la vida plasmados en el papel. Pero no sabía cómo explicarlo. Una vez más, las deficiencias del lenguaje me hacían tropezar.

—Trata de la vida, el amor, la muerte, la fe... De todo, en realidad.

—¿Me lo prestas?

George tenía una diplomatura de dos años en Humanidades, así que sabía que no era un hombre inculto o indiferente, pero los únicos libros que le había visto eran wésterns de bolsillo de Zane Grey. El Profeta no parecía algo que pudiera interesar a un timador de billar aficionado con acento de Carolina, sobre todo después de oír mi torpe explicación sobre el tema. No estaba convencida de que fuera a leerlo, pero, por supuesto, le dije que sí.

—Pero tal vez no deberías dejarlo a la vista de la señorita Ida.

—¿Por qué no? ¿Es verde? ¿Hay fotos?

George movió las cejas, sonriendo como un colegial que ha sacado un paquete de cigarrillos del bolsillo de su padre, haciéndome reír.

—No hay fotos. Pero el señor Gibran nació en el Líbano y escribe sus poemas en árabe. No creo que la señorita Ida lo entendiera.

George me guiñó un ojo y dijo que sería nuestro secreto, luego deslizó el libro en su bolsillo antes de darme las buenas noches. Y eso fue todo. No volvimos a hablar de ello hasta hoy.

Los primeros días de mayo en Asheville son cálidos y maravillosos. Casi de la noche a la mañana, la hierba del patio trasero de la señorita Ida ha pasado del marrón oscuro a un verde brillante que a mí me recuerda a la curiosidad y a los signos de interrogación, y me sabe a bayas ácidas. El cornejo también está empezando a florecer, con sus vistosas flores blancas, exuberantes y espléndidas. Por eso, cuando George me preguntó si quería dar una vuelta por las montañas, recordándome que el racionamiento de gasolina empezaba el 15 de mayo y que tal vez fuera esta nuestra última oportunidad, claro que le dije que sí. Desde mi primera semana en Asheville, había estado deseando precisamente eso.

Condujimos alrededor de una hora hasta el Parque Nacional de Pisgah y recorrimos un sendero hasta las cataratas Douglas. El paisaje era impresionante, tan majestuoso que hacía que las palabras se quedaran cortas. Cuando doblamos la última curva de un tramo estrecho y sinuoso de la pista, George se detuvo en un mirador y yo salí del coche para contemplar el mundo desde la perspectiva de los ángeles, mirando boquiabierto la marea interminable de montañas y valles en más tonos de verde de los que sabía que existían, muda de asombro, las ganas de aplaudir, bailar o llorar invadiéndome a cada rato. Agradecía mucho a George que me hubiera llevado hasta allí. Cuando llegamos al inicio del sendero y emprendimos la marcha hasta las cataratas, mi gratitud fue todavía mayor.

George tiene el don de captar las pequeñas cosas, la mágica y delicada belleza de la naturaleza que otros podrían pasar por alto, cosas que yo sin duda me habría perdido sin él.

Mientras avanzábamos en silencio, escuchando el ruido sordo de nuestras botas contra la tierra y la hojarasca del camino, George se detuvo de repente, congelado a medio paso, estiró la mano para detener mi avance, luego se la llevó al oído y sonrió al oír el canto de llamada de un chochín de Carolina posado en la rama de un árbol. En otra ocasión, se agachó y señaló, a través de la maleza, una tímida mata de jacintos y un parche cercano de perfectos zapatitos rosas. George conocía los nombres de todas las flores silvestres —foca de Salomón, columbina y calzones de holandés— y tenía un don para detectarlas, no porque intentara impresionarme, sino porque cada pequeño descubrimiento le producía una gran alegría, demasiada para guardársela para él solo.

Pero yo estaba impresionada y encantada. Y cuando llegamos a las cataratas, más aún.

Nos acucillamos junto a una pequeña poza bajo la cascada e hicimos de nuestras manos tazas, llevándonos el agua a la boca. George terminó primero y se puso en pie, acto seguido levantó la cabeza hacia el cielo, su rostro apuntando a las copas de los árboles, y giró en círculo sin prisa, su expresión rebosante de admiración y una suerte de complacencia, la mirada de un hombre que encuentra la vida agradable y sabe la suerte que tiene, luego puso los brazos en jarras.

—Los árboles son poemas que la tierra escribe sobre el cielo, nosotros los talamos y hacemos papel, para dejar constancia de nuestro vacío.

Levanté la cabeza para mirarle, el agua goteando entre mis dedos mientras esperaba que me devolviera la mirada. Pero se quedó allí, mirando las ramas y las manchas de cielo azul brillante.

—Es precioso, George. ¿Quién lo escribió? ¿Tú?

Soltó una carcajada, como si no hubiera una pregunta más absurda.

—No fui yo. Es de tu amigo, el señor Gibran.

¿Lo era? El estilo era el de Gibran, pero no reconocí el pasaje y eso que había leído El Profeta infinidad de veces. Al ver mi confusión, George se encogió de hombros y dijo:

—Me gustó tanto El Profeta que fui a por más. Esos versos son de otro libro suyo, Arena y espuma. No volverá a la biblioteca hasta dentro de una semana; te lo puedo prestar si quieres.

George Cahill no es el hombre que yo creía que era. Es más.

Capítulo 13

La imaginación fue un buen punto de partida.

Me desperté hacia el mediodía, con los pies todavía doloridos tras un día exitoso pero muy largo, releí la escena en la que había trabajado hasta el amanecer, y me sentí bastante bien. Adele nunca me llegó a explicar todas las cosas que le gustaban de George, que parecía ser su antítesis en muchos aspectos, pero yo había vivido con ellos el tiempo suficiente para saber que tenían más en común de lo que la mayoría de la gente creía.

Adele percibía una belleza en lo cotidiano que otros a menudo pasaban por alto. Y George también. El otro día me acompañó a dar una vuelta por el lago. No habíamos recorrido ni cincuenta metros cuando vio un racimo de hongos adheridos al tocón de un árbol caído. «Mira esto», me dijo, poniéndose en cuclillas junto al tocón. «Precioso, ¿verdad?».

Los hongos eran de colores vivos, con bandas de amarillo brillante y naranja tostado, y tenían forma de conchas marinas con los bordes enrollados. Nunca en mi vida había pensado que los hongos fueran hermosos, pero realmente lo eran. Había recorrido aquel sendero una docena de veces y jamás me había fijado en ellos, pero George sí. Si Adele siguiera viva, seguro que ella también lo habría hecho.

No se podría explicar la atracción que sentían mis abuelos, ni escribir la historia de Adele, sin ilustrar el placer que compartían por la belleza de lo cotidiano. Sentada frente al ordenador, recordé mi excursión con George y dejé que la imaginación siguiera su curso. Pero después de leer el primer borrador, sentí que me faltaba algo y me puse a rebuscar en la caja que Adele me había dejado.

Celebro haberlo hecho. Por un lado, después de hojear sus viejos cuadernos, sumé dos más dos y me di cuenta de que las manchas de pintura y los números anotados en su cuaderno se correspondían con los colores de las colchas y las fechas descoloridas del reverso. Pero seguía sin tener claro si las colchas estaban relacionadas de algún modo con la historia de Adele o simplemente eran obras de arte abstractas. Teniendo en cuenta su conexión emocional con los colores, sospechaba que podía ser lo primero y que tendría que aprender a pensar como los sinestésicos para averiguarlo. Sin embargo, por el momento, mi atención se centraba en los dos volúmenes de poesía de Kahlil Gibran, muy leídos y subrayados. ¿Qué hacían ahí? ¿Por qué Adele había decidido meterlos entre recortes, calendarios, recetas y demás?

Las obras de Gibran son un clásico; los temas son atemporales y la escritura es tan exuberante que reverbera verdad y anhelo. Los lectores de los años cuarenta habrían encontrado la poesía de Gibran cautivadora y exótica. Imaginar cómo una joven Adele habría respondido a estos libros y recordar luego que una vez, cuando felicité a George por su gusto literario, había hecho caso

omiso, diciendo: «Eso es cosa de tu abuela. Yo no era más que un chico de pueblo antes de que ella me civilizara, más espeso que un plato frío de puré de patata», me dejó pensando.

¿Y si fuera verdad?

No la parte de que era espeso, por supuesto. Aunque la memoria le fallara ahora, George era muy agudo y siempre lo había sido. Pero ¿podría haber sido Adele quien le introdujera en el tipo de lecturas que él no sabía que existían? De ser así, ¿no habría eso avivado la chispa de la atracción entre ellos? Nada hace vibrar el corazón tan rápido como un hombre que comparte tus pasiones, y Adele no era sino una lectora apasionada.

De nuevo, una pista sobre el pasado de mi abuela despertó mi imaginación, completando lo que faltaba. Pero la imaginación solo podía llevarme hasta un punto. Si quería seguir escribiendo, también necesitaba hechos. Yolanda tenía razón. Adele había pasado la mayor parte de su vida adulta en Asheville, si buscaba bien e investigaba, sin duda acabaría tropezando con al menos algún documento sobre su vida aquí.

Obviamente, arreglar el refugio e intentar cumplir el plazo para que este fuera rentable a finales de verano era mi mayor prioridad. Conseguir presupuestos, tratando de negociar mejores precios cada vez que tenía ocasión, programar a los contratistas y encargarme yo misma de todo el trabajo que podía me llevaba mucho tiempo. Pero lo disfruté, sobre todo al limpiar el terreno y restaurar los descuidados parterres de Adele.

Durante años, había estado ahorrando dinero con la esperanza de poder permitirme algún día el no va más de los bienes raíces de Nueva York: un apartamento con jardín. Ahora, quitarme el gusanillo de la jardinería era fácil y muy satisfactorio. Me encantaba trabajar al aire libre. Las cosas se veían ya mucho mejor; el mero hecho de quitar las malas hierbas había marcado una gran diferencia. Los huéspedes lo notaban. Me sentía bien cuando alguien me veía cavando en la tierra y se detenía a decirme lo bonito que estaba quedando todo. Además, dos mujeres distintas vinieron a preguntarme dónde había comprado mis bermudas floreadas y se quedaron impresionadas cuando les dije que me las había hecho yo. Mi guardarropa neoyorquino, todo negro a todas horas, era demasiado caluroso para llevarlo en un día soleado y, como gran parte tenía que lavarse en seco, no era un buen uniforme de jardinería. Los pantalones cortos y las faldas que había cosido con la vieja máquina de Adele, utilizando un montón de estampados florales que había encontrado en el trastero, eran frescos, cómodos y bastante monos. Había sido divertido hacerlos y me encantaba volver a llevar colores.

Así que sí, entre la contratación general, tratar de pensar qué dirección debería tomar nuestro plan de *marketing*, además de la jardinería, la costura, mandar currículos, y mis suplencias en la recepción cuando George necesitaba un descanso, estaba muy pero que muy ocupada. Sin embargo, en las semanas siguientes, también sacaba tiempo para indagar en el pasado de Adele, desenterrando datos que me llevaran en nuevas direcciones o me proporcionaran detalles esclarecedores que intercalar en lo que ya había escrito, como añadir sombreado a un cuadro, pequeños toques para darle profundidad, contraste y contexto. A veces hallaba las migas de pan que me daban pistas sobre los acontecimientos del pasado de Adele entre mis propios recuerdos, salpicados de conversaciones o sucesos que casi había olvidado.

Tres días después de la gran cena de recaudación de fondos, entregué casi siete mil dólares en donativos al agradecido director ejecutivo del banco de alimentos, y luego conduje hasta la finca Biltmore, el castillo renacentista francés de 250 habitaciones que George Vanderbilt había construido y que se terminó en 1895.

Aunque la familia seguía siendo propietaria de la casa, no vivía en ella desde la década de

1950. Biltmore era uno de los destinos turísticos más populares del estado, con un millón de visitantes al año. En los últimos días había estado investigando un poco para saber más sobre lo que allí había acaecido durante la Segunda Guerra Mundial.

Incluso antes de Pearl Harbor, David Finley, director de la recién inaugurada Galería Nacional de Arte, estaba preocupado por la seguridad de la colección. Necesitaba un lugar seguro para guardar las piezas más valiosas, en un emplazamiento que tuviera pocas probabilidades de ser bombardeado. Edith Vanderbilt tenía el escondite perfecto: la nunca terminada sala de música de la Casa Biltmore.

En condiciones de gran secretismo, la sala se convirtió en una cámara acorazada. Las piezas más importantes de la galería, entre las que se encuentran el retrato de George Washington de Gilbert Stuart y obras de Rafael, Van Dyck, Goya, Tiziano y Vermeer, se enviaron discretamente a Asheville y se guardaron allí hasta que pasó el peligro. Las paredes exteriores de la sala de música se ocultaron tras unas pesadas cortinas, por lo que nadie sospechó que allí se escondían millones de dólares en valiosas obras de arte.

Según mis investigaciones, se habían contratado guardias de seguridad las veinticuatro horas del día para proteger las obras de arte. Pero seguramente David Finley también habría querido que alguien más las vigilara, ¿no? ¿Alguien que supiera algo de arte, que estuviera relacionado con la National Gallery y que permaneciera en el lugar para responsabilizarse de las obras y asegurarse de que las condiciones eran seguras? Sin embargo, como la operación era de alto secreto, esa persona habría necesitado una tapadera que explicara su presencia, ¿quizá algún tipo de función administrativa, alguien que hubiera sido contratado para catalogar la colección Biltmore?

Los recuerdos de George sobre el empleo de Adele durante la guerra eran un poco vagos. Era imposible saber con certeza si eso se debía a que él se estaba mordiendo la lengua, a que Adele había decidido que la naturaleza secreta de su trabajo debía permanecer en secreto incluso después de la guerra o a que a George le fallaba la memoria. Sin embargo, me temía que fuera esto último.

Antes, George se enorgullecía de saludar a cada huésped por su nombre. Ahora, tendía a dirigirse a todos los hombres como «grandullón» y a todas las mujeres como «joven». Se mostraba tan amable como siempre, y ninguno de los huéspedes parecía darse cuenta de que utilizara apodos genéricos, pero yo sí. No se podía ignorar que George olvidaba cosas, muchas cosas.

Con todo, sí pudo confirmar que Adele había estado empleada en la finca y que tenía «algo que ver con el arte», llegando a decir incluso que había estado haciendo «algún tipo de lista» para la señora Vanderbilt. Esto bastó para convencerme de que iba por el buen camino. En el fondo, estaba segura de ello, y de que Adele, entonces una joven artista frustrada, había llegado a Asheville a instancias de David Finley para vigilar la colección de la galería. Aun así, quería que mi historia se basara en algo más que sensaciones viscerales, visiones inexplicables, estallidos creativos, recuerdos vacilantes de un abuelo cuya memoria se estaba desvaneciendo. Así que fui a Biltmore y compré una entrada para la visita libre, a la búsqueda de migas de pan e inspiración.

Ya había estado antes en la finca, durante una excursión escolar. Adele también me había llevado a visitarla personalmente cuando yo tenía trece o catorce años. Aún recuerdo que me asombraba que supiera tanto del lugar, sobre todo de las obras de arte. Durante nuestra visita, los demás turistas se quedaban boquiabiertos ante el opulento mobiliario y la arquitectura, igual que el día en que la visité por mi cuenta. ¿Y cómo no? No hay casa en Estados Unidos que se pueda

comparar con la Casa Biltmore.

Mi primera parada fue el jardín de invierno. Era magnífico. El altísimo techo abovedado se componía de innumerables ventanales enmarcados, dispuestos como pétalos de flores que se abren al sol. La luz solar se derramaba sobre un jardín interior, exuberante de flores y árboles tropicales, transformando lo que podría haber sido un interior sombrío en un impresionante y luminoso oasis. Cada una de las doscientas cincuenta habitaciones había sido cuidadosamente diseñada, decorada con los mejores materiales disponibles y una meticulosa atención al detalle. La sala de desayunos, la biblioteca, los dormitorios separados de Edith y George Vanderbilt..., cada uno era único y revelador, una instalación artística en sí mismo. Lo más impresionante de todo era el salón de banquetes, con techos abovedados de cañón de veintiún metros de altura, una mesa a la que normalmente se sentaban treinta y ocho comensales, una enorme chimenea e incluso un órgano tubular. Era asombroso, como el resto de las salas. Mientras paseaba, veía a la gente con el cuello levantado, mirando fascinada.

Sin embargo, cuando había venido aquí con Adele tantísimos años atrás, ella se había paseado por las habitaciones con una indiferencia que, incluso en aquel momento, me pareció extraña. Ahora entendía por qué. Ya lo había visto todo, día tras día durante años. Las obras de arte eran otra historia.

Estaba completamente al tanto de ellas, podía recitar el título de cada cuadro, dibujo o grabado, así como los nombres de los artistas, detalles sobre la composición, el estilo y las influencias sin necesidad siquiera de echar un vistazo a la guía o a las cartelas. Yo estaba realmente fascinada.

George Vanderbilt era un apasionado coleccionista de arte y apoyaba a los artistas modernos y progresistas de la época, como Renoir, Monet y Pissarro. Cuando Adele me preguntó qué obra me gustaba más y por qué, señalé un Renoir colgado en la sala de desayunos, *Joven argelina*, diciendo que me gustaban los colores.

—A mí también —dijo—. Algunos de los tonos amarillos del pañuelo me recuerdan a uno de mis cuadros favoritos, *La encajera*, de Vermeer. Es una vieja amiga. Pero no la encontrarás aquí, ya no. Está colgada en el Louvre, en París.

En aquel momento, no se me ocurrió preguntarle cuándo había estado colgado aquí, ni cómo lo conocía, ni por qué lo habían trasladado a Washington. Y tampoco caí en la cuenta cuando se refirió al cuadro como a un viejo amigo. Adele siempre decía cosas que me parecían raras, como lo de los árboles aplaudiendo con sus manos inexistentes. Me lo tomé al pie de la letra y seguí adelante.

—Bueno, entonces, ¿cuál es tu cuadro favorito aquí en la Biltmore?

—Mi favorito no es un cuadro, son estos —dijo, girándose hacia tres enormes tapices flamencos: *El triunfo de la prudencia*, *El triunfo de la fe* y *El triunfo de la caridad*, realizados en el siglo XVI.

Se puso la mano en el cuello, como si buscara un latido, y contempló los tapices con una suerte de reverencia melancólica. Había alegría en sus ojos y una cierta familiaridad, la tranquila euforia de un reencuentro inesperado con un ser querido. Le pregunté por qué eran sus favoritos.

—Porque, a diferencia de casi todas las demás obras de arte de esta casa, es posible que fueran creados por mujeres. Probablemente no el diseño, pero es muy posible que ayudaran con el tejido.

—¿De verdad? —pregunté.

—Debería serlo —dijo—. ¿No es eso lo que importa?

Más tarde, mientras caminaba por un bulevar arbolado y ascendía por una escalera de ladrillo que conducía al aparcamiento, me detuve a contemplar una vez más el castillo de cuento de hadas de los Vanderbilt. Qué extraño debió de ser para Adele, una joven de voz suave procedente de una familia modesta, pasar sus días en un entorno tan palaciego, rodeada de una opulencia inimaginable y de las mayores obras de arte del país, a cargo de una colección que nadie venía a ver.

A veces tenía que sentirse sola. Sin embargo, al recordar nuestra conversación de entonces, me convencí de que ella también había encontrado inspiración aquí, una forma de reivindicar lo que debería ser cierto. Por mucho que investigara, nunca conocería toda la historia de mi abuela, y eso estaba bien. Cuando se trata de nuestra vida, la verdad absoluta es menos importante que la verdad en la que creemos absolutamente. Para bien o para mal, lo que creemos de nosotros mismos es lo que da forma a nuestra vida, nuestro futuro, nuestro legado; esa es nuestra historia. No entendía por qué Adele me había confiado la suya, pero quería contarla bien.

Después de dejar Biltmore, conduje hasta Montford en busca de la pensión de la señorita Ida.

Cuando George vio la foto de Adele de pie delante de una gran casa con la maleta a los pies y confirmó el color de su traje, también dijo que la pensión era donde se habían conocido y vivido durante la guerra. No pudo recordar la dirección ni contarme gran cosa sobre sus vidas durante ese periodo. Al insistirle, titubeó y se tiró de los tirantes, y Robyn me lanzó una mirada, así que lo dejé estar. Como sí había recordado en cambio que la casa estaba en Montford, seguí conduciendo por el barrio con la esperanza de encontrarla.

Asheville no es uno de esos lugares en los que la gente derriba casas antiguas sin pensárselo dos veces; es una ciudad que se preocupa por su historia. Descubrir que la casa de la señorita Ida seguía en pie no fue una gran sorpresa, pero encontrar la estructura tan completamente inalterada sí lo fue. Los árboles eran más altos y la acera estaba un poco más agrietada, pero, aparte de eso, la casa estaba justo igual que en la foto.

George me contó que en el patio había un hoyo de herradura donde a veces jugaban unas partidas los domingos por la tarde y también una piletta de piedra para pájaros, junto a uno de los árboles. Ninguna de las dos cosas aparecía en la foto, pero cuando salí del coche y empecé a mirar en derredor, allí estaban. De pie en la acera, saqué el móvil del bolso con la intención de hacer unas cuantas fotos. Abrí la aplicación de la cámara y enfoqué la piletta. Mientras intentaba componer la toma, de repente vi un destello de guinga azul y oí la risa de dos voces.

Bajé el teléfono. El patio de la señorita Ida estaba vacío y el vecindario perfectamente tranquilo. Yo era la única persona en la calle.

Se me erizó el vello de la nuca. De nuevo, lo supe. Simplemente lo supe.

Volví al lago y de allí directamente a mi cabaña, apresurándome a escribirlo todo antes de que las sombras se desvanecieran.

Por fin

Agosto de 1942

Aunque es probable que el redundante catálogo de obras de arte de la Casa Biltmore que estoy haciendo se deseché al final de la guerra, he procurado que mis notas sean lo más minuciosas posible, aprendiendo todo lo que puedo sobre los artistas, los temas, la intención que hay detrás de cada obra y las técnicas utilizadas para crearla. Si tengo que dedicarle tiempo y hacer que trabajo, más me vale sacar algo de ello.

Y lo estoy haciendo. Bastante más de lo que saqué de la escuela de arte.

Aunque me dejaron matricularme sin problema, los profesores no me tomaban en serio, ni a mí ni a ninguna otra alumna. A veces su indiferencia era sutil, pero un profesor, lo bastante joven como para haber sido un poco más ilustrado, fue muy franco: «¿Por qué perder el tiempo intentando enseñar a las mujeres? Todas acabaréis casadas y pasaréis el resto de vuestras vidas haciendo bebés y guisos, así que ¿para qué?».

Dejé la escuela de arte al día siguiente. Con profesores así, ¿qué sentido tenía?

¿Por qué hay tantos hombres que hacen todo lo posible para que te sientas pequeña, avergonzada, inútil?

Cuando mi jefe casado metió la mano bajo mi falda e intentó inmovilizarme sobre la mesa, y yo le di una bofetada y lo aparté de un empujón, ¿por qué no pudo disculparse, o incluso tomárselo a broma, fingiendo que todo había sido un gran malentendido? Los dos sabíamos que no lo había sido, pero yo habría estado dispuesta a seguirle el juego. ¿Por qué tenía que mirarme con tanto odio y decirme: «¿Para qué te crees que sirves? No eres nada. Eres una frígida e inútil nada».

Y luego, para que aprendiera la lección y poner otro obstáculo en mi camino, me envió a Asheville, diciendo que no podía prescindir del personal masculino para una tarea tan insignificante.

He decidido que lo insignificante está en el ojo del que mira. Aunque este no es el trabajo para el que me contrataron, tengo la intención de hacerlo bien y aprender todo lo que pueda en el proceso.

Además de catalogar la colección, esta semana he pasado bastante tiempo en la sala de música. Incluso en la montaña, el calor de agosto trae humedad, así que he estado tomando lecturas para asegurarme de que el aire no está demasiado húmedo, vaciando las bandejas de agua de los deshumidificadores cada tres horas. Y, ya que estoy en el barrio, me tomo un tiempo

para charlar con los niños a mi cargo.

George Washington, pintado por el señor Gilbert, es tan regio como cabría esperar, pero no muy conversador. Me atrae más la compañía de las mujeres, aunque no de todas. Una mujer sosteniendo una rosa, de Rembrandt, muestra a una matrona adusta y sombría. Muchacha con sombrero rojo, de Vermeer, es más colorido, pero esa tonalidad de rojo es agresiva y sabe a chocolate amargo, y la chica bajo el ala del sombrero siempre parece sorprendida, y no especialmente contenta, de verme.

Además, parece indolente. Prefiero las chicas que mantienen sus manos y sus mentes ocupadas.

La costurera de Velázquez, una campesina pechugona y laboriosa, es bastante agradable, pero me intriga más La Virgen leyendo de Carpaccio. Me gustaría saber de qué va su libro y si lo está disfrutando. Pero mi favorito, con diferencia, es la mujer retratada en La encajera.

Sus manos están ocupadas y su trabajo es preciso, le produce placer e incluso orgullo. Su corpiño es una yema de huevo amarilla untada con mantequilla, sabe a caramelo y serenidad. Y el encaje de su cuello es precioso. ¿Se lo habrá hecho ella? He decidido que sí, y que somos amigas.

Aunque agradezco que el calor me haya dado una excusa para pasar más tiempo con mis pupilos, el aire fuera de los muros de piedra de la mansión es sofocante. Mi dormitorio del segundo piso parece un horno, hace tanto calor que no puedo pintar ahí, ni siquiera con las ventanas abiertas. Así que el domingo, después de ir a misa, me puse mi vestido más fresco, un vestido de piqué de algodón azul, y monté mi caballete en el patio, cerca del bebedero de los pájaros.

Quizá debería intentar pintar pájaros. El resto de cosas no ha funcionado: mis paisajes son de aficionada, mis intentos de naturaleza muerta aún peores, y mi minucioso autorretrato resultaba demasiado revelador, la mujer del lienzo que mira hacia atrás parece ansiosa, se pregunta qué le está pasando y cuánto tiempo más podrá ocultar sus temblorosas manos en los bolsillos antes de que la gente empiece a hacer preguntas.

Los pájaros serán más fáciles. Y los temblores no están mal. Un pájaro amarillo posado en la piletta.

Y apenas había acabado de mezclar la pintura de mi paleta, consiguiendo el tono perfecto de yema de huevo y mantequilla, cuando aparece George con una mesa plegable, dos sillas, un alargador y la radio de la señorita Ida. Nada más lanzarle una mirada, él levanta la mano como un boy scout.

—No pasa nada. He preguntado. —Luego entra en la casa y vuelve con una bandeja, dos vasos y una jarra helada—. He comprado una bolsa de limones. Hemos agotado la ración de azúcar del mes, pero un amigo me ha dado un tarro de miel. Sabe igual de bien —dice, y me acerca una silla para que me siente.

¿Cómo puedo negarme?

George sirve la limonada y sube el volumen de la radio. Yo enseguida me olvido por completo de mi cuadro, de mis preocupaciones y del calor. George saca una petaca del bolsillo y vierte un chorrito de licor marrón en mi vaso y un poco más en el suyo.

—Más vale que no te pille la señorita Ida.

George mueve la barbilla hacia la ventana.

—Me he cerciorado antes de echarlo. No hay nadie mirando.

No me gusta mucho el whisky, pero mezclado con limonada no está tan mal. Pronto, estamos

charlando animadamente, o más bien George habla y yo, sobre todo, escucho. Me cuenta que algún día, cuando acabe la guerra, quiere abrir su propio negocio, pero no en Asheville, sino en el campo. Desde aquel día en las cataratas, lo entiendo. Aunque Asheville no me parece una ciudad, desde luego no como Baltimore, no es el lugar para George. Es más feliz, y más él mismo, cuando está en la naturaleza.

Me gusta George, mucho. Espero que su deseo se haga realidad.

En la radio suena Der Fuehrer's Face, una nueva y divertida canción de Spike Jones and His City Slickers. George empieza a cantar, sacando la lengua y dedicando a Hitler una gran pedorreta en el estribillo. Me echo a reír, no lo puedo evitar. George salta de la silla y se me acerca:

—¡Venga, Adele! Vamos a mover el esqueleto.

En lugar de unirme al baile, pesco un cubito de hielo de mi vaso y se lo tiro. Luego me quito los zapatos y empiezo a correr descalza por el césped. George me persigue y yo chillo, fingiendo que no quiero que me cojan. Cuando corro hacia la pileta de los pájaros, los pequeños chochines marrones baten las alas y salen volando alarmados. Corro detrás de la pileta y George me alcanza. Nos agachamos, dando vueltas a izquierda y derecha con pasitos escurridizos. Cuando George estira su enorme brazo, intentando agarrarme, chillo de nuevo, golpeo el agua y levanto una pequeña ola que le salpica la parte delantera de su camisa.

—¡Eso es! —ruge, la sonrisa tan amplia como el cielo abierto—. ¡Te voy a atrapar, jovencita!

Nos perseguimos entre los árboles, gritando, riendo y corriendo, hasta que nos quedamos sin aliento. Veo que la señorita Ida se acerca a la ventana. Otra canción, más romántica y suave, suena en la radio. Cuando corro alrededor del tronco del gran álamo, jadeando, George está al acecho al otro lado. Se acerca.

—George, no.

—¿Por qué no?

Porque no quiero que ese profesor tenga razón. Porque quiero hacer algo más que guisos y bebés. Porque no quiero ser nada.

Pero no sé cómo explicárselo a George, así que en vez de eso le digo:

—La señorita Ida está mirando.

Me arrastra hasta el otro lado del álamo, lejos de miradas indiscretas, tira el sombrero al suelo y acerca mis manos a sus labios. Empiezan a temblar de nuevo, más que nunca. George no ha visto esto antes y me mira a los ojos, con el ceño fruncido pidiendo en silencio una explicación. No tengo ninguna. Los temblores empiezan o terminan y nunca entiendo por qué.

Me aprieta las manitas, como si rezara, y las cubre con las suyas. El temblor se detiene. George sonrío suavemente, se inclina hacia mí y me susurra Gibran al oído:

—El amor es felicidad temblorosa.

Un hombre canta en la radio que su amor ha llegado, sus noches solitarias se han acabado, por fin. George me abraza. Coloco los brazos sobre sus hombros, aferrándome a él como una enredadera.

No quiero ser nada. No quiero amarlo. Pero ¿cómo lo voy a evitar?

Cuando George presiona sus labios contra los míos, me deshago.

Capítulo 14

Antaño, Haywood era el centro neurálgico del distrito comercial de la ciudad, hogar de tiendas milenarias, mercerías, joyerías y elegantes grandes almacenes. La llegada de los centros comerciales en la década de 1970 aplastó a decenas de comerciantes independientes y amenazó con convertir el centro en una ciudad fantasma, pero, a diferencia de la mayoría de las ciudades estadounidenses, el centro comercial de Asheville se había recuperado.

El renacimiento se vio impulsado por el orgullo cívico, la conservación histórica y una creciente clase creativa que abrió librerías, cafés, restaurantes y galerías, además de decenas de *boutiques* que vendían de todo, desde hilo y cerámica hasta bombones bañados a mano y salsa picante, la mayoría de producción artesanal y de origen local. El centro de Asheville era un imán para los compradores ávidos de cosas únicas e incluso extravagantes. La galería de Yolanda, Gender Specific, encajaba perfectamente.

El escaparate de la fachada de ladrillo de 1920 era en realidad dos escaparates unidos por puertas interiores, con dos grandes vitrinas que daban a la calle. A través de la primera ventana, los transeúntes podían ver el taller, donde había telares, ruecas y máquinas de coser de todas las épocas, además de cubas y tinas para teñir telas. Lo primero que pensé fue: «Esto a Adele le habría encantado».

El segundo escaparate era para la galería. La mayoría de las piezas en venta y expuestas en paredes blancas móviles eran de fibra, realizadas por mujeres que enseñaban o asistían a los talleres. Pero también se exponían pinturas, esculturas e incluso un par de móviles. Sin embargo, fueron las criaturas de ganchillo de Yolanda, con su caprichosa mezcla de elementos animales — leones con alas, cebras con patas de pollo, leopardos con cuernos— las que realmente llamaron mi atención.

La forma en que las exponía, en estantes de cristal transparente pegados a la ventana a distintos niveles, era ingeniosa. Los estantes eran casi invisibles, de modo que los monstruos parecían flotar, mirando a la calle y a la gente que pasaba, que a menudo se detenía para mirarlos a ellos.

Cuando me acerqué, con algo de retraso a nuestra cita para almorzar, había dos niñas preadolescentes junto al escaparate, contemplando entre risas los monstrositos y señalando sus favoritos. Pero la galería estaba vacía, solo quedaba Yolanda, sentada en un taburete del mostrador, haciendo ganchillo con hilo verde lima a una velocidad casi imperceptible.

—¡Lamento llegar tarde!

—No te preocupes —dijo—. De todos modos, no me puedo ir hasta que aparezca el tipo de UPS, así que retrasé nuestra reserva. He pensado que podríamos caminar hasta el Early Girl.

—¡Genial! —El restaurante Early Girl servía desayunos todo el día: tostadas francesas, tortitas, revueltos, tortillas y algunos de los mejores bizcochos de la ciudad. Eché un vistazo a la galería vacía—. ¿Un día tranquilo?

—Nunca programo talleres los martes. Así tengo tiempo para trabajar en mis propios proyectos. Esto es para ti, un regalo —dijo sonriendo—. O a lo mejor una ofrenda de paz. En cualquier caso, es un monstruo vudú.

Me reí.

—¿Monstruo vudú? En este momento no se me ocurre nadie a quien hacerle vudú.

—¿Estás segura? ¿Y tu madre? ¿Y Oscar? —Yolanda chasqueó los dedos—. ¡Nick Ferrante!

—Eso sí que es una buena idea. Si alguien merece una maldición, ese es Nick. Acaba de ser nombrado editor sénior. ¿Te lo puedes creer? —pregunté, mi sonrisa desvaneciéndose mientras negaba con la cabeza—. Nick consigue mi ascenso y yo no puedo conseguir ni una entrevista. No lo entiendo.

Yolanda cambió el verde lima por un hilo naranja con vetas rojas.

—Lo que no entiendo es por qué querías volver. El lago es precioso, y además está cerca de Asheville y de mí. —Levantó la vista de su trabajo, los dedos intermitentes—. No me abandones ahora, Ez. Acabamos de reencontrarnos.

—Lo sé. Pero me mantendré en contacto cuando vuelva. Lo prometo. Fue una loca coincidencia, ¿no? ¿Encontrarnos después de todo este tiempo?

Las manos de Yolanda habían estado ocupadas desde que entré por la puerta, retorciéndose y tirando del hilo. Ahora sus manos se quedaron quietas.

—Las cosas no pasan porque sí, Esme. Suceden por una razón. Especialmente si le das un empujoncito al cosmos.

¿Intentaba hacerse la graciosa? Ladeé la cabeza.

—¿Estás diciendo que todo esto lo has planeado tú? Más vale que no sea cierto. Porque si tú eres la responsable de poner patas arriba mi vida entera...

Yolanda puso los ojos en blanco.

—Obviamente, no lo planeé. Pero tampoco creo que sea una casualidad que, después de dejar Nueva York y flotar de ciudad en ciudad durante dos años, acabara visitando Asheville durante un fin de semana, me enamorara y decidiera quedarme para siempre. Realmente creo que David es el hombre que estaba destinado para mí, que nuestro encuentro era inevitable, que estaba escrito en las estrellas. Pero uno de los motivos por los que hice ese viaje —dijo, con voz ronca— es porque sabía que Asheville era tu hogar. En algún lugar de mi mente siempre ha existido la esperanza de que con el tiempo encontrarías el camino de vuelta, de que algún día entraría en una habitación y..., y allí estarías tú. Te he echado mucho de menos, Ez.

Cuando sus manos se aflojaron y los ojos le empezaron a brillar, sentí que a mí también se me saltaban las lágrimas.

—Yo también. Pedazo de boba.

Me enjuagué los ojos, sintiéndome aliviada. La parte incómoda había quedado atrás. Podíamos dejar el pasado a un lado y empezar de nuevo, continuar donde lo habíamos dejado. Yolanda saltó del taburete y me dio un abrazo rápido.

—Y, bueno, tengo que decirlo: lo siento, siento mucho todo ese asunto con Alex. Por favor, perdóname.

—¿Qué hay que perdonar? —pregunté, rechazando sus disculpas con un ademán—. Las dos habíamos bebido demasiado aquella noche (nunca, jamás, he vuelto a pedir otro Long Island Iced

Tea), además, yo fui quien perdió los estribos y lo exageró todo. Tú solo intentabas ser una buena amiga.

»Vale, sí —dije encogiéndome de hombros—, podrías haber sido más oportuna. Si vas a decirle a alguien que crees que su prometido no le conviene y que casarse con él es un error, quizá deberías haberlo dicho antes de la despedida de soltera, aunque no habría cambiado nada. Cuando se trataba de Alex, nada de lo que dijeras podría haberme hecho entrar en razón. Solo intentabas cuidar de mí. Pero en vez de reconocerlo, me puse como una fiera delante de todo el bar, y te acusé de intentar arruinar mi boda y robarme a mi prometido. Fue horrible, Yolanda. ¡Fui horrible! Todo fue culpa mía. Lo siento.

Yolanda me escuchaba atentamente, con los ojos como platos. Cuando llegué al final, aferró el colgante de turquesa que llevaba puesto y me miró parpadeando.

—Ez. ¿Pensabas que había desaparecido por eso? ¿Nunca te dijo nada Alex?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene que ver Alex con esto?

Desde que conozco a Yolanda, nunca la había visto sonrojarse. Pero ahora, la vergüenza afloraba en sus mejillas como las amapolas en un día soleado.

—Umm. Entonces... La cosa es que... —Se miró las manos—. De alguna manera sentí algo por Alex.

—¿Qué? ¡Yolanda!

Levantó la cabeza e hizo una tímida mueca de dolor, alzando los hombros hacia los lóbulos de las orejas, como preparándose para una bofetada bien merecida.

—Lo sé, lo sé. Pero a todo el mundo le pasaba, ¿no? Quiero decir, qué culpa tenían. Era tan guapo.

No se equivocaba con el aspecto de Alex. Pero, aun así... Crucé los brazos sobre el pecho.

—En mi defensa, sinceramente pensé que casarte con Alex era un error. Y aunque estaba un poco enamorada de él —dijo pellizcando un poco de aire entre el pulgar y el índice—, intentaba advertirte, no robarte a tu prometido. Pero entonces te pusiste a gritar y todo el mundo en el bar empezó a mirarte, y me sentí tan humillada que me largué hecha una furia.

Después de tres té helados Long Island, había muchas cosas que no podía recordar de aquella noche. Pero recuerdo claramente a Yolanda cogiendo su abrigo del respaldo del taburete, plantificando dinero en la barra y marchándose. También recuerdo que pensé que debía ir tras ella. Pero estaba demasiado borracha y enfadada para hacerlo. Además, en mi descargo, nunca imaginé que pasarían seis años sin volver a verla.

—En fin —dijo ella, moviendo la mano y continuando con la historia—, cuando salí a la calle y empecé a caminar hacia el metro, vi a Alex que venía en dirección contraria. Me vio, me saludó y me preguntó cómo había ido la fiesta. Y entonces yo... —Se detuvo a mitad de la frase, me miró afligida y se sonrojó aún más—. No me odies. Recuerda lo borracha que estaba. Entonces agarré a Alex y le planté un largo y húmedo beso en los labios, como una estrella de mar intentando succionar las tripas de una anémona marina. Fue horrible, Esme. El pobre tipo no tuvo opción.

—¡Yolanda! —Jadeé.

—Lo sé, lo sé.

Levantó las manos. Me quedé allí un segundo, intentando imaginarme la escena.

—¿Qué hizo Alex?

—Nada —dijo ella, haciendo un gesto cortante con la mano—. Absolutamente nada. No me devolvió el beso, no me apartó, ni me dijo que parara, ni me pidió mi número de teléfono.

Simplemente, se quedó ahí quieto. Fue como intentar enrollarse con un trozo de madera.

La creí. En lo que respecta a Alex y el romance, lo había clavado.

—¿Y qué hizo él? Cuando le soltaste, quiero decir.

—Se marchó —dijo—. No dijo ni una palabra, simplemente se marchó y entró en el bar. Entré en pánico. Estaba convencida de que te lo contaría, de que me odiarías para siempre; no me invitarías a tu boda y todos en la oficina se enterarían y me odiarían también. Así que me fui —añadió, moviendo los hombros—. Recogí mis cosas, envié mi dimisión por correo electrónico, le di las llaves al portero, cogí un taxi hasta Penn Station y compré un billete de tren para volver a Spokane. Eso es todo.

Yolanda se quedó en silencio. Yo clavé la mirada en un móvil que colgaba en un rincón, con hileras de dispensadores de píldoras anticonceptivas de plástico, pintados con espray dorado. Se mecían con la brisa de un conducto de aire cercano mientras intentaba asimilar lo que había dicho y cómo me había hecho sentir.

—¿Cómo pudiste hacer algo así?

—No lo sé —dijo con voz queda—. Me lo he preguntado un millón de veces y sigo sin saberlo. ¡Eras mi mejor amiga! ¿Qué clase de persona monta semejante numerito al prometido de su mejor amiga? —Me miraba como si yo supiera la respuesta.

—No. No me refería a eso. Lo de besar a Alex, eso no fue nada. Estabas borracha y furiosa. Yo te puse furiosa. No fue tu mejor día, Yolanda. Pero el mío tampoco. Ambas fuimos estúpidas. Y las estupideces ocurren.

»Pero ¿cómo pudiste irte sin más? —pregunté, incrédula—. ¡Me casaba en tres días! Se suponía que ibas a estar a mi lado. No solo para la boda, sino para todo, para toda la vida. Hubo tantas veces en las que quise hablar contigo, en las que necesité hablar contigo. Pero desapareciste sin decir nada. Y yo pensaba que era culpa mía.

Yolanda me agarró la mano.

—La culpa fue mía. Estaba asustada. Convencida de que me odiarías, de que nunca me perdonarías. Y no pude soportarlo así que...

—Te fuiste. —Aparté la mano—. Eso fue una estupidez, Yolanda. Una gran estupidez. Porque te habría perdonado.

—Te creo. Pero... ¿y ahora?

Tomé aire y lo solté lentamente, entrecerrando los ojos.

—Estoy pensando.

Se quedó mirándome, quieta pero alerta, como un cachorro que espera una galleta.

—¿Ayudaría si prometo no volver a hacerlo?

Me lo pensé un momento.

—Posiblemente.

—¿Y si te recuerdo que tenía razón sobre Alex?

—Sí, pero no sabías por qué.

—¿Y qué? Tú tampoco. Acéptalo, Esme. Éramos los dos nabos más verdes que jamás hayan caído de un camión. Mientras todos los demás iban a discotecas y a raves, nuestra idea de un gran fin de semana era hornear bizcochos, hacer pulseras de la amistad y jugar cuarenta y seis rondas de «Eso debería ser un libro». Así que di que me perdonas. Y que seguiremos siendo amigas para siempre. Sabes que quieres. ¡Tienes que hacerlo! ¿Quién más va a salir con un par de perdedoras como nosotras?

Me reí. No pude evitarlo. Luego la abracé.

—La verdad es que te odio, Yolanda Olmsted.

—Yo también te odio de verdad —dijo, y me devolvió el abrazo.

Tras unos minutos de risas lacrimógenas y disculpas, nos enjugamos los ojos.

—Vale —dije al fin—, pero no puedes volver a abandonarme, Yolanda. Lo digo en serio.

—No lo haré. Nunca más —dijo ella, levantando la mano como si fuera un juramento, y luego miró su reloj—. ¡Eh! Será mejor que nos pongamos en marcha. Le dije a Sylvia que nos encontraríamos a las doce y media. Dejaré el paquete en la oficina de UPS a la vuelta —añadió, sacando una bolsa de estilo *boho* de debajo del mostrador y metiendo en ella el paquete.

—¿Quién es Sylvia? ¿Y por qué no puedes dejar el paquete en la puerta con una nota para el chico de UPS? Quiero decir, es Asheville.

—Sylvia es una sorpresa. E incluso en Asheville, no voy a dejar mil doscientos dólares de mercancía en la puerta con la esperanza de que nadie decida robarla.

—¿Mil doscientos dólares? —El paquete de su bolso medía alrededor de veinte por veinte centímetros. A menos que traficara con drogas o joyas robadas, no me explicaba cómo su contenido podía valer mil doscientos dólares—. ¿Qué estás enviando?

—Un monstruo —respondió ella distraída, rebuscando las llaves en el bolso—. Es una pieza de encargo para un coleccionista japonés.

—¿Un monstruo? ¿Como uno de los tuyos?

Yolanda sacó las llaves y sonrió inquisitivamente.

—Esme, mis monstrositos son bastante populares. He vendido catorce a museos y diez veces más a coleccionistas privados. Los precios en la galería empiezan en cuatrocientos, pero cobro hasta dos mil por una pieza de encargo.

—¿Estás de broma? Vaya. Es que... No tenía ni idea. ¿Todo sale de tu pequeña galería en Asheville?

Sonrió.

—Sí, Esme, todo de mi pequeña galería en Asheville. ¿Qué pensabas? ¿Que David estaba financiando todo esto?

Sí, eso es precisamente lo que había pensado; que el dulce David Olmstead, un enamorado catedrático de historia cuya acaudalada familia había vivido en Asheville desde siempre y tenía vínculos con Frederick Law Olmsted, el famoso y exitosísimo arquitecto paisajista, estaba financiando el pasatiempo de galería de arte feminista de su mujer con el dinero de la familia y la bondad de su corazón.

—Sabes, es posible ganarse la vida como artista fuera de Nueva York. Manhattan no es el centro del mundo del arte. Solo se cree que lo es. —Yolanda me pasó un brazo por los hombros—. No te vayas, Ez. Quédate en Asheville. Haremos artesanía, comeremos comida frita en grasa de cerdo, nos meteremos en líos y seremos mejores amigas hasta la muerte. Vamos, Ez. Di que te quedas. Por favor.

—Sí, a la parte de amigas para siempre. Pero al resto... —Negué con la cabeza—. Puede que Nueva York no sea el centro del mundo del arte, pero es el centro del mundo del libro. Eso es lo que hago, Yolanda. Es lo que amo.

—Podrías aprender a amar otras cosas —razonó—. ¿Y tu chef?

Me zafé de su brazo.

—Para. Dawes no es mi chef, es el chef.

—Bueno..., tal vez debería ser tu chef. Lo único más sexi que un hombre con uniforme es un hombre con delantal. La primera vez que David me hizo una ensalada César, se acabó. Caí

rendida —dijo ella, abriendo la boca y enganchándose el dedo en la mejilla—. Si Dawes me hubiera hecho una tarta de caramelo, probablemente me habría tirado al suelo y me habría ofrecido como madre de sus hijos.

Dawes no me había hecho una tarta, sino que me había enseñado a hacérmela. Había una diferencia, pero sospechaba que Yolanda no se daría cuenta.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Bien —dijo, pero de una manera que sugería que el tema solo se posponía, apagando las luces a medida que avanzábamos hacia la puerta—. ¿Qué noticias hay de Nueva York? Quiero decir, aparte del ascenso de Nick. ¿Has sabido algo de Alex?

—Probablemente te sorprenda, pero no hemos mantenido el contacto.

—Tal vez deberías —dijo mientras cerraba la puerta con llave—. Si él y el entrenador personal se comprometieran, podrían celebrar la boda en el refugio. Eso podría reportaros los ingresos de todo un mes. Quizá deberías llamar a Alex y proponerle la idea, ofrecérselo como regalo.

—Tal vez. —Me reí—. O no.

Capítulo 15

Sutton Barnett, la hija de Sylvia, era una alegre y menuda joven de veinticinco años casi tan baja como yo. Tenía unos ojos azules brillantes, unos rizos castaños que apenas le llegaban a los hombros, una ristra de pecas en la nariz y una sonrisa de oreja a oreja. Me caía bien.

Bastante menos me gustaba su prometido, Martin Waddell, de treinta y tres años, un analista financiero no muy guapo y no muy simpático especializado en «mercados emergentes europeos», que me hizo saber que había hecho un máster en economía en Harvard a los noventa segundos de ser presentados.

Sutton y Martin llevaban un año prometidos y planeaban casarse el segundo sábado de agosto. Después de una luna de miel en las Bermudas, volarían a Londres, donde Martin trabajaba en un banco de inversión internacional. Doscientos cincuenta invitados habían aceptado la invitación. Iba a ser un gran acontecimiento.

Solo había un problema.

Diez días antes de que Yolanda me presentara a Sylvia, se había producido un reventón en la tubería principal del club privado donde se iban a celebrar la boda y el banquete. El salón de baile, las salas de reuniones y los jardines habían quedado inutilizados por la inundación. Las obras durarían meses. Hasta que terminaran, todos los eventos, incluida la boda Barnett-Waddell, habían sido cancelados. Sylvia, que participaba regularmente en los talleres de Gender Specific, había estado buscando frenéticamente un lugar alternativo para la boda desde entonces, sin éxito. Pero Yolanda tuvo una idea.

—David y yo estuvimos en Last Lake hace unos días —le dijo Yolanda a Sylvia— en un acto benéfico para el banco de alimentos. ¿Te has enterado? ¿No? Fue fabuloso. Nos quedamos impresionados. ¿A cuánta gente serviste, Esme? Más de quinientas, ¿no?

—Umm... Creo que fueron más bien cuatrocientos —dijo, torciendo el cuello para que Sylvia no viera la mirada que le dirigía a Yolanda.

Después de la cena benéfica, reservamos algunas estancias más y vimos cómo mejoraba el negocio de la cafetería. Fue un buen empujón, pero no el revulsivo que había esperado. Una gran boda podría serlo, pero ¿podíamos realmente con ello? No quería dar falsas esperanzas.

Sylvia parecía simpática, aunque un poco ansiosa. La forma en que se agarraba las perlas me preocupaba. No dejaba de pensar que acabarían por romperse y perderse en su ensalada.

—Quinientos, cuatrocientos —dijo Yolanda, descartando la diferencia con un gesto de la mano—. El servicio fue excelente. El refugio es encantador, rústico, pero en el buen sentido. Sylvia, creo que es una suerte que el club de campo no esté disponible. Son siempre tan típicos, ¿no crees?

Cuando Yolanda arrugó la nariz y menospreció el club de campo, tuve que apartar la mirada. ¿Quién era esta mujer?

Yolanda tenía un mechón morado en el pelo, una tachuela de circonio en la fosa nasal izquierda, era propietaria de una galería de arte feminista y se había criado en Spokane. Pero si cerrabas los ojos y la escuchabas, sonaba exactamente igual que una socia del club vestida de Lilly Pulitzer. Era divertidísimo. Más hilarante si cabe fue la forma en que Sylvia asentía con la cabeza, creyéndoselo todo. Cuando las vocales de Yolanda se hicieron más largas y adoptó un sutil pero extrañamente convincente acento de Carolina, cogí una galleta y fingí un gran interés en asegurarme de que la mantequilla estaba bien untada para no partirme de risa.

—Imagino que si la gente de Martin viene desde Massachusetts —dijo Yolanda, inclinándose más hacia Sylvia—, querrás mostrarles la auténtica hospitalidad sureña en un entorno que no encuentren en Boston. Puedes celebrar la ceremonia en el césped, a pocos pasos del agua. Las vistas al lago son increíbles. Y la comida. —Yolanda se llevó la palma de la mano al pecho y cerró los ojos extasiada—. Tienes que servir la costilla de primera. ¡Estaba divina! Y el plato de galletas. Delicioso. Estaría bien servir algo un poco diferente, ¿no crees? Quiero decir, todo el mundo pone tarta.

—Oh, bueno... No sé —dijo Sylvia, retorciéndose las perlas—. Tendrías que acordar el menú con Martin. —Miró a izquierda y derecha y bajó la voz a un susurro—. Por supuesto, Howard y yo siempre habíamos pensado pagar la boda de Sutton. Pero se ha convertido en un gran acontecimiento. Y con esta recesión... —Cogió su tenedor de ensalada, dejando la frase sin terminar—. Por fortuna, Martin está dispuesto a pagarlo todo. Sutton es una chica afortunada; es un buen partido. Pero muy particular. —Me miró—. Martin viene en avión desde Londres el próximo fin de semana. Sé que es un poco precipitado, pero ¿sería posible que Sutton y Martin fueran al lago el sábado para visitar las instalaciones? Tal vez vuestro chef podría preparar un menú degustación. —Se rio nerviosamente y volvió a coger sus perlas—. Seguro que es un sitio maravilloso, pero, como digo, Martin es muy particular.

Ciertamente lo era.

Sin embargo, mi principal preocupación era Dawes. Celebrar esta boda podría ayudarnos a ganar muchos metros en nuestro camino hacia la meta de beneficios de septiembre. Pero sin Dawes, no teníamos nada que hacer.

En las últimas semanas se había abierto más, contándome cómo aprendió a cocinar y sus viajes en furgoneta, los sitios que había visto y los personajes con los que se había cruzado. Pero cuando le preguntaba por su vida privada, se callaba o cambiaba de tema. Era extraño y preocupante. No dejaba de imaginármelo como un personaje de una de las novelas de Oscar, un hombre aparentemente corriente cuya identidad permanecía oculta hasta que desaparece en plena noche y los agentes de la Interpol se presentan al día siguiente, pisándole los talones y haciendo preguntas. Claramente, me estaba dejando llevar por la imaginación, pero aceptar una boda era imposible sin un compromiso firme de Dawes, así que insistí.

—George me adelantó el dinero para reparar mi furgoneta y prometí quedarme hasta el Día del Trabajo —dijo, apretando los labios—. ¿Parezco el tipo de hombre que falta a su palabra?

En realidad no, pero ¿cómo lo iba a saber? Dawes no era precisamente un libro abierto. Muchas cosas de él me confundían. Desde que Yolanda me dijo lo de «tu chef», tenía una repentina y sorprendentemente vívida visión de él agarrándome y besándome cada vez que lo veía.

—No es nada personal —dije, desterrando la imagen de mi cerebro—. Solo necesito saber que

podemos contar contigo.

Dawes se cruzó de brazos.

—Si hago una promesa, la cumplo. Fin de la historia. Además, nunca dejaría tirado a George.

La forma en que lo dijo me convenció, y cuando Sutton y Martin vinieron a visitar el local, Dawes se empleó a fondo. Preparó un menú de degustación maravilloso: aperitivos, tres ensaladas diferentes, costilla de primera y pollo asado a las hierbas con patatas gratinadas y judías verdes con almendras, y tarta de chocolate blanco rellena de *mousse* de frambuesa. Todo estaba delicioso y Sutton no podía estar más encantada. Pero la respuesta de Martin fue básicamente «bah».

—Parece menos una cena de boda y más la cola del bufé del Golden Corral —dijo, y se rio a carcajadas de lo que por lo visto le pareció un chiste gracioso. Sutton soltó una risita, pero con evidente incomodidad, sus ojos irradiando una disculpa. Dawes se lo tomó con calma. Al igual que yo, creo que ya se había dado cuenta de la dinámica de la relación Martin/Sutton, probablemente mejor que la propia Sutton.

—Podemos subir un poco el nivel —dijo Dawes—. ¿Qué tienes en mente?

—En lugar de costilla, ¿qué tal *filet mignon* envuelto en beicon con salsa holandesa? Y pollo... —Martin hizo una mueca y volvió a reírse—. Es lo que se sirve en una subasta silenciosa de la Cámara de Comercio, no en una boda.

—El *filet mignon* para tanta gente podría ser un problema —dice Dawes—. Pero podría hacer solomillos de ternera con costra de pimienta y salsa de champiñones y crema de coñac. Y en lugar de pollo, ¿qué tal gallinas de Cornualles asadas con un glaseado de albaricoque?

—Mejor. —Martin se encogió de hombros—. Las ensaladas están bien. Pero las guarniciones, ¿judías verdes y patatas gratinadas? —Martin puso los ojos en blanco—. Por favor.

—Si lo prefieres, puedo hacer *haricot verts* y *gratin dauphinoise*.

Había estudiado suficiente francés en el instituto para saber que *haricot verts* y *gratin dauphinoise* no eran más que nombres rimbombantes para las judías verdes y las patatas gratinadas. Al principio, pensé que Dawes intentaba animar el ambiente y hacer reír a Martin. Pero cuando el futuro novio asintió a regañadientes y dijo que eso sería una mejora, me di cuenta de que Dawes estaba jugando con él, confirmando que Martin era tan falso —y tan idiota— como yo pensaba.

Dawes me miró un instante, y yo aparté la vista y fingí toser para no reírme. Una parte de mí quería agarrar a Sutton por los hombros y rogarle que cancelara la boda. Si hubiera tenido la más mínima esperanza de que me escuchara, lo habría hecho. Pero, como sabía por experiencia propia, hay cosas que la gente tiene que resolver por sí misma. Sabía que Sutton estaba decidida y que nada ni nadie la convencería de que lo reconsiderara.

Cogió a Martin del brazo.

—Todo suena delicioso. ¿No te parece, osito de goma?

Martin emitió un gruñido.

—Te dije que deberíamos habernos casado en Boston.

—Lo sé. Pero ya es demasiado tarde; solo faltan seis semanas para la boda —dijo riéndose con ansiedad—. Quizá no sea exactamente lo que habíamos planeado, pero estoy segura de que la comida será fabulosa. Y de verdad —añadió, mirando hacia el lago—, ¿podríamos pedir un sitio más bonito?

Incluso Martin estaba dispuesto a reconocer la perfección del entorno.

—Pero el resto..., no sé. De no haber despejado ya mi agenda de trabajo, diría que lo

pospusiéramos.

Sutton, que parecía contener la respiración, esperó. Martin tamborileaba con los dedos sobre la mesa, manteniéndonos a todos en vilo. Cuando pensé que Sutton estaba a punto de desmayarse, suspiró y dijo:

—Bueno, supongo que lo haremos. ¿Cuál es el precio por comensal?

Dawes, Robyn y yo habíamos hecho algunos números el día anterior. Pero antes de que pudiera darle un presupuesto, Dawes respondió por mí con una cifra que era casi el doble de lo que habíamos hablado. ¿En qué estaría pensando? Solté lo que esperaba que fuera una carcajada convincente y me volví hacia Martin, dispuesta a decirle que Dawes estaba bromeando y que le daría el presupuesto real más tarde. Pero entonces Martin despegó los labios un par de veces y dijo:

—Vale. Pero eso incluye la barra libre, así como los impuestos y las propinas, ¿no?

El precio que Dawes lanzó tan despreocupadamente no habría levantado una ceja en Nueva York, Boston o Miami, pero en esta parte del mundo era astronómico. Siendo un tipo supuestamente especializado en mercados emergentes, cabría pensar que Martin estaría mejor informado sobre lo que soportaría el mercado local. Pero, por lo visto, no era el caso.

Miré a Dawes, dando por sentado que él llevaría la voz cantante. En lugar de eso, apoyó la barbilla en el codo y torció la boca en una suerte de sonrisa que decía «la pelota está en tu tejado».

—Umm..., bueno. Sí. Barra incluida. Los impuestos y el dieciocho por ciento de servicio van aparte.

Aunque Martin refunfuñó un poco, milagrosamente, no se resistió. No me lo podía creer.

No me cabía duda de que esta boda iba a ser un día que Sutton viviría para lamentar. Pero si las cosas salían bien, el segundo sábado de agosto no solo nos ayudaría a alcanzar la rentabilidad en un solo día, sino que podría abrir una vía hacia un nuevo modelo de negocio que asegurase el futuro del complejo, garantizando que permaneciese en manos de la familia y que, pasase lo que pasase, George pudiera vivir su vejez en casa y con comodidad. ¡Nuestros problemas estaban resueltos!

Cuando Martin aceptó las condiciones, me entraron ganas de saltar y bailar. Afortunadamente, me contuve porque nuestro «muy particular» novio no había terminado de negociar.

Robyn levantó la mano, interrumpiendo mi relato.

—Espera, espera, espera. A ver si lo he entendido bien: ¿este yanqui engreído no va a hacer la boda en el refugio a menos que asfaltemos el aparcamiento, dupliquemos el tamaño del patio, modernicemos los baños, montemos una capilla al aire libre, compremos doscientas cincuenta sillas plegables y una carpa blanca enorme? —Se echó a reír—. Siento muchísimo haberme perdido esa reunión. Me habría encantado verte decirle dónde coger el próximo autobús de vuelta a Boston.

—Sí —dije—. Salvo que no lo hice. Cogí su depósito del cincuenta por ciento y le dije que lo veríamos en agosto. Vamos a utilizar su dinero para convertir el refugio en un lugar de bodas de primera clase.

Robyn se me quedó mirando un segundo, como si esperara el remate del chiste.

—Hablas en serio, ¿verdad? Vaya. ¿Podrá el depósito cubrirlo todo?

Tomé aire.

—No. El resto lo pongo yo.

—¿Qué? —Robyn soltó un grito ahogado—. Estabas ahorrando para pagar una entrada. Y todavía no tienes trabajo. Esme, no puedes. ¡Ese dinero es tu colchón! Tu futuro.

Su reacción me dejó helada. No estaba acostumbrada a que Robyn dijera algo que sonaba..., bueno, tan parecido a lo que diría una madre. Su preocupación por mi bienestar era infundada, pero también un poco tierna. Por un segundo, me invadieron sentimientos cálidos y confusos hacia mi madre.

—Todo irá bien —le aseguré—. Con Alex fuera de juego, no puedo permitirme comprar una casa a corto plazo, así que podría poner mis ahorros a trabajar. Este acontecimiento no solo nos dará dinero, sino que podría abrir un nuevo modelo de negocio que te permitiría no tener que vender nunca el refugio. Las bodas pueden ser muy rentables.

—Esta no lo será. Te estás gastando los beneficios antes de empezar. —Robyn emitió un sonido burlón y yo sentí que se me tensaba la mandíbula. Se acabó la ternura.

—Por una vez en tu vida, solo por una vez, ¿podrías no ser la persona que busca la nube en cada resquicio de esperanza? Esto podría salir bien —le dije, instándola a imaginar las posibilidades—. Todo el mundo sabe que hay que gastar dinero para ganarlo. Y no es que esté tirando mi dinero a un agujero, lo recuperaré después de la boda. Es solo un préstamo.

—Podría ser un agujero —dijo Robyn, cruzándose de brazos—. No creo que sea un modelo de negocio. ¿Cuánta gente va a querer casarse en un viejo y destartado complejo de pesca? La única razón por la que Martin Ricachón y su novia se casan aquí es porque el club de campo se inundó. No puedes contar con que ese tipo de cosas vayan a ocurrir siempre, Esme.

—Para cuando termine, no estará destartado —dije, extendiendo el brazo hacia un macizo de flores que me había pasado toda la mañana desbrozando, frustrada por su constante negatividad y su negativa a mostrar siquiera un mínimo aprecio por mis esfuerzos—. Y quizá no necesite que ocurra siempre, quizá con una vez sea suficiente. ¿Que es poco arriesgado? Claro —acepté, aunque sinceramente no lo creía así—. Pero esta es nuestra oportunidad de darle la vuelta a todo. Las cosas no pasan porque sí. Ocurren por una razón.

Robyn dejó caer la barbilla.

—¿Tú quién eres? Eres una de las personas más precavidas que he conocido, siempre tenías que tener un plan, incluso cuando eras pequeña. Ahora, de repente, ¿quieres arriesgarlo todo y meterte de cabeza en el negocio de las bodas? Te juro que empiezas a sonar como Adele. —Sacudió la cabeza y sacó un cigarrillo—. Se rompió una tubería, Esme. Fue un accidente, no una oportunidad.

Levanté las manos.

—¡A veces un accidente es la oportunidad! ¿No lo pillas?

Tengo bastante claro que lo siguiente que iba a decir podría haber catapultado la conversación de acalorada disputa a furiosa discusión. Por suerte, George salió de la cafetería y cruzó el césped para saludarnos antes de que las cosas se nos fueran de las manos.

—¡Hola! Estaba hablando con Dawes. Dice que vamos a tener una gran boda el mes que viene...

—Ese es el plan —dije saltando antes de que Robyn pudiera añadir algo en contra.

—Suena divertido. Sabéis, Adele quería que nos casáramos en el lago, pero su madre estaba empeñada en que fuera en Baltimore, así que lo hicimos allí. Pero se lo propuse aquí, justo debajo de ese árbol —dijo señalando por la ventana un arce rojo que se erguía en la cima de la colina—. ¿Os lo había contado ya?

Robyn sonrió y le cogió del brazo, nuestra discusión olvidada por el momento.

—No, papá. Nunca me lo habías dicho. ¿Qué dijiste cuando se lo pediste?

Sonrió.

—Oh, ya sabes. Las cosas que un hombre suele decir en momentos así. Ahora no recuerdo las palabras exactas, solo que no eran muy convincentes. Me rechazó.

Robyn ladeó la cabeza.

—¿Qué? No lo sabía.

—Sí —confirmó George meneando la cabeza—. Obviamente tuve más suerte la siguiente vez, de lo contrario vosotras no estaríais aquí. La práctica hace al maestro, supongo.

—¿Qué dijiste la segunda vez? —le pregunté.

George frunció momentáneamente el ceño y luego agitó la mano.

—Oh, ¿quién quiere oír hablar de historia antigua? De todos modos, tengo mucho que hacer. Nos estamos quedando sin dulces para la cantina, así que tengo que ir a la ciudad. ¿Puedes echarle un ojo a la recepción mientras estoy fuera?

Robyn asintió.

—Claro, papá.

—Gracias —dijo bruscamente y se dirigió hacia la cabaña, apoyándose en su bastón al subir por la colina. Pero se detuvo y se volvió a los pocos pasos—. Oh, Esme, ¿quieres ir a pescar por la mañana? He oído que ahora pican de lo lindo.

—Claro. Suena genial, George.

—Nos vemos a las cinco —dijo, girándose bruscamente y alejándose.

Cuando estuvo fuera del alcance de sus oídos, Robyn cerró los ojos, con el cigarrillo apagado colgando de las yemas de los dedos.

—No se acuerda —murmuró—. Y sabe que no lo recuerda.

La cogí del brazo.

—No necesariamente. Está ocupado, probablemente quería llegar a la ciudad antes de que oscurezca. Sabe que su vista ya no es la que era.

Abrió los ojos y me miró fijamente.

—Sabes que eso no es verdad. Toda su vida ha sido un cuentacuentos. ¿Y ahora está demasiado ocupado para compartir lo que debe haber sido una gran historia? —Meneó la cabeza—. Lo único que ya no es lo que era es George.

Robyn sacó un mechero del bolsillo trasero y encendió el cigarrillo olvidado, mirándome con los ojos entrecerrados mientras inhalaba.

—A veces te he visto a través de la ventana por la noche, tecleando en el ordenador y rebuscando en la caja que dejó Adele. ¿La estás escribiendo? ¿Su historia?

—Sí. Quiero decir..., lo intento.

Ella asintió y dio una calada al cigarrillo, haciendo que la punta brillara en rojo.

—Bien. No lo dejes.

Capítulo 16

Dado que Robyn no se había tomado un descanso para almorzar, le dije que yo vigilaría la recepción hasta que volviera George. Como yo tampoco había comido, cogí la última barrita PayDay de la cantina y me la comí mientras investigaba los precios al por mayor de las sillas plegables y pensaba en nuestra conversación.

Salvo a Yolanda, no le había dicho a nadie que estaba escribiendo, ni siquiera a Carl. Me había llamado para ver cómo estaba un par de días antes, mientras caminaba veloz por la 56 Oeste para llegar a tiempo a una reunión.

—Esto es de locos —dijo—. Hace dos años, no podía vender ficción histórica. Ahora, todo el mundo la quiere. Basta ya, ¿qué te traes entre manos?

Le conté lo de la cena, la búsqueda de trabajo, las caminatas por el lago y las excursiones de pesca con George, pero ni una palabra sobre mi escritura. No quería hablar de ello todavía, no hasta saber qué era, si es que era algo. Y si no estaba preparada para hablar con Carl de si estaba o no escribiendo un libro, ¿por qué iba a decírselo a Robyn? Con todo, una parte de mí se alegraba de que ella se hubiera dado cuenta por sí misma.

Las cosas eran diferentes entre nosotras ahora, muy diferentes. «¿Tú quién eres?», me había dicho. Yo podría haberle preguntado lo mismo. Era como si de repente hubiéramos intercambiado los papeles, Robyn volviéndose cautelosa y protectora, yo convirtiéndome en alguien que se tira a la piscina sin mirar.

En el fondo, la planificación no tiene tanto que ver con la organización como con mantener el control. Y si algo había aprendido en el último año y medio es que el control es una ilusión. No había tomado a la ligera la decisión de utilizar mis ahorros para sufragar las reformas que Martin exigía. Si bien, cuanto más lo pensaba, más me parecía que era la decisión correcta. ¿Lo era? El tiempo dirá.

Arrugué el envoltorio de la chocolatina y saqué una bolsa de plástico con retales de tela del bolso.

Mi respuesta inicial al abrir la caja que Adele me había dejado no fue muy diferente de la de Robyn. Realmente estaba llena de baratijas. Pero ahora sentía que todo lo que había en la caja tenía su razón de ser, incluidos los hexágonos de papel inglés que se utilizan para el acolchado. Había cientos de ellos, suficientes para hacer una colcha entera si quisiera. Pero coser hexágonos a mano es un trabajo lento, así que pensaba más en un colgante de pared. O, tal vez, un posavasos.

Doblar los pequeños retales sobre los cinco bordes de la plantilla y coserlos fue complicado al principio, pero se hizo más fácil con la práctica. Mientras cosía, empecé a pensar en la pregunta

de Yolanda, preguntándome cuándo había empezado Adele a acolchar y quién le había enseñado.

Una anotación en el cuaderno de Adele sugería que la colcha verde menta con fondo crema y curvas serpenteantes podría haber sido la primera. La técnica también apuntaba en esa dirección. Como dijo Yolanda, parecía que se había divertido mucho con ella, pero las curvas no eran tan suaves como cabía esperar y la construcción no estaba tan pulida como la de sus últimas piezas. Aunque la colcha era bonita, al compararla con las otras, saltaba a la vista que Adele había pasado por una etapa de aprendizaje, un poco como la que yo estaba pasando con estos primeros hexágonos.

¿Por qué se dedicó a acolchar en primera instancia? ¿Y cómo había desarrollado su particular estilo, creando colchas artísticas tan inusuales, especialmente en la década de 1940? Mientras cosía, hundiendo la aguja, tirando de ella y volviendo a hundirla, creando parches ordenados y coloridos, las posibles respuestas y explicaciones empezaron a tomar forma en mi mente. Justo cuando estaba a punto de coger un bolígrafo y tomar algunas notas, el trabajo en la recepción se complicó.

En poco más de una hora, contesté una docena de llamadas, registré a tres recién llegados, di cambio a dos adolescentes que querían probar suerte en nuestra vieja máquina Comecocos, vendí tres envases de gusanos, una tarjeta postal y una caja de Junior Mints, alquilé una barca a una pareja que parecía no saber nada de navegación, y di indicaciones para llegar a la cafetería, a los baños y a las cataratas Catawba, esbozando un mapa para un excursionista. Fue una locura. No paré de mirar el reloj, calculando el tiempo que faltaba para que volviera George. Pero también fue divertido.

Todos los huéspedes con los que traté sonreían. Sin haberles preguntado, varios me dijeron lo estupendamente que lo estaban pasando. Dos hicieron mención específica a la comida de la cafetería, otro comentó lo bonito que estaba el jardín y una persona, que se alojaba en una de las cabañas redecoradas, dijo que el alojamiento era de primera categoría. Fue toda una declaración. La viabilidad financiera del complejo seguía siendo una incógnita, pero en cuanto a la satisfacción de los huéspedes, nos habíamos ganado cinco estrellas. Hasta que levanté la vista y vi a Oscar de pie delante del mostrador.

Tenía un aspecto horrible, como si llevara días sin dormir. Tenía la camisa arrugada y con manchas de café, el pelo sucio y totalmente despeinado y bolsas del tamaño de un baúl de viaje bajo sus ojos inyectados en sangre. De no haber sido Oscar, me habría preocupado. Por un segundo, lo estuve.

Entonces estampó un dólar contra el mostrador y exigió saber dónde demonios escondía las barritas PayDay, y recordé que no le soportaba.

—¿Cómo que no te quedan? —me dijo cuando le informé de la situación.

—Pues eso: que no nos quedan. El suministro actual de barras PayDay es cero.

—Parece que al menos había una hasta hace poco —dijo entrecerrando los ojos y frunciendo el ceño ante el arrugado envoltorio de chocolatina que yo había dejado sobre el mostrador.

—Así es —dije, adoptando el tono autocomplaciente de un burócrata oficioso, disfrutando del pequeño poder que tenía para negárselo—. Hasta hace unos minutos, había una barra de PayDay. Pero me la comí. Ahora no hay ninguna. ¿Qué tal unos M&Ms? Tenemos normales y de cacahuete.

—¡No! —bramó, golpeando el mostrador con el puño—. ¡Tiene que ser una PayDay!

Su respuesta fue desproporcionada. Quiero decir, en serio. Hablábamos de una barra de chocolate.

—Oh, vamos, Oscar —le dije, abandonando mi tono sarcástico—. Tiene que haber otra cosa que te sirva. ¿Qué tal una Snickers? Es prácticamente lo mismo.

—¡No lo entiendes! Acabo de terminar mi manuscrito y se lo he enviado a mi agente. Y ahora yo...

Levanté las manos.

—Espera. ¿Has terminado el manuscrito? ¿Cómo es posible?

—Soy un escritor rápido.

—Vale. Pero... ¿cuatro semanas?

He conocido a muchos escritores, algunos más rápidos que otros, pero nunca había oído de nadie que pudiera escribir un libro decente en un mes. Por un segundo, pensé que estaba bromeando. Me eché a reír, pero Oscar se limitó a mirarme.

—Eso es..., es increíble —dije, recuperándome—. ¿Siempre eres tan rápido?

—No. Lo descubrí hace unos diez años. Una vez que empiezas, solo tienes que esforzarte y hacerlo —dijo, cerrando el puño y dando un puñetazo al aire—. Y lo he hecho. Así que ahora necesito una PayDay.

Aunque para Oscar esto tenía todo el sentido, yo estaba *in albis*.

—¿Qué tiene que ver una chocolatina con terminar tu manuscrito?

Oscar me lanzó una mirada que indicaba que se le estaba agotando la paciencia. Me crucé de brazos y clavé mis ojos en él con la intención de hacerle saber que podía tirarme esperando el día entero.

—Bien —dijo al fin—. No es que sea asunto tuyo, pero hace treinta y siete años vivía en Sag Harbor, colocando placas de yeso durante el día y escribiendo en una máquina de escribir alquilada por la noche. En cuanto terminé el manuscrito de *La muerte viene a por el señor Fox*, fui directamente a correos y lo envié a DM Books. De camino a casa, usé los últimos cincuenta céntimos que me quedaban en el bolsillo para comprar una chocolatina PayDay.

—Y DM compró tu libro —dije—. Recuerdo ese libro. Tu primera novela, ¿no? Era estupenda. —Hice una pausa, dejando espacio para que me diera las gracias, pero él se limitó a mirarme como queriéndome decir «y tú qué esperabas»—. ¿Cuánto tiempo tardaste en escribirla?

—Tres años.

¿Y ahora escribía libros en cuatro semanas? En mi mente, esto explicaba muchas cosas sobre el declive de su carrera, pero saltaba a la vista que Oscar no había atado cabos.

—¿Así que ahora crees que tener una PayDay tan pronto envías tu manuscrito es una suerte de... talismán?

—Treinta y siete años, treinta y siete libros, treinta y siete PayDays —dijo con suficiencia—. Cuando encuentras una fórmula que funciona, no te la juegas.

Tuve la tentación de preguntarle cuándo había empezado a jugársela con la fórmula que implicaba invertir el tiempo necesario para escribir un libro realmente bueno, pero me lo pensé dos veces. ¿Para qué molestarse? Ni siquiera me escuchaba. Oscar lanzó otra mirada fulminante al envoltorio de mi chocolatina y luego a mí, como si sospechara que yo le estaba saboteando deliberadamente.

—Así que ahora tendré que conducir hasta Asheville —dijo con petulancia—. Por una mísera chocolatina.

—Eso parece. Conduce con cuidado —gorjeé, esperando a que saliera a marchas forzadas por la puerta para añadir—: O puedes esperar a que George vuelva de hacer la compra. No tardará.

Diez minutos más tarde, George entró por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y una gran

caja de chocolatinas en los brazos, incluidas tres docenas de PayDays. Le cedí mi puesto en la recepción y me fui a mi cabaña a escribir.

Desvío

Octubre de 1942

Al principio no estaba segura de que me gustara acolchar.

La señorita Ida dijo que los bloques de estrella con dientes de sierra eran fáciles. Pero cuando terminé el primero y se lo entregué, miró mis puntas desparejadas y frunció el ceño, luego le dio la vuelta para examinar la parte de atrás y chasqueó la lengua de un modo que desmentía su siguiente frase.

—No está tan mal.

Cuando le dirigí una mirada confirmándole que me daba cuenta, rectificó.

—Para ser principiante. No creo que estés preparada para hacer una colcha entera todavía, pero mejorarás con la práctica —sentenció, luego me dijo que podía usar su máquina de coser cuando ella no estuviera y, también, que podía coger los retales de tela de su cesto.

Cuando se marchó a su círculo de acolchado de los miércoles, decidí aceptar su oferta.

Dado que todas las habitaciones de la pensión están ocupadas, la señorita Ida cose en el desván. Los techos son bajos y me golpeé la cabeza con una viga mientras buscaba el interruptor de la luz. Después de tirar de la cuerda para encender la bombilla, me senté ante la máquina de la señorita Ida.

El temblor de mi mano izquierda empeora si me siento presionada. Hacer una pausa para cerrar los ojos y respirar hondo marcó la diferencia. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que por mucho que practicara no me iba a convertir en alguien que disfruta cosiendo estrellas con puntas iguales, o cualquiera de los patrones que la señorita Ida dibuja con tanta precisión con su lápiz y su regla, asegurándose de que cada forma sea perfectamente uniforme y esté perfectamente colocada en donde corresponda.

Pespunteé un bloque, lo saqué de debajo de la aguja y lo dejé a un lado, sintiéndome decepcionada. Las telas eran tan coloridas, bonitas y prometedoras, pero coser los mismos bloques que otras mujeres llevan cosiendo desde hace cien años era aburrido.

Cuando estaba en la escuela de arte, algunos profesores nos hacían reproducir los cuadros de otros artistas, calificando los lienzos según su parecido con los de los antiguos maestros. ¿Qué sentido tenía? Todavía no lo sé.

Que no se me malinterprete; estudiar la obra de otros artistas puede ser instructivo. En estos últimos meses, deambular por los pasillos de la mansión so pretexto de catalogar la ya catalogada colección de arte de la señorita Vanderbilt, y deslizarme hasta la fortificada sala de

música para contemplar las obras de Stuart, Rafael, Rembrandt, Bellini y Vermeer ha sido una enseñanza y una inspiración. A menudo me salto la cena para pintar, intentando inspirarme en lo que he visto con la esperanza de crear algo único y original. ¿No es ese el propósito del arte?

Pero mis intentos siempre se quedan cortos. Muchos son fracasos espectaculares. Cuanto más lo intento, más me tiemblan las manos. Quizá sea la guerra; hay tanto de lo que preocuparse. Cada vez que oímos noticias de otra batalla, no puedo evitar pensar en las vidas perdidas. Cuando nos sentamos alrededor de la radio por las tardes, escuchando las emisiones de Edward R. Murrow, miro la cara de George y sé que desearía estar en la lucha. Es egoísta, lo sé, pero agradezco que no esté.

Hoy en día es más difícil encontrar tela, pero la señorita Ida consiguió dos metros y medio de algodón verde menta y se ofreció a enseñarme a coser. Yo estaba entusiasmada, pensando que hacer una colcha me ayudaría a olvidarme de la guerra y a reavivar mi chispa creativa. Acolchar es una distracción: cuando me siento sola ante su máquina, lo único en lo que me concentro es en intentar que las costuras encajen. Aun así, no me parece muy creativo.

Pero... ¿y si...?

Cojo un trozo de verde menta del cesto, un trozo largo y algo estrecho, lo corto en tercios, luego busco otros tres trozos del mismo tamaño, uno blanco níveo brillante, uno vainilla cremoso y un trozo ligeramente amarillento que parece un trozo de pergamino viejo, los superpongo en parejas, cortando suaves curvas a lo largo de los bordes antes de coserlos.

Una hora pasa volando antes de que pueda darme cuenta, luego dos. Mi mente está libre de preocupaciones mientras coso y mis manos están firmes, ¡me divierto! Sí, coser curvas es más difícil que coser bordes rectos. Por un lado, está el problema de hacer que las piezas queden planas cuando terminas. Pero a pesar de los bultos, una vez acabo y examino lo que he hecho, me gusta mucho más que el mejor de los bloques de práctica que hice con el patrón de la señorita Ida.

Los colores hacen que me cosquillee la lengua con los sabores del clavo, la pimienta negra y, extrañamente, el ruibarbo. Es una combinación nueva para mí, pero de repente me doy cuenta de que son los sabores del descubrimiento, esa vertiginosa y excitante sensación de miedo que te invade en el momento en que alcanzas la cima de una montaña rusa y caes en picado por la colina.

No sé si mis sentimientos están relacionados con los colores o simplemente con la alegría de crear. Sí sé que es posible que el acolchado sea creativo, único e incluso artístico, y que, con el tiempo, podría llegar a ser muy buena en ello.

Pero solo si lo hago a mi manera.

Capítulo 17

Cuando mi alarma sonó a las cuatro de la mañana siguiente, aporreé el botón de repetición y me di la vuelta, repitiendo el proceso dos veces antes de salir por fin de debajo de las sábanas y arrastrarme a duras penas hasta el refugio para reunirme con George y salir de pesca.

—¿Has oído la expresión «hora intempestiva»? —le pregunté a George al llegar al vestíbulo—. Hace alusión a las cuatro de la mañana.

—Siempre me levanto a las cuatro —respondió—. Justo después del amanecer es el mejor momento para pescar. Están hambrientos y buscan el desayuno.

George estaba en lo cierto. Pero lo que está claro es que los genetistas podrían forrarse creando razas de peces con una mentalidad más cosmopolita, peces a los que les gustara quedarse en la cama los fines de semana, hojear las secciones de libros y moda del *Times* y que prefirieran el *brunch* al desayuno.

—Entonces —dije, sofocando un bostezo—, ¿vamos hasta Dillsboro o probamos nuestro arroyo?

Scott Creek no era realmente nuestro, pero George y yo siempre lo habíamos llamado así porque era el arroyo de truchas más cercano al refugio. Sin embargo, llegar al «lugar secreto» que George había descubierto años atrás requería una caminata que dudaba que él estuviera dispuesto a hacer.

—Eh..., sí. Lo de la pesca —dijo George, de repente un tanto avergonzado—. No creo que pueda ir. Me duele el estómago. Nada terrible, pero creo que mejor me quedo en casa.

—¿Qué? ¿Por qué no me has avisado?

—Bueno, que yo no vaya a pescar no significa que no puedas ir tú.

—George, no voy a ir a pescar sola —dije, con un punto quejumbroso en la voz al pensar en las horas de sueño que me había perdido sin motivo.

—Oh, no estarás sola. Yo no te haría eso —dijo George, riendo entre dientes—. He invitado a Dawes. Id, chicos, y divertíos. No os preocupéis por mí, estaré bien.

—¿Dawes y yo? George, noooo —dije, pasando del tono quejumbroso al lloriqueo en toda regla—. Va a pensar que tratas de tendernos una trampa. ¿Y sabes por qué? Porque lo estás haciendo.

—No estoy tratando de emparejarte con Dawes —dijo con una inocencia poco convincente—. Vamos, criatura. ¡Será divertido! Te prestaré mi sombrero de pesca de la suerte.

Se quitó su sombrero favorito de la cabeza, un maltrecho sombrero de cubo con una banda marrón oscuro y tres señuelos de mosca fríganea clavados en la corona. Lo aparté con un gesto.

—¡Esto no va a ser divertido y no quiero tu sombrero! ¿Por qué has...?

Antes de que pudiera terminar la frase, George levantó la cabeza y agitó un brazo.

—¡Buenos días, señor! Llegas justo a tiempo. ¿Listo para pescar?

Me di la vuelta.

—Hola, Dawes.

—Hola, Esme. —Bostezó, luego miró a George—. Entonces, ¿listos para ir de pesca?

El problema de la gente que intenta emparejar a los demás es que a la mayoría se le da fatal, ¿no crees?

Había estado ensayando esta frase en mi cabeza durante veinte silenciosos kilómetros. Convencida de que si soltaba lo que ambos estábamos pensando y acto seguido me reía, todo sería menos incómodo, ¿no? A menos que, por supuesto, Dawes no tuviera ni idea de que George estaba haciendo de casamentero. En cuyo caso, llamar la atención sobre la situación solo podría empeorar las cosas.

El problema con Dawes era que nunca podías saber lo que estaba pensando.

Si hubiera sido menos inescrutable, o yo más valiente, quizá me habría arriesgado. Así las cosas, di otro mordisco a una magdalena de arándanos que había traído Dawes y dije:

—Están buenas.

Bostezó.

—Gracias. Me sobraron de ayer. ¿Cuánto falta?

La Tostadora no estaba hecha para los caminos de grava, así que Dawes se ofreció voluntario para conducir su furgoneta. Era menos tosca de lo que había imaginado. Había una cama en el fondo, con dos bancos bajos delante y una mesa de comedor abatible en medio. A un lado había un pequeño armario y una zona de almacenamiento, y al otro, una cocina con frigorífico, cocina de dos fuegos y cubos de madera abiertos con cestas para utensilios y comida. Las paredes eran de paneles de madera gris claro y las encimeras blancas. Todo parecía luminoso y ordenado, sin un centímetro de espacio desaprovechado. Dawes había diseñado la distribución y hecho la reforma él mismo.

Me tragué la magdalena.

—Debería haber una salida en breve. Tenemos que aparcar y caminar.

—¿Cuánto?

—Alrededor de un kilómetro y medio.

Dawes me lanzó una mirada dubitativa.

—Es un largo camino para ir de pesca, sobre todo viniendo de un lago perfectamente apto con peces perfectamente aptos.

—Pescar con mosca en un arroyo no tiene nada que ver —le dije—. Merecerá la pena, créeme. Si llegamos al final del sendero y me dices que me he equivocado, entonces... —Me mordí el labio, intentando pensar en algo que pudiera gustarle—. Te haré una tarta.

—¿De caramelo? Porque es mi favorita.

—Menos mal, porque es la única que sé hacer.

Sonreí. Quizá el día no iba a ser tan horrible como había pensado.

El sendero era más bien un camino de ciervos. Si no sabías adónde ibas, era fácil perderse, y admito que me pasó una o dos veces. Pero Dawes me siguió animosamente, atravesando la

maleza y trepando por los troncos sin quejarse. De hecho, no habló en absoluto. En el coche, su silencio me había parecido incómodo. Ahora se lo agradecía.

Cuando te topas con algo que inspira auténtico asombro, la única respuesta genuina es el silencio. Y el bosque, las montañas, el sol filtrándose entre las copas de los árboles..., todo era realmente asombroso. No sé si Dawes sentía lo mismo o si es que estaba demasiado ocupado en abrirse paso por el bosque, bregando con su mochila y su equipo, como para gastar su energía en palabras. En cualquier caso, se lo agradecí.

Alex odiaba la vida al aire libre, la odiaba. Primero fue la desastrosa excursión de pesca en la que se enganchó su propia mejilla, luego aquella excursión por el valle del río Hudson. Fingía disfrutarlo, pero saltaba a la vista que no. Y hablaba todo el rato, lo que para mí estropeaba el momento. Después de eso, nuestros encuentros con la naturaleza se limitaron a paseos por Central Park. Agradables, pero nada que ver.

En el momento en que pensé que Dawes se estaría preguntando si nos habíamos perdido de nuevo, oí el sonido del correr del agua. Los árboles se dispersaron y nos detuvimos en la orilla pedregosa de un ancho arroyo que gorgoteaba sobre las rocas y a través de retorcidas marañas de ramas. El agua era tan clara que podías ver los colores de las piedras esparcidas por el lecho: ámbar, carbón y gris arena. Dawes dejó caer su mochila en la orilla, junto a la caña y las botas de pesca que George le había prestado, y se quedó allí un largo rato, asimilándolo todo —la música del agua y el canto de los pájaros, el aroma de los pinos, el beso del sol de la mañana en la cara — antes de decir por fin «Vaya», que era realmente lo único que uno podía decir.

Lo entendió, y eso me hizo feliz.

Saqué una caja de aparejos y di a Dawes una breve lección sobre la pesca con mosca, explicándole los distintos tipos de mosca y cómo se hacen para que resulten lo más parecidas posible a los insectos de los que se alimentan los peces. Luego cogimos las cañas y le expliqué el procedimiento de montaje, mostrándole cómo pasar el *tippet* y el sedal por las guías y cómo asegurar la mosca con un simple nudo.

A la mayoría de los hombres les molesta la instrucción de una mujer, sobre todo cuando el plan de estudios se centra en habilidades tradicionalmente consideradas de dominio masculino. Dawes era la excepción a la regla. En lugar de ignorarme o despedirme a mitad de la demostración con un «Vale, ya lo tengo», me escuchó atentamente, aceptó las indicaciones, y me hizo preguntas cuando necesitaba alguna aclaración. En suma, me trató con respeto. Fue agradable.

Una vez montadas las cañas, le enseñé a lanzar.

—Empieza con la punta apuntando hacia abajo, pásala por encima del agua. Mantén el agarre firme pero relajado. El movimiento debe provenir del antebrazo. Lleva la caña hacia atrás con un movimiento rápido y suave, haz una pausa para que el sedal pueda desplegarse y, a continuación, lanza la caña hacia delante para que el sedal sobrevuele el agua y la mosca caiga ahí donde querías —le dije, repitiendo el mismo discurso que George me había dado la primera vez que me llevó a pescar con mosca.

Parece fácil, pero no lo es. Necesité años de práctica antes de ser capaz de reproducir el grácil arco que George conseguía en cada lance. Aunque había estado pescando con George dos veces este verano, mi lanzamiento estaba aún un poco oxidado. Pero tras unos minutos de práctica en la orilla, recuperé el ritmo, y como Dawes tampoco iba nada mal, pensé que había llegado la hora de pescar de verdad.

También se puede pescar con mosca en un lago, por supuesto. Pero pescar en medio de un río

es tan estimulante... Aunque llevaba puestas mis botas con suela de fieltro, las rocas resbalaban a medida que me adentraba en la corriente, y me costaba mantener el equilibrio. Hasta que no pasé de las rodillas, sentía como si la corriente intentara derribarme a cada paso. Pero entonces la presión se disipó y recuperé mi centro de gravedad, moviéndome con confianza por el agua.

Durante más de una hora vadeamos el arroyo de arriba abajo, lanzando nuestros sedales hacia puntos próximos a rocas o ramas con aguas más tranquilas y profundas, donde los peces podían refugiarse y descansar. Vimos varias truchas nadando bajo la superficie, así como innumerables pájaros, ardillas parlanchinas y una cierva con dos cervatillos. Cuando agité la mano para llamar la atención de Dawes y señalé en silencio a la pequeña familia, él soltó el sedal y se quedó mirándolos con una enorme sonrisa en la cara, hasta que se retiraron a la seguridad de los árboles. Era una mañana preciosa, tan bonita y tranquila que no creo que a ninguno de los dos nos importara que las truchas no hubieran picado.

Pero entonces, justo cuando empezaba a pensar en la vuelta, Dawes recibió un fuerte tirón de su sedal. Dio un grito y sacudió la caña hacia arriba. Yo también grité, atravesando la corriente con grandes y torpes zancadas para llegar hasta él.

—¡Eso es! ¡Ya lo tienes! ¡Atrápalo! ¡No dejes caer la punta, mantenla alta!

Dudo que Dawes me oyera, pero su instinto era bueno. Recogió carrete lo más rápido que pudo, manteniendo el sedal alto y tenso, acercando por momentos al díscolo pez. Al ver un destello plateado, saqué la red del cinturón, la sumergí en el agua y recogí el premio.

—¡Buen trabajo! —dije, entregando la red a Dawes.

—¡Guau! —Se agachó para verlo más de cerca—. Es una belleza. ¿Es una trucha marrón?

—Arcoíris —dije—. De unos treinta y cinco centímetros. ¿Quieres quedártela? ¿O liberarla?

Tras sacarle una foto rápida con la trucha en la mano, Dawes soltó el pez y cogió la caña, ansioso por volver a intentarlo. Durante la hora siguiente, pesqué y solté otras tres hermosas truchas arcoíris. Dawes pescó dos, soltó la primera y se quedó con la última.

Remontamos la corriente hasta el lugar donde habíamos dejado las mochilas. Me quité las botas de pesca, me calcé las de montaña y me adentré en el bosque para hacer mis necesidades.

A mi vuelta, Dawes ya había encendido un fuego y estaba en cuclillas junto a él, removiendo un trozo de mantequilla en una sartén con la hoja de una navaja suiza.

—Vaya, eres todo un explorador —dije, sentándome en una roca cercana y extendiendo las manos hacia el fuego.

Dawes sacó del bolsillo de su chaqueta un limón, dos tenedores y varios sobrecitos de sal y pimienta.

—¿Tienes hambre?

Esa trucha, frita en mantequilla sobre un fuego abierto, servida con un chorrito de limón fresco y comida directamente de la sartén, era mejor que todo el pescado que había probado en los restaurantes neoyorquinos a cincuenta dólares el plato.

—El ambiente también es difícil de superar —dijo Dawes, levantando la cabeza y mirando hacia el arroyo, antes de coger un palo y atizar el fuego para avivar las brasas.

—¿Qué pasa con los chicos y el fuego? Todos los hombres que he conocido eran pirómanos.

—Yo no —dijo Dawes, frunciendo las cejas y señalando el fuego con la cabeza—. Hace unos siete años, tenía un restaurante en el norte de California, en una vieja gasolinera de los años treinta en el condado de Humboldt. Alguien la había convertido en una tienda de donuts años antes, así que había unas cuantas mesas y una rudimentaria cocina. Necesitaba muchas reformas, pero el precio era bueno, así que —se encogió de hombros— lo compré, lo remodelé y lo llamé

Black Dog Diner.

»El primer año fue duro —continuó, pateando una rama humeante hacia el centro del fuego con la punta de su bota de montaña—. Pero era muy popular entre el personal del hogar para indigentes. Les llevaba todas las comidas que no había vendido, que eran muchas. Al final, eso fue lo que me salvó durante un tiempo.

»El director del centro llamó al periódico local y les habló de mí. Vino un periodista, hizo un montón de fotos del restaurante y de mí, cocinando y cargando mi coche con comida para el hogar. De repente, empezó a venir gente. Ocho meses después, por primera vez, obtuve beneficios: ciento catorce dólares y sesenta y ocho céntimos.

—Vaya —dijo—. Eres todo un potentado.

—Lo sé, ¿verdad?

Cogió un palo y volvió a atizar el fuego. Lo observé, resistiendo el impulso de preguntarle: «¿Y entonces?», en parte porque sabía que él llegaría a su destino a su debido tiempo, pero también porque una parte de mí quería que la historia terminara justo ahí, con una nota de esperanza, congelando su futuro en ese momento en que el sueño se hacía realidad.

—Hubo un incendio —dijo, bajando de nuevo la mirada.

—¿En la cocina?

—No. Quiero decir..., sí. Empezó en la cocina, pero... —Se le cortó la voz—. Nadie resultó herido. Apenas abrí la puerta y olí el humo, entré a toda prisa y cogí el extintor, pero no pude hacer nada. Cuando me di la vuelta, un muro de llamas me impedía salir. Por suerte había una ventana, pero el edificio quedó totalmente destruido.

—Eso es terrible. ¿Tenías seguro?

—No uno bueno —dijo—. Utilicé lo que me dieron para pagar mis deudas, comprar la furgoneta y reconvertirla en un lugar apto para vivir a tiempo completo. En ese momento, viajar ligero y no hacer muchos planes de futuro parecía una forma más inteligente de vivir.

—Dawes, lo siento mucho.

—No lo sientas. No, de verdad —dijo, contrarrestando la duda en mis ojos—. Podría haber sido mucho peor. No busco compasión. Pero quería que conocieras mi historia porque cuando te llevé la cena a la cabaña aquella primera vez que nos vimos, fui un poco idiota contigo. La verdad es que estaba asustado. Pensé que la cabaña estaba en llamas y... reaccioné.

Apreté los labios, tan sorprendida por su confesión, y el valor que había tenido, que me quedé sin palabras. Pese a todo lo que había pasado, cruzó mi puerta e incluso metió la mano en el fuego, dejando a un lado su miedo por rescatar a un extraña.

—Dawes, eres un buen hombre.

Soltó una carcajada.

—O un tonto. Ya van dos veces que corro hacia el fuego en vez de alejarme de él. En fin, lo siento —dijo, y empezó a recoger sus cosas, metiendo la sartén sucia en una bolsa de papel antes de guardarla junto con su navaja en la mochila, y ponerse en pie.

Yo también me levanté y me colgué la mochila.

—No hay nada que lamentar. Reparaste mi coche al día siguiente, así que, créeme, todo estaba perdonado. Además, George está como loco contigo y...

Justo antes de soltarle que yo también estaba loca por él, o que creía que podía estarlo, hice algo bastante atípico: pararme a pensar.

Habían pasado seis semanas desde que Dawes me apartara de un empujón al entrar a la carrera en mi cabaña. No es que nos viéramos a diario, pero si sintiera algo por mí, ya me lo habría

dicho. Habíamos hecho un pastel entero juntos, ¡por el amor de Dios! Y alimentado a una multitud de cuatrocientos comensales. Si eso no fomentaba la intimidad, ¿qué lo haría?

¿Por qué no lo había hecho?

No me engañaba sobre quién era Dawes, como había hecho con Alex. Estaba segura. Así que tenía que ser yo, ¿no? La atracción mutua debería ser la cosa más simple del mundo. Quiero decir, la biología aquí estaba en marcha. A menos, claro, que no fuera el caso.

Solo había una manera de averiguarlo. Procedí con cautela, frenando cualquier declaración potencialmente embarazosa, pero dejando la puerta abierta en caso de que Dawes quisiera hacer la suya propia.

—Has sido una ayuda increíble, primero la cena y ahora la boda. El refugio no saldría a flote sin ti. Y quiero que sepas que yo... —Mis ojos se cerraron brevemente—. Realmente aprecio todo tu duro trabajo. Todos lo hacemos.

—Ha sido divertido —dijo, agachando la cabeza—. En serio. Y tú también has trabajado duro, Esme. Es increíble lo que has conseguido en tan poco tiempo. —Hizo una pausa, como si sopesara sus palabras—. Lo que intento decir es que creo que haríamos un buen equipo.

¿Lo creía? Oírsele decir de viva voz hizo que se me saltara el corazón. Apreté los labios, decidida a guardar silencio hasta estar cien por cien segura de que estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo.

Resultó ser un acierto.

—Sé que estás poniendo tu propio dinero en la renovación del complejo para la boda. Así que me preguntaba si yo podría hacer lo mismo. —Mi semblante inexpresivo y posiblemente estupefacto debió de decirle que no le seguía—. Ya sabes —apuntó—, entrar como tu socio en el negocio.

La gélida ola de realidad antirromántica vino acompañada de una sensación como de montaña rusa, que me dejó desequilibrada y enormemente decepcionada, a la vez que tremendamente agradecida por haber mantenido la boca cerrada. Al fin y al cabo, nadie puede soportar tanta humillación en un año natural sin sufrir una combustión espontánea. ¿Has oído alguna vez la frase «creí que moriría de vergüenza»? Estoy convencida de que es real.

—Umm... —Me humedecí los labios y meneé la cabeza un par de veces, intentando deshacerme de mi decepción y centrarme en el tema en cuestión—. Entonces..., dices que quieres invertir dinero para ayudar con las reformas. ¿Y convertirte en socio del refugio?

—Un socio minoritario. Cinco por ciento, dos, uno. Tú y George podéis decidir lo que os convenga.

—Vale, pero... ¿de verdad tienes dinero?

No pretendía ser grosera, pero la razón por la que había acabado trabajando para George era porque no tenía suficiente dinero para reparar su furgoneta.

—Puedo reunirlo —dijo, levantando una mano como para asegurarme su honestidad—. Alguien me ofreció cincuenta y cinco por la furgoneta, pero no quería vender hasta que habláramos. Me quedaría parte del dinero para comprar un coche de segunda mano e invertiría cuarenta mil en el refugio.

—¿Venderías tu furgoneta? Creía que eras uno de esos tipos a los que no les gusta atarse a un sitio.

—Lo era —admitió—. Por un montón de razones que son... Bueno, demasiado complicadas de explicar. Cuando la gente se entera de que llevo años viviendo en una furgoneta y viajando de un sitio a otro, siempre me preguntan cuándo pienso sentar la cabeza. Mi respuesta habitual es

«Cuando encuentre algo que me apetezca». Es mi forma de decirles que se ocupen de sus asuntos.

»Pero algo cambió para mí este verano. Por fin he encontrado un lugar en el que me siento como en casa, un trabajo del que me siento orgulloso y personas... —Sonrió y sacudió la cabeza, casi como si se riera de sí mismo—. Personas por las que no puedo dejar de preocuparme. Así que, si te parece bien, me gustaría quedarme.

La montaña rusa apareció de nuevo, subiendo hacia el pináculo de las esperanzas que había empezado a creer me habían pasado de largo, y dije lo único que podía decir:

—A mí también me gustaría.

Dawes dio un paso hacia mí. Los acordes de una vieja canción resonando en mi cabeza, un cantautor que agradece que después de tanto tiempo, de tanta soledad, haya llegado por fin el amor.

Cerré los ojos, esperando su beso.

Capítulo 18

En cuanto llegué al refugio, llamé a Yolanda para ver si ella y David querían quedar conmigo a cenar esa misma noche. A veces, la amistad entre antiguas amigas se desvanece cuando una de ellas se casa y la otra se siente excluida de la relación por el nuevo marido, a menudo antipático y a veces excesivamente posesivo. Pero yo no sentía eso por David. Creo que podríamos haber sido amigos incluso sin el vínculo de Yolanda. Era un hombre amable y realmente interesante, además de una fuente de conocimientos históricos.

Gracias a David, había podido confirmar la relación de Adele con la Casa Biltmore y la National Gallery. Había emprendido un proyecto de consultoría para la finca, documentando la historia de los jardines. Esto le permitió acceder a todo tipo de documentos históricos, incluidas algunas cartas de Edith Vanderbilt. Entre ellas, encontró una carta de David Finley a la señorita Vanderbilt, fechada el 8 de diciembre de 1941. Contenía una referencia indirecta a «los paquetes», cuya llegada estaba prevista para el 12 de enero, la misma fecha en que se entregaron las obras de arte en Biltmore. El señor Finley también escribió que la señorita Adele Maslow, la empleada de la galería que él había recomendado, se tomaba una «excedencia» y llegaría a Asheville a la semana siguiente para empezar a catalogar la colección de arte Biltmore.

Aunque David no tenía permiso para enseñarme la carta, cuando me habló de su contenido se me pusieron los pelos de punta. ¿Qué probabilidades había? Mi querida amiga se había casado con una de las pocas personas que podían confirmarme hechos que yo no debería haber sabido, pero que, de algún modo, supe.

¿Podría haber sido solo una coincidencia? Posiblemente. Pero francamente no entendía cómo.

David tenía una fiesta en la facultad esa noche y no podía acompañarnos a cenar. Pero insistió en que Yolanda fuera y sugirió que reserváramos en el S&W Steak and Wine, un restaurante del centro ubicado en un edificio *art déco* de la década de 1920 inscrito en el Registro Nacional de Lugares Históricos y que en su día fue la cafetería S&W. Al haberme criado cerca de Asheville, por supuesto que lo conocía, pero nunca había entrado.

—Deberías —me aconsejó David—. Si George y Adele salían juntos durante la guerra, tienen que haber estado allí.

El edificio era precioso, tan perfectamente conservado que era como volver atrás en el tiempo. Yolanda y yo seguimos a la *maitre* hasta un vestíbulo con un altísimo techo de pan de oro, nuestros pasos resonando al cruzar el suelo de damero verde y gris en dirección a una mesa del fondo.

—¿Ves algún fantasma? —preguntó Yolanda, mirándome de reojo—. Quiero decir, ¿alguno que te resulte familiar?

Puse los ojos en blanco, me senté, pedí una botella de Merlot y en cuanto nos la trajeron me lancé a contar mi excursión de pesca. Cuando llegué a la parte en la que Dawes se me acercó y yo cerré los ojos, Yolanda me interrumpió, llevándose la mano al corazón:

—Oh... Me alegro mucho por ti, Ez. Te mereces a alguien bueno, en serio. Y Dawes parece mejor que bueno. —Ensartó un tomate *cherry* y luego bebió un generoso sorbo de vino—. ¿Y? ¿Qué pasó entonces? Necesito detalles, cuanto más jugosos mejor.

Cogí mi copa de vino.

—Lo que pasó después fue nada. Absolutamente nada.

—¿Qué? —exclamó Yolanda entre jadeos—. Eso no es posible. Estaba a punto de besarte.

—Sí, bueno... Yo también pensaba lo mismo. Pero no lo hizo. Me quedé ahí quieta con los ojos cerrados, esperando... —Bebí otro trago, estremeciéndome de vergüenza al pensar en lo idiota que debí de parecer—. Y no pasó nada. Abrí los ojos y me estaba mirando. Sus labios estaban a centímetros de los míos, pero frunció el ceño, dijo: «Lo siento. No puedo» y retrocedió.

—Vaya —exclamó Yolanda, un tanto decepcionada—. Eso es... Eso es horrible. ¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer? Fingí tomármelo a risa y dije algo así como que no pasaba nada, que probablemente era una forma tonta de empezar una relación de negocios. Luego volvimos al coche y mantuvimos una conversación dolorosamente incómoda durante el trayecto de vuelta. Y eso es todo.

—¿No le despediste?

—¿Despedirle? ¿Por qué?

—Pues no lo sé —dijo Yolanda, chasqueando la lengua—. ¿Acoso?

—Sí, excepto que no me acosó. No puedes despedir a alguien porque no le gustes. Incluso si pudieras, ¿dónde encontraría otro chef?

—Entonces..., ¿Dawes seguirá trabajando para ti? ¿Como si nada hubiera pasado?

—No —dije, vaciando mi copa—. Dawes trabajará con nosotros, como socio. Le daremos una participación del cinco por ciento en el refugio y el mismo derecho sobre los beneficios, suponiendo que los haya. Lo he hablado con George y Robyn; está todo arreglado.

—Estás de broma. ¿Incluso después de contarles lo del beso? —Sus párpados se cerraron brevemente al rectificar—. Quiero decir..., ¿el no-beso?

—No les conté nada de eso. ¿Por qué iba a hacerlo? —Volví a llenar mi copa. Qué tendrán que ver George y Robyn. A estas alturas, empezaba a arrepentirme de habérselo dicho a Yolanda—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sí, lo de no besarnos fue embarazoso. Pero el resto en realidad son buenas noticias —dije con una voz que parecía intentar convencernos a las dos—. Desde el primer día, mi mayor preocupación con respecto a Dawes era que una mañana nos despertáramos y descubriéramos que había recogido sus cosas y desaparecido. Si nos tomamos en serio lo de hacer bodas y banquetes, no podemos permitirnos perderlo. Ahora que tiene una participación en el negocio, sé que se quedará. Si el rechazo con un poco de humillación es el precio que tengo que pagar para estar tranquila, que así sea.

Yolanda suspiró pesadamente.

—Bueno..., te mereces algo mejor, Esme.

¿Lo merecía? A veces me lo preguntaba. Tal vez algunas personas no tienen alma gemela, tal vez algunas personas están mejor por su cuenta. Además, no era como si estuviera sola del todo. Tenía a George, y a Robyn. Nadie la iba a nominar a madre del año en un futuro próximo, pero la forma en que se quejó de que yo pusiera mis ahorros en el refugio me pareció tierna. Y ahora

Yolanda estaba de vuelta en mi vida. Y cuando volviera a Nueva York, tendría a Carl, y... Bueno, en realidad solo a Carl. Alex estaba fuera de la foto, obviamente. Y, desde que me fui, tampoco había mantenido el contacto con ninguno de mis viejos amigos de DM. Pero una vez que encontrara trabajo, haría amigos nuevos. Amigos mejores.

—Pues, oye —dijo Yolanda con voz de «siguiente punto del orden del día» mientras rellenaba su copa—, David tiene un amigo en la universidad, Ryan Chrysanthemum...

—¿Ryan Chrysanthemum? —Resoplé y bebí un trago—. Por favor, por favor, no me digas que es catedrático de botánica.

—En realidad, lo es.

Tragué saliva como pude para no escupir el vino, pero fue en vano. Cuando me eché a reír, Yolanda sonrió y puso los ojos en blanco.

—Lo sé, lo sé. Pero realmente es un hombre encantador, e inteligente. Lee libros, aprecia el arte, le encanta viajar. Sé que te gustaría si lo conocieras. Esme, basta. ¿Quieres madurar? Es solo un nombre —protestó antes de soltar una risita—. Es un chico estupendo. Y guapo. Y algo famoso, escribió un artículo pionero sobre el ginkgo biloba que se publicó en *Botánica Hoy*.

—¡Guau! Y piénsalo. ¡Si nos casáramos, yo sería Esmeralda Chrysanthemum!

Los ojos de Yolanda se abrieron de par en par mientras sorbía más vino y consideraba las posibilidades.

—Y podrías poner a todos tus hijos nombres botánicos: Peonía, Áster, Margarita...

—¡Yuca! —exclamé, golpeando la mesa—. ¡Espera! ¡Espera! ¡Espera! ¿Qué tal Grama?

—¡Carrasque! —aulló Yolanda, totalmente fuera de sí.

Resulta que hay miles de nombres botánicos y que muchos de ellos son desternillantes, así que las cosas siguieron así durante un buen rato.

—Gracias —dije finalmente, tragando aire y secándome las lágrimas—. Lo necesitaba.

—De nada. Pero... Realmente creo que Ryan te gustaría.

—Tal vez. Pero, aunque así fuera, ¿qué sentido tendría? Las relaciones a distancia nunca funcionan. Volveré a Nueva York al final del verano.

Yolanda puso cara de súplica.

—¿Estás segura?

Lo estaba, y mucho. Sí, había habido momentos en los que había jugado con la idea de quedarme. Pero eso era todo. Aunque mi carrera estaba momentáneamente marginada, mi vida estaba en Nueva York. Si alguna vez había tenido dudas, esa tonta escena con Dawes las había disipado.

Con todo, me alegraba de haber vuelto a casa. Además de reencontrarme con mi familia y con Yolanda, me satisfacía saber que —suponiendo que la boda saliera bien y, con Dawes ahora realmente a bordo, no veía por qué iba a ser de otra manera— estaba ayudando a preservar una parte vital del legado de mi familia y de la historia de mi abuela.

Cuanto más escribía, más descubría mi historia en la suya, temas que me resultaban familiares y que sonaban a verdad. Era tan impulsiva como yo, tenía sueños no tan diferentes de los míos y se topaba con un obstáculo tras otro en su intento de cumplirlos. Aunque nunca llegaría a entender por qué había decidido mantener oculta su historia en vida, y me pareciera inexplicablemente triste que hubiera optado por esconder su talento, sabía que Adele no estaba triste y que nunca lo había estado. A pesar de todo, había encontrado su camino, una felicidad que se sumaba a la de muchos otros, incluida la mía. Saberlo me daba esperanza, me ayudaba a creer que yo también encontraría mi camino, algún día.

¿Había sido esa su intención desde el principio? ¿Por eso había llamado cuando lo hizo, porque intuía que le quedaba poco tiempo y sabía que yo necesitaba oír lo que tenía que decirme? ¿Por eso una parte de ella parecía seguir ahí, señalando las migas de pan que había dejado para mí?

Si tal cosa fuera posible y Adele tuviera la capacidad de respirar sobre el velo que separa lo temporal de lo eterno, agitando las sombras del tiempo para ayudar a sus seres queridos, sé que lo habría hecho. Mis primeros años de vida habían sido turbulentos, pero desde el momento en que entré por su puerta, llevando cuanto tenía en una funda de almohada, cargada de cicatrices, y Adele se inclinó y me dijo: «Esme, me alegro mucho de que estés aquí. Tengo un pastel de caramelo en la cocina. ¿Quieres un trozo?», supe que estaba en casa, y que me querían. Aunque nunca dejara de echarla de menos, sabía que una parte de ella siempre estaría conmigo, incluso cuando regresara a Nueva York para retomar el hilo de mis descosidos sueños y encontrar mi camino, mi felicidad.

—Volveré a menudo —dije, sabiendo que era cierto.

—Más te vale —respondió Yolanda, frunciendo un poco el ceño—. Porque no solo tejo monstruos vudú a ganchillo, sino que sé cómo usarlos.

—Créeme, no es tan fácil deshacerse de mí. Ahora me vas a tener de por vida.

—Bueno —dijo con voz ronca, levantando su copa—, creo que puedo vivir con eso.

De haber confiado en mi voz, me habría hecho eco del sentimiento. En cambio, acerqué el borde de mi copa a la de Yolanda, sellando el trato.

Yolanda tenía que reunirse con David en la universidad, así que le dije que pagaba yo y que ya arreglaríamos las cosas más tarde. Me quedé sola en la mesa, esperando a que el camarero trajera la cuenta. El restaurante no estaba abarrotado, solo había unas cinco o seis mesas ocupadas. Cuando miré al otro lado de la sala, me fijé en la pareja que ocupaba una mesa junto a una de las enormes columnas.

Incluso sentado, pude ver que el hombre era alto. Tenía el pelo rubio pajizo y estaba comiendo un flan, un plato que no había visto en la carta. La mujer menuda sentada frente a él estaba de espaldas, así que no podía verle la cara. Pero vestía un traje de chaqueta azul empolvado. Cuando cogió su vaso de agua, las manos le temblaban tanto que pensé que iba a derramársele.

—No hay prisa, pero si quiere yo me encargo... ¡Oh, lo siento mucho! —exclamó la camarera cuando solté un grito ahogado—. ¡No pretendía asustarla!

Le dije que no pasaba nada, que simplemente no la había visto llegar.

—A mí también me pasa —confesó—. Empiezo a pensar en algo y todo lo demás desaparece. Mi marido me hace una pregunta y ni siquiera le oigo; estoy absorta en mi pequeño mundo.

Sonrió y se fue a pasar mi tarjeta de crédito.

Al mirar la sala de nuevo, la mesa junto a la columna estaba vacía.

Capítulo 19

George estaba tumbado bocarriba en el suelo del cuarto de baño con la cabeza metida debajo del lavabo, jugueteando con las herramientas y los conductos de suministro de agua antes de quitar el viejo grifo e instalar uno nuevo. A juzgar por sus refunfuños, la cosa no iba muy bien.

Justo cuando pensaba dejar la cortina de ducha que estaba colgando para ofrecerle mi ayuda, empezó a brotar agua y George empezó a maldecir.

No era para tanto, el chorro fue más bien un silbido que terminó tan rápido como empezó y dejó un charco fácil de limpiar en el suelo, pero George estaba furioso. Pegó un grito, soltó una retahíla de improperios y se golpeó la frente contra el tocador al levantarse, luego lanzó su llave inglesa por la habitación con todas sus fuerzas, a escasos centímetros de mí y dejando una abolladura en la pared del retrete.

—¡George! —exclamé—. ¡No es nada! Solo un poco de agua y un estúpido grifo.

—¡El estúpido no es el grifo! —gritó, golpeando el aire con un brazo, como si deseara tener otra herramienta que lanzar, y luego se tapó los ojos con su gran mano—. ¡Soy yo! ¡Soy un estúpido! Y un inútil, completamente inútil.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Había que redecorar todas las cabañas antes de la boda de Sutton y Martin, y apenas faltaban cuatro semanas. Pero con la temporada de verano en pleno apogeo y nuestros índices de ocupación al alza, tuvimos que hacer malabarismos con las reservas y repartirnos el trabajo entre huésped y huésped, renovando cada cabaña en un solo día. Como Robyn se ocupaba de la logística y de su trabajo habitual, la remodelación nos tocó a George y a mí. No era fácil, pero nos las arreglábamos, o lo habíamos hecho hasta ahora.

Dos días antes, habíamos reformado por completo la cabaña doce, sustituyendo los colchones, la ropa de cama, las alfombras y las cortinas, colgando cuadros nuevos, pintando el baño, instalando toalleros, barras de ducha y grifos, todo en un larguísimo y ajetreado día. No podría haberlo hecho sola; George fue de gran ayuda. Pero hoy no había podido hacer frente a una tarea que antes hacía sin el mayor problema.

Me culpé a mí misma. Nada más empezar, advertí que George no tenía uno de sus mejores días. Estaba malhumorado y parecía cansado, y le costaba encontrar las palabras; por ejemplo, señalaba un objeto y decía «el chisme ese» en lugar de llamarlo por su nombre. Debería haberle dicho que lo necesitaban en recepción; interactuar con los huéspedes era el trabajo que más le gustaba y que seguía haciendo bien. Pero yo no sabía instalar grifos, así que aguanté esperando lo mejor. Mala idea.

—George —dije con dulzura, acercándome a él—. Todo está bien. De verdad.

Le aparté suavemente la mano de la cara. George me miró con los ojos acuosos.

—No lo está. Nada de esto está bien. Odio lo que me está pasando.

—Solo estás cansado. Están pasando tantas cosas, primero la cena, ahora esta boda, todas las reformas... El otro día forzamos demasiado la máquina, eso es todo. Mañana será mejor, ya lo verás. Ya no eres ningún polluelo, ya sabes.

—¿Polluelo? Demonios —dijo, con un atisbo de sonrisa en la boca—, a estas alturas, ni siquiera soy un pavo. Pero quizá tengas razón. Quizá mañana sea mejor.

Eso esperaba. Pero, aunque así fuera, sabía que habría más días como este, días en los que George no estaría mejor. Y posiblemente peor. Robyn no quería hablar de ello y seguía sin usar la palabra con «D». Pero después de hoy, era evidente que George lo sabía.

Odio lo que me está pasando.

Yo también lo odiaba. Pero era lo que había.

Aunque se había resistido un poco cuando se enteró de que yo sufragaría parte de los gastos, George estaba entusiasmado con la idea de devolver al refugio su antiguo esplendor y quería participar en su realización. Yo también lo deseaba, pero debía tener cuidado de no sobrecargarle.

Tras convencer a George de que se fuera a casa a echar una siesta, fui a buscar a Dawes.

—Siento molestarte en tu día libre —le dije tras llamar a la puerta de su cabaña y explicarle la situación—. Pero no nos podemos permitir un retraso y no tengo ni idea de grifos.

—No te preocupes —dijo, bostezando y cogiendo una camisa—. Deja que me vista y coja mis herramientas. Enseguida voy.

A raíz de todo el asunto del «no beso», me preocupaba que tener a Dawes como socio, aunque fuera un socio menor, enrareciera aún más nuestra relación, pero resultó ser todo lo contrario. Centrar nuestra atención en la boda, las reformas y otros asuntos de negocios no solo contribuyó a esconder bajo la alfombra las rarezas remanentes, sino que me ayudó a superarle y a superarme a mí misma. La visión de un Dawes sin camiseta, en bóxer y tumbado en la cama ya no me afectaba. Mi cerebro de lagarto estaba muerto o hibernando. Era un alivio. Como le dije a Yolanda, mi vida ya era lo bastante complicada como para añadirle una relación a distancia.

Además de eliminar la tensión entre nosotros, dejar que Dawes participara en el negocio me quitó presión. Saber que estaba realmente comprometido y que no iba a coger su furgoneta y desaparecer de un día para otro me permitió dormir mejor por las noches. Además, su contribución financiera significaba que no tenía que invertir la totalidad de mis ahorros en las reformas. Y tener a bordo a alguien que sabía cosas que yo desconocía —como instalar las tuberías y cocinar medallones de ternera para trescientos comensales— redujo considerablemente mis niveles de estrés.

—Una vez que cierres la válvula —dijo Dawes mientras estábamos en el baño unos minutos más tarde—, asegúrate de abrir el grifo y liberar el agua que pueda quedar en las tuberías antes de quitar el accesorio. Creo que ahí es donde George cometió su error.

—De acuerdo —dije—. Parece bastante sencillo.

Y realmente lo era. Lo que hacía más inquietante si cabe el hecho de que George hubiera tenido tantos problemas.

—No me importa ayudarte —dijo Dawes—. Pero es bueno que sepas hacerlo tú sola, por si tienes problemas cuando la cafetería esté demasiado llena para que pueda echarle una mano.

Asentí con la cabeza. Con la noticia de la llegada de nuestro nuevo chef, sin duda había días en los que Dawes estaba demasiado ocupado para salir de la cocina.

—Siento haberte molestado; sé que es el único día que puedes dormir hasta tarde.

—No te preocupes. No habrá días libres durante un tiempo, no hasta que pase la boda y hayamos cobrado el cheque de Martin —dijo, sacando una llave inglesa de su cinturón de herramientas y poniéndose en cuclillas delante del lavabo—. Si necesitas ayuda, no tienes más que pedirla. Iré tan rápido como pueda.

Trabajando codo con codo, Dawes y yo pudimos terminar la redecoración y, de nuevo, había sido una jornada muy ajetreada y larga que prometía repetirse todavía unas cuantas veces más. Hasta que pasara la boda, apenas tendría un minuto para mí. Tal vez fuera lo mejor, porque mi escritura había vuelto a toparse con otro obstáculo.

Después de reunirme con Yolanda en el S&W y ver a la mujer de azul con las manos temblorosas, regresé rauda a la cabaña y me senté ante el ordenador, ansiosa por subirme a la ola de inspiración que estaba segura de que llegaría. Pero fue en vano. Llevaba una semana sin escribir nada que valiera la pena y aquella noche fue más de lo mismo. Tras despedirme de Dawes, hacia las diez de la noche, volví a intentarlo, pero un par de horas más tarde lo borré todo. Una vez me di por vencida, me metí en la cama y soñé con George.

Estaba haciendo obras en el vestíbulo, intentando levantar un muro. Cuando estaba casi terminado, cogió un martillo y lo golpeó una y otra vez, destruyendo todo su duro trabajo. Hasta que no me desperté, jadeando y con el corazón acelerado, no advertí que el martilleo era en realidad alguien llamando a mi puerta. Pensé que tenía que ser Robyn. ¿Quién si no iba a molestarme a esas horas? Preocupada por si le había pasado algo a George, me puse una bata y corrí trastabillando hacia la puerta. Era Oscar, con un gran montón de papeles atados con una cuerda en la mano.

—¿Oscar?

Parpadeé para enfocarle. Me apartó al pasar y entró sin que le invitara.

—Necesito hablar contigo.

Dejó los papeles sobre la mesa de la cocina, luego irrumpió en el salón con paso firme y empezó a pasearse de un lado a otro frente a la chimenea, frotándose las manos, como si intentara moler grano entre las palmas. Yo ya estaba un poco más despejada, pero seguía sin entender nada.

—Oscar, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Es Claudia —dijo, sin parar de caminar.

Claudia. ¿Quién era Claudia? ¿Otra exmujer? ¿Una antigua novia? ¿Una mascota? Qué sabía yo. Oscar, perturbado por mi despiste, me miró con ojos frenéticos.

—¡Claudia! Mi agente. —Se metió ambas manos en su cabellera gris y se restregó el cuero cabelludo hasta que el pelo se le puso de punta—. Odia mi libro. Lo odia.

—Espera. ¿Qué? —Me meneé un poco para despejarme—. ¿Me has despertado porque a tu agente no le gusta tu libro? ¿Estás de coña?

Con el ceño fruncido, abrí la puerta y le señalé la salida con el dedo.

—No, no, no. No lo entiendes —dijo con voz de pánico—. Esto es más que no gustarle. Ella lo odia. Me odia a mí.

En ese momento, no me costó creerlo.

—Oscar, no me importa. Tienes que irte. Lo digo en serio.

Me ignoró.

—Ella me ha dado boleto, Esme. ¡Después de veintidós años juntos, Claudia me ha despedido! Dijo que soy una arrogante, egocéntrica, desagradecida y misógina prima donna...

De nuevo, totalmente creíble. Si me pidieran que describiera a Oscar, habría utilizado todos esos adjetivos y algunos más. Pero... ¿era esa una razón para que un agente despidiera a un cliente de años? Oscar no era el único escritor arrogante y prima donna sobre la faz de la tierra.

—Y me dijo que el libro era una absoluta basura, que no había forma de salvarlo, y que cualquiera que fuese el talento que yo había tenido alguna vez había desaparecido.

—¿En serio? ¿Eso te dijo?

Cerré la puerta, frunciendo el ceño. Algunos escritores, como Oscar, son auténticos granos en el culo. Pero los editores, los agentes y las editoriales los aguantan porque, al fin y al cabo, el talento lo supera todo. Si la agente de Oscar había decidido que ya no lo tenía, su pánico empezaba a tener sentido.

—Tienes que ayudarme —dijo, volviendo a meterse los dedos en el pelo y reanudando su paseo—. Tienes que leer mi manuscrito.

Me eché a reír. Debía de estar bromeando. Pero no daba esa impresión.

—Oscar, eso es una locura. ¿Crees que si me gusta tu libro tu agente decidirá aceptarte de nuevo? ¿Por qué iba a escucharme? No soy tu editora. Ya no soy la editora de nadie.

Oscar se dio la vuelta y me clavó una penetrante mirada azul.

—Pero podrías serlo. Mira, sé que nuestro primer encuentro en Nueva York fue..., bueno, no fue tan ideal como cabía esperar. Pero, lo creas o no, una parte de mí estaba entusiasmada con la idea de trabajar contigo. Lo digo en serio —exclamó, levantando una mano y manteniéndola inmóvil cuando puse los ojos en blanco—. ¡Estaba nervioso, eso es todo!

»Cada vez más a menudo, Darius se limitaba a aceptar mis manuscritos sin darme ninguna opinión real. Sabía que necesitaba un cambio, un editor que estuviera dispuesto a hacer el trabajo, a presionarme más, a ayudarme a escribir libros que realmente merecieran la pena. Pero, a la vez, tenía miedo. Darius llevaba treinta años siendo mi editor; nunca había trabajado con nadie más. Luego, por si esto fuera poco, Matilda decidió dejarme y... —Oscar extendió las manos en una especie de gesto de «ya sabes el resto».

Ah, sí. Lo sabía. ¿Cómo podría olvidarlo?

Sin embargo, mucho de lo que decía era cierto. Más de uno de mis colegas de DM había dicho que creía que Oscar había empezado a «improvisar», que es otra forma de decir que ya no le importaba nada. Pero a menudo me preguntaba si Darius no tendría al menos su parte de culpa. Los escritores no son los únicos que a veces improvisan. No dejaba de tener la sensación de que, si alguien hubiera animado a Oscar a pulir sus primeros borradores con una segunda, tercera o incluso cuarta ronda de revisiones, el brillo de la historia podría haber salido a la luz.

Con todo, la forma en que Oscar me habló aquel día, menospreciándome delante de mis compañeros, no era algo que pudiera olvidar o perdonar fácilmente.

—Si tanta ilusión te hacía trabajar conmigo, ¿por qué me faltaste al respeto delante de todos los editores de DM? ¿Por qué irrumpiste en el despacho de Matt e intentaste que me despidieran?

Oscar levantó las manos.

—¡Porque soy un imbécil, por eso! ¡Porque soy un imbécil profundamente inseguro, pero con talento! O lo era. Quizá Claudia tenga razón respecto a mí —dijo con voz patética—. Tal vez ahora solo soy un imbécil, un inseguro y odioso fracasado sin talento.

Se hundió en una silla cercana y enterró la cabeza entre las manos, la viva imagen de la derrota.

—Oscar, vete a casa.

No se movió, se limitó a balancearse de un lado a otro como una viuda afligida. ¿Estaba haciendo teatro? ¿O lloraba de verdad? No me importaba. No quería que me importara.

—Lo digo en serio, Oscar. Tienes que irte.

—Esme, tienes que ayudarme —gimió—. ¡Me estoy muriendo aquí!

—No te estás muriendo. Has perdido a tu agente. No es lo mismo que perder la vida.

—Lo es para mí. Escribir no es solo lo que hago, es lo que soy.

Cuando se levantó, tenía los ojos claros y perfectamente secos. Había sido una actuación. ¡El muy imbécil!

—Bueno, ya no eres el mismo —le espeté—. ¿Y sabes de quién es la culpa? Tuya. Eres arrogante, odioso y maleducado, pero ¿sabes cuál es tu verdadero problema, Oscar? Eres un vago. Tienes un don y lo has desperdiciado. Y eso no tiene perdón.

—La gente puede cambiar —dijo con urgencia—. Yo puedo cambiar. Esme, ¡tienes que ayudarme!

Cuando me agarró de la manga, como un penitente desesperado por la absolución, me aparté y solté una carcajada.

—Aclaremos algo, señor Glazier —dije, escupiendo el «señor» como si fuera una maldición—. De todas las cosas que no tengo que hacer, ayudarte encabeza la lista.

—Me parece justo —dijo abriendo las manos, con un tono más uniforme y creíble que antes—. Quiero decir, ¿por qué deberías ayudarme? Apenas me conoces. Pero sé algo sobre ti, Esme Cahill. Te encantan los libros. Y tienes talento para ayudar a los escritores a transformar buenas ideas y manuscritos mediocres en algo memorable, y mágico, y, bueno, en un libro que merezca la pena leer. Ese es tu don.

»¿No te gusto? —Se encogió de hombros—. Vale. Te respeto por ello; demuestra que tienes cierto nivel. Pero déjame preguntarte algo: aquel día en Nueva York, cuando dijiste que mis páginas tenían potencial y que querías ayudarme a sacarlo a la luz, ¿estabas mintiendo? ¿O solo me estabas diciendo lo que creías que quería oír?

No mentía. El libro de Oscar era bastante terrible en general. Pero de vez en cuando, me encontraba con un párrafo tan perfecto que lo volvía a leer, o con un personaje secundario con contradicciones intrigantes que me hacían querer saber más. «Los buenos libros se escriben; los grandes libros se reescriben». Esa fue una de las primeras cosas que Carl me enseñó en su día. Darme cuenta de que tenía razón fue lo que hizo que la edición pasara de ser un trabajo con el que pagar las facturas a una carrera que me encantaba. ¿Qué puede haber mejor que ayudar a gente con talento a crear grandes libros?

—¿Mentías? —me preguntó Oscar de nuevo—. Porque si de verdad crees que el libro tenía potencial, pero no estás dispuesta a ayudar... Bueno, entonces no soy el único que está desperdiciando sus dones, ¿no es así?

Touché.

Diálogos como ese eran los que habían hecho de Oscar Glazier un gran escritor. ¿Podría volver a serlo? ¿Estaba dispuesto a esforzarse para conseguirlo? ¿Lo estaba yo? Tras decidir que la respuesta era no, caminé exhausta hacia la puerta y la volví a abrir.

—Lamento tus problemas, Oscar. Pero lo cierto es que son problemas tuyos.

—Sin embargo, no soy el único que tiene problemas, ¿no? Estás intentando escribir un libro, ¿verdad? Y no va bien, ¿no es así?

Fruncí el ceño. ¿Cómo podía saberlo?

—Te he visto a través de las ventanas a altas horas de la noche, dando vueltas. Eso es lo que hago yo también cuando estoy atascado, solo que cierro las persianas. Quizá lo intentes en otra ocasión —sugirió—. Así que mira tú qué bien —dijo, como si yo hubiera aceptado que entráramos en algún tipo de negociación, cosa que no había hecho en ningún momento—. Tú te lees mi libro y yo me leo el tuyo. Luego intentaremos ayudarnos mutuamente a corregirlos, de escritor bloqueado a escritor bloqueado. ¿Qué me dices?

Una década en la edición me había enseñado que solo uno de cada cien escritores tiene la capacidad de criticar desapasionadamente su propio trabajo. Era como intentar mirar un cuadro a un palmo de distancia, les era imposible ver el cuadro completo porque estaban demasiado cerca. ¿Había caído yo en la misma trampa? ¿Estaba mi nariz demasiado cerca del lienzo?

—No —dije, negando con la cabeza—. Nunca funcionaría.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque eres odioso y no te soporto.

—¿Y qué? Siento lo mismo por ti. Eso no significa que no podamos trabajar juntos.

—¡No escuchas, Oscar!

—Eso no es cierto. Yo escucho —dijo, y luego hizo una pausa, repensando lo que acababa de expresar—. Bueno, vale. Pero podría escuchar. Y lo haré, lo prometo. —Se puso de rodillas frente a mí, juntando las manos en señal de súplica—. Ayúdame, Obi-Wan Kenobi. Eres mi única esperanza.

—Oscar, levántate.

Se puso en pie de un brinco.

—¿Ves? Sé seguir instrucciones. Si me ayudas a corregir mi libro, te escucharé, trabajaré duro, haré todo lo que me digas. Te lo juro. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque estás desesperado?

—Sí. Pero también porque te respeto, como editora y como persona.

—¿Que me respetas? —Me reí—. Oh, por favor. ¡Ve a tirarte al lago!

No era una orden. Solo algo que Adele solía decir, y que en absoluto debía tomarse al pie de la letra. Sin embargo, en cuanto lo dije, Oscar asintió con la cabeza, salió corriendo por la puerta, rumbo al lago, adentrándose en la noche. Lo seguí hasta el porche. Menudo idiota. ¿De verdad creía que me iba a encandilar con su teatro?

Cuando me giré para volver a entrar, oí una zambullida y a alguien agitándose en el agua.

—¡Oscar! Oscar, ¿estás bien?

Mi pregunta fue respondida con más chapoteos, maldiciones y un grito ahogado.

—¡Mierda!

Corrí descalza por la hierba hacia el sonido de la voz de Oscar. Justo cuando llegué a la orilla, la luna salió de detrás de una nube y brilló sobre la superficie negra del lago y la cabeza gris y leonina que se balanceaba y maldecía en el agua.

—¡Aguanta, Oscar! ¡Ya voy!

Con los pies descalzos golpeando el muelle de madera, me quité la bata, me desnudé hasta quedarme en bragas y camiseta interior de algodón rosa, y me zambullí. El agua estaba helada. Sentí como si me pincharan con diez mil agujas congeladas. Al salir a respirar, di un grito ahogado, luego solté un improperio y empecé a remar con mis extremidades heladas, nadando hacia Oscar, quien, de repente, dejó de agitarse y empezó a caminar tranquilamente por el agua.

—¿Qué haces aquí?

—¡Sal-Salvarte! —dije castañeando los dientes—. Gritabas. Creí que te estabas ahogando.

Oscar sacudió la cabeza, lanzándome gotas de agua a los ojos.

—¡No gritaba, chillaba porque el agua está muy fría!

—¿Me tomas el pelo? —Me alejé nadando, deseando que se hubiera ahogado.

Oscar me adelantó enseguida, surcando el agua con brazadas largas y potentes mientras yo temblaba y jadeaba, remando lenta y penosamente hacia la orilla, como una rata mojada que abandona el barco. Mover mis miembros congelados requería un esfuerzo sobrehumano. Pero entonces, cuando aún estaba a unos quince metros de la orilla, me quedé sin fuelle. Mis piernas aún pataleaban débilmente, pero sentía los brazos como dos pesos muertos. En retrospectiva, debería haberme puesto bocarriba e intentar flotar, pero estaba agotada y tan aterrorizada que no pensaba con claridad.

En cambio, me hundí como una piedra en el agua oscura y gélida, la presión que sentía en el pecho creciendo por momentos. Estoy segura de que apenas fueron unos segundos, pero a mí me parecieron más, como si, además de mi cuerpo, el tiempo mismo se hubiera congelado entre el aliento que me quedaba y el que pronto tenía que tomar para no perecer. Y justo cuando parecía que iba a morir, percibí una presencia sobre mí, una mano abierta que me arañaba el brazo y me arrastraba por el agua hasta el aire de la noche. Rompí la superficie y jadeé, aspirando aire en los pulmones.

Oscar me pasó un brazo por el pecho y utilizó el otro para nadar hacia la orilla, acercando mi cuerpo al suyo al llegar a la orilla, colocándose detrás de mí. Por un momento nos quedamos allí sentados, intentando recuperar el aliento y reunir la fuerza y la voluntad necesarias para poder levantarnos, como dos miembros agotados de un mismo equipo de *bobsled*. Entonces Oscar inspiró profundamente, exhaló por la boca y me dio unas palmaditas en el hombro con su cansada y pesada mano.

—¿Ves, Esme? Tal vez haya una razón por la que ambos terminamos aquí. Tal vez estemos destinados a salvarnos el uno al otro.

Capítulo 20

Adele podía y solía leer en casi cualquier sitio: en la bañera, sentada a la mesa de la cocina, bajo el secador de la peluquería cuando se hacía la permanente. Pero cuando llegaba el buen tiempo, su lugar de lectura favorito era un banco de madera a la sombra de un gran roble esкарлата, no lejos de la orilla del lago.

Yo solía acompañarla a menudo. Nos sentábamos una al lado de la otra y leíamos durante horas, parando solo cuando la luz se volvía tan tenue que ya no podíamos ver la letra de las páginas, tan inmersas en la historia que las salpicaduras de los nadadores lanzándose en bomba desde el muelle y los gritos de los niños jugando al Marco-Polo se convertían en un ruido blanco a nuestros oídos. Sentada en ese banco hice amigos para toda la vida; allí conocí a Pipi Calzaslargas, a Anne Shirley y a mis detectives favoritas, Nancy Drew y Trixie Belden.

El tiempo no había tratado bien al banco de Adele. El viento, la intemperie y los insectos habían reblandecido la madera y partido uno de los reposabrazos. En lo que respecta a reparaciones y reformas esenciales, sustituir el banco estaba muy abajo en la lista, pero lo hice de todos modos, con mi propio dinero. Cuando llegó el nuevo banco de teca, lo probé de inmediato.

En cinco minutos, el mundo se desvaneció y me quedé completamente absorta en el horrible libro de Oscar, hasta que el peso inesperado de una mano sobre mi hombro me devolvió a la realidad.

—¡No te acerques a hurtadillas! —grité—. ¡Casi me da un infarto!

—¿A hurtadillas? Te he llamado cuatro veces, pero no me oías, demasiado enfrascada en tu libro. —Robyn dio la vuelta al banco—. El paisajista ha llamado para decir que no queda piedra disponible en la zona. Están encargando algunas a Atlanta, pero eso nos va a retrasar una semana la ampliación del patio.

—Bueno. —Me encogí de hombros—. Mientras esté antes de la boda, supongo que está bien.

—Además, Sutton llamó para decir que Martin piensa que las servilletas de algodón parecen baratas. Quiere lino.

Cómo no. Suspiré.

—Llamaré a la compañía de alquiler mañana.

—Sí, procura que así sea —dijo Robyn, mirándome por encima del hombro—. Porque, como todo el mundo sabe, si en su banquete de bodas solo tienen servilletas de algodón en lugar de lino, cabe la posibilidad de que ni siquiera estén casados. Cualquier hijo que tengan podría ser declarado ilegítimo.

Sonreí. Cuando no iba dirigido a mí, disfrutaba con el ácido ingenio de Robyn. Se sentó a mi lado, sacó sus cigarrillos e inclinó la cabeza hacia el manuscrito de Oscar.

—Debe de ser muy bueno.

—Lamentablemente, no. Pero resulta que un libro increíblemente malo puede ser tan fascinante como uno increíblemente bueno, solo que de una manera diferente. Es como cuando estás conduciendo por el lugar de un accidente de coche. Sabes que deberías apartar la vista, pero no puedes porque no dejas de preguntarte cómo ha ocurrido.

Robyn encendió su mechero.

—Pensé que se suponía que era un autor superventas.

—Lo era. Pero no ha tenido un éxito en mucho tiempo.

—¿Y tú le vas a ayudar a cambiar eso?

Por un momento pensé que se trataba de una de sus pullas, otro intento de bajarme los humos. Pero su expresión era de auténtica curiosidad, sin ningún atisbo de burla.

—Si puedo —dije—. Sé lo que hay que hacer. La pregunta es si Oscar está dispuesto a hacerlo.

—De todos modos, debe de sentar bien ayudar a alguien a escribir un *best seller*.

—Lo de *best seller* es una posibilidad remota. El primer objetivo es conseguir que escriba un libro que no sea una mierda. —Leí un párrafo y suspiré—. No le va a gustar lo que tengo que decirle.

Robyn dio una calada a su cigarrillo, aguantó el humo unos diez segundos y miró en dirección a los niños con flotadores y a las madres con el agua por las rodillas gritando advertencias a sus hijos, oteando la otra orilla del lago.

—Adele solía sentarse aquí durante horas —dijo, exhalando el humo—. Creo que por fin entiendo por qué le gustaba tanto.

—Espera. ¿Quieres decir que nunca...? —La forma en que lo dijo, con una voz distante y profundamente solitaria, la voz de alguien que se ha pasado la vida con la cara pegada a la ventana de una casa, pero nunca ha entrado, me entristeció—. ¿Nunca viniste aquí y... te sentaste con ella?

—Era su banco de lectura —dijo Robyn, soplando el humo del cigarrillo hacia una mosca insistente—. De todos modos, yo no soy como tú. Ni como ella. No me gusta leer; demándame. Cuando eres disléxica, es mucho trabajo.

—¿Eres disléxica? ¿Desde cuándo?

¿Por qué no me lo había dicho antes?

—Desde siempre —dijo riendo entre dientes—. No es como un virus. La dislexia no se coge, se nace con ella. Por supuesto, cuando estaba en primaria, pensaban que era estúpida. Yo también lo pensaba. Pero no supe por qué hasta que fui a... ya sabes.

Asentí, sabiendo que se refería a la cárcel. Al igual que la palabra con «D», había cosas de las que Robyn no hablaba. De mencionarlo, se limitaba a decir que había estado «dentro».

—Había un profesor de educación para adultos, el señor Kinney. Se dio cuenta de lo que pasaba. Y me ayudó a mejorar en lectura. Me resulta más fácil, pero aún me cuesta, no como ti —dijo, señalando con la cabeza el manuscrito de Oscar—. E incluso aunque no me costara, nunca le vi el sentido.

—¿El sentido? —Sacudí la cabeza—. ¿De la lectura?

—Bueno, obviamente no todas las lecturas —dijo—. No soy idiota. Algunos libros tienen la información que necesitas. Había uno que me gustaba mucho, ¿*Contabilidad para tontos*? Así es como aprendí a llevar las cuentas. Los números siempre han tenido más sentido para mí. No tienes que intentar averiguar lo que dicen, son lo que son, siempre.

»Pero no le veo sentido a las historias. La vida real ya es bastante dura. ¿Por qué perder el tiempo leyendo sobre gente imaginaria con problemas imaginarios? Sé que a ti y a Adele os ha servido de algo, pero a mí... —Se encogió de hombros—. ¿Todos esos libros que nos hacían leer en el colegio? La gente hablaba y hablaba y hablaba... —Puso los ojos en blanco y dio otra calada.

Había unas cincuenta cosas que quería decir en ese momento. La editora que hay en mí realmente quería dar un discurso sobre lo poderosa que puede ser la ficción, capaz incluso de cambiar vidas. Sin embargo, la hija y la mujer podrían haber dicho más aún.

Robyn era muchas cosas, pero definitivamente no era estúpida. Saber que había pasado su infancia pensando que lo era me dio pena, al igual que saber que se había sentido indigna de acompañar a su madre en este banco, solo porque no le gustaba leer. A Adele le habría dado igual que Robyn no llevara un libro, le habría encantado la compañía. ¿Cómo es que Robyn no lo sabía? ¿Cómo pudo Adele no habérselo dicho? ¿Cómo podían dos personas pasar años viviendo en la misma casa y no hablar nunca de las cosas que importaban hasta que fue demasiado tarde?

Entonces recordé que quizá no era demasiado tarde.

—Oye, ¿te acuerdas de la colcha de confeti de Adele, la de todos los colores?

Robyn asintió y dio una calada rápida, sonriendo.

—Esa es mi favorita. Parece una fiesta.

—¿Sabes por qué la hizo? —Robyn negó con la cabeza—. Porque volvías a casa y ella estaba muy muy feliz, feliz y emocionada.

—¿Te refieres a cuando llegué a casa desde... dentro?

Cuando asentí con la cabeza, la expresión de Robyn se endureció hasta volverse casi acerada. Ya había visto antes esa expresión en su rostro. En cuanto alguien intentaba decir algo bueno sobre ella o elogiar sus habilidades, se ocultaba tras un velo de suspicacia, observando al interlocutor desde una distancia escéptica, como si intentara averiguar lo que este realmente quería decir o deseaba antes de acercarse lo suficiente como para herirla.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo escribí. No con palabras exactamente —dije, apresurándome a explicarme cuando su ceño se frunció del todo—. Pero la fecha en su cuaderno y en el reverso de la colcha coincide con tu liberación. Y los colores son los que ella asociaba con la emoción, el placer, el amor, la nostalgia, el alivio, la anticipación. Y también con un poco de ansiedad —admití—. Había pasado tanto tiempo. En aquel momento, creo que ninguna de los dos sabíais cómo iban a salir las cosas.

»Pero el color más destacado es ese precioso y delicioso frambuesa, ¿te acuerdas? —Robyn asintió, pero a duras penas—. Ese color siempre representó una intensa alegría para ella. ¿Y la forma libre y fluida en que hacía sus diseños, a diferencia de su acostumbrada composición lineal? Eso significaba que no podía reprimir sus sentimientos. Estaba tan contenta de que volvieras a casa que quiso hacer una fiesta, pero le preocupaba que pudieras sentirte abrumada, así que en vez de eso hizo la colcha.

—Eso es solo un cuento —dijo Robyn, y soltó una carcajada—. Una historia que te has inventado.

—Todo es una historia —dije—. Las cosas que nos pasan son solo... cosas. La única razón por la que significan algo es porque les adjuntamos historias, declaraciones de lo que hemos decidido que es verdad y vale la pena transmitir. Sin historias, no hay recuerdos. Ni arte, ni historia, ni fe... Casi todo lo que importa está vinculado a las historias, grandes y pequeñas.

—¿Y crees que estas colchas son las historias de Adele? —Me miró con los ojos entrecerrados, pero advertí que me estaba escuchando.

—Sí. A pesar de lo mucho que le gustaban los libros, no creo que Adele confiara en la precisión de las palabras, ni en su capacidad para utilizarlas. Quizá por eso leía tanto, quizá intentaba descifrar el significado real de las palabras. El color le parecía más verdadero, como a ti los números. Cuando quería contar bien una historia y conservar un recuerdo importante, ese es el lenguaje que utilizaba.

Robyn se recostó en el banco, se rodeó el cuerpo con los brazos y apretó el cigarrillo entre los dedos.

—Tal vez, tal vez —musitó, con la mirada perdida en el agua durante un largo instante—. O... tal vez solo sea una historia. En cualquier caso, se está bien aquí.

Extendió el brazo hacia mí. Le arranqué el cigarrillo de los dedos, le di una calada y se lo devolví.

—Entonces..., ¿puedo leerla? —preguntó—. La historia.

—¿La de la colcha de confeti? Aún no he escrito nada sobre esa. Ahora mismo, solo estoy escribiendo historias sobre las colchas de los años de la guerra.

—Bueno... Me gustaría leer lo que tengas hasta ahora. Quiero decir, si te parece bien.

—Claro. Pero todavía no. Me parece bien que lo leas. De veras —le aseguré cuando vi esa mirada de puerta cerrada emergiendo en sus ojos—. Es solo que no quiero que nadie lo vea hasta que haya terminado y hecho un par de revisiones. Bueno, salvo Oscar. Pero eso es diferente. Solo quiero su opinión, de escritor a escritor, antes de enseñárselo a nadie más.

Mi mirada se desvió colina arriba hacia la cabaña diecisiete y la puerta cerrada de Oscar. Llevaba cuatro días sin salir, desde que me había sacado del agua helada y habíamos acordado leernos el trabajo de cada uno. ¿Le gustaba lo que había escrito hasta ahora? ¿Lo habría leído?

Ya debería haberlo hecho; su manuscrito era más del doble de largo que las escenas que le había entregado. Yo trabajaba largas jornadas haciendo malabarismos con la logística de la renovación y las reformas de la cabaña, pero ya había leído su libro tres veces, tomando copiosas notas. No esperaba que fuera tan minucioso como yo, pero estaba ansiosa por saber su opinión. Las críticas estaban bien, e incluso eran bienvenidas, siempre que fueran constructivas. Sin embargo, dudaba que Oscar compartiera mi opinión.

Me mordí el labio, preguntándome cómo respondería a mis notas. Supuse que no muy bien. Aun así, sabía que mi evaluación era correcta y que mis ideas de revisión podrían ayudarle a salvar el libro, y, posiblemente, su carrera. ¿Cómo podía conseguir que controlara su ego y me escuchara?

Robyn aplastó la colilla con el pie y luego la tiró a una papelera cercana.

—Bueno, debería irme. Pero escucha, si todavía te preocupa lo que le vas a decir a Oscar, yo iría al grano. No te andes con rodeos.

—¿Tú crees?

—Definitivamente. Quiero decir, en realidad no lo conozco, pero algo me dice que así es como funciona.

—¿Como tú? —le pregunté.

—Sí, más o menos. —Se rio y se puso de pie—. Oye, siento interrumpir tu tiempo de lectura, pero no olvides que los de la cabaña cinco se van hoy. Estará ocupada a partir del viernes, así que... —Dio un golpecito a su reloj, indicando que estaba a punto de abrirse el plazo de veintiocho horas para la redecoración.

Dije que me pondría con ello enseguida, pero me quedé sentada en el banco unos minutos más, tomando el sol, observando a los patos meciéndose junto a la orilla, sonriendo cada vez que levantaban sus esponjosas colas para buscar comida, escuchando las risitas alegres de dos niñas que caminaban junto a la orilla observando renacuajos con puro deleite, como solía hacer yo de pequeña.

Tenía que ir a trabajar, pero me vino bien tomarme un momento para disfrutar de la belleza del día, reparar en la gente que estaba fuera haciendo lo mismo que yo y recordar lo especial que era este lugar y para qué estaba trabajando. El lago, el refugio, los exuberantes prados verdes salpicados de cabañas ordenadas, este pequeño mundo encantador que habían creado mis abuelos era un lugar donde se forjaban recuerdos.

Sin embargo, pensar en el refugio siempre me traía de vuelta a Adele, no dejaba de preguntarme por qué una joven que supuestamente se había propuesto ser pintora acabó haciendo colchas, obras de arte hermosas y evocadoras, para luego esconderlas. Cuanto más escribía, más clara devenía Adele en mi mente, pero las respuestas a esta pregunta seguían sin aparecer. No tenía sentido.

Justo cuando me disponía a levantarme, apareció George, con una amplia sonrisa y un sombrero panamá de ala ancha en la cabeza. Se sentó a mi lado.

—Un día estupendo, ¿verdad? Acabo de terminar de comer. Dawes ha hecho gazpacho. Estaba bueno; deberías probarlo. No he podido comerme mi panecillo, así que he pensado en compartirlo con los patos.

Empezó a arrancar trozos de pan y a tirarlos al agua. Los patos llegaron en cuestión de segundos, graznando y peleándose al tiempo que engullían los trozos. Cuando se trataba de George y de preguntas sobre el pasado, había aprendido a ir con pies de plomo. Se ponía nervioso si no podía recordar, y a veces incluso se enfadaba. Sin embargo, su sonrisa y su actitud relajada me decían que hoy era un buen día, por lo que decidí tantear el terreno y hacerle algunas preguntas.

—Adele empezó como pintora, ¿verdad?

—Sí, y se lo tomó muy en serio, trabajó muy duro.

Lanzó otro trozo de pan a los patos.

—Bueno, entonces, ¿dónde están sus cuadros? Era tan de guardarlo todo que pensé que tenían que estar en algún sitio. Pero he mirado en el almacén y no he encontrado ninguno.

—No, y no lo harás. Los quemó —dijo con naturalidad—. Todos y cada uno de ellos.

—¿Qué? ¿Por qué haría una cosa así?

Suspiró pesadamente.

—Sinceramente, yo tampoco lo entiendo. A mí me parecían buenos. Pero ya sabes, tu abuela podía ser muy dura consigo misma a veces. —Su voz era pesarosa, pero él no parecía agitado, no como en otras ocasiones—. ¿Recuerdas la colcha por la que me preguntaste? ¿La que tenía todos esos rectángulos verde oscuro? Creo que fue por eso, el día que quemó el cuadro. Yo no estaba allí cuando lo hizo, así que no puedo decir que conozca toda la historia, ni que entienda lo que estaba pensando.

Sentí un cosquilleo en la nuca.

—Está bien, George. Solo cuéntame lo que sabes.

Ira y cenizas

Octubre de 1943

—Ojalá hubieras venido a verme antes.

Cuando el médico sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, sentí un nudo en el corazón y me preparé para lo peor, deseando no haber venido. Pero entonces continuó...

—Porque podrías haberte ahorrado un montón de preocupaciones, jovencita.

Cuando el médico me explicó que yo no compartía el futuro de mi padre ni su enfermedad, la oleada de alivio que me invadió me llenó los ojos de lágrimas. Lo que padezco es temblor esencial, un mal que, según el médico, a veces puede diagnosticarse erróneamente como enfermedad de Parkinson, la afección que empezó con temblores como los míos, pero que, con el tiempo y de manera cruel, arrebató a mi padre la salud y la felicidad. Sin embargo, el temblor esencial no está asociado a ningún problema de salud y, aparte de los temblores que ya estoy experimentando, no afectará a mi vida cotidiana.

Los ojos del médico, el peso amable de su mano sobre mi hombro dicen que debería estar agradecida. Y, por supuesto, lo estoy. Podría haber sido mucho peor.

Pero no hay tratamiento. Los temblores continuarán. El médico no podía entender hasta qué punto me afectaba esta noticia. Al fin y al cabo, soy mujer, y por eso no imagina que mi ambición pueda ir más allá de las fronteras habituales del sexo femenino, o que unas manos temblorosas puedan impedirme cumplir mi propósito.

A altas horas de una noche en vela pensando en todas las cosas que nunca podré ser, me levanto de la cama y examino la carpeta de las obras que me traje a Asheville, luego abro mi armario, repleto de los lienzos que he creado desde mi llegada.

Incluso antes de que empezaran los temblores, mi trabajo nunca ha estado a la altura de mis deseos. Durante todo este tiempo, durante todos estos años, me había esforzado por conseguir más, plantando mis esperanzas en la profunda tierra de la determinación, convencida de que, si estudiaba lo suficiente, deseaba lo suficiente, trabajaba lo suficiente, las semillas del talento echarían raíces y fructificarían, y mis sueños se harían realidad al fin.

Algunos días son mejores, o peores, que otros. Pero ahora el temblor es casi constante y controlar el lápiz o el pincel es una lucha, un ejercicio inútil. Ahora sé que siempre será así.

La verdad no es tan terrible como temía. Y, sin embargo, en cierto modo es peor; una confirmación de los temores tácitos que han permanecido latentes en mi interior mucho antes del primer temblor, convirtiéndose en una dura y fría realidad. Por mucho que trabaje, estudie o

me esfuerce, nunca llegaré a ser una gran pintora. Mi mejor obra ha quedado atrás, y mi mejor obra no es suficiente.

No soy suficiente. Nunca lo seré.

Así que amontoño todo en mis brazos —cuadernos de dibujo, lienzos, carpeta—, bajo sigilosamente las escaleras de la pensión y salgo al patio trasero.

El cielo es sedoso y suave, negro como la piel de una pantera, pero las estrellas brillan y la luna está llena, iluminando mi camino hasta el cobertizo de la esquina y un barril oxidado para quemar hojas. Deposito mi carga en las fauces negras y carbonizadas del barril, enciendo una cerilla y me quedo allí, observando cómo mis sueños parpadean y arden y se convierten en cenizas.

Capítulo 21

Dawes recubrió el rodillo con una gruesa capa de pintura de látex antes de pintar una franja de color amarillo mantequilla desde el centro de la pared hasta el techo de un solo trazo, sin esfuerzo.

—Estoy celosa —dije, pasando el pincel por el borde del recipiente para limpiar las gotas de pintura—. Ni siquiera tienes que ponerte de puntillas para llegar arriba.

—La altura tiene sus ventajas. Pero míralo así —dijo, mirando la mitad inferior de la pared que yo había pintado por mi cuenta—, entre los dos lo tenemos cubierto.

Tenía razón. Pintar todo el interior de la cafetería era un gran trabajo. Pero si él se encargaba de la parte superior y yo de la inferior, podríamos terminar esa misma noche. Cuanto más conocía a Dawes, más evidentes se hacían nuestras diferencias. Pero eso no siempre era malo; formábamos un buen tándem. Aunque había tenido sentimientos encontrados acerca de su inversión en el refugio, había resultado ser lo mejor, y no solo por sus habilidades en la cocina, la pintura y la fontanería. Ahora sentía que podía hablar con él de casi cualquier cosa. Y aunque yo era la que más hablaba, estaba segura de que él pensaba lo mismo.

Me arrodillé en el suelo y empecé a pintar la parte inferior de la pared, cuidándome de que el color no se filtrara por debajo de la cinta y llegara a la carpintería.

—Siento que hayas vuelto a trabajar en tu día libre.

—No hay nada que lamentar —dijo—. Esa es la diferencia entre ser empleado y propietario, ¿no? No te importa hacer horas extra cuando sabes que vas a cosechar los beneficios. De todos modos, siento bien volver a tener algo propio. —Dawes se agachó y agitó el rodillo en el bote de pintura—. Entonces, dime. ¿Has podido por fin hablar con Oscar? ¿Cómo se ha tomado que le dijeras que empezara de cero?

—No completamente desde cero —aclaré—. Hay un personaje, Oliver, que definitivamente vale la pena salvar. De hecho, es estupendo.

—De acuerdo —replicó Dawes, en un tono de «vamos al grano»—. No le estás recomendando que tire a la basura el libro entero, solo el noventa y nueve por ciento de él, junto con un personaje sobre el que lleva escribiendo probablemente desde antes de que tú y yo aprendiéramos a leer. ¿Entonces? ¿Cómo se lo ha tomado?

Me reí.

—Más o menos como cabría esperar.

—Pero ¿por qué? —había gritado Oscar, cerrando los ojos y gruñendo de frustración—. ¿Por

qué hay que eliminar a Tony? Entiendo que te guste Oliver, pero ¿no podemos darle un poco más de protagonismo y dejarlo así? La historia gira en torno a Tony. Si te deshaces de él, tendría que...

—Escribir un libro completamente nuevo —le dije, deletreádoselo una vez más—, con Oliver Gardner como protagonista. Sí, Oscar. Eso es exactamente lo que te sugiero que hagas.

—Pero ¿por qué? —volvió a gritar Oscar, apretando los puños y cerrando los ojos—. Tony D’Acciaio es valiente, misterioso, guapo. Las mujeres lo desean y los hombres quieren ser como él. Tony es un hombre, aventurero, temerario, con nervios de acero. Elegí su nombre porque *d’acciaio* significa «de acero» en italiano —dijo al tiempo que cogía su vaso y bebía un sorbo de *whisky*—. Ese es Tony, un hombre de acero.

—Es un personaje de dibujos animados —dije—. Una versión predecible, emocionalmente atrofiada, menos interesante y menos hábilmente elaborada de un personaje que Ian Fleming creó hace más de cincuenta años. Oscar, tú no eres Fleming —continué, dejándolo tan claro como pude—. Y Tony no es James Bond.

Vacíé mi propio vaso y esperé la explosión. No tardó mucho.

—¡Tony es el héroe de mis últimos doce libros! Me he pasado una década escribiendo sobre él.

—Y tus ventas se han hundido durante la mayor parte de esa década. Afronta los hechos —dije, rellenando nuestros vasos—, Tony es un tropo cansado y lleno de testosterona. No es real, Oscar.

Oscar aferró su vaso con fuerza.

—Oh, ya veo —dijo en tono burlón—. ¿Y acaso Oliver Gardner lo es?

—Sí —dije—. Eres tú.

Oscar hizo una mueca y bebió un trago, como si intentara quitarse el mal sabor de boca.

—Piénsalo —le imploré, apoyando las manos en las rodillas e inclinándome hacia él—, Oliver tiene más o menos tu edad, duro por fuera pero inseguro por dentro; un hombre que estuvo en la cima de su profesión, pero que lleva un tiempo de capa caída; que se pregunta dónde ha ido a parar el tiempo y se inquieta por lo poco que le queda; que teme volverse irrelevante, pero que sabotea todo plan que pueda dar algún tipo de sentido duradero a su vida.

»Oliver Gardner eres tú, Oscar. ¡Él eres tú! —exclamé, extendiendo las manos—. ¿Por qué no lo ves? Incluso tenéis las mismas iniciales. No lo habrías hecho a menos que en alguna parte de tu subconsciente no estuvieras escribiendo sobre ti mismo.

Oscar estiró las piernas y las cruzó con indiferencia.

—Eh... Le está dando demasiada importancia a esto, doctor Freud. Oliver no es nada, es un personaje desechable.

—Es fascinante —repliqué—. O podría serlo. Pero ni siquiera estás dispuesto a darle una oportunidad. ¿Y sabes por qué?

Oscar sonrió satisfecho.

—No, doctor. Cuéntamelo.

—Porque tienes miedo al fracaso. Lo entiendo —dije mientras la imagen de una joven Adele arrojando los cuadros a las llamas me venía a la mente—. Luchar contra el miedo al fracaso es algo con lo que todo artista tiene que lidiar. Pero como tu editor y tu agente te despidieron, es como que ya has fracasado, ¿no? Entonces, ¿qué hay de malo en intentar algo nuevo?

Oscar frunció el ceño. Y no le culpé. Eso último me parecía más diplomático antes de decirlo en voz alta. Probé otra táctica.

—Oscar, ¿has pensado alguna vez por qué escriben los escritores? Es porque cada vez que tecleas «Capítulo uno», existe la ínfima posibilidad de que estés a punto de hacer el mejor trabajo de tu vida. Quien no lo haya hecho nunca, jamás entenderá lo duro que es, lo que cuesta. Pero en tu caso, merece la pena. Oscar, cuando estás en tu mejor momento, no hay casi ningún novelista vivo que pueda superarte.

Oscar levantó su copa en un brindis simulado.

—Buen intento, Esme. Soy demasiado viejo para tus juegos mentales.

—No estaba tratando de jugar juegos mentales contigo. —Esto, por supuesto, era una mentira en toda regla—. Creo sinceramente que la historia de Oliver podría ser increíble y que tú eres el único escritor que podría hacerle justicia. —Esta parte era cien por cien cierta—. Pero, oye, si no estás dispuesto a seguir mi consejo... —Me encogí de hombros y me puse en pie.

—Espera. ¿Adónde vas? ¡Espera! —Se puso en pie de un brinco, intentando bloquearme la salida—. Teníamos un trato. Dijiste que intentaríamos ayudarnos mutuamente a arreglar nuestros libros.

—Y tú dijiste que escucharías y harías lo que yo dijera.

—Te escucho. Lo hago —exclamó cuando le lancé una mirada—. Pero en lugar de escribir un nuevo libro sobre un policía triste y fracasado que no le importa a nadie, ¿por qué no me ayudas a arreglar el libro que ya tengo escrito, sobre un agente encubierto que salva al mundo de la aniquilación nuclear?

Sacudí la cabeza.

—Claudia tenía razón; el libro no tiene salvación posible. No creo que tu carrera la tenga necesariamente, pero... Lo comprendo. Seguro que te parece un riesgo demasiado grande. Y a tu edad...

—¿Mi edad? —Se rio—. ¿Qué edad crees que tengo?

El brillo arrogante de sus ojos me decía que estaba acostumbrado a hacer esa pregunta y a oír una cifra cinco o incluso diez años inferior a la verdadera. ¿No sabía que la gente siempre tira por lo bajo cuando se le pide que calcule la edad de alguien? Para irritarlo, pensé en añadirle un par de años más. Aunque darle la cifra real ya era bastante doloroso.

—Sesenta y cuatro no es viejo —gruñó.

—Definitivamente, no. Quiero decir, no viejo viejo. Pero ya sabes lo que dicen sobre los perros y los trucos nuevos.

Los ojos de Oscar se convirtieron en ranuras.

—¿Y soy yo el perro en esta observación tan asombrosamente estereotipada?

—¡Claro que no! —Le di una palmadita condescendiente en el brazo—. Pero en esta etapa de tu vida, es comprensible que no te sientas con fuerzas para acometer algo nuevo, idear un argumento fresco, un personaje rico en matices, profundo y...

Dejé que mi voz se apagara y que mis ojos se ensimismaran. Oscar frunció el ceño, interesado pero desconfiado.

—¿Y qué?

—Bueno, ya sabes... —Bajé el tono—. Sexi. Y poderoso. Pero vulnerable y con defectos. Hay algo irresistible en un personaje con un pasado oscuro y misterioso que ha recibido golpes, pero que, de algún modo, se las arregla para seguir en pie.

—Bueno —dijo Oscar bruscamente—, hay mucho que decir de un hombre con experiencia.

—Exactamente. Sobre todo, si esa experiencia tiene que ver con un personaje consumado pero torturado, que ha llegado al límite y se siente listo para rendirse...

—Debido a fuerzas externas. Circunstancias y secretos que escapan a su control —dijo Oscar, con un tono melancólico y la mirada lejana, concentrada en un paisaje imaginario.

»Hay un nuevo jefe de policía —murmuró—, alguien joven, nombrado a dedo por intereses políticos. Está en el ajo, pero Oliver aún no lo sabe. Le han relegado a un puesto de oficina tras un tiroteo contra un civil que en realidad es un asesinato que tratan de achacarle. Pero, entonces, Oliver se topa con unos papeles que le confirman que toda la Administración está corrompida, ¿vinculada tal vez con un cártel internacional de la droga? México no, eso está muy manido. Algún lugar exótico... ¿Shanghái? ¿Francia?

—Francia —dijo—. Le daría a Oliver la oportunidad de ir a París...

—Que es donde vive el amor de su vida —añadió sin perder detalle—. Una mujer que conoció hace años y que se casó con otro. Oliver la encuentra, pero demasiado tarde, se está muriendo de..., no sé..., una enfermedad incurable. Pero tiene una hija mayor...

—¿De quien Oliver sospecha que podría ser suya? —sugerí.

—Y cuya vida corre peligro —añadió apuñalando el aire—. Está prometida con el heredero de una conocida familia parisina, completamente ajena a que su riqueza procede del tráfico internacional de drogas.

La mirada lejana desapareció del rostro de Oscar y fue sustituida por una expresión de desconcierto, como si estuviera confundido por mi presencia. Me cogió del brazo y me empujó hacia la puerta.

—Vete, Esme. Tengo que escribir.

Dawes se rio cuando terminé mi relato.

—Un poco de manipulación por tu parte, quizá, pero parece que ha funcionado. ¿De verdad crees que este libro será mejor?

—Por supuesto —dijo, vertiendo las últimas gotas de pintura de la lata antes de abrir la segunda—. A veces, un escritor tiene esa mirada en los ojos que sabes, simplemente lo sabes, que está a punto de crear algo increíble.

Cuando lo hiciera, tendría la satisfacción de saber que había contribuido a hacerlo realidad. Si hay una sensación mejor en el mundo, alguien debería embotellarla. Incliné la lata y sonreí al ver caer las gruesas lenguas amarillas como masa de tarta.

—Bueno, bien por ti —dijo Dawes, alzando la vista mientras hacía rodar la pintura hacia el vértice del techo—. Y por Oscar también, supongo. ¿Qué dijo de tu libro?

—Nada. Me empujó hacia la puerta tan rápido que no tuve opción de preguntar.

—¿Y vas a poder con eso? ¿Después de todo lo que has hecho para ayudarle?

Dawes tenía razón: lo que se suponía que iba a ser un intercambio equilibrado se había convertido en una calle de sentido único. No era tan sorprendente, teniendo en cuenta con quién estaba tratando, pero aun así. Dawes dio una última pasada a la pared, dejó el rodillo y dio un paso atrás.

—No está mal —dijo, luego me miró y sonrió—. Y solo faltan tres.

—Oh, ¿eso es todo? —Solté una de esas carcajadas punzantes y un poco exageradas que anuncian tu falta de sueño, y luego dejé escapar un suspiro—. No sé, Dawes... Quedan tres semanas, tres paredes por pintar, once cabañas que renovar, más el patio, el jardín, el muelle, una novia ansiosa, un novio quisquilloso y casi trescientos invitados que alimentar... ¿De verdad crees que podemos hacerlo?

—Deja de preocuparte; te ayudaré. El 15 de agosto será un día grande e histórico, el comienzo de dos asociaciones: la de los Waddell y la nuestra. —Cogió el rodillo de pintura y me guiñó un ojo—. Y estoy bastante seguro de que al menos una de ellas va a durar.

Las últimas tres paredes fueron más rápido de lo que había pensado. Volví a mi cabaña poco después de las nueve, deseando acostarme. Sin embargo, a juzgar por el número de ventanas de cabañas iluminadas, los grupos de personas que descansaban, reían y hablaban en los porches, así como los grupos de niños descalzos persiguiendo luciérnagas o persiguiéndose unos a otros por la hierba, yo parecía ser la única que quería dormir. Sonreí, levantando la mano para saludar a la gente que me deseaba buenas noches al pasar, pensando en lo mucho que habían cambiado las cosas desde el día en que llegué y encontré casi todas las cabañas vacías. Ahora, casi todas estaban ocupadas. Dawes tenía razón; todo iría bien.

Cuando me acerqué a la cabaña diecisiete y las luces seguían encendidas, decidí que Dawes también tenía razón en otra cosa. Oscar me debía una y era hora de cobrarla.

Subí los escalones y llamé a su puerta. Sabía que estaba dentro porque le oía teclear. Como no respondía, mis educados golpes se convirtieron en insistentes aporreos. Por fin abrió la puerta, frunciendo el ceño como si fuera diabético y yo una *scout* empeñada en venderle una caja de chocolatinas de menta.

—¿Qué?

—He venido a preguntarte por las páginas que te di. ¿Las has leído?

—Sí. Son buenas. Continúa.

Esperé a que me dijera algo más. Oscar se limitó a mirarme.

—Así que las odias.

—No —dijo Oscar lentamente, juntando sus pobladas cejas en una línea y moviendo la cabeza de un lado a otro—. He dicho que son buenas, y lo son. Si las odiara, te lo habría dicho.

—Pero... ¿Estás seguro de que te han gustado? ¿No estarás tratando de no herir mis sentimientos?

—No lo estoy. Por si no te has dado cuenta, Esme, no soy de los que se andan con paños calientes.

Me pareció justo. Pero aun así...

—Vale, pero ¿puedes decirme algo más? ¿En qué sentido son buenas? ¿Te han gustado más unas partes que otras? ¿Cosas que crees que debería cambiar? ¿O quizá añadir?

—Bueno, de haberlo escrito yo, habría puesto más sexo y explosiones. Pero, ya sabes. —Se encogió de hombros—. Aparte de eso...

—Vamos, Oscar. Estoy intentando ser serio. Solo dime: ¿te han gustado o no?

Miró al techo y extendió las manos.

—¿Por qué las mujeres tienen que hablarlo todo hasta la saciedad? ¿Por qué no pueden aceptar un sí por respuesta? Esme —dijo con voz plana—, las páginas son buenas. ¿Cuántas veces más quieres que te lo diga?

—Ninguna —le aseguré, advirtiéndole de repente que sonaba como uno de esos escritores que vuelven locos a los editores, de los inseguros que necesitan cubos de reafirmación.

Oscar me estaba diciendo que le había gustado lo que había leído y que siguiera; ¿no debería bastar con eso? Por otro lado, yo había invertido unas diez horas en leer su manuscrito y dos más en hacerle una crítica detallada y minuciosa. Leer mi manuscrito a medias y decir «bien» no me

parecía un intercambio justo.

—¿No podrías darme un poco más de *feedback*? ¿Algún consejo concreto sobre qué hacer ahora?

—Consejo concreto —dijo, con la misma voz llana—. Claro, no hay problema. Vuelve a tu cabaña, enciende el ordenador, pon el culo en la silla y las manos en las teclas, y sigue haciendo lo que has estado haciendo hasta que acabes el libro. ¿Te parece suficientemente concreto? —preguntó, luego puso los ojos en blanco, dio un paso atrás y me cerró la puerta en las narices.

¡En mi cara! ¡El muy cretino! Golpeé la puerta con el puño.

—¿Oscar? ¡Oscar!

—¡Vete! ¡Tengo trabajo que hacer!

—¿Sabes por qué tienes trabajo que hacer? —grité, presionando mi cara contra la madera—. ¡Porque te dije cómo salvar tu libro! ¿Piensas agradecerérmelo alguna vez?

Una voz apagada resonó desde el otro lado de la puerta.

—¡Demasiado pronto para cantar victoria! ¡Ahora vete a casa y teclea algo!

Golpeé la puerta unas cuantas veces más, no porque pensara que fuera a responder, sino para que supiera que aún no había terminado con él, y luego atravesé su porche y bajé por el sendero hacia mi cabaña, todavía resentida.

Sin embargo, cuando encendí las luces y vi mi descuidado portátil sobre la mesa, me di cuenta de que, cuando se trata de escribir, «Vete a casa y teclea algo» no es un mal consejo.

Triunfo ordinario

Julio de 1944

No es fácil autocompadecerse con una guerra en marcha, al menos no durante mucho tiempo. En un mundo envuelto en conflictos, lleno de sufrimiento en todos los frentes, derramar lágrimas por la pérdida de una carrera que no has tenido nunca en verdad parece insignificante y autoindulgente.

En el momento en que estalló el fuego, admito que sentí un poco de pánico, preguntándome si habría cometido un error y acabaría arrepintiéndome de mis actos. Pero una vez que las llamas hicieron su trabajo y se extinguieron, reduciendo a cenizas y astillas carbonizadas los bastidores de los lienzos, el alivio sustituyó al arrepentimiento. Ahora era como todo el mundo, liberada del esfuerzo, libre para ser normal.

—Pero tú no eres normal —me dijo George—. No podrías ser normal ni aunque lo intentaras.

El sentimiento es dulce, pero creo que se equivoca. Además, ¿qué tiene de terrible ser normal? A los demás no parece importarles. Y, por una vez, ¿no estaría bien encajar? Me he esforzado mucho en conseguirlo.

Ahora mi trabajo es solo mi trabajo. Se acabaron las conversaciones imaginarias con Vírgenes pintadas leyendo libros o haciendo encaje. Se acabó el investigar sobre la vida, las influencias y la técnica de artistas muertos. Hago aquello para lo que me pagan que haga, pero nada más, marcar casillas y mirar el reloj.

Ahora, en lugar de pintar por las tardes, voy al billar a ver jugar a George —resulta que, después de todo, soy una de esas mujeres que pueden tomarse una cerveza y sentarse en el banquillo—, y a veces vamos al cine, pero no muy a menudo. Como cada vez hay más trabajadores que dejan la lechería para alistarse, George ha estado haciendo turnos extra para echar una mano en la contienda. Sé que a él también le gustaría poder alistarse, pero como su corazón no le deja luchar, hace todo lo que puede para compensarlo. Si hay una colecta de caucho, de metal, de ropa o de bonos de guerra en Asheville, lo más seguro es que sea George quien la organice. Yo también intento hacer mi parte.

Siguiendo el ejemplo de la señora Roosevelt, he empezado a tejer calcetines para los soldados. Los temblores de mis manos lo hacen más difícil, pero me las arreglo; el temblor no es tan fuerte cuando estoy sujetando algo. También sirvo rosquillas en la cantina de la USO, y a veces voy a los bailes para que haya suficientes parejas para los militares destinados temporalmente en Asheville, a la espera de nueva orden. No soy muy buena bailarina, pero

algunos de los chicos solo quieren hablar, y yo siempre he sabido escuchar.

A medida que pasa el tiempo, descubro que no soy tan diferente como me temía y que disfruto de la compañía de otras personas más de lo esperado, incluida la compañía de otras mujeres. Las otras huéspedes, Betty Rae, enfermera, y Edith, maestra de primaria, se unieron al círculo de acolchado de la señorita Ida y me invitaron a hacer lo mismo. Soy la más joven, pero me acogieron con entusiasmo, encantadas de compartir lo que sabían. Coser los mismos bloques que las mujeres llevan cosiendo cien años me sigue pareciendo un poco aburrido, incluso agobiante, pero me gusta la sensación de ser aceptada y encajar por fin.

Cuando el círculo votó a favor de patrocinar una rifa para la Cruz Roja, me ofrecí voluntaria para hacer una colcha de una cabaña de madera y me pasé la tarde del domingo en el desván, junto a la máquina de coser de la señorita Ida. Mis manos no tiemblan en absoluto cuando estoy acolchando, quizá por la vibración de la máquina de coser. El patrón de la cabaña es sencillo, así que la costura fue rápida, casi demasiado rápida.

Con George todavía trabajando un turno extra y la tarde vacía bostezando ante mí, decidí seguir adelante. Pero en lugar de hacer más bloques ordenados y predecibles, rebusqué en el cesto de los retales de la señorita Ida y empecé a sacar telas al azar, piezas que variaban en color, tamaño y forma, recortando y cosiendo y rasgando, creando un collage impredecible, y pasándomelo en grande.

Al prescindir de los patrones, los bloques y las expectativas, vuelvo a coser a mi manera, aprendiendo lo que la tela hace y lo que no, cómo hacer que las curvas queden planas, cómo combinar colores, crear composiciones, lograr el equilibrio, resolviendo los problemas a medida que van surgiendo, volviendo a empezar cuando es necesario, amando incluso mis errores porque al corregirlos aprendo qué es lo que funciona. El trabajo es lento, meticuloso, y extrañamente satisfactorio. Al cabo de tres domingos, consigo terminar una colcha muy pequeña de apenas medio metro cuadrado. Me recuerda a las olas del mar, arremolinándose en una playa, pero en mis colores favoritos: azul, ámbar, frambuesa, azafrán. Aunque cada color tiene su propia sensación y sabor, la combinación de todos ellos es comparable a la felicidad y cada centímetro me encanta.

Lo que me hace más feliz de todo es que, por primera vez desde que encendí aquella cerilla, me siento yo misma, quizá más que nunca. Pintar a menudo me producía placer, sobre todo al principio. Pero también me trajo ansiedad, los sempiternos centinelas de la inseguridad y la duda.

El tejido no es así. Es mi musa y mi medio, un medio de creación que me hace sentir centrada y segura. Es comunicación, una manera de explicarme a mí misma y de hacer partícipe al mundo del secreto. O lo será, cuando enseñe a mis amigos lo que he hecho.

El lunes, cuando volví al trabajo en la finca, me pasé una hora delante de tres tapices flamencos, Los triunfos. He pasado por delante de ellos casi a diario, a menudo para admirarlos, e incluso he dedicado tiempo a investigar su procedencia, un poco turbia dada su antigüedad. Pero cuando me detuve a mirarlos el lunes, se me ocurrió de repente que, así como el diseño probablemente había sido creado por hombres, el tejido en sí bien podría haber sido realizado por mujeres.

¿Cómo sería?

¿Se deleitaban con la textura de la fibra entre los dedos? ¿Con la forma en que los colores saben, se sienten y cuentan una historia? ¿El acto de crear las haría sentirse centradas y satisfechas, orgullosas de volcar su talento y sus días en crear algo tan hermoso? ¿Orgullosas

de su arte? ¿Orgullosas de ser artistas?

A veces, el hecho de que no haya una respuesta cierta a mis preguntas ha hecho que sienta más profundamente la injusticia de su anonimato. Pero hoy he dejado de hacer lo que estaba haciendo para, simplemente, admirar y buscar inspiración en la obra que forjaron sus dedos.

Allí, de pronto, me he dado cuenta de que los nombres son como las palabras, sin significado inherente y fáciles de olvidar. Es la acción la que deja una huella duradera, y son las cosas que hacemos o creamos las que revelan lo que creemos y nos importa, las que dan testimonio de nuestra presencia mucho tiempo después de que nos hayamos ido.

En definitiva, ¿existe una forma mejor de ser recordado?

Capítulo 22

¿Has pasado alguna vez por una de esas temporadas en las que sientes que estás en racha? ¿Como si todos tus planes estuvieran saliendo mejor de lo que jamás hubieras soñado y no pudieras equivocarte ni adrede?

Ya. Yo tampoco.

Pero durante la mayor parte de la primera quincena de agosto, esas dos semanas que precedieron a la boda Barnett-Waddell, me pareció estar condenadamente cerca.

No, no todo salió exactamente según lo previsto. Los contratiempos ocurren. Por ejemplo, recibir doscientas cincuenta sillas plegables negras en lugar de las blancas que habíamos pedido y tener que bregar con el proveedor para que nos las cambiara. O que lloviera granizo del tamaño de una moneda de cinco centavos cuatro días antes de la boda, justo después de haberme pasado medio día plantando seis pisos de flores. Pero, en general, las cosas iban bien.

Dawes y yo nos encargamos de las reformas de las cabañas pendientes. Yo hacía cuanto podía durante el día y él venía a ayudarnos con el trabajo pesado después de cerrar la cafetería. Eso significaba que podíamos volver a poner a George en la recepción a tiempo completo. La rutina de registrar la entrada y salida de la gente, gestionar el alquiler de embarcaciones y registrar las compras en la cantina le resultaba familiar, lo que puso fin a sus crisis. Y, ni que decir tiene, los clientes lo adoraban. Hubo un par de casos en los que cobró de más o de menos por las habitaciones, así que Robyn empezó a totalizar las facturas por la noche y a pegarlas en el mostrador para facilitarle el trabajo. Eso añadía una tarea más a sus ya largos días, pero, como ella decía, «si eso ayuda a que George siga siendo George, merece totalmente la pena».

Yo también lo creía. Nos tomábamos las cosas con calma. Cada vez que pasaba por el vestíbulo con algún propósito y veía a George contando historias o charlando con un huésped sin duda encantado, me sentía agradecida por ese día y rezaba una pequeña oración, pidiendo que George fuera tan feliz y tan él mismo como siempre había sido, todos los días de su vida, amén.

A pesar de algunos retrasos y de los inconvenientes de hacer reformas con el refugio casi completo, lo que a veces significaba ofrecer a los huéspedes un descuento o una comida gratis para compensar las molestias y el ruido, íbamos por buen camino para tenerlo todo listo para la boda. El complejo nunca había tenido mejor aspecto. Y parecía que nuestras inversiones ya estaban dando sus frutos.

Sylvia contó a algunas de sus amigas los planes de boda de Sutton y Yolanda también corrió la voz. Gracias a ellas, las novias electas habían concertado visitas y degustaciones, y dos de ellas habían entregado un depósito para casarse al año siguiente. Serían eventos más pequeños, de unos setenta y cinco invitados cada uno, pero era una señal alentadora.

Además, tras docenas de peticiones de cambios y mejoras, por fin se había fijado el menú de la boda de Sutton y Martin. La cafetería funcionaba bien y los beneficios aumentaban cada semana, Dawes estaba más ocupado que nunca.

Yolanda me llamaba cada pocos días, tratando de emparejarme con uno u otro chico, pero aun en el caso de que me interesara alguno, no tenía tiempo. El poco tiempo libre de que disponía, y no era mucho, lo dedicaba a escribir.

Después del incidente de la puerta en mi cara, Oscar me buscó y me ofreció algo parecido a una disculpa, pero no del todo. Me habló en un tono bastante civilizado sugiriéndome que empezáramos a intercambiar páginas más a menudo y a tomar café por las mañanas para poder comentarlas. Los comentarios de Oscar siguieron siendo breves, crudos y directos, pero en su mayoría positivos, lo que avivó mi deseo de seguir escribiendo. Oscar ya no escribía tan rápido como antes, pero yo pensaba que era el mejor trabajo que había hecho en años y tal vez en toda su vida. Dado que su cabaña ya estaba reservada para alojar a los invitados de la boda y no podíamos ampliar su reserva, tendría que terminar su manuscrito en casa. Le dije que podía llamarme o enviarme un correo electrónico si necesitaba ayuda, pero no me preocupaba. La historia estaba cuajando y él iba por buen camino. Además, gracias a mi recomendación, volvía a tener un agente.

Carl se mostró reticente al principio, pero yo insistí diciéndole que ya me lo agradecería más tarde, y así fue. Después de leer las cien primeras páginas del manuscrito de Oscar, Carl se mostró completamente de acuerdo. Como Oscar ya conocía a Carl de la época en que trabajaban juntos en DM, y como últimamente Carl estaba haciendo buenos negocios, Oscar también.

—Sigue siendo un auténtico coñazo —me dijo Carl cuando hablamos por teléfono—, pero el libro es fantástico. Ya he empezado a llamar a la gente adecuada, haciéndoles saber que el viejo Oscar Glazier ha vuelto, y mejor que nunca. No quiero vender el libro hasta que termine el borrador; su reputación le persigue, así que los editores van a ser cautelosos. Pero si los dos últimos tercios del libro se leen tan bien como el primero, harán cola para pujar por él. Gracias, Esme.

—Celebro que esté funcionando para todos. Tienes razón, Oscar sigue siendo un pesado, pero el libro va a ser estupendo. Me he divertido trabajando con él.

—¿Perdón? —Oí un ruido sordo mientras Carl golpeaba el teléfono con el dedo—. Ha sonado como si estuvieras a punto de decir que te gusta Oscar Glazier.

—Sí. Bueno... Oscar tiene el coeficiente emocional del queso *cheddar*, pero acabas acostumbrándote a él.

—Curioso, eso es exactamente lo que él dice de ti. Cuidado, chiquilla, o podrías acabar siendo la próxima futura ex señora Glazier.

—Oh, no. Ni hablar. Ya hemos pasado por eso. Intentó besarme hace un par de semanas.

—¿Y le hiciste entrar en razón? —preguntó Carl.

—Peor. Me reí —dije, sonriendo al recordar la expresión de asombro en la cara de Oscar cuando me zafé de su abrazo y me doblé de la risa—. Luego le expliqué no estaba ni estaría nunca interesada en él románticamente y le sugerí que sería mucho más feliz, y mucho más rico, si dejaba de intentar ligarse a mujeres a las que doblaba la edad y que solo andaban a la caza de su próximo acuerdo de divorcio.

—¿Y no se fue hecho una furia retirándote la palabra? Vaya. O el gran Oscar Glazier está madurando o eres de verdad la susurradora de autores. Creo que es lo segundo. En serio, Ez, si las cosas salen como creo que van a salir, te deberé una, y grande.

—Me alegro de que estés contento. ¿Alguna posibilidad de que pueda cobrármela ahora?

Carl accedió encantado a leer lo que había escrito hasta ahora y darme su opinión. Aunque no quería gafarme, la verdad es que las escenas que había escrito hasta entonces me parecían bastante buenas, pero quería pulirlas un poco más antes de enviárselas.

Tardé algo más de lo esperado —al fin y al cabo, solo podía escribir por la noche—, pero tres días antes de la boda, tras pasar un larguísimo día redecorando la última cabaña y replantando las flores martilladas por el granizo, leí mis capítulos una vez más y luego adjunté el documento a un mensaje de correo electrónico que decía:

Querido Carl:
Aquí está, es lo que hay.
Sé amable.

ESME

Después de leer mi nota, intentando decidir si era demasiado directa o, simplemente, concisa, opté por lo segundo, respiré hondo y pulsé enviar. Y aunque estoy segura de que nadie más que yo lo vio, de repente el aire se llenó de confeti: zafiro, violeta, vara de oro, amarillo limón y mucho mucho frambuesa brillante y alegre.

Me reí, mirando hacia arriba, donde suponía que debía estar Adele. «Bueno, ya está. He hecho todo lo que he podido, el resto es cosa tuya».

Pedirle a alguien que juzgue tu escrito, sobre todo a alguien que conoces y cuya buena opinión anhelas, es un acto audaz. Pero si has dado lo mejor de ti, una vez lo has enviado, te invade una suerte de fatalidad. De nada sirve deambular de un lado a otro mirando el reloj. Será lo que tenga que ser; lo mejor es aceptarlo y volver a la vida normal. Además, con la boda a solo dos días, no podía hacer otra cosa.

Esa noche dormí sorprendentemente bien y me desperté con energía y con ganas, repasando mentalmente todo lo que me faltaba por hacer, entusiasmada de que estuviéramos tan cerca de la meta, convencida de que todo saldría según lo previsto.

Hasta que fui a la cocina a preparar café y vi el sobre.

Alguien había escrito mi nombre en el frente y lo había deslizado por debajo de la puerta mientras dormía. Cuando lo abrí, encontré media docena de recetas escritas en fichas y una nota.

Esme, lo siento mucho. Sé que te hago una faena y te lo explicaría si pudiera, pero no hay tiempo y no tengo elección. Tengo que irme.

DAWES

Lo leí tres veces y seguía sin dar crédito.

No se iba a marchar así como así, no a dos días de la boda que se suponía iba a salvar el refugio, ¡no podía!

No solo nos dejaba en la estacada a George, a Robyn y a mí —por no hablar de los novios—, también se estaba perjudicando a sí mismo. Había invertido cuanto tenía en el complejo; vendió su furgoneta porque quería formar parte del negocio. Para Dawes, vender la furgoneta era básicamente como vender su casa. No podía abandonarla.

¿Podía?

No. Era una broma, una cruel, estúpida y terrible broma. Tenía que serlo. En cuanto lo encontrara, le echaría la bronca por la increíble poca gracia que tenía. Luego lo golpearía en la cabeza con una sartén de hierro para asegurarme de que había entendido el mensaje.

Me puse algo de ropa y corrí a la cafetería. El pánico disminuyó al ver las luces encendidas y que algunas de las mesas junto a las ventanas estaban ocupadas. Pero cuando entré, Jamie, un adolescente que vivía en la zona y había sido contratado como ayudante de cocina cuando el anterior aceptó otro trabajo, me dijo que Dawes no se había presentado a trabajar.

—Sé hacer huevos revueltos, beicon y tortitas, pero eso es todo. Dawes hacía las tortillas y esas cosas. Le he dicho a la gente que no nos queda nada más. ¿Está enfermo? ¿Sabes cuándo va a venir? Puedo mantener el fuerte por un tiempo, pero...

El pobre chico parecía querer saltar por la ventana más cercana. Por un segundo, pensé que se iba a poner a llorar. Le apreté el hombro.

—Lo estás haciendo muy bien —le aseguré—. Huevos, beicon y tortitas es perfecto. Nadie va a pasar hambre. Sigue haciendo lo que estás haciendo, encontraré a Dawes. Se habrá dormido.

Tras esbozar lo que esperaba fuera una sonrisa alentadora, salí a la carrera por la puerta y empecé a buscar. George no lo había visto y el destartado Honda Civic de 1999 que Dawes había comprado tras vender su furgoneta no estaba en el aparcamiento. Sin embargo, solo cuando entré por la puerta abierta de su cabaña y encontré los cajones de la cómoda abiertos y vacíos comprendí lo que estaba pasando.

Dawes se había ido. ¡Se había ido de verdad!

A las seis en punto del sábado, justo dentro de dos días, la señorita Sutton Elizabeth Barnett saldría por la puerta trasera del refugio vestida con un modelo palabra de honor de Vera Wang, avanzando entre hileras de sillas blancas plegables e invitados a la boda con los ojos acuosos al son del *Canon en re mayor* de Pachelbel, interpretado por un cuarteto de cuerda, y se reuniría con su novio a orillas del lago, en la pérgola cuya construcción nos había costado más de tres mil dólares, para pronunciar los votos que la convertirían en la esposa de un hombre verdaderamente terrible. Unos ocho minutos después de eso, los doscientos cincuenta invitados hambrientos que habían venido a presenciar este bendito acontecimiento buscarían comida. Y si no encontrábamos el modo de proporcionársela, Martin Waddell iba a convertir mi vida en un auténtico infierno.

¿Qué íbamos a hacer? Teníamos cincuenta y seis horas, un puñado de recetas y ningún chef.

Durante un par de minutos, me quedé mirando la habitación vacía, la adrenalina del pánico inundándome el cerebro y el cuerpo, el corazón latiéndome como los cascos de un caballo de carreras en la recta final. Menos mal que no había desayunado porque, de haberlo hecho, lo habría vomitado. Pero no había tiempo para vomitar. Ni para entrar en pánico.

Mientras estaba allí de pie, luchando contra ambas cosas, advertí de pronto que no se trataba de Sutton, ni de Martin, ni de la boda, ni del dinero que esperábamos ganar con ella, ni siquiera de demostrarnos, tanto a Robyn como a mí misma, que yo podía cambiar la suerte del complejo.

El refugio era más que un negocio o un balance. Era el lugar donde habíamos vivido nuestra vida y creado nuestros recuerdos, era nuestra historia y nuestro hogar, el hilo conductor que nos unía y nos convertía en una familia. Tenía que proteger eso, y a ellos.

Pero no podía hacerlo sola.

Capítulo 23

Cuando una trabajadora social llamó para alertar a George y Adele de la existencia de la nieta que no sabían que tenían, George condujo once horas bajo un aguacero para rescatarme. Cuando Adele resbaló en la grava durante una excursión y se rompió el tobillo, George bajó por un barranco para salvarla y la llevó en brazos una distancia de cinco kilómetros en busca de ayuda. Cuando, años más tarde, se desató otra tormenta y el lago se desbordó, George encendió una linterna y se adentró en el vendaval, guiando a los huéspedes a zonas más altas y montando guardia toda la noche, hasta que pasó el peligro. Siempre había sido más grande que la vida, un roble poderoso, el tipo que uno querría tener en su equipo en caso de emergencia.

Y todavía lo era.

Sinceramente, me preocupaba cómo podía reaccionar George cuando le dijera que Dawes había desaparecido. Apenas unas semanas antes, había lanzado una llave inglesa por la habitación de pura frustración, angustiosamente consciente de su deterioro, pero incapaz de evitar su avance, así que me preocupaba que se echara la culpa. Después de todo, él era quien había contratado a Dawes. Además, sabía lo mucho que le gustaba Dawes y, habida cuenta de que esto parecía una traición, pensé que podría desencadenar otra crisis.

Estaba disgustado, todos lo estábamos. Pero cuando se enfrentaba a una crisis, George se ponía a la altura de las circunstancias, liderando la situación como siempre había hecho, como el proverbial ave fénix y el patriarca de familia. Por supuesto, un líder no es nada sin seguidores, y George no fue el único en venir corriendo cuando di la voz de alarma.

En cuanto la llamé, Yolanda cerró la galería, lo dejó todo y se subió al coche. David encontró a alguien que le cubriera las clases de la tarde y tampoco tardó en llegar. Oscar tenía que dejar su cabaña la mañana de la boda, pero dijo que retrasaría su marcha hasta después del banquete y, mientras tanto, dejaría a un lado su escritura para echar una mano en la cocina.

El señor y la señora Wilson, que pasaban una semana en el refugio todos los meses de junio, pero que este año habían añadido una visita a finales de agosto, dijeron que harían todo lo posible por ayudar, y lo mismo hicieron algunos otros huéspedes, gente que se había alojado con nosotros año tras año.

El personal también se portó de maravilla, todos cancelaron sus días libres y se pusieron manos a la obra. Jamie, que aún parecía un ciervo frente a los focos, estaba volcado en ayudar, al igual que el resto del personal de la cafetería. Vera llamó a sus hermanas, Vonelle y Ruth, y las reclutó para que echaran una mano con las tareas domésticas y así poder ella encargarse de la recepción, dejando a Robyn y George libres para ayudar con el banquete. A las once, la caballería había llegado y se había reunido en la cocina. George dio un paso al frente, se aclaró la

garganta y se dirigió a la tropa:

—Cuando tenía veinte años, un médico del Ejército me auscultó el corazón y encontró un soplo que nunca me ha causado problemas, ni antes ni después. Así que nunca tuve la oportunidad de servir en el Ejército. Sin embargo, muchos de mis amigos sí lo hicieron, y me dijeron que lo primero que hay que hacer antes de emprender cualquier operación sobre el terreno es realizar informes de situación y estado.

»Ahora me parece que la situación es bastante sencilla. Tenemos que organizar un banquete de boda. Pero nuestro chef se ha largado y era el único que sabía hacer... —George frunció el ceño y volvió la vista hacia mí—. ¿Qué era?

—Básicamente todo lo que vamos a servir —dije, y luego empecé mi informe—. Empezamos la velada con un martini de Sutton Place, un cóctel de autor a base de ginebra y sirope de flor de saúco que no se parece en nada a un martini real, pero que funciona como juego de palabras con los nombres de los novios. El menú también incluye una selección de aperitivos: macarrones con queso trufado, vainas de guisantes rellenas de crema de queso con hierbas, brochetas de cordero marroquí con salsa de menta y minihamburguesas de atún con *coulis* de pimienta roja. Para la cena, serviremos una ensalada de verduras asiáticas mixtas con setas *enoki*, nueces de macadamia tostadas y aliño de *lilikoï*.

La señora Wilson levantó la mano.

—¿*Lilikoï*?

—Fruta de la pasión —le expliqué—. A continuación, solomillos de ternera con costra de pimienta y crema de champiñones y coñac, gallinas de caza de Cornualles asadas con glaseado de albaricoque, acompañadas de panecillos Parker House caseros, judías verdes y *gratin dauphinois*. De postre, una tarta nupcial de tres pisos. La primera capa es de limón relleno de frambuesa, la segunda de chocolate con crema de avellanas y la tercera de coco con crema de piña. Además —dije recordando el toque final—, cajas individuales con dos *macarons* franceses que cada invitado se lleva a casa.

—Tío —dijo Robyn, sonriendo—. Menos mal que pusieron esas galletas para llevar en el menú. Me preocupaba que la gente se fuera a casa con hambre.

Una carcajada recorrió la sala y le dediqué a Robyn una sonrisa de agradecimiento. A juzgar por sus caras, nuestros voluntarios empezaban a preguntarse en qué se habían metido, pero su ocurrencia había roto la tensión.

Oscar, que estaba a mi lado, se acercó y murmuró por lo bajo:

—Me da que tu madre es una tipa lista.

—Ni te lo imaginas —le respondí.

—Vale —murmuró Oscar para sí mirando a través de la sala hacia donde estaba Robyn.

—Muy bien —dijo George, dando una palmada y calándose un poco el sombrero sobre la frente—. Esa es la situación. Pasemos al estado. ¿Alguien aquí sabe cocinar algo de eso?

Tras un breve silencio, Jamie levantó lentamente la mano.

—Yo puedo hacer los bocados de macarrones con queso y las vainas de guisantes. Dawes me enseñó antes de irse.

—¡Genial! ¡Ahora sí que vamos bien! ¿Alguien más?

Di un paso adelante.

—Dawes dejó recetas de todo lo que había en el menú, pero —dije, recordando mis primeros intentos fallidos de seguir las instrucciones de Adele para la tarta de caramelo—, sin haberlas hecho antes, creo que son demasiado complicadas. A cocinar se aprende observando y haciendo,

no leyendo recetas, eso es lo que Dawes decía siempre.

Nadie argumentó lo contrario y vi a más de uno asentir con la cabeza, incluido George. Cuando retrocedí, se caló su sombrero de pesca favorito, sacó un puro apagado del bolsillo de la camisa de franela y observó a la silenciosa asamblea.

—Muy bien, muchachos. Parece que pasamos al Plan B.

Capítulo 24

Aunque nadie tenía ni idea de cómo preparar salsa de coñac y champiñones o brochetas de cordero marroquí, habilidades no nos faltaban.

Gracias a su encanto y talento para la negociación, Yolanda consiguió que el mayorista cancelara nuestro pedido sin penalización, lo que significaba que no teníamos que pagar la factura de cien kilos de solomillo de ternera y cincuenta gallinas de Cornualles que no necesitábamos. Luego regateó para conseguirnos un buen precio por los ingredientes que sí necesitábamos y llamó a Sylvia Barnett para informarla de nuestra situación, asegurándole que el nuevo menú sería increíble. Teniendo en cuenta las circunstancias, Sylvia fue extremadamente comprensiva.

—No importa lo que le demos de comer a la gente, el sábado por la noche Sutton seguirá siendo la señora Waddell; eso es lo único que importa. No te preocupes por los chicos —dijo—. Yo me encargo de decírselo. Lo último que necesitas ahora es que aparezca Martin y empiece a armar jaleo.

Sylvia conocía a su futuro yerno bastante mejor de lo que yo creía.

Yolanda también se ofreció voluntaria para encabezar un equipo que preparara dátiles envueltos en beicon, el aperitivo más fácil y delicioso del mundo, así como las albóndigas italianas de su abuela Iona. Del tamaño de un bocado y ensartadas en palillos con una bola de *mozzarella* y una hoja de albahaca, resultaban deliciosas, atractivas y fáciles de comer de pie.

Y por si todo eso fuera poco, más tarde ese mismo día, me entregó la última pieza del rompecabezas que fue la vida de mi abuela, respondiendo a la pregunta que me había inquietado desde el principio: ¿por qué Adele había puesto tanto empeño en hacer colchas tan bonitas y artísticas, para luego esconderlas donde nadie las viera nunca?

—Sé que tienes la cabeza en otras cosas —dijo Yolanda, picando hojas de albahaca y echándolas en un cuenco mientras preparábamos las albóndigas en la encimera—, pero tengo que hablarte de una mujer que acaba de empezar a enseñar a hacer encaje de bolillos en la galería, Elizabeth Reynaud. Aprendió de su madre, Betty Rae, que debe tener unos noventa años.

»Liz trajo a su madre a la galería la semana pasada porque teníamos una exposición de los trabajos de sus alumnas. Betty Rae está un poco sorda ahora, pero nos pusimos a hablar y empezó a contarme cosas del Asheville de sus tiempos, y que había vivido en la pensión de Flint Street durante la guerra...

—¡Estás de broma! —jadeé, sintiendo ese cosquilleo familiar en el cuello, la sensación que siempre tenía al tropezar con otra de las miguitas de Adele—. ¿Era la misma pensión? ¿Conocía a Adele?

—Y a George —confirmó Yolanda, asintiendo profundamente—. Su memoria es asombrosa, Esme. Deberías entrevistarla cuando tengas tiempo. Aunque ni siquiera estoy segura de que tengas que hacerlo. Me confirmó muchas de las historias que dijiste que habías escrito. Se acordaba de Adele y George pintando la habitación y de lo enfadada que se puso la casera. Sinceramente —dijo, con los ojos cada vez más abiertos—, fue un poco espeluznante. Pero también muy guay.

Yolanda metió las manos en el cuenco, mezclando los ingredientes de las albóndigas con los dedos.

—Y aquí viene la parte que más te va a flipar. En 1944, Adele, Betty Rae y otra de las huéspedes de la pensión, Edith, se unieron al círculo de acolchado de la señorita Ida. Una noche...

Cuando Yolanda terminó de contar la historia, no solo sentía un hormigueo en el cuello. Era como aquella vez que fui a hacerme la manicura y el sillón de masaje se volvió loco, como si pequeñas ráfagas de electricidad estuvieran recorriéndome todo el cuerpo.

—¡Yolanda, eso es increíble! Y tiene todo el sentido. ¡Gracias! ¡Muchísimas gracias! Si no tuviera las manos llenas de albóndigas, ahora mismo te daría el más grande de los abrazos.

Sonrió.

—De nada. Pero en lugar de un abrazo, podrías darme algo que me hace casi la misma ilusión, la oportunidad de leer tu libro. —Ladeó la cabeza—. Por favor.

Sonreí.

—Claro. Esta noche te envío el archivo por correo electrónico.

David entró por la puerta cargado con una enorme caja de lechugas. George, que venía justo detrás de él, llevaba tres.

—¡Esme! —ladró, su voz un bramido feliz—. Si no estás demasiado ocupada cotilleando con Yolanda, quizá puedas ayudar a David a lavar esta lechuga. Estas ensaladas no se hacen solas, ¿sabes?

Me limpié las manos en el delantal, le hice un saludo marcial y me dirigí al fregadero.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Durante los dos días siguientes, me sentí como si me hubiera alistado en el Ejército. Pero eso no era necesariamente malo. Todo el mundo colaboraba, ofreciendo lo que tenía por el bien del grupo, actuando como un equipo.

El aliño *lilikoi* estaba muy por encima de su nivel, pero la ensalada César de David estaba a la altura de su reputación. Además, era un alegre y dispuesto par de manos extra en la cocina, y con un marcado talento para picar, espolvorear y colocar las hierbas frescas que decoraban los platos.

La señora Wilson supervisaba gran parte de la repostería. Como se había criado en Carolina del Sur, sabía hacer unas galletas muy ligeras que, servidas con mantequilla de miel, estaban deliciosas. También tenía una receta de galletas nupciales mexicanas que parecían un buen sustituto de los *macarons*. El señor Wilson y George la ayudaron a hacer bolas con la masa y a rebozarlas luego en azúcar en polvo, haciendo quinientas galletas en cuatro horas.

Uno de los muchos trabajos ocasionales de George en su juventud consistía en dar la vuelta a las hamburguesas y el señor Wilson tenía una receta de chili con la que había quedado tercero en el concurso de cocina de su parroquia, así que los dos se pusieron manos a la obra e idearon un menú de cafetería modificado a base de hamburguesas, sándwiches de queso a la plancha, chili,

perritos calientes, perritos con chili, manzanas, naranjas y patatas fritas. No era exactamente comida *gourmet*, pero evitó que los huéspedes pasaran hambre.

Al principio, algunos se quejaron, pero una vez comprendieron el motivo del menú limitado, la mayoría de los clientes se mostraron muy amables. Al enterarse de nuestra difícil situación, muchos se ofrecieron a echar una mano. Ahí es donde entra Robyn. Llevaba dirigiendo al personal desde que Adele falleció y puso en práctica sus dotes organizativas, asegurándose de que todo el mundo tuviera un trabajo que hacer y los recursos para llevarlo a cabo. Y aunque nunca lo habría sospechado, también sabía hacer un roscón de crema de mantequilla bastante pasable, lo cual fue una suerte. Mi tarta de caramelo estaba deliciosa, pero a la hora de decorarla, no hubo manera.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —pregunté, mirando boquiabierta cómo creaba una flor de glaseado con una mano perfectamente firme.

—Canal Comida. *El as de las tartas* —dijo, manteniendo la vista fija en la tarta y una presión uniforme sobre la manga pastelera—. Duff Goldman es mi animal espiritual.

Quién lo iba a decir.

Menos sorprendente fue el hecho de que Oscar tuviera una receta para hacer el Old Fashioned a litros. Quedaban preciosos servidos en copas de cóctel y adornados con cerezas y piel de naranja, así que se convirtieron en el cóctel estrella. Se discutió la posibilidad de buscarles un nombre distinto al de martini de Sutton Place. Pero George dijo que a nadie le importaba cómo se llamaran siempre que tuvieran sabor y potencia, lo que parecía un argumento válido.

A la gente le gustaban. Y mucho.

Cuando Oscar me dijo que teníamos que pedir seis botellas de *bourbon* más de las que yo había planeado, tuve mis dudas. Pero entonces me puso la mano en el antebrazo, me miró a los ojos y me dijo: «Confía en mí en esto». Aunque nuestra relación había mejorado un mil por cien desde el día en que me llamó analfabeta disfrazada delante de mi jefe, no tengo del todo claro que confiar en Oscar sea siempre lo más inteligente. Pero esta vez funcionó.

Gracias a Oscar, la fiesta empezó con buen pie. Sin embargo, por muy sabrosos y potentes que fueran esos martinis de Sutton Place, creo que parte de su atractivo se debió al hecho de que él mismo cogió una bandeja y empezó a servir las bebidas. Puede ser muy encantador cuando quiere, y no pasó mucho tiempo antes de que uno de los invitados a la boda, que también era un ferviente admirador, lo reconociera. La noticia de la presencia de Oscar se extendió con rapidez. Pronto se vio rodeado de admiradores y estuvo contando historias y repartiendo bebidas como un tabernero que invita a una ronda de la casa.

Si Carl conseguía cerrar un trato para Oscar algún día, tenía que asegurarse de que el editor le enviara de gira. Con ventas bajas o sin ellas, seguía teniendo admiradores y sabía cómo manejar a la concurrencia. Por supuesto, mientras Oscar celebraba, yo estaba en la cocina, así que lo supe después: según todos los informes, era el alma de la fiesta.

Como se acercaba la hora de la cena y necesitábamos un par de manos más, pedí a Robyn que le fuera a buscar y lo trajera a la cocina. Cuando volvieron, Oscar empezó a ayudar a David a emplatar las ensaladas y Robyn se acercó al fregadero para ayudarme a cortar los tallos de las judías verdes, el único plato del menú original que yo sabía hacer. Tal vez sepan mejor en francés, pero en mi opinión las judías verdes siguen siendo judías verdes en cualquier idioma.

El caso es que, cuando Robyn se unió a mí, tenía una expresión muy rara en la cara, le pregunté si se encontraba bien. La forma en que giró la cabeza, estirándola a la vez a lo largo y a lo ancho, como una tortuga que evalúa el tráfico que se aproxima antes de cruzar la carretera, me

hizo pensar que le pasaba algo, que le había dado un tirón o algo parecido.

—Me ha pedido mi número —murmuró por lo bajo.

—¿Quién?

—¡Él! —siseó.

—¿Oscar? ¿En serio?

Inclinó el torso hacia la izquierda, mirando por encima de mi hombro hacia la ensaladera, como una niña que se esconde detrás de un árbol y espera que alguien venga a buscarla. Seguí su mirada y vi que Oscar sonreía y le guiñaba un ojo. Robyn se sonrojó como una adolescente.

—Se ha divorciado unas diecisiete veces, lo sabes, ¿verdad?

—Me ha pedido el número de teléfono, no la mano —siseó, luego volvió a mirar en derredor y soltó un suspiro—. Joder. Es tan guapo.

Levanté la vista, intentando en vano ver lo que ella veía.

—Umm..., de acuerdo. Si tú lo dices.

—Y también es inteligente, ¿no crees? —preguntó Robyn—. ¿Recuerdas aquel día que estábamos sentadas en el banco de Adele y me hablaste de él? Al día siguiente encontré uno de sus libros en la biblioteca del vestíbulo y empecé a leerlo.

—¿Cuál?

—*La muerte acecha al señor Fox*. Solo voy por la mitad, pero es muy bueno —dijo, entre sorprendida e impresionada.

—Lo es —asentí, retorciendo la vaina de la última judía verde y arrojándolo sobre la montaña de judías que ya habían sido recortadas—. Fue su primera novela y es excelente. Pero creo que su nuevo libro será aún mejor.

—¿De veras? ¡Guau! —Robyn tomó aire—. ¿Y? ¿Qué te parece? ¿Debería darle mi número?

Abrí el grifo y enjuagué las judías.

—¿Quieres?

—Quizá. Hacía tanto tiempo que nadie me lo pedía. Y es tan guapo.

—Sí. Ya lo has dicho.

—Apuesto a que besa muy bien —dijo, y luego soltó una risita.

Sí, así es. Mi madre, sabelotodo, dura como una roca y expresidaria, especuló con la posibilidad de besar a Oscar Glazier y se rio como una colegiala. Cuando lo hizo, cerré los párpados y respiré hondo, tratando por todos los medios de borrar la imagen que acababa de aparecer en mi mente.

—Si alguna vez lo descubres, prométeme que te lo guardarás para ti, ¿vale? Además, ¿podríamos dejar la discusión de tu vida amorosa para cuando no esté tan ocupada? Tengo que hacer gambas y sémola para doscientas personas.

Sí. Yo estaba a cargo del plato principal. Y me estaba poniendo muy muy nerviosa.

La receta de Adele era un clásico y un éxito de público, y yo la había preparado tantas veces que casi podía hacerla dormida. Sin embargo, cocinar para un puñado de amigos es algo muy distinto a dar de comer a una multitud, sobre todo cuando el plato es la atracción principal de un banquete de boda. La presión era intensa.

Dado que siempre hay quien es alérgico al marisco, tuvimos que preparar un entrante alternativo. Jamie dijo que su madre hacía una estupenda falda de ternera con gaseosa y cacao en polvo, pero que no le parecía lo bastante elegante para una boda. David, que habla francés con fluidez, sugirió que lo llamáramos «*boeuf braisé au chocolat et aux épices*» en las cartas del menú y que lo sirviéramos sobre puré de patatas, también conocido como *purée de pommes de*

terre. Lo pidieron treinta y seis personas, lo que significaba que doscientas cuarenta querían gambas y sémola para cenar.

¡Doscientas cuarenta!

Sigo sin saber cómo conseguimos sacarlo adelante, pero, de un modo u otro, lo hicimos.

El día entero fue un caos organizado teñido de pánico, y los últimos veinticinco minutos fueron un auténtico esprint en el que echamos literalmente el resto. O quizá debería decir una carrera de relevos, pues sacar la comida de la cocina y llevarla a las mesas del banquete también fue un esfuerzo de equipo.

Las gambas se cocinan rápido y se enfrían igual de rápido, así que tuvimos que trabajar deprisa y cocinar por tandas, con los ocho quemadores de la gran cocina comercial funcionando a la vez. Como Robyn se sabía la receta de Adele tan bien como yo, cocinamos las dos, llegando a hacer auténticos malabares con cuatro sartenes cada una. Por suerte, una cadena de montaje de ayudantes lo hizo posible.

Un primer grupo llevaba los ingredientes listos de la encimera a los fogones. Una vez terminada la cocción, pasamos las sartenes a un segundo grupo para emplatar y servir. El ambiente era ruidoso, asfixiante y caótico, como una especie de nebulosa. Cada vez que uno de los camareros entraba por la puerta y gritaba: «Una de falda y nueve de gambas», me subía la tensión.

El peor momento llegó al final, cuando alguien de la encimera de preparación gritó: «¡Se nos han acabado las gambas!». Sin embargo, no duró mucho porque inmediatamente alguien más gritó: «¡No pasa nada, el último plato acaba de salir por la puerta! ¡Todas las mesas están servidas! ¡Hemos terminado!

El mejor momento llegaría más tarde, cuando tras un grito de triunfo que resonó por toda la cocina y la veintena de voluntarios que habían trabajado para hacerlo posible dio por finalizada una ronda de apretones de manos y choca esos cinco, todos se apretujaron frente a los fogones y gritaron: «¡Patata!», mientras uno de los camareros captaba el momento con su teléfono móvil.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? —preguntó George—. A aquel Acción de Gracias en que la cocinera se fue y todos los invitados ayudaron a Adele a hacer la cena.

—¡Es verdad! Todavía tengo la foto.

George sonrió, mirándonos a mí y a Robyn.

—Ven conmigo —dijo—. Hay algo que quiero que veas.

Había luna llena. Las ristas de luces blancas titilantes que colgaban sobre la pista de baile centelleaban en el cielo nocturno, como diamantes desplegados sobre terciopelo negro, o como nubes de luciérnagas. La luz parpadeante de las cien velas de las mesas se reflejaba en las aguas tranquilas y oscuras del lago, haciendo que la escena fuera el doble de brillante. La música y las suaves risas de la gente reunida de tertulia llenaban el aire y resonaban entre los árboles, arrastradas por la brisa.

Apuestos hombres ataviados con esmóquines negros y blancos posaban sus ligeras manos en la cintura y los hombros desnudos de mujeres deslumbrantes, perfectamente enojadas y vestidas con trajes de gasa que revoloteaban como alas de mariposa cuando estas se mecían, giraban y flotaban al ritmo de la música. Era mágico.

Mirara donde mirara, veía a gente disfrutando de sí misma y de los demás, coleccionando recuerdos. Especialmente, la bella y enamorada Sutton, radiante al deslizarse por la pista en

brazos de su novio, que le devolvía la mirada con adoración, como si aún no pudiera creerse la suerte que tenía de haberla conquistado. Parecían perfecta y ardientemente felices juntos; esperaba que siempre lo fueran.

George extendió sus grandes brazos como un par de alas protectoras y los colocó sobre nuestros hombros.

—¿Qué os parece?

—A Adele le habría encantado esto —dije, tragando saliva.

—Cierto —dijo George—. Le encantaba ver disfrutar a la gente.

—Ojalá estuviera aquí —añadió Robyn con voz queda.

George nos acercó más.

—Creo que tal vez lo esté.

Ese fue el mejor momento.

Porque cuando miré las caras de mi madre y mi abuelo, pude ver que pensábamos y sentíamos lo mismo, una profunda satisfacción y un punto de orgullo, conscientes de que nos habíamos unido para lograr algo bueno contra todo pronóstico.

Y en ese momento, el mejor momento, éramos una familia.

Capítulo 25

La fiesta iba viento en popa, pero nuestro trabajo estaba lejos de terminar, así que cuando los camareros empezaron a sacar la tarta, George, Robyn y yo nos apresuramos a volver a la cocina. Oscar se estaba preparando para irse.

—Me quedaría para ayudar a limpiar —dijo—, pero tengo un largo viaje por delante y si no...

—Vete. Has hecho mucho y tenemos ayuda de sobra —dije, señalando a los voluntarios que quedaban, que corrían por la cocina, rascando platos y envolviendo las sobras—. Pero ¿estás seguro de que puedes conducir? Esos martinis tuyos eran bastante potentes.

Puso los labios en una línea.

—Sé que te costará creerlo, Esme, pero no soy un completo zote. Estaba sirviendo, no bebiendo. Nunca bebo cuando conduzco.

—Bien. Porque odiaría que te pasara algo. Contra todo pronóstico, Oscar, resulta que me caes bien.

—Bueno, tú a mí también me gustas, Media Pinta.

—Sabes que me gustarías más si dejaras de llamarme así, ¿verdad?

—Lo sé. Pero no va a pasar. —Oscar me rodeó con los brazos y me abrazó fuerte, levantándose durante un segundo antes de dejarme de nuevo en el suelo—. Avísame cuando vuelvas a Nueva York.

—Lo haré. Llámame si necesitas ayuda con el libro —le dije—. Creo que vas bien en este momento, pero no dudes en enviarme las páginas si te atascas o quieres una segunda opinión.

—Bien —dijo, poniéndose la chaqueta—. Y tú haz lo mismo.

—¿Por qué? ¿Para que me digas que son buenas y que siga?

—¿Preferirías que te dijera que son malas y que pares?

Me reí.

—Buenas noches, Oscar. Conduce con cuidado.

—Buenas noches, Media Pinta. Y gracias.

Oscar anunció su marcha y se dirigió hacia la puerta. Justo antes de que saliera, vi que Robyn pasaba junto a él y le metía un trozo de papel en el bolsillo.

La gente siempre está más entusiasmada con el montaje que con la limpieza. De ahí que no me sorprendiera que los voluntarios empezaran a irse tras la marcha de Oscar, no los culpé por ello. Había sido un día muy largo y se habían dejado la piel de puro corazón, sin más recompensa que nuestro más sincero agradecimiento y un trozo de tarta de caramelo que había sobrado.

El personal remunerado se quedó más tiempo, pero la mayoría había trabajado un turno de diez horas —Jamie llevaba trece—, por lo que también empecé a enviarlos a casa. Casi al final,

solo quedábamos Yolanda, David, Robyn, George y yo; luego, tras echarlos a todos de la cocina para fregar el suelo, yo sola. Después de dos días de caos y aglomeraciones, agradecí la tranquilidad y la oportunidad de relajarme.

Para cuando hube apagado las luces y cerrado la puerta, la banda había recogido, el bar había cerrado y los invitados a la boda o habían regresado a la ciudad o se habían retirado a sus cabañas al poco rato, salvo una pareja.

Estaban sentados en el muro de piedra que habíamos construido en un lado del nuevo patio, con las piernas colgando, mirando al lago y charlando. Él llevaba un esmoquin con la pajarita suelta alrededor del cuello, como un cantante de salón a la hora del cierre. Ella llevaba un vestido de satén color vino y pendientes de araña. El par de *stiletos* plateados que se había quitado, tirados a sus pies junto al muro.

Hablaban en un tono demasiado bajo para entender lo que decían, pero estaba claro que era una conversación intensa. Solo tenían ojos el uno para el otro y no advirtieron que me acercaba por la hierba. No pude ver la cara de la mujer, pero la mirada del hombre y la forma en que se aferraba a sus palabras me dijeron que al menos uno de los dos estaba enamorado.

¿Se habían sentado uno al lado del otro por casualidad en el banquete y habían tenido un flechazo durante el primer plato? ¿O serían amigos de siempre que al ver a Sutton y Martin repetir sus votos se habían dado cuenta de que lo suyo era algo más que amistad? Podría ser. La gente siempre se enamora en las bodas. ¿Recordarían este día como el punto de partida de su propio viaje al altar? ¿Decidirían celebrar aquí la boda, en el lago?

Eso esperaba. No podrían encontrar un lugar mejor para empezar una nueva vida.

Al llegar a mi cabaña, me quité los zapatos y encendí el portátil. La historia que me contó Yolanda no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

Hasta que no la escribiera, no podría conciliar el sueño.

Destrozada

Septiembre de 1944

Solo había doce mujeres en el círculo de acolchado y no había cargos electos, pero como la señorita Ida era una especie de presidenta autoproclamada, después de que Hazel Miles volviera a ocupar su sitio en la gran mesa del comedor de la pensión, la señorita Ida se levantó y encabezó una breve ronda de aplausos.

—Gracias por la presentación, Hazel. Es una técnica muy inteligente para ingletear esquinas. Seguro que todas apreciamos aprender de tus secretos.

La señorita Ida se sacó del bolsillo del vestido una tarjeta de color azul pálido, una carta de la señora Walter Fisher, directora de la sección local de la Cruz Roja, en la que nos agradecía nuestra donación de ciento cinco dólares recaudados a través de nuestra rifa de colchas. Después de leer la carta, la señorita Ida sonrió al círculo de caras.

—¡Bueno! Creo que es algo de lo que todas podemos sentirnos muy orgullosas.

Me sentí orgullosa. Desde la invasión del Día D en junio, la Cruz Roja era más importante que nunca. A principios de esa semana, George y yo habíamos conseguido que un grupo de voluntarios de la lechería fuera a preparar paquetes de ayuda para los prisioneros de guerra, pequeñas comodidades para mantenerlos mientras esperaban el fin de la guerra, como sin duda ocurrirá pronto, probablemente el año que viene.

Aquella mañana había recibido una carta del señor Finley en la que se me informaba de que «mis» obras volverían en breve al museo. Aún no se había decidido la fecha, pero yo ya había previsto ir al almacén a la semana siguiente para asegurarme de que las cajas que se habían utilizado para transportar las piezas desde Washington seguían en buen estado.

La carta del señor Finley no mencionaba qué sería de mí una vez que el arte volviera al museo, pero han pasado casi tres años desde que el amable conductor de Greyhound me ayudó a bajar del autobús; estoy lista para algo nuevo, emocionada por saber qué me deparará el futuro. ¿Podrían las colchas dobladas que yacen en el suelo bajo mi silla formar parte de ese futuro? Cuando la señorita Ida preguntó si alguien tenía una colcha que enseñar, levanté la mano.

Mientras empujaba la silla hacia atrás y llevaba la colcha a la parte frontal de la sala, sentí que mis mejillas se encendían, no de vergüenza, sino por la expectación. Llevaba meses perfeccionando mi técnica, y esta noche sería la gran prueba, la primera vez que dejaría que alguien viera mi trabajo. Había decidido mostrar mis dos favoritas, la pequeña pieza cuadrada

con las ondas azules, ámbar, frambuesa y azafrán, y la colcha que había terminado el domingo anterior.

Era grande, un metro y medio de ancho por un metro de alto. Algunos de los parches eran largos y finos rectángulos, pero la mayoría eran triángulos, todos de distinto tamaño y en más colores de los que puedo contar, chocando unos con otros en el centro, exactamente tal y como han estado haciendo mis emociones en estos últimos días. Aunque la composición estaba diseñada para parecer aleatoria, crear ese efecto requirió horas y horas de minucioso trabajo. He perdido la cuenta de las costuras que he arrancado para conseguir el equilibrio perfecto de color, línea, forma y posición, pero creo que el resultado final ha merecido la pena. Estaba deseando enseñárselo a mis amigas.

Siempre que alguien mostraba una colcha terminada, las demás aplaudían. A veces sus aplausos eran entusiastas y sinceros, otras eran rutinarios y tibios, pero siempre había algún tipo de respuesta, siempre.

Mis colchas fueron recibidas con miradas y silencio.

Por un momento, pensé que simplemente se habían quedado sin habla, atónitas al encontrarse con algo tan único, una colcha como nunca habían visto. Luego, se rompió el silencio.

Edith se inclinó sobre la mesa, la cabeza flotando sobre la colcha más grande, el choque emocional, y frunció el ceño.

—Tus puntos no coinciden en absoluto aquí.

Su comentario abrió la veda, despejando el camino para la opinión de todas las demás.

—Y los colores desentonan. No me importa una colcha de retales, pero esto es demasiado.

—¿Qué se supone que es? Parece que podría haber un corazón en el centro, pero... en realidad no.

—Se parece a mis migrañas —murmuró alguien a su vecina, que se puso la mano delante de la boca para amortiguar sus risitas.

El sonido de sus risas era brusco y cortante, como fragmentos desordenados de cristales rotos.

Ahora, tumbada en mi cama, despierta en la casa dormida, masticando un vacío de color estaño que sabe a grava, pienso en el barril quemado del patio trasero, luego salgo de debajo de las mantas y recojo las colchas de la silla donde las dejé antes de apagar la luz. Abro la puerta de mi habitación, pero vacilo en el umbral.

Los cuadros eran diferentes, imitaciones al óleo y a acuarela de obras de mis mejores maestros, y no suponían una gran pérdida para nadie, ni siquiera para mí. Mis colchas son mucho más. Son mis pensamientos y mis palabras, mi historia. Son mi arte. Las quiero demasiado como para quemarlas o compartirlas con personas incapaces de entender.

Me doy la vuelta, saco la maleta de debajo de la cama, coloco las colchas dentro y cierro la tapa, girando la cerradura con una llave de plata.

Capítulo 26

Aunque solo había dormido cuatro horas, me desperté de un sorprendente buen humor.

La boda me había puesto al límite. Llevarla a cabo con tanto acierto me quitó un gran peso de encima. A pesar de los baches, había sido un acontecimiento hermoso. Y aunque tendríamos que hacer números después de cobrar el cheque de Martin y devolver el préstamo que había hecho al refugio, estaba bastante segura de que, a finales de agosto, el complejo daría beneficios. No gran cosa, cierto, pero con las reformas terminadas y dos bodas más ya reservadas para el año que viene, el futuro se presentaba brillante.

Por supuesto, aún teníamos que superar las dos últimas semanas de la temporada de verano y contratar a un nuevo chef. Además, ahora que la boda había terminado, realmente necesitaba intensificar mi búsqueda de trabajo y averiguar dónde iba a vivir cuando volviera a Nueva York. Si bien, por alguna razón, estaba segura de que todo iba a salir bien. Quizá el subidón posboda tuviera algo que ver. Acababa de sacarme un conejo de la chistera, así que ¿por qué no dos? Y si a Carl le gustaba mi libro y me conseguía un contrato editorial, serían tres. Podría pasar, ¿no?

Me vestí y me dirigí al refugio, tarareando una canción que el grupo había tocado la noche anterior, preguntándome si Carl estaría leyendo mis páginas incluso en este mismo momento, y pensando en las primeras cosas que haría cuando volviera a Nueva York. Encontrar un buen *bagel* encabezaba la lista.

Hacía un día precioso, soleado y luminoso. Los pescadores habían madrugado como de costumbre y vi media docena de barcas meciéndose en el lago. En el muelle, un renqueante señor mayor de pelo blanco y una niña de unos siete u ocho años con trenzas castañas, probablemente abuelo y nieta, cargaban su equipo en una de nuestras barcas de alquiler. Sonreí para mis adentros, pensando en la primera vez que George me había llevado a pescar, y luego esbocé una sonrisa todavía mayor al advertir que una de las barcas del centro del lago transportaba una figura conocida.

Agité el brazo por encima de la cabeza y George me devolvió el saludo. Me quedé allí un momento, observando cómo lanzaba el sedal con la misma pericia de siempre, y tomé nota mentalmente de que antes de volver a Nueva York tenía que pasar un día más de pesca con George, o quizá incluso dos. Aunque los pescadores habían salido en masa, el recinto estaba tranquilo, lo cual tenía su lógica. Probablemente, los invitados a la boda seguían durmiendo la mona de todos los cócteles que se habían tomado la noche anterior. Por suerte para ellos, Sutton y Martin habían solicitado una salida tardía para todos sus invitados.

Al doblar una esquina, vi a la feliz pareja saliendo de la cabaña de luna de miel, remolcando dos maletas rodantes, y recordé que ese día volaban a las Bermudas. Los saludé con la mano y

los llamé, pero no demasiado alto, consciente de que los invitados aún dormían.

—¡Señor y señora Waddell! ¡Buenos días! Estaba tan ocupada que no tuve ocasión de decíroslo ayer, pero enhorabuena. Fue una boda preciosa y espero que vuestra luna de miel sea igual de maravillosa.

Tenían un aspecto un poco sombrío, pero no le di importancia y lo achaqué a lo temprano de la hora. Como mucha otra gente, probablemente habían bebido más de la cuenta en la celebración. Solo cuando se acercaron y vi la mirada de Sutton me di cuenta de que algo iba mal.

—Cariño —dijo, dirigiendo a Martin una mirada casi suplicante—, no fue culpa de Esme. Y la boda fue preciosa. Todo el mundo se lo pasó en grande. ¿No crees que...?

—Sutton, por favor, espérame en el coche —dijo él, cortándola—. Yo me encargo de esto.

—Pero, Martin...

—Vete —ordenó, con una voz tan gélida como su mirada—. Esme y yo tenemos asuntos que discutir. No tardaré.

Los pasos de Robyn me estaban volviendo loca. Cerré los ojos y me aparté ligeramente, acercando el teléfono a mi oído mientras Venita Benedict, la abogada amiga de David, me daba las malas noticias.

—Pero aquí está el problema; el contrato que firmaste era muy específico en lo que se refiere al menú. No digo que no tenga remedio. Cabe la posibilidad de que te encuentres con un juez comprensivo —dijo, aunque su tono de voz indicaba lo contrario—. Pero, aunque así fuera, no estoy segura de que merezca la pena. Por lo que me has contado, el novio parece uno de esos tipos a los que les encanta llevar a la gente a los tribunales, de los que gastan más en abogados de lo que vayan a ganar con una sentencia a su favor, diciéndose que lo hacen por «principios» cuando en realidad es por poder. Lo siento, Esme. Ojalá pudiera ser más optimista.

—No pasa nada —le dije—. Lo comprendo. Y agradezco tu ayuda. ¿Puedes enviarme la factura a Nueva York?

—No te voy a cobrar nada por una consulta —me dijo—, sobre todo si eres amiga de David y Yolanda. Si me envías una copia del contrato que tenéis, incluiré una cláusula que te proteja en el futuro. No debería costar más de un par de cientos de dólares.

—Lo haré. —Suspiré—. De los errores se aprende, supongo.

—Desgraciadamente, así es como suelen funcionar estas cosas.

Colgué el teléfono. Cuando me di la vuelta, Robyn estaba prácticamente encima de mí.

—¿Qué te ha dicho?

—¿En dos palabras? Que por mucho que la gente disfrutara de la comida, nos quedamos cortos a la hora de servir el menú que figuraba en el contrato, así que no nos debe nada.

—¿Qué? ¿Nada?

—Ni un centavo más. Venita no llegó a decirlo, pero tuve la sensación de que pensó que era una suerte que no nos pidiera que le devolviéramos el depósito.

Robyn empezó a caminar de nuevo.

—Espera un momento... Así que después de todo ese trabajo, después de cómo nos hemos matado todos para organizar una boda absolutamente preciosa, ¿este payaso puede simplemente decidir que no paga el resto de su factura e irse de rositas?

—Más o menos.

El día había empezado tan bien, tan rebosante de esperanza y posibilidades... Ahora sentía

que todo se desvanecía, gota a gota. Robyn había dejado sus cigarrillos sobre el escritorio. No fumo, pero saqué uno del paquete y lo encendí. Supongo que hay una primera vez para todo si estás lo bastante desesperado. Y hoy debía de ser el día. Porque en cuanto di la primera calada, Robyn se hundió en la silla frente a mí e hizo algo que nunca hace: intentar ver el lado bueno de las cosas.

Era realmente insoportable.

—Bueno, aprendimos mucho —dijo—, así que eso que nos llevamos. Y al menos no perdimos dinero en comida o nóminas. Lo cubrió el depósito, además de muchas de las reformas. Habríamos tenido que hacerlas de todos modos, porque vamos a celebrar más bodas. En cierto modo, salimos ganando.

—No cubre los cuarenta mil dólares extra que puso Dawes —le recordé.

—Pero no está aquí para cobrarlos, así que, ya sabes... —dijo, extendiendo las manos—. Tal vez sea mejor que haya desaparecido.

No era mejor que Dawes hubiera desaparecido. De haberse quedado nada de esto habría pasado. Y sí, llegar al punto de equilibrio con la comida y el personal era indudablemente mejor que no hacerlo. Pero como los beneficios que ahora no íbamos a percibir me habrían restituido el dinero con el que contaba para mantenerme hasta que encontrara otro trabajo, definitivamente no era mejor para mí.

—¿Le has preguntado a la abogada qué hacemos si Dawes vuelve? —preguntó Robyn.

Con la actual crisis había dejado aparcada mi preocupación por Dawes, pero Robyn tenía razón. Tenía que hablarle de él a Venita. Porque si Dawes entraba por la puerta a corto plazo, las posibilidades de que yo necesitara un abogado eran extremadamente altas.

¿Podría Venita defenderme por agresión física con resultado de lesiones? Parecía que lo suyo era más el derecho contractual.

—Se lo preguntaré más adelante —le dije.

Robyn estiró la mano y movió los dedos. Le pasé mi cigarrillo. Dio una calada y me lo devolvió. Di una calada larga y profunda. El humo me escocía los pulmones, pero era lo que quería en ese momento. Robyn continuó con su recitado optimista:

—Mira —dijo en tono práctico—, puede que Martin no estuviera contento, pero a todo el mundo le encantó. Esa agradable pareja de Charlotte que se fue justo antes de que tú aparecieras dijo que era la mejor boda en la que habían estado. Se va a correr la voz, ya lo verás. Ya tenemos dos bodas reservadas para el año que viene. Te apuesto diez pavos a que, al final, conseguiremos como mínimo una recomendación de ayer.

—¿Podemos dejar eso para otro momento? Me estoy autocompadeciendo.

—Lo sé, basta. —Se encogió de hombros—. Vale, puede que las cosas no salieran como habíamos planeado. No es el fin del mundo. Quiero decir, las cosas siempre pueden ser peores, ¿no?

—¡No digas eso! ¡Nunca digas eso!

Robyn frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—¡Porque sí! Las cosas siempre pueden empeorar —dije, apoyando ambas manos en el escritorio e inclinándome hacia ella—. Decirlo en voz alta es solo... Es tentar al destino.

Robyn puso los ojos en blanco y movió los dedos para indicarme que necesitaba otra calada, dijo algo sobre que la gente que había ido a la universidad debería estar lo suficientemente formada como para no caer en supersticiones y, básicamente, me ignoró.

Puede que fuera superstición, una coincidencia, o que habíamos tentado al destino. Lo único que sé es que, antes de que acabara el día, las cosas empeoraron.
Mucho.

Capítulo 27

Estaba en la cafetería, hablando con Jamie, que se había presentado para preparar el desayuno después de haber trabajado hasta la medianoche el día anterior.

—No se preocupe, señorita Esme. Mientras no le importe ceñirse al menú que elaboraron el señor Cahill y el señor Wilson, creo que puedo encargarme de todo hasta que encuentre un nuevo chef. Lo único —dijo, con cara de disculpa— es que tengo que volver a la escuela después del Día del Trabajo.

Una ola de alivio me invadió.

—Por supuesto. Ningún problema. Solo necesito ganar un poco de tiempo. Jamie, no sé qué habríamos hecho sin ti estos últimos días. Si alguna vez necesitas una recomendación para un trabajo, o para la escuela, puedes contar conmigo.

A Jamie se le iluminó la cara.

—¡Gracias! Me estaba planteando intentar entrar en la escuela de cocina cuando me gradúe y...

El tintineo de una vieja campana que George había montado en un marco de troncos años atrás para que sirviera de alarma en caso de incendio interrumpió la frase de Jamie. Me volví hacia el sonido, luego caminé rauda hacia la puerta y me quedé en el umbral, buscando señales de humo o llamas. Por un momento pensé que se trataba de una falsa alarma, que algún listillo había hecho caso omiso del cartel que rezaba que la campana solo debía sonar en caso de emergencia. Pero cuando vi a un grupo de huéspedes de aspecto agitado cerca del muelle, supe que algo iba mal y corrí hacia la orilla del lago tan rápido como pude.

Jamie corría más que yo. Me adelantó por el camino y, cuando llegué, ya se había abierto paso entre la multitud, creando un pasillo entre la asamblea de espectadores boquiabiertos. Había tantos que no pude distinguir lo que ocurría hasta que salí de entre el tumulto de cuerpos y vi una pequeña barca de pesca, no mucho más grande que un bote, avanzando lentamente, hundiéndose en el agua. Un hombre corpulento estaba sentado en la parte trasera con la mano en el timón, y los otros tres ocupantes eran el abuelo y la nieta, a los que había visto cargar sus bártulos aquella mañana, y George. Los tres estaban empapados y parecían agotados.

—¡George! —grité mientras se acercaban al muelle—. ¡Dios mío, George! ¿Estás bien?

—No te preocupes, criatura, estamos bien —dijo George, con una sonrisa en la cara—. Perdí mi sombrero de la suerte en el fondo del lago, pero, aparte de eso, todo está bien.

El corpulento capitán apagó el motor. George lanzó un cabo a Jamie, que rápidamente amarró la embarcación y subió a la nieta al muelle. George y el capitán fueron a ayudar al abuelo de la nieta, que parecía un poco aturdido.

—Eso es, Jerry —dijo George, colocando su brazo bajo el codo del anciano para sostenerlo mientras salía del bote—. Tómate tu tiempo. No hay prisa. Lo estás haciendo muy bien.

Robyn llegó al lugar cargada con un montón de mantas.

—Alguien dijo que un bote volcó y que tres personas terminaron en el... ¡Papá! —gritó al darse cuenta de que George era uno de los tres—. Papá, ¿estás bien?

—Estoy bien. Preocúpate por ellos —dijo, haciéndole un gesto con la mano y señalando a Jerry y a la niña—. Tal vez convendría llamar a un médico, solo para quedarnos tranquilos.

—El 911 ya está en camino —dijo.

Robyn envolvió con mantas los hombros de la niña y de su abuelo, Jerry. Alguien encontró un cubo y le dio la vuelta para que Jerry pudiera sentarse. Parecía estar bien, pero muy pálido. Pensé que probablemente solo estaba asustado, pero esperaba que los sanitarios no tardaran en llegar.

George subió al muelle. Le di una manta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada por lo que valga la pena alterarse —dijo George—. Jerry se lio un poco, accidentalmente puso el motor en reversa y terminó golpeando una roca. Los saqué a él y a Louise del agua, eso es todo.

—Hay algo más que eso —comentó el corpulento capitán, acercándose y dándole una palmada en la espalda a George—. Soy Chuck —se presentó—. Y tu abuelo es un héroe. Sí, lo eres —se corrigió Chuck cuando George empezó a protestar.

»Esa roca era irregular y Jerry la golpeó con fuerza —me dijo—. Hizo un gran boquete en el casco. La barca se hundió rápidamente. George vio lo que pasaba y se acercó lo más aprisa que pudo, pero al tratar de ayudarlo a subir a su barca, Jerry entró en pánico. Cuando quisimos darnos cuenta, la lancha de George había volcado y los tres estaban en el agua. Yo estaba lejos, pero lo vi todo —añadió levantando la mano—. Jerry no paraba de intentar subirse encima de George; sinceramente, pensé que acabaría ahogándolos a los dos. Aún no sé cómo, George consiguió que se calmara y se agarrara al casco volcado. Gracias a Dios, aunque no era una gran nadadora, la niña sabía flotar. Creo que también ella empezó a entrar en pánico, pero entonces George braceó hasta ella, la cogió y la trajo de vuelta a la barca. Los recogí tan rápido como pude. Pero te diré una cosa —dijo él, sacudiendo la cabeza y mirando hacia Jerry y la pequeña Louise, que estaban siendo atendidos por Robyn y algunos otros transeúntes—, si George no hubiera estado en la escena, esto podría haber acabado siendo una auténtica tragedia.

—Le estás dando más importancia de la que tiene —dijo George, agitando la mano en dirección a Chuck—. Nunca creas a un pescador, Esme. Siempre están contando historias.

El zumbido de las sirenas sonaba en la distancia, haciéndose más fuerte a cada segundo que pasaba. Pasé el brazo por los hombros de George y le di un apretón, en parte para demostrarle mi afecto y en parte para ayudarlo a entrar en calor. Empezaba a temblar un poco.

—En este caso, me inclino a creerle. Te mereces una medalla, George.

—De momento me conformaría con una taza de café caliente. Y tal vez una siesta —dijo, con aspecto repentinamente fatigado. Dejó escapar un suspiro y se secó la frente—. Eso es todo lo que un carcamal como yo puede aguantar en un día.

Llegó la ambulancia. Dos sanitarios uniformados bajaban trotando por la colina hacia el lago, uno de ellos con un gran botiquín. Robyn, que estaba arrodillada frente a Louise, susurrándole algo al oído, miró hacia mí por encima del hombro.

—¿Por qué no llevas a George a casa y le ayudas a ponerse ropa seca? Yo me ocupo de todo aquí abajo.

—Llevo ochenta y seis años poniéndome mis propios pantalones —replicó George—. No necesito la ayuda de Esme.

—¿Qué tal si subo al refugio contigo? —sugerí, haciéndome a un lado para dejar paso a los sanitarios antes de escoltar a George por el muelle—. Y puedes contarme la historia de nuevo, esta vez desde tu punto de vista.

—No hay mucho que contar. Chuck acertó en casi todo. Pero me asusté bastante durante un par de minutos, no me importa admitirlo.

Entrelacé mi brazo con el suyo mientras subíamos por la orilla.

—Me alegro de que hayas decidido ir a pescar esta mañana.

—Yo también —dijo George—. Solo lamento una cosa. El pez que pesqué cayó por la borda al volcar la barca. La lubina más grande que jamás hayas visto. Lo juro —añadió, levantando la mano mientras desenganchaba su brazo del mío—, ese cabrón pesaba seis kilos como poco. Habría batido mi antiguo récord, pero ahora no tengo forma de demostrarlo. Solo seré un pescador más contando historias sobre el que se escapó. —Suspiró—. Era una belleza.

—Habrá otros récords.

—No. Mis días de batir récords han quedado atrás —dijo George, ralentizando notablemente el paso a medida que la colina se hacía más empinada. Volvió a suspirar—. Sin embargo, habría sido una buena manera de marcharse, la captura de ese pez.

—Oh, no vas a ir a ninguna parte —dije, poniendo los ojos en blanco—. Y si había que elegir entre Jerry y su nieta o el pez, me alegro de que se haya escapado.

—Yo también —dijo George.

—Además, ¿cuántos complejos pesqueros pueden decir que tienen su propio socorrista de ochenta y siete años? Eres una fuerza de la naturaleza, George. Una fuerza de la naturaleza.

Le sonreí y le di unas palmaditas en el brazo, preguntándome por un segundo si debía contarle mi desagradable encuentro con Martin Waddell, y resolviendo finalmente que podía esperar, y le pregunté qué le apetecía comer, bromeando con que podía elegir entre chili o perritos con chili.

En lugar de responder a la pregunta, George se detuvo en seco. Su rostro se contorsionó de dolor y gotas de sudor brotaron de su frente. Le cogí las manos.

—¿George? George, ¿qué pasa?

—Yo no... Yo no... —George se estremeció de angustia, mostrando los dientes en un grito silencioso. Se agarró el brazo izquierdo y cayó al suelo.

—¡George!

Me arrodillé a su lado, con el corazón palpitante. No respondía, pero seguía respirando. Me levanté de un brinco y me volví hacia la multitud que seguía en el muelle, llevándome las manos a la boca y gritando:

—¡Ayuda! ¡Necesitamos ayuda!

Capítulo 28

Los hospitales son mundos en sí mismos.

En los cuatro días transcurridos desde que las puertas de urgencias se abrieron con un suave silbido y crucé el umbral de este mundo, he estado absorta. Al otro lado de la frontera, en ese otro mundo, las noticias saltan como siempre lo han hecho, con incontables millones de teléfonos alertando a incontables millones de ojos de la última crisis, o escándalo, o atrocidad. Aquí, nada de eso importa. Las cosas que una vez creí que me importaban no traspasan estos muros.

Ahora, solo existe este mundo, esta habitación, este día, este momento, esta respiración.

Incluso mientras sueño y espero y rezo —lo hago con un fervor que me era ajeno hasta ahora— por volver al viejo mundo con George a mi lado, una parte de mí está extrañamente agradecida por este exilio, este tiempo aparte.

Aquí todo es beis, y el ambiente, extraordinariamente anodino —el papel pintado, las cortinas, las alfombras, la comida, la música de los ascensores...— y específicamente elegido por su incapacidad para llamar la atención. La atención es muy valiosa aquí. Y aunque a veces los minutos parecen días y los días minutos, el tiempo también lo es. No hay que malgastar ni una gota de la primera o el segundo en prestar atención a otra cosa que no sea al ser amado que yace en cama, el querido compañero que se debate próximo a la frontera con el otro mundo, luchando por respirar o por curarse, por quedarse o por irse.

La atención es preciosa. El tiempo es precioso. Durante cuatro días, gasté todo el que tenía en George.

La gente entra y sale, trayendo pastillas y jeringuillas, bolsas nuevas de fluidos, flores y tarjetas, buenos deseos o informes sombríos. Sé que están ahí, pero, como las cortinas y el papel pintado, no son más que ruido blanco y fondo. Para mí, en estos días, solo existe George.

Él duerme y yo lo vigilo. Se despierta y le hablo. Se cansa y le leo. Empiezo con una novela que he encontrado en una estantería de la sala de espera, luego sigo con artículos de revistas. Ninguna de las dos cosas le llama la atención.

Robyn reparte su tiempo entre el hospital y el refugio, vigilando todo, corriendo de un plato giratorio a otro, haciendo cuanto puede para evitar que se estrellen. Siempre trae cosas consigo, ropa limpia para mí, la almohada favorita de George, un pequeño envase de helado de vainilla que espera le tiente a comer. Cuando me trae el portátil, enciendo el ordenador y empiezo a leer el libro en voz alta.

Le calma y le tranquiliza. Su cara y sus miembros se relajan y su respiración se vuelve más uniforme. Con eso bastaría, con que estuviera bien. Sin embargo, no tarda en involucrarse en la historia, riendo en los momentos divertidos, tragando saliva o incluso llorando en las partes

tristes, instándome a seguir leyendo incluso cuando sé que está cansado. Está pendiente de cada palabra, absorto en cada escena.

A veces parece recordarlo todo muy bien. En dos o tres ocasiones, incluso termina una línea de diálogo por mí, pronunciando las palabras casi tal y como yo las he escrito. Eso me hace saber que ha valido la pena, que he sido un escriba fiel. Otras veces, todo parece completamente nuevo para él. Cuando hago una pausa para beber un poco de agua o insisto en que duerma un poco, me agarra la mano y me pregunta:

—¿Qué crees que pasará después?

Pero siempre quiere más. En cuanto se despierta, o el médico se va, o la enfermera le quita el manguito de la tensión, me mira y me dice:

—Lee la historia.

No una historia, la historia. Para George, ahora solo hay una.

La atención es muy valiosa aquí. El tiempo, aún más.

Cada vez que George cede a regañadientes a la demanda de descanso de su cuerpo, me siento en un rincón y escribo, tecleando lo más silenciosamente que puedo, trabajando en el capítulo que sé que él está esperando oír, con la esperanza de que haya tiempo para terminar. George tiene prisa. Necesita saber lo que pasa, no hay tiempo que perder. Está más débil al cuarto día. El médico no tiene que decírmelo, puedo verlo en los ojos de George. La chispa sigue ahí, pero la llama parpadea.

—Lee la historia —me ordena, y así lo hago, durante horas, hasta que llegamos al último capítulo, a la escena final.

Está tan quieto mientras leo que, por un momento, me pregunto si se habrá dormido. Pero cuando digo «Fin» y levanto la vista de la pantalla, me mira con ojos acuosos y brillantes.

—Qué historia tan maravillosa —dice—. Maravillosa. ¿De quién es?

Le cojo la mano con los ojos llorosos.

—Es tuya, abuelo. Tuya y de Adele.

Sus labios se estiran en una sonrisa y, por un instante, su rostro parece iluminado desde dentro, incandescente. Luego exhala profundamente, se acomoda en la almohada y cierra los ojos.

—Así es —murmura—. Así es. Ahora lo recuerdo. Qué historia tan maravillosa. Todo, cada momento, fue... maravilloso.

Capítulo 29

Adele solía decir que George podía pasar por un peaje y salir con una relación. Exageraba, pero no mucho.

Casi todos los que conocieron a George lo consideraban un amigo. Yo siempre lo había sabido. Pero no comprendí lo grande que era su sombra hasta aquel día.

El servicio religioso en la capilla fue privado, solo asistimos Robyn y yo y un puñado de personas más, en su mayoría empleados de larga duración del complejo y algunos de los amigos más íntimos de George. Pero la recepción estuvo abierta a todo el mundo.

Cientos de personas acudieron a presentarle sus respetos, algunas condujeron cientos de kilómetros para asistir, amigos que conocía desde hacía años y otros a los que conocía desde hacía poco. El señor y la señora Wilson, que habían celebrado cincuenta y tres aniversarios en el refugio, estaban allí. También estaba Jackson LeRoy, un veinteañero dependiente de la tienda local de pesca con mosca, que había conocido a George cuando fue a comprar un carrete nuevo el verano anterior.

A nadie le gustaba tanto una buena fiesta como a George, y eso es lo que le dimos, una despedida que fue a la vez un homenaje y una barbacoa de postín. Cerramos la cafetería y trajimos comida de un ahumadero local para que el personal pudiera asistir, una comida que a George le habría encantado —costillas de cerdo, pavo ahumado, pan de maíz, sémola de queso y col—, servida con té helado, cerveza o cócteles Old Fashioned, estos últimos servidos y mezclados personalmente por Oscar, que había volado desde Nueva York nada más enterarse y que fue de gran ayuda.

Sin que yo se lo pidiera, Oscar y Jamie se levantaron temprano para colocar veinticinco mesas y doscientas cincuenta sillas en el patio, con la misma disposición que habíamos utilizado para la boda de los Waddell. Casi todas las sillas estaban ocupadas.

A petición nuestra, los invitados evitaron el negro y se vistieron con colores brillantes: morado, rosa, turquesa, verde lima, rojo camión de bomberos, amarillo taxi y otros cien tonos vivos. Verlos y sentirme así me hizo pensar en la colcha de Adele, con su miríada de colores, «chocando unos con otros en el centro, exactamente tal y como han estado haciendo mis emociones en estos últimos días».

Eso lo resumía todo.

Pero creo que George lo habría aprobado. La fiesta duró horas. Daba la impresión de que todas las personas que George había conocido en su vida habían venido, casi todas con una historia que querían compartir. Perdí la cuenta de todos los que se acercaron a dar el pésame y luego dijeron: «¿Has oído hablar de la vez que George...?», lo cual fue maravilloso. Las historias que

había oído antes merecían repetirse, y las que eran nuevas para mí no hacían sino aumentar mis recuerdos, así que todo estaba bien.

Bueno, casi todo.

Dawes no hizo acto de presencia. No me sorprendió; probablemente ni siquiera sabía que George había muerto. Empecé a escribirle un mensaje de texto, pero me detuve a mitad y lo borré, sintiendo un nuevo arrebato de ira al recordar el momento en que entré en su cabaña vacía sin encontrar más que un montón de recetas y una nota. Si George le importara tanto como decía, no se habría marchado, ¿no?

Con todo, una parte de mí seguía esperando levantar la vista y verle entre la multitud. De haber aparecido, me habría costado decidir qué hacer primero: escupirle en los zapatos o abofetearle. Sin duda fue mejor para todos que no viniera, pero aun así... su ausencia fue la nota negativa de un día emotivo, pero conmovedoramente bueno.

Poco antes de la puesta de sol, el señor Wilson repartió puros. La gente los encendió y, de pie en la playa, cantó la canción de Willie Nelson favorita de George, *My Heroes Have Always Been Cowboys*, que parecía la guinda perfecta para acabar.

Habría deseado que George se quedara con nosotros muchos años más. Robyn sentía lo mismo. Estuvimos con él hasta el final, cogiéndole las manos, asegurándole que podía irse si lo necesitaba, intentando ser valientes, prometiéndole que estaríamos bien y que nos cuidaríamos mutuamente. Cuando dejó de respirar y se nos fue, rompimos en sollozos, pero llorábamos por nosotras, no por George. Robyn y yo hemos hablado mucho estos últimos días, quizá más que nunca en nuestra vida. Y aunque siempre le echaremos de menos, ambas sabemos que se fue exactamente cuando y como debía.

Por duro que sea decir adiós, hay una dolorosa gratitud en saber que nuestro más ferviente deseo hacia George se ha cumplido, que fuera quien era hasta el final y dejara la vida tal y como la había vivido, heroicamente, un poderoso roble que se estrella contra el suelo de golpe y con fuerza, dejando un colosal vacío en el lugar donde otrora había estado.

Mi héroe siempre ha sido George. Y así lo recordaré el resto de mi vida.

Carl había estado escuchando durante un buen rato, sin hacer ningún comentario, limitándose a dejar que me explayara, que era lo que yo necesitaba hacer. Cuando terminé, dejó que se hiciera el silencio entre nosotros unos instantes antes de empezar a hablar.

—Eso es hermoso, Ez. Sé que aún no estás preparada, pero, en algún momento, deberías escribir todo eso. Eres buena escritora, Esme. Lo digo en serio.

Carl es uno de mis amigos más queridos y siempre lo será. Nunca me ha aconsejado mal ni me ha mentado. Cuando me dijo que pensaba que yo era una buena escritora, supe que era sincero. Pero como conozco a Carl tan bien y desde hace tanto tiempo, y puedo leer con precisión cada una de sus pausas e inflexiones vocales, sabía que su preocupación por mí tras la muerte de George no era la única razón por la que me había llamado.

—Lo estás leyendo.

—Sí. Eres una muy buena escritora, Esme.

—Eso ya lo has dicho —le recordé—. Entonces, ¿por qué siento que se acerca un «pero»?

—Has hecho un gran, grandísimo trabajo aquí. Pero...

No pude evitar sonreír ante su pausa preñada, un guiño al jarro de agua fría que ambos sabíamos estaba a punto de caerme encima.

—Es un libro terriblemente intimista, Esme. Lo que vende ahora son todo grandes ideas, libros que puedes explicar en una sola frase, con enormes giros argumentales, escenarios exóticos, líneas claras entre el bien y el mal.

—Como el libro de Oscar —dije.

—Como el libro de Oscar —repitió—. No es el mejor año para la sutileza. Y tu historia es...

—Intimista —le dije, ahorrándole la molestia de repetirlo, sintiéndome casi más dolida por él que decepcionada por mí.

Decirle a un escritor que su obra no está a la altura nunca es fácil, sobre todo cuando se trata de un amigo.

—Está bien, Carl. Lo pillo. Y lo entiendo. Quiero decir, no es que sea la primera vez que me rechazan, ¿no? —dije, sonriendo—. Pero ¿sabes en qué sentido es la primera vez para mí? Esta vez, no escribía para ganar dinero o hacerme un nombre, sino solo porque había una historia que necesitaba ser contada y sabía que yo era la indicada para hacerlo. Esta vez, estoy orgullosa de lo que he escrito.

—Debes estarlo —dijo Carl—. Creo que tu abuela también habría estado orgullosa. Y, quién sabe, dentro de unos años, quizá lo intimista vuelva a estar de moda, entonces podremos encontrar un público para este libro.

—Tal vez. ¿Pero sabes una cosa? Creo que la historia de Adele ya encontró su público: George. —Hice una pausa momentánea, reflexionando sobre aquellos últimos días en el hospital, el ansia de mi abuelo por saber cómo acababa la historia, la forma en que se aferraba a cada palabra—. No es algo que no pueda probar, pero estoy convencida de que Adele sabía que la memoria de George se estaba desvaneciendo antes que el resto de nosotros, quizá incluso antes que el propio George, y quería que yo escribiera su historia para que él no la olvidara, incluso después de que ella se hubiera ido.

—Bueno..., ¿quién sabe? Verdad o no, es una buena historia —dijo Carl—. Y la cuentas bien.

—Gracias. Te lo agradezco —dije, y acto seguido cambié a un tono más animado y profesional—. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a contratar a un nuevo chef y rellenar más solicitudes de empleo.

—Vale. Pero antes —dijo Carl—, hay algo más de lo que deberíamos hablar.

Capítulo 30

—¿En serio?

Por un momento, pensé sinceramente que el comentario de Robyn era una frase de ánimo, como a veces sucede cuando estás compartiendo una buena noticia y la persona con la que hablas te dice: «¿En serio? ¡Vaya! Me alegro por ti».

Pero después de mirarla a los ojos, supe que no era eso. Lo cual era irritante.

Porque esto era bueno para mí, muy bueno.

Las prestaciones no eran tan generosas, pero el sueldo que Carl me ofrecía era el mismo que ganaba en DM, y tendría una semana más de vacaciones. Y aunque es probable que trabajar como agente literario no hubiera sido mi primera opción profesional, era un trabajo en el mundo del libro que me pagaría el alquiler. El hecho de volver a trabajar con Carl era otra gran ventaja.

También trabajaría con Oscar, lo que, según el día, podía ser bueno o malo. Pero él era en parte la razón por la que Carl quería y podía permitirse contratarme. Aunque Oscar no había terminado el manuscrito, a una prestigiosa editora le encantó lo que había leído hasta el momento y le hizo una oferta por adelantado, ofreciéndole un lucrativo contrato por tres libros. En cuanto se corriera la voz, otros autores llamarían a la puerta de Carl para que los representara. De modo que no me estaba haciendo ningún favor. De hecho, la forma en que lo planteó sonaba más bien como si yo se lo estuviera haciendo a él.

—Ahora tengo más trabajo del que puedo manejar —dijo Carl—. Cuando anunciemos el contrato con Oscar, será aún peor. Es un buen problema, pero sigue siendo un problema. Necesito a alguien preparado que pueda ocuparse de Oscar. Te necesito, Esme. Por favor, di que sí.

Por supuesto, dije que sí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era Carl.

Además, cuando Carl dijo que debíamos hablar, yo estaba a punto de enviar una solicitud para un puesto de editora en una pequeña editorial de ensayo de corte *new age*: un puesto y un salario inferiores por editar libros sobre temas que conocía y que no me interesaban lo más mínimo. Así que la oferta de Carl fue algo bueno para mí, un regalo del cielo. Cualquier otra madre habría estado encantada.

Salvo Robyn Cahill.

—¿Lo dices en serio? —volvió a decir y se me quedó mirando, como si en realidad esperara que me echara a reír y dijera que no, que todo era una gran broma—. Así que te vas. Así de fácil.

¿Así de fácil? ¿Lo decía en serio? ¿Cuánto tiempo más pensaba que me iba a quedar?

—Llevo aquí tres meses, Robyn. Tres meses.

—Y ahora que George se ha ido, simplemente desapareces, me borras de tu vida, como si

fuera un personaje menor que no encaja en la historia que quieres contar o en la vida que desearías haber tenido...

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—Robyn, ¿de qué estás hablando?

—¡De ti! —espetó—. ¡Estoy hablando de ti! Me sacaste de tu vida, no viniste a visitarme cuando estaba dentro, te fuiste a Nueva York una semana antes de que saliera. Nunca venías a casa a menos que tuvieras que hacerlo porque eso significaba verme a mí también, lo cual era una razón más para que se sintieran decepcionados conmigo —gritó, en un tono que rozaba el histerismo—. Por mi culpa, no podían verte. ¡Tú tomaste la decisión, pero de alguna manera todo fue culpa mía! Estoy hablando de no sentirme nunca perdonada, independientemente de lo que haga o de lo mucho que lo intente, y tú simplemente... me borras —dijo, golpeando el aire con ambas manos—, como si no existiera. Como si nunca hubieras tenido una madre...

Hasta que Adele llegó a mi vida, no tenía una madre, no una con la que pudiera contar. El trauma de mi infancia dejó marcas que ni siquiera el amor y la seguridad de mis abuelos podrían borrar del todo, pero no era una conversación que quisiera tener en este momento, ni nunca. Lo que había que hacer era centrarse en el aquí y ahora, afrontar los hechos y responder de forma racional y adulta. Como siempre sucedía cuando tenía que interactuar con mi madre, la tarea recaía en mí.

—Robyn —le dije con calma, interrumpiendo su diatriba—, hace tres meses me pediste que saneara económicamente el refugio. A pesar de tener que lidiar con un montón de problemas propios, eso es lo que hice. Perdón, eso es lo que hicimos —rectifiqué—. George no ha vivido tanto como esperábamos, pero se ha ido como queríamos que se fuera. De la mejor forma posible, feliz y en paz, feliz porque el refugio está mejor que nunca, y en paz porque sabía que tu futuro estaba asegurado.

Sí, ¿y crees que me concedía algún mérito por ello? ¿Un mínimo de agradecimiento? Su actual seguridad económica era un resultado directo de mi actual inseguridad financiera. Lo cual explicaba en gran parte por qué necesitaba volver a Nueva York lo antes posible.

—Ahora estás a salvo —le recordé.

Su risa tenía un matiz amargo.

—¿A salvo para qué? ¿Para pasar el resto de mis días sola en el campo, limpiando retretes y vendiendo gusanos? ¿Sin vida? ¿Sin familia? —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos—. Sé que no querías venir aquí —dijo, encendiéndose uno—. Que solo viniste porque no tenías dinero y no podías pagar el alquiler. Y la verdad es que yo no quería que vinieras. Me había acostumbrado a cómo eran las cosas, a que me importara un bledo si yo te importaba o no.

Hizo una pausa para dar una calada rápida a su cigarrillo.

—Este verano no ha sido fácil, pero tampoco ha sido tan horrible como pensaba. Tenía la sensación de que tal vez tú y yo empezábamos a conocernos de nuevo, de que por fin habíamos llegado a una tregua y podríamos tener al menos algún tipo de relación. Y estaba contenta. Me sentía bien, ¿sabes? Trabajando en algo juntas, realmente empecé a pensar que me respetabas, que incluso puede que te gustara un poco.

Por sorprendente que fuera estar de acuerdo con Robyn en algo, mis sentimientos habían sido casi idénticos. O lo habrían sido si se hubiera detenido justo ahí.

—Pero ahora desearía que te hubieras quedado donde estabas. Vienes aquí, nos metes a saco en el negocio de las bodas, del que no sé nada, y luego, en cuanto George muere, me abandonas,

me dices que te vuelves a Nueva York y me dejas con el agua al cuello.

—¿Abandonarte? ¿Abandonarte a ti? —Me reí, pero no porque fuera gracioso—. En esta habitación solo hay una persona que ha abandonado a otra, y no soy yo.

—Nunca te abandoné —dijo, apuñalando el aire—. Ellos te apartaron de mí.

—¡Sí! —grité—. ¡Porque me abandonaste! Me dejaste con esa vecina que se pasaba el día viendo concursos de la tele en un apartamento que olía a pescado frito, saliste a pillar droga, ¡y nunca volviste!

—¡Porque me arrestaron! —gritó—. Y salí a entregar drogas, no a pillarlas.

Suelto otra carcajada incrédula. ¿De verdad creía que eso mejoraba las cosas?

Robyn se llevó el cigarrillo a los labios y dio una calada enorme.

—Fue una estupidez —dijo después de exhalar el humo—. Si pudiera volver atrás y cambiarlo, lo haría. Pero en aquel momento me pareció la única opción. Llevaba dos meses de retraso en el alquiler y estaban a punto de desahuciarlos.

—¿Y por qué no te buscaste un trabajo?

—Tenía un trabajo —replicó—. Quizá no lo recuerdes, Esme, pero tuve muchos trabajos, trabajos sin futuro con el salario mínimo. Porque si no te has graduado en el instituto y apenas sabes leer, esos son los trabajos que puedes conseguir. Di lo que quieras de mí, pero nunca he sido una vaga.

Eso era cierto. Incluso cuando yo era pequeña, Robyn siempre había trabajado. No parecía capaz de conservar un empleo más de un par de meses, pero siempre había tenido uno. Y este verano, había llegado a apreciar lo duro que trabajaba, dándome cuenta de que algunas de las cosas que pensaba de ella eran erróneas, de que había sido injusta juzgándola. Pero ¿acaso equilibraba eso la balanza de todo lo que había hecho y sus consecuencias?

—Si no hubiera tenido que ir a la cárcel para conseguir la ayuda que necesitaba, quizá nunca hubiera acabado allí —dijo—. Ya íbamos retrasadas con el alquiler, y luego te dio un virus estomacal y tuve que faltar al trabajo para cuidarte, así que me despidieron, otra vez. Un trabajo no me habría sacado del agujero en el que estábamos. Tenía que ganar dinero de verdad, y rápido, o nos quedábamos en la calle. Estaba desesperada. Me ofrecieron mil dólares, Ez. ¡Mil dólares solo por recoger un paquete y dejarlo!

—Un paquete de droga —le recordé.

—Sí, pero yo no sabía lo que había dentro.

Me crucé de brazos. Si esto era lo que había alegado en su defensa en el juicio, tenía claro por qué había fracasado. Nadie te paga mil dólares por entregar una *pizza*.

—Vale, está bien —dijo encogiéndose de hombros—. Pero no es que buscara una carrera como traficante. Se suponía que sería una vez, una gota que saldaría todas mis deudas y ahí se acababa todo. Benny hizo que pareciera fácil.

Claro, porque si tu exnovio, traficante de drogas y dos veces condenado, dice que algo es fácil, tienes que creerle, ¿no? Puse los ojos en blanco. Tal vez la había juzgado mal en algunos aspectos, pero esta era la Robyn que conocía demasiado bien, la que siempre tenía una excusa, fingiendo que no tenía elección cuando ambas sabíamos que no era cierto.

—¿Por qué no volviste a casa? ¿Por qué no cogiste un autobús a Asheville y les pediste a George y Adele que nos dejaran vivir aquí con ellos? Sabes que nos habrían acogido. ¿Por qué no les diste la oportunidad? ¿Por qué ni siquiera les hablaste de mí?

Apretó los labios y apartó la mirada. Por un momento pensé que iba a echarse a llorar. En lugar de eso, dio otra calada a su cigarrillo. Pareció tranquilizarla.

—Quieres explicaciones fáciles, Esme. Siempre las has querido, desde que eras así de alta —dijo, apoyando la mano en un punto a medio camino entre las caderas y las rodillas—. Lo único que puedo decirte es que tenía quince años, estaba embarazada y tenía miedo. No miedo de cómo habrían reaccionado —aclaró—, sino miedo de decepcionarlos... otra vez. George y Adele eran buenos padres. Pero cuanto más intentaban apoyarme y decirme que era inteligente, peor me sentía y menos les creía.

»Mira, sé lo que piensas de mí en lo que a hombres se refiere. Dado lo que viste cuando eras pequeña, supongo que no puedo culparte, pero no fue así, no al principio. —Me miró a los ojos, tomó aire y lo exhaló—. Tu padre se llamaba Roger Ainsworth. Tenía diecinueve años, era primo de una chica que conocí en el colegio y que había venido a pasar el verano. Creí que estaba enamorada. —Hizo otra pausa y se enjugó el ojo—. Al menos todo lo enamorada que puede estar una chica de quince años. Cuando le dije que estaba embarazada, hicimos un plan para escaparnos a Misisipi y casarnos, porque allí no necesitábamos el consentimiento de los padres.

»La noche que se suponía que nos íbamos a ir, recogí mis cosas, me escapé de casa e hice autostop hasta la parada de autobús de Asheville. Esperé durante horas. —Apretó los labios y se encogió de hombros—. Nunca apareció.

»Podría haber vuelto a casa; quería hacerlo. Pero la idea de tener que decirles a George y Adele lo estúpida que había sido era demasiado, así que cuando llegó otro autobús, me subí. No podía enfrentarme a ellos...

Desvió su mirada de la mía, como si tampoco pudiera mirarme a mí.

—Siempre tuve en mente que volvería, ¿sabes? Que algún día conseguiría un buen trabajo, compraría vestidos nuevos para las dos, un coche. Y volvería al lago con mi preciosa niña y ellos se alegrarían mucho de vernos, y estarían orgullosos de mí. Y yo estaría orgullosa de mí misma. —Dejó escapar una risa irónica y dio otra calada—. Supongo que todos sabemos cómo acabó aquello.

No puedo decir que sus explicaciones fueran del todo satisfactorias. Pero algunas de ellas tenían sentido. Recordando todas las tonterías que yo había hecho de adolescente, podía entender, en abstracto, que creyera que huir era la única opción. Pero no siempre había tenido quince años...

—¿Por qué nunca les dijiste que tenían una nieta? Si no cuando te quedaste embarazada, al menos después de que te detuvieran.

—Lo hice —dijo ella, inclinándose hacia delante, con un tono urgente en su voz—. Cuando la policía me esposó, les dije que mi hija estaba en casa de una vecina y que tú tenías abuelos en Carolina del Norte. También les di el número de teléfono del refugio. Me dijeron que los servicios sociales se encargarían; vi cómo lo anotaban todo.

Levantó una mano, como si hiciera un juramento. Pero me costaba creerla.

Después de un día entero sin noticias de Robyn, la niñera adicta a los concursos de televisión de la casa de al lado se tomó un descanso de sus programas, el tiempo suficiente para llamar a los servicios sociales. Aún recuerdo la conversación, el olor a pescado frito en la habitación, su pelo canoso y la forma en que hablaba de mí como si yo no estuviera allí escuchando cada palabra.

«Dejó a la niña conmigo y no ha vuelto. Así es. La abandonó, supongo. Bueno, no lo sé. Ha tenido muchos novios, esa. Tal vez se ha echado uno nuevo al que no le gustan los niños. O se habrá cansado de estar atada. De todos modos, será mejor que envíen a alguien a buscar a la niña. No puedo tenerla más».

Apareció una trabajadora social y se me llevó. Fui trasladada a tres hogares distintos en las cinco semanas que transcurrieron hasta que George me encontró, cinco semanas en las que había llegado a creer que las palabras de la niñera mala eran ciertas, que yo era una carga de la que mi madre se había cansado y había abandonado.

Con diez años y sola, cinco semanas son una eternidad.

Pero ¿y si la historia de Robyn era cierta? ¿Y si su mensaje se había perdido en la burocracia o si, con tantos traslados, la burocracia me había perdido la pista?

Robyn dejó caer las manos a los lados y clavó sus ojos en los míos.

—Nunca te abandoné, Esme. Tienes que creerme.

Quería dejarlo. Pero solo si era verdad.

—Si eso es realmente lo que pasó, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

Se echó un poco hacia atrás. Sus ojos se volvieron acerados y su expresión se endureció, volviendo a parecerse a la Robyn que había encontrado durante mis primeras semanas aquí.

—¿Por qué no me diste la oportunidad?

—Estaba enfadada —dije—. Y herida.

—Yo también.

Se puso el cigarrillo entre los labios, pero no aspiró, se limitó a mirarme durante un largo rato, como si intentara decidirse sobre algo.

—Debería haber intentado explicarme, disculparme. Quería hacerlo. Pero entonces, cuando salí, te negaste a verme a menos que tuvieras que hacerlo, no querías hablar conmigo. Tal vez me lo merecía. Tal vez no. Después de un tiempo, decidí mandarte al infierno. No me hablabas, así que yo tampoco te hablaría. Si eres capaz de escudarte en el enfado, el rechazo no duele tanto. Así que te descarté, igual que tú a mí, y nunca te dije lo mucho que lo sentía.

Se apartó brevemente, parpadeando de emoción, y luego volvió a mirarme.

—Me pregunto si cambiaría algo si te lo dijera ahora.

Cerré los ojos brevemente, intentando evocar la escena en mi mente, sin éxito.

—¿Sinceramente? No estoy segura.

Capítulo 31

Yolanda giró el tenedor hacia atrás y se lo metió en la boca para raspar lo que quedaba de glaseado, y enarcó las cejas.

—¿Y lo hizo?

Cuando entré en el taller para despedirme, dejar una tarta de caramelo y comunicar a Yolanda que volvería en Acción de Gracias, le dije que solo tenía diez minutos porque aún me quedaban muchas cosas por hacer antes de irme: el equipaje, revisar el nuevo contrato con el abogado y, por supuesto, contratar a un nuevo chef. Eso era crucial. Sin embargo, no sé de qué manera, el té chai acabó estando listo y la tarta cortada, y los diez minutos se convirtieron en treinta mientras le hablaba de Carl, Robyn y la disculpa.

—¿Que si ha cambiado qué? —pregunté.

—La disculpa —insistió Yolanda—. ¿Ha cambiado algo?

Robyn siempre sería Robyn y yo siempre sería yo. Ninguna disculpa podría cambiar eso ni borrar por completo todas las cosas hirientes que nos habíamos dicho y hecho. Pero si lo dices en serio, «lo siento» es una forma increíble de iniciar una conversación.

Muchas de las cosas que Robyn y yo nos habíamos dicho en los últimos dos años eran difíciles de compartir y más aún de escuchar. Con todo, fue la conversación más franca que había tenido con mi madre desde..., desde siempre. Las disculpas no son el final. Pero para Robyn y para mí, podrían ser un comienzo. El tiempo dirá.

—Algo —dije sinceramente.

—¿Pero no lo suficiente como para hacerte cambiar de opinión sobre lo de volver a Nueva York?

Yolanda parpadeó patéticamente. Puse los ojos en blanco y bebí otro sorbo de chai.

—¿Quieres dejarlo? No es que tenga muchas opciones aquí, Yolanda. Tengo que trabajar.

—Sí, bueno... No es que te haya visto por ahí sin hacer nada este verano. Creía que había trabajo de sobra para ti en el refugio.

—Bien —dije, dándole la razón—. Rectifico. Tengo que trabajar y pagar mis facturas. Dado que he invertido todos mis ahorros en el hotel y no espero recuperarlos hasta dentro de un par de años, necesito un trabajo de verdad. A diferencia de ti —señalé hacia el escaparate, donde había una población prácticamente nueva de monstruos reemplazando todos los que habían sido vendidos—, carezco del tipo de habilidades artísticas por las que la gente pagaría un buen dinero.

Yolandaladeó la cabeza, torció los labios y me miró con los ojos entrecerrados.

—Chica..., hay tantos puntos en los que no estoy de acuerdo contigo que me cuesta decidir por dónde empezar. Pero comencemos por las facturas que mencionas. Supongo que te refieres al

alquiler, la comida, los servicios, ese tipo de cosas.

—Pues sí. Hay algunos más, pero esos son los grandes.

—De acuerdo —dijo en un tono uniforme y práctico—, pero cuando vives en el lago (en una cabaña mucho más grande que tu apartamento de Manhattan, debo señalar, y con unas vistas que ni un gestor de fondos de inversión podría permitirse), no pagas alquiler ni comunidad. Así que, si te quedas aquí y ayudas a gestionar el refugio, ¿cuánto dinero necesitas ganar realmente?

La situación no era tan sencilla como Yolanda la pintaba. Pero sí, podía vivir con bastante menos aquí que en Nueva York, me lo había demostrado a mí misma durante el verano.

—¿Por qué no quedarnos aquí, dejar la carrera de ratas y ser felices? —preguntó Yolanda—. Asheville tiene muchas cosas a su favor: arte, cultura, aire puro, ocio —dijo, enumerando con los dedos los argumentos de venta— y, por supuesto, yo.

—Y de todas las razones por las que desearía quedarme, esa encabeza la lista —dije sinceramente, sabiendo lo mucho que la iba a echar de menos—. Pero trabajar es algo más que pagar facturas. Llevar un hotel y organizar bodas no es una mala forma de ganarse la vida, pero, para mí, no es suficiente.

Yolanda enarcó una ceja.

—¿Y ser agente literaria lo es? Esme, el aspecto comercial de la edición siempre fue lo que menos te gustaba del trabajo. ¿Y ahora vas a dedicarte a ello a tiempo completo?

Carl me aseguró que no me pasaría todo el tiempo negociando contratos y revisando con lupa liquidaciones de derechos de autor, que también trabajaría con escritores y puliría manuscritos. Pero sí, gran parte de la atención se centraría en el aspecto comercial de la publicación, probablemente mucho más de lo que me gustaría.

Sin embargo, Yolanda había olvidado una cosa crucial.

—Desde el primer momento en que me di cuenta de que era posible ganarse la vida creando libros, eso es lo único que siempre he querido hacer con mi vida. ¿Ser agente es el trabajo de mis sueños? No. Pero en cinco meses es el único trabajo en el mundo editorial que se me ha presentado. Quién sabe, quizá acabe gustándome más de lo que creo. Además, volveré a trabajar con Carl.

—Lo entiendo —dijo ella, asintiendo—. Carl es estupendo y tiene un gran concepto de ti, y sé que serías desgraciada en cualquier trabajo que no tuviera que ver con los libros. Pero cuando dices que careces de habilidades artísticas que realmente puedan pagarte las facturas, no te estás dando suficiente crédito.

Yolanda apartó el plato y se inclinó sobre el mostrador, clavando sus ojos en los míos.

—Esme, tu libro me pareció maravilloso. Y no —dijo, anticipándose a mi respuesta—, no lo digo solo porque seas mi amiga. Desde el momento en que Adele bajó del autobús, me metí de lleno en su historia. Me encantó ver cómo sus colchas se convertían en su biografía. Al fin y al cabo, en eso consiste el arte, ¿no? El arte es la forma que tenemos de comunicarnos cuando las palabras no bastan. Como artista, Adele me pareció fascinante. Pero, como mujer... Intentando enhebrar la aguja entre la realización, el logro y la felicidad, había tantas cosas en la historia de Adele con las que podía identificarme, con las que cualquiera podría identificarse.

»¡Y su voz! —Yolanda se llevó la mano al corazón—. Era tan fuerte, tan íntima. Tú le diste esa voz, Esme. La historia es de Adele, pero las palabras son tuyas. No conocí a tu abuela, pero sé que estaría encantada. Has terminado lo que ella empezó hace tantos años. Tu libro es hermoso. E importante.

Las palabras de Yolanda me pillaron desprevenida, me hicieron sentir un nudo en la garganta

y un dolor en el pecho, pero en el buen sentido. Que lo hubiera leído con tanta atención y hubiera visto lo que yo había visto en la historia de Adele significaba más de lo que yo podía decir, aunque lo intenté con todas mis fuerzas.

—Pero Carl tiene razón, es demasiado tranquilo.

—Está equivocado —dijo Yolanda—. Diez mil por ciento equivocado. Tu libro no es tranquilo, Esme. Es poderoso. Puede que no sea un *best seller*, o una película. Pero hay mucha gente ahí fuera que querrá leer este libro, que necesita leerlo.

Abrí la boca para hablar, para darle las gracias de nuevo y cambiar de tema, pero ella extendió una mano antes de que pudiera hacerlo. Cuando habló, fue como si supiera de antemano lo que yo iba a decirle y comprendiera cosas que me costaba verbalizar, de las que tal vez ni siquiera llegaba a ser consciente.

—No hagas eso, Esme. No desprecies el trabajo. No te desprecies a ti misma. Sé que tienes mucho respeto por Carl, pero él no lo entiende, no esta vez. Y si dejas que su opinión se convierta en tu excusa para no publicar este libro, entonces estarás haciendo exactamente lo mismo que hizo Adele, meter tu historia en una maleta y echar el cerrojo, por miedo a lo que pueda decir la gente, por miedo a ser rechazada... otra vez.

Yolanda era mi amiga y sabía que su intención era buena, pero no me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación; estaba a punto de pasarse de la raya.

—Para. Para, ¿vale? No intentes hacerme pasar por una derrotista, porque no lo soy —dije, pinchando el aire con el dedo—. Nadie lo sabe mejor que tú, porque estuviste ahí cuando pasó todo, las doscientas sesenta y ocho rondas de la ruleta del rechazo. No voy a prepararme para eso otra vez —añadí con una pequeña risa sin gracia, pensando en toda la miseria sin sentido a la que me había sometido—. Carl tiene razón; la historia es demasiado tranquila. Nadie en Nueva York va a comprar un libro sobre una anciana de Carolina del Norte que hizo un montón de colchas y las escondió en un armario durante cincuenta años.

—Y por una vez estoy de acuerdo con Carl —dijo Yolanda—. No hay ningún editor en Nueva York que esté dispuesto a arriesgarse con tu libro. Pero yo sí.

Cuando me reí, se me quedó mirando.

—Hablo en serio —dijo sacudiendo la cabeza—. Esme, quiero comprar los derechos de tu libro y publicarlo como debe publicarse, con preciosas fotos en cuatricromía de las colchas de Adele acompañando cada capítulo, dedicando el tiempo, el cuidado y el presupuesto necesarios para que este libro sea todo lo que puede y debe ser. Pero esto es solo el principio. Voy a publicar muchos libros, con historias que otros editores podrían pasar por alto o infravalorar.

Se irguió.

—Esme, voy a convertirme en editora y voy a ganar dinero con ello. Y tú también.

Hablaba muy en serio. Yolanda no estaba hilando un sueño, estaba haciendo una declaración. Tenía una visión, publicar pequeñas o medianas tiradas de libros de gran calidad, todos ellos en tapa dura y con abundantes ilustraciones, y venderlos en librerías selectas y canales no tradicionales, museos, galerías, lugares históricos y otros establecimientos similares.

—Nada de escatimar —me dijo—. Los libros serán obras de arte en sí mismos, tan bellos como las historias que contienen, que tú te encargarás de seleccionar y editar, trabajando con los autores para pulir cada manuscrito hasta que brille con luz propia. Como sucede con otras obras de arte, cada título tendrá una tirada limitada, piensa en ellos como si se tratara de grabados numerados o pequeñas añadas de vino. La escasez los hace más valiosos, al igual que el hecho de que estén destinados a entendidos, personas que valoran los libros como los coleccionistas de

arte valoran los cuadros, o los monstruos de ganchillo de edición limitada —añadió—. Esa es la razón por la que podremos cobrar más por nuestros libros que con títulos estándar, y por la que ciertas personas, suficientes —me aseguré—, estarán encantadas de pagar.

Después de haber trabajado tanto tiempo en la edición comercial, tenía algunas dudas y muchas muchas preguntas. Y Yolanda tenía las respuestas. No se trataba de un capricho; la idea se le había ocurrido quince años atrás, cuando ambas trabajábamos en DM. Pero nunca le había dicho nada a nadie, ni siquiera a mí. Y aunque lo había pensado muchas veces a lo largo de los años, nunca había dado ningún paso para convertir su sueño en realidad, no hasta ahora.

—Tenía muchas excusas —dijo—. Algunas bastante convincentes. Entonces empecé a leer la historia de Adele y se me encendió la bombilla. Solo había una cosa que me frenaba: el miedo a fracasar. Eso es lo que tu libro hizo por mí, Esme, me ayudó a superar el miedo y a tomar la decisión de arriesgarme a hacer lo que realmente quiero. Eso es lo que hará con mucha gente.

»Cuando pasé la última página —añadió gravemente—, lo supe, ¡simplemente lo supe! Que tu libro sería el primero publicado por Loblolly Press, y que tú ibas a ser mi socia y la editora literaria. Toma, echa un vistazo a esto.

Yolanda me entregó una carpeta azul con un plan de negocio de veinte páginas que incluía presupuestos operativos para los cinco primeros años, con proyecciones de pérdidas y ganancias para el mismo periodo. El plan preveía pérdidas durante tres años, un punto de equilibrio en el cuarto y un beneficio decente en el quinto. Estaba muy bien pensado, al menos sobre el papel. Y, gracias a los monstruos, tenía los fondos para llevarlo a cabo.

—Tía —dije después de mirar las cifras—, debería haberme dedicado al ganchillo cuando te ofreciste a enseñarme.

—Nunca es tarde —bromeó Yolanda—. Coge un gancho y un poco de hilo; te lo enseño ahora mismo.

—Gracias. Pero dudo que mis esfuerzos acabaran dando los frutos que han dado los tuyos. Coges hilo y lo conviertes en arte.

—Tú coges palabras y las conviertes en personajes, tramas y mundos imaginarios —dijo—. Y sabes cómo ayudar a otros escritores a hacer lo mismo. En comparación, tejer monstruos a ganchillo me parece bastante soso. Necesito un nuevo reto, Esme, algo que me ponga a prueba. ¿Tú no?

Antes de que pudiera expresar mi opinión en uno u otro sentido, Yolanda cerró los puños y golpeó el mostrador.

—¡Esto podría ser ese algo! Conmigo a cargo de la dirección artística y la producción y contigo supervisando la adquisición y la edición, sé que podríamos lograrlo. No puedo hacerlo sin ti, Esme, y no querría intentarlo sola.

Durante meses, nadie me había querido. Ahora, de repente, estaba de lo más solicitada. Pero estarlo no es lo que parece, sobre todo cuando las solicitudes proceden de dos amigos íntimos que dicen que te necesitan. ¿Cómo podría elegir entre ellos? ¿Lanzar una moneda? Saliera cara o saliera cruz, acabaría decepcionando a alguien.

—Lo siento —dijo Yolanda—. No quería ponerte en un aprieto. Tómate tu tiempo. Me doy cuenta de que es una gran decisión. —Se rio—. No voy a fingir que no espero de verdad, de verdad, que digas que sí.

»Te quedes o te vayas, seguimos siendo amigas. Nada se interpondrá en nuestro camino, Esme. Nunca más.

Capítulo 32

Había cosas en las que tenía que pensar. Así que cuando Robyn me dio alcance en el vestíbulo mientras hablaba con Brian, el nuevo recepcionista, y me dijo que no debía preocuparme si iba a la cabaña y veía que algunas de mis ropas habían desaparecido, no mencioné la propuesta de Yolanda.

—Estaba dejando unas toallas en tu cuarto —dijo Robyn—, cuando vi la maleta abierta y un montón de tu ropa sobre la cama. Vi que te faltaban botones en un par de americanas, así que se me ocurrió cosértelos. Te las traeré mañana.

—¿Qué americanas?

Me lanzó una sonrisa de incredulidad.

—¿Eh?... ¿las negras?

—Gracias. Pero... no tienes por qué hacerlo.

Se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero quería hacerlo. Oye, no olvides que mañana por la mañana tenemos la entrevista con dos candidatos para el puesto de chef.

—Nueve y once —dije—. Me acuerdo.

—¿Adónde vas?

—A ningún sitio en especial. Solo pensaba ir a dar un paseo.

—Llévate una chaqueta. Hace sol, pero está refrescando.

Desde que Robyn y yo habíamos aclarado las cosas, o al menos iniciado el proceso, o bien había desenterrado un lado maternal que yo desconocía, o estaba intentando recuperar el tiempo perdido. Se dirigió a su despacho, pero, en lugar de entrar, se giró en la puerta y me miró.

—Esme, una cosa más, he leído tu libro, me refiero a los capítulos que has hecho hasta ahora, y creo que es maravilloso.

Cuando empecé a darle las gracias, levantó una mano para interrumpirme.

—No. No, escúchame, Esme. Es maravilloso. —Me miró durante un largo instante, sin pestañear, como dejando que sus palabras calaran en mí—. Pase lo que pase, prométeme que lo terminarás. Porque, Esme..., eres una buenísima escritora.

Curioso, ¿no? Cómo alguien puede decir algo tan simple y tan inesperado, y cómo solo entonces te das cuenta de que son las palabras que llevas esperando escuchar toda tu vida.

Tragué saliva.

—Te lo prometo. Gracias, mamá.

Extendió la mano, dudó un momento, luego me rodeó el antebrazo con los dedos y me dio una palmada rígida y torpe.

—No olvides la chaqueta —dijo abruptamente, y luego cerró la puerta de su despacho.

Lo nuestro iba a ser así durante un tiempo: incómodo, poco elegante, antinatural. Estábamos empezando de nuevo, o puede que desde cero. Robyn estaba aprendiendo a ser madre y yo estaba aprendiendo a ser hija. Por mucho que lo intentáramos, nunca seríamos como las demás madres e hijas. Teníamos que encontrar nuestra propia forma de ser.

Sin embargo, tarde o temprano lo conseguiríamos. Solo necesitábamos tiempo.

Tras pasar por mi cabaña para dejar la media tarta de caramelo que Yolanda insistió en que me llevara a casa, me puse una chaqueta y salí a dar un paseo.

Las hojas empezaban a mutar, algunas ya habían caído al suelo y crujían bajo mis pies mientras recorría el trillado sendero que rodeaba el perímetro del lago. En unas semanas más, los árboles se pintarían de colores vivos y llameantes.

Y cuando eso sucediera, yo estaría aquí para verlo.

Yolanda tenía razón, esta era una gran decisión. Pero también una decisión fácil.

Aunque lo tenía claro incluso desde antes de salir de la galería, no se lo dije a Yolanda. No porque intentara hacerme de rogar o quisiera mantenerla en vilo, sino porque necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos, aceptar una imagen distinta de mí misma, una nueva forma de ser.

La oferta de trabajo de Carl había sido como un salvavidas, como esa sensación que tienes cuando se te avería el coche en una carretera remota al anochecer y, después de llevar un rato largo sin ver ningún vehículo, divisas dos faros a lo lejos. Te sientes tan aliviada, tan feliz de verte a salvo, que no te paras a pensar en el tipo de vehículo que se acerca, ni adónde te puede llevar. Solo quieres salir del lío en el que estás metida, desatascarte.

En resumen, parecía un rescate y la respuesta a todos mis problemas.

La perspectiva de un sueldo era innegablemente atractiva. También lo era la idea de trabajar con Carl, e incluso con Oscar. Sin embargo, casi nada del trabajo en sí me entusiasmaba. Cuanto más lo pensaba, más me preguntaba si la oferta de rescate de Carl me dejaría atrapada de nuevo. Todo sería nuevo —apartamento, trabajo, relaciones—, pero tenía la sensación de estar volviendo sobre mis pasos, recorriendo el mismo camino solitario en el que me había perdido. Y aunque me había dicho lo contrario, sabía que acabaría conformándome.

Mi relación con Robyn también era un factor que considerar. Nuestro explosivo intercambio había abierto un agujero, aunque pequeño, en los escombros de la falta de comunicación, las interpretaciones erróneas y los hechos desconocidos que nos habían separado durante años. Abandonar el lago podría poner en peligro nuestra frágil reconexión. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? En los dos últimos días, incluso Robyn llegó a aceptar que, dado que el revés de la boda de los Waddell había destrozado mi red de seguridad, tenía que aceptar la oferta de Carl. No había otra opción.

Pero ahora, gracias a Yolanda, había una opción, y era casi perfecta.

Tomé un desvío familiar en el sendero que me llevaba de vuelta al complejo y salí del bosque, caminando hacia el gran roble escarlata y el banco de lectura de Adele. Aparté con la mano la hojarasca roja brillante que lo cubría y me senté, contemplando el agua azul grisáceo. La última vez que había visitado el banco, había al menos una docena de patos meciéndose en el agua y curioseando entre los juncos. Ahora solo había uno, una hembra alargada de plumas de color marrón apagado, remando y balanceándose a unos metros de la orilla.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, empapándome del silencio y del sol otoñal.

Emprender un negocio con Yolanda, publicar los libros que queríamos ver impresos y hacerlo de la forma que siempre habíamos deseado sería infinitamente creativo y muy muy satisfactorio. No había nadie mejor con quien trabajar, ni siquiera Carl, y ver la historia de Adele convertida en un libro real con mi nombre en la portada era la definición de un sueño hecho realidad, un sueño que había dado por perdido. Si las cosas iban como esperábamos, este libro sería el primero de muchos que publicaríamos juntas.

No sería fácil —nada en el mundo editorial es fácil ni seguro— y nunca nos haríamos ricas. Pero entre el modesto anticipo que recibiría por el manuscrito terminado, el alquiler gratuito y el sueldo de dos trabajos a tiempo parcial —directora editorial para Loblolly Press y coordinadora de eventos en Last Lake Lodge— me ganaría la vida. Y como mi presencia continuada en el refugio ayudaría a que nuestro negocio de organización de eventos fuera más fluido, puede que incluso recuperara mi préstamo antes de lo previsto.

Además, me encantaba mi pequeña cabaña, me encantaban las vistas desde el porche y el color miel de las paredes de troncos, me encantaba el canto de los pájaros junto a mi ventana cada mañana y el crepitar del fuego en las noches frías, me encantaba dormir en mi acogedora habitación con la colcha de Adele cubriéndome, sentarme a la mesa, escribir un capítulo en mi portátil, cocinar en mi pequeña cocina, llenando el aire de aromas caseros de mantequilla horneada y sopa hirviendo a fuego lento. Y sí, quería a Robyn. Incluso cuando tenía ganas de abofetearla, seguía queriéndola. Y cuanto más tiempo pasaba, sabía que la querría más y que ella me correspondería.

Me encantaba vivir en el lago, me encantaba ver a los pescadores capturando peces, a los niños chapoteando en el agua, a los enamorados remando en canoa y a las familias jugando al voleibol en primera línea de playa. Me encantaba ver a la gente creando recuerdos y saber que yo formaba parte de ello. Me encantaba conocer gente nueva y dar la bienvenida a los huéspedes que volvían, hablar con empleados que conocía de toda la vida y conocer a los nuevos, como el joven Jamie.

Si me paro a pensar, resulta asombroso. Casi todo por lo que había salido de casa, las casillas que había intentado marcar sin éxito durante tantos años —casa, familia, amigos, carrera, estabilidad— habían estado siempre aquí. En el tiempo que tardé en comerme un trozo de tarta de caramelo, casi todo lo que siempre había deseado estaba a mi disposición.

Entonces, ¿por qué no era más feliz?

Al principio, no estaba segura. Pero luego, mientras pensaba en las casillas sin marcar, me di cuenta.

Lo había intentado. Y había fracasado, había fracasado estrepitosamente en casi todos los aspectos.

Y no solo me había fallado a mí misma, también había fallado a otras personas, había dañado muchas relaciones, había perdido mucho tiempo. ¿Y para qué? Había dejado Carolina del Norte con tres maletas, grandes esperanzas, arrogancia y un plan. Ahora estaba justo en el punto de partida. Durante quince años, me había convencido de que estaba progresando, avanzando con paso firme hacia los objetivos que me había fijado y la vida que quería.

¿Me había equivocado? ¿Había sido todo un largo rodeo sin sentido?

Lo quieras o no, la vida tiene una forma de dirigirte hacia el camino que estás destinado a tomar.

Eso es lo que Adele había dicho años atrás cuando estábamos sentadas en el porche con los

Thayer. Yo tenía catorce años, y apenas la escuché, convencida de que sabía más. Ahora sí que sabía más, también que debía haberle prestado más atención.

Adele también había conocido el fracaso. Por más que lo intentara, nunca acabaría de entender por qué había decidido mantener ocultos sus colchas y su talento. Pero sabía que, a pesar de todo, había salido a flote y había encontrado una vida feliz y plena. Y recordé otra cosa que me había dicho un par de meses antes de irme a Nueva York.

Yo estaba estudiando para los exámenes finales y Adele trabajaba en una colcha, la colcha de confeti que había hecho antes del regreso de Robyn. Aunque en aquel momento no comprendí su significado, era evidente que se trataba de un proyecto difícil, porque no paraba de descoser costuras y volver a empezar.

—Parece una pérdida de tiempo —dije—. ¿Por qué no lo dejas?

—Porque la próxima vez lo haré mejor —respondió, entrecerrando los ojos mientras trabajaba—. Y porque para eso Dios inventó los descosedores.

Cuando puse los ojos en blanco, dejó el *patchwork* sobre su regazo y sonrió.

—Todo aquello que merece la pena cuesta más de lo que crees. Los errores son un regalo, la forma en que descubrimos lo que realmente funciona. Probablemente no lo creas hasta que seas mayor, pero volver a empezar sirve para algo. Mientras aprendas, toda lección es válida.

Bueno, definitivamente estaba comenzando de nuevo, justo donde había empezado. Sí, había dado un rodeo, pero al menos ya no estaba perdida. Además, ¿no era eso lo que se suponía que hacían los rodeos? ¿Llevarte por el camino más largo y luego devolverte al camino correcto, en la dirección correcta, al camino que siempre debiste tomar?

Hogar, familia, amigos, carrera: todo estaba aquí. Todo lo que siempre había querido.

Bueno..., casi todo.

La solitaria señora pato se balanceaba, zambulléndose de vez en cuando, con la cabeza sumergida en el agua y las plumas de la cola en el aire, intentando llamar la atención o encontrar un tentempié. Al igual que yo, era soltera y probablemente lo seguiría siendo. No había un ánade real en kilómetros a la redonda. Cuando advirtió que la estaba observando, remó hasta la orilla y me miró expectante.

—Lo siento, amiga —dije, extendiendo mis manos vacías—, no tengo nada.

El pato, decepcionado, se alejó nadando. Saqué el móvil del bolsillo e hice una pequeña búsqueda en Google. Los resultados no fueron muy alentadores. Había un millón y medio de hombres solteros en Nueva York, pero solo unos quince mil en Asheville. Suspiré.

Ni un ánade real en kilómetros a la redonda.

Mi teléfono empezó a vibrar, la pantalla me informaba de que llamaban del refugio.

—¿Señorita Cahill? Soy Brian, de recepción. Siento molestarla. Habría hablado con la señorita Cahill... Quiero decir, con la señorita Robyn, pero ha salido a hacer unos recados.

Brian solo llevaba un par de días con nosotros y aún parecía nervioso. Seguía sin estar segura de que fuera a funcionar, pero encontrar candidatos cualificados que estuvieran dispuestos a trabajar tan lejos de la ciudad no era fácil, así que esperaba equivocarme.

—Está bien, Brian. ¿Qué necesitas?

—Hay un hombre aquí —respondió Brian, elevando el tono para hacerse oír por encima del sonido de las voces que hablaban de fondo—. Dice que ha venido a postularse para el puesto de chef. No creía que tuvieran entrevistas hasta mañana, pero no estaba seguro, así que lo he dejado en la oficina diciéndole que la llamaría. Espero haber hecho bien.

—Has hecho bien —le aseguré—. Buena decisión. O está desesperado por trabajar o se ha

equivocado de día. ¿Cómo se llama?

—Oh, Dios. No se me ha ocurrido preguntárselo. Lo siento. —Se rio nerviosamente—. Está un poco... Hay un poco de lío en este momento. Pero si quiere voy a preguntárselo.

—No importa —dije, poniéndome en pie—. Pareces ocupado. Voy enseguida.

Capítulo 33

Brian estaba realmente a tope. Había tres parejas haciendo cola frente al mostrador, a la espera de registrarse. Tres niños pasaban el rato junto a la chimenea. Dos chicos rubios preadolescentes sentados en el sofá dándose codazos trataban de ver un vídeo en el mismo iPad, y una niña de cuatro o cinco años con el pelo castaño, sentada en uno de los sillones, contemplaba el fuego con sus grandes ojos marrones.

Al ver a Brian tan desbordado, me planteé ponerme detrás del mostrador y sustituirle, pero acto seguido decidí que no. Alguna vez tendría que aprender y no quería hacer esperar al aspirante al puesto de chef. Teníamos que encontrar a alguien antes de que Jamie volviera a la escuela. Pasé por delante de la recepción, haciendo caso omiso de la mirada suplicante que Brian me dirigió al pasar, y entré en el despacho.

—Soy Esme Cahill. Tengo entendido que está interesado en el puesto de chef, ¿no es así?

—Sí, si el puesto sigue vacante.

El hombre sentado frente al escritorio se dio la vuelta en su silla.

—¿Dawes?

—Hola, Esme.

Tras un momento de incredulidad que me dejó atónita y sin habla, la ira justificada que había estado hirviendo en mi interior desde la desaparición de Dawes empezó a echar espuma y se desbordó.

—¿Qué demonios estás haciendo...? No puedo creer que hayas vuelto. No puedo creer que...

—Cerré los ojos, tan furiosa que no soportaba mirarle. Apreté los puños, aferrando el aire vacío y estrujándolo entre los dedos—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo tienes el valor de aparecer después de...?

Dawes levantó ambas manos como un combatiente derrotado que pide la rendición.

—Lo sé. Lo lamento. Pero quiero recuperar mi trabajo. Si me das la oportunidad de explicarme...

—¿Recuperar tu antiguo trabajo? ¿Cómo tienes las narices...? ¡No! —grité—. ¡Claro que no! ¡No hay explicación que pueda justificar lo que hiciste! La única oportunidad que te doy es que te largues ahora mismo y no vuelvas nunca, jamás.

El viejo bastón de George estaba apoyado en un rincón. Lo agarré y lo fulminé con la mirada. Dawes se puso en pie, pero no hizo ademán de marcharse; se limitó a mirarme como intentando adivinar si iba a golpearle o no. Yo me hacía la misma pregunta. Sinceramente, podría haber pasado cualquiera de las dos cosas.

—Esme, necesito un trabajo.

—¡Bien! ¡Ve a buscar uno! Nunca has tenido problemas para conseguir trabajo y estoy convencida de que no los vas a tener ahora. Pero aquí no hay nada para ti, Dawes. Y nunca lo habrá, no después de lo que hiciste. ¡Lárgate! —ordené, apuntando a la puerta con el bastón—. ¡Vete y no vuelvas!

La ira se encendió en los ojos de Dawes. Por un momento, pensé que intentaría arrebatarme el bastón de George de la mano.

—Por si lo has olvidado —dijo—, soy dueño de parte de este lugar. No tengo que ir a ningún otro sitio.

—Cinco por ciento. Cinco —me burlé—. Y por si lo has olvidado, la única razón por la que te dejamos comprar tu insignificante porcentaje fue para asegurarnos de que no hicieras exactamente lo que acabaste haciendo: ¡abandonar el trabajo cuando más te necesitábamos!

»¡Le dije a George que no confiara en ti, pero no me escuchó! ¿En qué estaba pensando? Te recogió en la cuneta, te dio dinero, un lugar donde vivir, un trabajo... No sabía nada de ti. ¡Ninguno de nosotros sabemos nada de ti! Apareces como por arte de magia, fingiendo que realmente te importamos, y todo el mundo se enamora de ti, y luego vas tú y...

—¡Un momento! ¡Espera un momento! —Dawes levantó las manos y se inclinó hacia delante, como si mis palabras fueran un ariete y él fuera el último hombre que montaba guardia en la puerta—. Esme, ¿se trata de eso? ¿El día que fuimos a pescar y te dije que no podía besarte?

—¡No! —grité—. ¿Hablas en serio? Se trata de gente que hace promesas y no las cumple. ¡Nos dejaste tirados cuando más te necesitábamos!

Dio un paso adelante y empezó a hablar por encima de mí, como si no hubiera oído nada de lo que le acababa de decir:

—Esme. Esme, escúchame. Quería besarte; no te haces idea de cuánto deseaba besarte. Lo había pensado desde la primera vez que te vi, cuando creí que habías incendiado la cabaña. Esme, tú... —Sus ojos recorrieron mi cuerpo—. Incluso con el pelo empapado, estás increíble en toalla.

¿Qué? ¿Era un imbécil tan ensimismado, ególatra y con cerebro de mosquito que pensaba sinceramente que yo estaba enfadada porque no me había besado? Agarré el bastón con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Nunca en mi vida había despreciado a nadie tanto como despreciaba a Dawson McCormick en aquel momento.

—Pero la razón por la que no podía —continuó, aparentemente sin tener ni idea de que yo estaba luchando con un impulso de orden inferior en ese momento, luchando contra el impulso de golpearle la cabeza con el palo de George—, es porque no soy de los que rompen sus promesas. Si hago una promesa, la cumplo. Así soy yo...

—Oh, no. No te atrevas —dije, golpeando el aire con el bastón de George y luego clavando un dedo en Dawes—. No te atrevas a decirme lo honrado que eres. Porque eso ya lo he oído antes, Dawes, cuando me preocupaba que nos abandonaras sin avisar y sin dar explicaciones. Dijiste que nunca pasaría. Dijiste que nunca defraudarías a George. Excepto que lo hiciste, Dawes. Nos defraudaste a todos. ¡Y ahora George está muerto!

—¿Qué? George está... —Se detuvo a mitad de la frase y sacudió la cabeza con fuerza, incrédulo. Cuando asentí, respiró hondo—. ¿Qué pasó?

—Fue su corazón —dije, mi agarre del bastón se aflojó ligeramente cuando vi que Dawes se tragaba las lágrimas—. Siempre ha tenido problemas, por eso no pudo alistarse. George fue a pescar esa mañana y pescó una lubina enorme, y cuando una niña y su abuelo acabaron en el agua, George saltó y los salvó de ahogarse.

—¿Lo hizo? —Cuando asentí, Dawes resopló—. Bien por él —murmuró—. Bien por George. *Sí. Bien por George.*

—Pero fue demasiado. Su corazón no pudo soportarlo. Los sanitarios lo reanimaron y aguantó unos días, pero... —Me detuve, recordando que George había vivido y muerto bien, y que odiaba verme llorar—. Estuvimos con él todo el tiempo, Robyn y yo.

—Esme, lo siento. No tenía ni idea. Si lo hubiera sabido, habría...

Se acercó un paso más. Di un paso atrás.

—¿Qué habrías hecho? ¿No haberte ido?

Dawes dejó caer los brazos a los lados.

—No —dijo con voz queda—. Siento muchísimo lo de George. Me gustaba tanto. Pero incluso de haber sabido lo que iba a pasar, aun así, me habría ido. Tuve que hacerlo, no tenía opción.

No había palabra o combinación de palabras que pudieran expresar mi furia mientras Dawes hablaba. Pero cuando terminó, vi y saboreé la mostaza, y volví a agarrar el bastón de George, deseando ser el tipo de mujer realmente capaz de golpear a otro ser humano.

—Bien. Entonces ya te puedes ir —dije al fin—. Aquí nadie te va a echar de menos.

—Esme. No seas así. Dame la oportunidad de...

La explicación que no tenía ningún interés en escuchar fue interrumpida por una suave llamada, dos tímidos golpecitos. La puerta se abrió unos centímetros. Una niña de pelo castaño rizado, la misma que había visto mirando las llamas cuando entré en el vestíbulo, se asomó.

—Tengo hambre.

Dawes se acercó a la puerta y se puso en cuclillas.

—Enseguida acabo. Luego buscaremos algo para comer, ¿de acuerdo?

Asintió a Dawes y luego me miró.

—Esme, esta es mi hija, Hannah. Hannah, ella es Esme.

La niña levantó la mano, pero no dijo nada, solo me miró fijamente con aquellos enormes ojos. Aunque nunca la había visto hasta hoy, conocía esa mirada, esos ojos, los ojos de un niño que ha visto cosas que los niños nunca deberían ver. Era como mirarse en un espejo de hace veinticinco años. Algo dentro de mí se resquebrajó.

—Hola, Hannah.

Dawes se volvió hacia su hijita.

—¿Puedes volver a sentarte junto a la chimenea, cariño? No tardaré mucho, te lo prometo.

Hannah asintió solemnemente y cerró la puerta. Dawes se puso en pie y se volvió hacia mí.

—Mira, no te culpo por odiarme, Esme. Pero antes de que hagas que me detengan por allanamiento o me atices en la cabeza con esa cosa —dijo, señalando con la cabeza el bastón—, deja que me explique. La razón por la que no pude besarte, a pesar de que realmente quería...

Puse los ojos en blanco. ¿Otra vez esto? ¿De verdad se creía tan irresistible? ¡Y qué si no me había besado!; ya no me importaba. ¿No lo entendía?

—Solo déjame hablar —dijo—. Quiero que entiendas lo que pasó. La razón por la que no pude besarte es porque estoy casado. Quiero decir, estaba casado. Con Maggie, la madre de Hannah.

Dadas las circunstancias, no fue una revelación enormemente chocante, pero me sacó de mis casillas. En mi cabeza bullían unas cincuenta preguntas, pero como me había pedido que le dejara hablar, lo hice.

—Maggie y yo nos casamos nada más terminar el instituto. Éramos demasiado jóvenes, y

estábamos sin blanca —dijo con una pequeña sonrisa irónica—. Pero éramos felices Al menos al principio.

»Vivíamos en un apartamento minúsculo, con dos o tres trabajos cada uno, intentando ahorrar lo suficiente para abrir un restaurante. Yo cocinaría y Maggie trabajaría al frente del local, ese era el plan. Un día Maggie resbaló trabajando y se cayó, se lesionó la rodilla. Fue grave —dijo, haciendo una mueca de dolor al recordarlo—. Le recetaron analgésicos y no tardó en engancharse. —Hizo una pausa—. De haber sabido lo que iba a pasar...

Se metió los dedos en el pelo y se frotó el cuero cabelludo con fuerza, como si tratara de borrar los errores que había cometido, las cosas que siempre pensó que debería haber visto venir.

—Cuando no pudo conseguir más recetas, Maggie empezó a consumir drogas ilegales. Para entonces el matrimonio estaba... Bueno, digamos que las cosas no iban bien. Maggie entraba y salía de rehabilitación. La gente no dejaba de decirme que me divorciara, pero no lo hice. Aún la amaba. Y aunque no fuera el caso, ella era mi mujer. No podía renunciar a ella. La gente puede cambiar.

Lo dijo sinceramente, como si tratara de convencerme. Pero yo ya estaba convencida. Si antes no lo creía, ahora sí.

—Las cosas siguieron así durante unos cinco años —continuó—. De un modo u otro, reuní el dinero suficiente para abrir el restaurante e ingresar a Maggie en rehabilitación. Estuvo fuera cuatro meses. En cierto modo, fue un alivio, porque yo trabajaba muy duro, intentando sacar adelante el restaurante. Cuando volvió a casa, las cosas fueron bien durante un tiempo, como antes. Yo cocinaba, Maggie se ocupaba de la sala, el negocio funcionaba. Y pensé, vale. Lo hemos superado. Vamos a estar bien.

Al relatar aquella temporada de felicidad renovada, su tono era melancólico y su mirada lejana. Ahora sacudía la cabeza, diciéndome lo que ya sabía: no había durado.

—Al cabo de unos meses, empezó a consumir de nuevo y a robar dinero de la caja para financiar su adicción. Tuvimos una gran pelea una noche, enorme. Maggie recogió sus cosas y se fue. No le di mucha importancia. Lo había hecho antes, pero siempre volvía al cabo de un par de días. Quizá debería haber ido tras ella, pero, sinceramente —suspiró—, ya estaba cansado.

»Cuando fui a trabajar por la mañana, el restaurante estaba en llamas. Pensé que Maggie podría estar dentro, así que entré sin pensármelo dos veces. Por suerte, no estaba. Pero sabía que ella lo había provocado; vi su jersey tirado en el suelo, junto al fogón.

Respiró hondo y expulsó el aire.

—En fin, la razón por la que tengo la furgoneta es porque estaba buscando a Maggie, al menos durante los primeros años —dijo—. Supuse que tenía que estar viviendo en la calle, pero no conseguí dar con ella. Cada vez que aceptaba un nuevo trabajo, iba a los bajos fondos de la ciudad y dejaba su foto y mi número de teléfono a la gente de las casas de acogida y las clínicas gratuitas.

Dawes sacó algo que parecía una tarjeta de visita del bolsillo de su camisa de cuadros azules y me la entregó. En el anverso de la tarjeta había una foto de una mujer con rizos rubios y ojos risueños. En el reverso figuraba el nombre de Dawes, su número de móvil y una petición para que se le llamara a cualquier hora del día o de la noche si Maggie necesitaba ayuda.

—Es guapa —dije, volviendo a darle la vuelta a la tarjeta y tendiéndosela.

—Lo era.

Volvió a coger la tarjeta y se quedó mirando la cara de Maggie. Aún la amaba. Siempre la amaría.

La historia de Dawes iba más allá, pero no hizo falta que la explicara, ya entendía lo que había pasado. Su teléfono sonó en mitad de la noche. Una voz que no reconoció le dijo que Maggie tenía problemas, que había sufrido una sobredosis y que había una niña de por medio, una hija que él no sabía que tenía. Dawes hizo lo único que podía hacer. Garabateó una nota y condujo durante toda la noche con la esperanza de rescatar a su mujer y a su hija.

Maggie no lo había conseguido. Pero Hannah estaba aquí, con Dawes.

Lo que había dicho antes era cierto: Dawes podría haber encontrado trabajo en cualquier parte. Pero por el bien de Hannah, necesitaba un lugar seguro, estable, con buena comida, aire fresco y amor, una oportunidad para curarse de todo lo que le había pasado, para aprender a ser feliz de nuevo, un hogar. Y por eso la había traído aquí.

Dawes llevaba pocos días como padre, pero su instinto era bueno.

—Sé que debería haberte llamado —dijo—. Pero había hospitales, y policía, y trabajadores sociales, y... la verdad es que no sabía cómo explicártelo, y menos por teléfono.

—No, lo entiendo —dijo, y luego di un paso atrás, cruzando los brazos sobre el pecho y bajando la voz a un tono más profesional. Que entendiera su historia no significaba que no siguiera enfadada y quisiera verle sufrir, al menos un poco—. Pero tengo que ser sincera contigo, Dawes...

Él frunció el ceño. Yo moví la cabeza lentamente de un lado a otro y suspiré.

—Esta ha sido, de lejos, la peor entrevista de trabajo de la historia. Realmente terrible —dijo, golpeando el aire con la mano—. Como un menos cincuenta en una escala del uno al diez.

Dawes intentó contener la sonrisa.

—¿Tan mal lo he hecho? Entonces..., ¿no me das el trabajo?

—Umm... En realidad, sí. Estás contratado. Estamos bastante desesperados —dijo, encogiéndome de hombros.

Se oyó otro golpecito en la puerta. Hannah se asomó.

—¿Papi? Tengo hambre.

—De acuerdo —dijo él, con cara de disculpa—. ¿Qué quieres comer?

Dawes dio un paso hacia la puerta, pero yo lo adelanté y le hice un gesto para que se fuera.

—Yo me encargo —le aseguré, luego me puse en cuclillas a la altura de la niña y miré sus grandes ojos marrones.

—¿Sabes qué, Hannah? Tengo una tarta de caramelo en la cocina. ¿Quieres un trozo?

Finalización

Octubre de 1944

Los hombres encargados de custodiar las obras de arte recibieron dos directrices: protegerlas a toda costa y asegurarse de que nadie advirtiera que lo hacían. Una gran parte de su trabajo consistía en convertirse en papel pintado y pasar desapercibidos en la medida de lo posible.

Pero hoy, todo eso ha cambiado. Hoy son celebridades.

Después de treinta y tres meses de secreto, el mundo entero pronto sabrá que obras de arte de valor incalculable han sido hábilmente escondidas y celosamente custodiadas en la finca Biltmore. El Gobierno está ansioso por difundir la noticia de que la guerra está en horas bajas y la victoria está cerca, así que los sonrientes guardias sacan las obras de arte embaladas de la sala de música por los retumbantes pasillos del Biltmore, emergiendo a bombo y platillo por la doble puerta arqueada.

Los transeúntes aplauden y los flashes estallan mientras se cargan las cajas en los furgones en marcha listos para partir, escoltados por una columna de motocicletas de la policía con luces intermitentes y sirenas que ululan en señal de triunfo. Cuando la guardia sale del edificio, los fotógrafos gritan órdenes. «¡Quietos! Mirad hacia aquí. Sonreíd». Los guardias obedecen, encantados con su efímera fama.

No me gustan las cámaras. Cuando un periodista me pide que me ponga junto a los guardias y sonría, me doy la vuelta rápidamente y me alejo, apresurándome a salir de la toma para poder permanecer en el anonimato.

Cuando la prensa queda satisfecha, repaso el manifiesto con el conductor por última vez, le pido su firma y los documentos de rigor, y luego me quedo en las escaleras con los guardias y observo cómo se alejan los camiones. Cuando los vehículos desaparecen de nuestra vista, nos damos la mano y nos despedimos, arremolinados como actores en la noche de clausura de una obra de teatro de larga duración, un poco reacios a que termine, un poco confusos respecto de lo que está por venir. Elmer, el guardia que mejor conozco, un cincuentón padre de tres hijas que siempre ha sido amable, me pregunta por mis planes de futuro.

—Cogeré un tren a Baltimore esta tarde. El señor Finley me ha ofrecido otro trabajo.

»Cuando termine la guerra, la mayoría de las mujeres trabajadoras, por muy inteligentes y cualificadas que sean, serán invitadas o forzadas a hacerse a un lado, cediendo sus puestos a los soldados supervivientes. Pero el señor Finley quiere que sea su secretaria, mecanografiando sus

cartas y contestando al teléfono, concertando citas y poniendo cafés. Estaré rodeada de arte y me ganaré la vida. No es la vida que esperaba, pero tengo más suerte que la mayoría, así que sé que debo estar agradecida. Con el tiempo, estoy segura de que lo estaré.

Elmer frunce el ceño.

—No lo entiendo, pensé que te quedarías en Asheville. George me dijo que iba a proponerte matrimonio. Me enseñó el anillo.

George se declaró.

El domingo me llevó a dar un paseo en coche por una estrecha y sinuosa carretera rural, abarrotada de arces, robles, nogales y eucaliptos, adornados con hojas de color escarlata, cobre, azafrán y bronce, un dosel de colores que me recordaba a los pabellones de tierras lejanas. En conjunto, saben a especias exóticas y se sienten como una reverencia, como esa sensación de sobrecogimiento que se tiene ante lo sagrado.

Condujimos y condujimos, rebotando sobre los baches hasta que la carretera terminó abruptamente y salimos a caminar. El sendero era tan estrecho que parecía más bien un camino de ciervos, pero George conocía el camino, feliz en su elemento, como siempre que vamos al bosque. Le había regalado un ejemplar de *Walden* por su cumpleaños y le dije que iba a empezar a llamarle Thoreau, el hombre que se fue a vivir al bosque en busca de la vida contemplativa y que, como George, sabía más que un poco sobre la esencia de la vida. Estaba bromeando, por supuesto, pero hay similitudes. Amo a George, pero más aún viéndolo aquí, tan feliz y en casa, tan enteramente él. Es cuando menos tan sabio como Thoreau y mucho más guapo, y tiene, estoy segura, mejor sentido del humor.

Mientras subíamos colinas y trepábamos por troncos caídos, o caminábamos de piedra en piedra para cruzar un arroyo, George veía y compartía con entusiasmo cosas que yo podría haberme perdido: la hermosa maraña de un nido de pájaro abandonado, un hongo arbóreo de rayas naranjas y amarillas con los bordes enrollados, una exuberante alfombra de musgo adherida a una roca, pájaros, y animales e insectos, y los pétalos púrpura de una planta de *Vernonia*, probablemente la última de la temporada. Cuando cogió una piedra de un arroyo, un guijarro en forma de piña, pulida por el agua en movimiento con bandas atigradas en cobre y negro, y me la puso en las manos como recuerdo, pensé, y no era la primera vez, que George es el hombre más generoso que he conocido en mi vida.

Seguimos el sendero hasta la orilla de un pequeño lago de aguas brillantes y caprichosas, con el roble escarlata más hermoso que he visto jamás. Cuando nos detenemos bajo sus ramas, George se pronuncia. Me dice que dentro de unos años, cuando haya ahorrado suficiente dinero, tiene intención de comprar este terreno y construir aquí una casa. Luego me coge la mano y saca un anillo de su bolsillo.

Por más que intentara explicarle, hacerle ver que nunca encajaría del todo en Asheville y que le quería demasiado como para apartarle de este mundo del que tan claramente forma parte, George no lo entendía.

Sé que Elmer tampoco, así que en lugar de responder a su pregunta, le beso su curtida mejilla y le digo:

—Adiós, Elmer. Me alegro de haberte conocido.

La señorita Ida conocía mi plan porque tenía que liquidar mi cuenta de antemano, pero nadie más lo sabía. Las cosas ya habían sido bastante incómodas desde que rechacé a George, incluso había habido algunas discusiones que hacían la vida incómoda para todos. Una ronda de despedidas solo podía empeorar las cosas. La señorita Ida estuvo de acuerdo y prometió

guardarme el secreto.

Aquella mañana había salido temprano de la pensión, antes de que nadie se despertara, y había bajado las escaleras con la maleta color trigo llena de colchas y una mochila de cuero de segunda mano llena de ropa hasta el taxi que esperaba y que luego me llevó a Biltmore. El mismo conductor volvió por la tarde, para dejarme en la estación.

Estoy de pie en el andén, con el equipaje a mis pies, vistiendo el traje azul empolvado con el que llegué y el mismo sombrero tonto, viendo morado oscuro y saboreando anís, sintiendo el dolor sordo del arrepentimiento y esperando que el tren llegue a tiempo. Será más fácil, pienso, cuando esté a bordo y me dirija hacia el norte. Los árboles, las montañas, la tierra del cielo me recuerdan demasiado a George. Será más fácil olvidar cuando esté de vuelta en la ciudad, rodeada de aceras y bocinas.

Un leve estruendo bajo mis pies me indica que el tren se acerca. Miro hacia la vía y veo una bocanada de vapor a lo lejos. Al mismo tiempo, siento una presencia detrás de mí y me doy la vuelta.

—George. Yo... No trataba de escabullirme sin...

La boca me sabe a tiza y las mejillas se me encienden de vergüenza, porque eso es exactamente lo que intentaba. Aunque no por las razones que George podría suponer.

—No estoy enfadada contigo. Solo pensé que sería más fácil para todos de esta manera. Pero quizá me equivoqué. —Sonríe levemente—. Me alegro de que tengamos la oportunidad de despedirnos.

George sacude la cabeza. No sonríe, pero tampoco parece enfadado.

—No he venido a despedirme, Adele. He venido a coger el tren. Voy contigo.

—¿A Baltimore? —Él asiente—. George, no puedes.

—Claro que puedo; este es un país libre. —Se acomoda el sombrero de fieltro en la frente—. De todos modos, ¿por qué no debería?

Hay infinitas razones que, en su mayoría, se reducen a una: George odiará Baltimore. Sería aún menos comprendido y aceptado por sus habitantes que yo por la señorita Ida y el círculo de acolchado. Los bosques y las montañas son su hogar. Es feliz aquí y la felicidad de George lo es todo para mí, más importante que la mía. Pero no sé cómo explicar todo eso, ni siquiera a mí misma. Una vez más, las palabras me han fallado. Ni siquiera puedo conjurar un color que exprese lo que siento.

Así que extendiendo las manos y grito:

—¡Porque ni siquiera tienes equipaje!

George arruga las comisuras de los ojos y empieza a reír a carcajadas. La vibración bajo mis pies aumenta. Se oye un chirrido metálico y un silbido de vapor cuando el tren entra en la estación. George deja de reír, sacude la cabeza y sonríe.

—Puedo comprar ropa nueva, Adele. Y una maleta para meterla. Incluso puedo comprar una casita de luna de miel en Baltimore, si eso es lo que hace falta para que estemos juntos.

Se quita el sombrero y da un paso hacia mí.

—Adele, sigues diciendo que somos de dos mundos diferentes. Bueno, tal vez haya algo de verdad en eso. Así que tengo una idea; hagamos nuestro propio mundo. Puede ser aquí, o puede ser en Baltimore. Puede ser en un barco en el mar o en la copa de un árbol, me da igual. Lo único que me importa es que tú estés en él.

Hay movimiento a nuestro alrededor, revisores anunciando llegadas y salidas, pasajeros que bajan y suben del tren. George abre los dedos y el sombrero de fieltro cae al suelo. Se acerca

aún más y me rodea con los brazos.

—¿No lo ves? Cuando estoy contigo, ya estoy en casa. Eres mi mundo, Adele. Eres mi todo.

En el momento en que lo dice, sé que es verdad, la verdad que compartimos. Cuando me levanta del suelo y me besa, no hacen falta palabras. No hay nada que tenga que hacer, ni decir, ni demostrar a nadie, ya no.

Yo soy su todo y él es el mío. Desde hoy y para el resto de nuestras vidas, solo hay un mundo: el nuestro.

Capítulo 34

Octubre de 2011

Abrí la puerta, dejé las cajas sobre el mostrador, encendí las luces y de inmediato me asaltaron dos ideas.

Primera, que Yolanda es un genio. Hasta que no lo vi con mis propios ojos, no tenía ni idea de lo impresionante que sería el diseño de su exposición.

Las paredes y las ventanas de la fachada se habían cubierto con una tela negra que iba del suelo al techo y medía cuatro metros. Cuando me explicó lo que quería hacer, pensé que sería demasiado lúgubre, pero ella se limitó a negar con la cabeza: «En realidad, hará que todo parezca más luminoso, porque los colores resaltarán mucho más». Y, por supuesto, tenía razón. Colocadas sobre un fondo negro y bajo las luces de escenario alquiladas a un teatro local, las colchas de Adele parecían más vivas y brillantes que nunca.

La mayoría de las colchas estaban colgadas en las paredes, junto a carteles con viejas fotos en blanco y negro de Adele, George, la cabaña, el refugio y la ciudad de Asheville en aquellos días, así como extractos *ad hoc* del libro. Pensé que sería demasiado, pero, una vez más, Yolanda tenía razón. Los carteles contextualizan las colchas y ayudan a explicar las luchas de Adele como artista y como mujer, y su evolución a lo largo del tiempo.

Sin embargo, mi instalación favorita estaba en lo alto. Yolanda había colgado las colchas más pequeñas en espigas negras suspendidas del techo en una especie de serpentina circular. Cuando me preguntó si tenía hilo de pescar que pudiera utilizar para la exposición, no podía hacerme una idea de lo que iba a hacer con él; ahora lo entendía. Las finas perchas de filamento eran casi invisibles, de modo que las colchas de Adele parecían flotar. Era genial. Mágico. Tenía que haberse pasado cada segundo de los tres días anteriores trabajando en ello. Sentí una punzada de culpabilidad por dejarle todo el trabajo pesado a ella, pero alguien tenía que ocuparse de la crisis de los libros y yo había sido la única candidata disponible.

Lo segundo que me llamó la atención es que había demasiadas sillas.

Dejé de contarlas al llegar a las sesenta porque me empezaban a dar náuseas. Para cuando llegó Yolanda, ya había recogido las dos últimas filas y las había guardado detrás de la caja registradora.

—¿Qué haces? —preguntó, dejando un montón de bolsas de la compra sobre el mostrador—. Las coloqué anoche.

—Hay demasiadas —dije, plegando otra silla—. Supongo que no querrás que aparezcan fotos

de sillas vacías en las redes sociales. Eso hace que la gente piense que la presentación ha sido un fracaso y que el libro es un fiasco. Además, ver un mar de sillas vacías pone muy muy nerviosos a los autores.

Yolanda desfiló hacia mí y me quitó la silla de las manos.

—¿Quieres parar ya? Todo va a ir bien. La gente vendrá en masa.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no eres la que va a leer en voz alta a una sala llena de sillas vacías. ¿Sabes lo difícil que es conseguir que la gente realmente aparezca en la presentación de un libro?

—Pero no es solo la presentación de un libro. También es la inauguración de una exposición.

—¿Acude la gente en masa a las inauguraciones? —pregunté esperanzada.

—Umm... No. Normalmente no, a menos que el artista sea realmente famoso, o tenga una gran familia. No pongas esa cara de terror —dijo, desplegando la silla confiscada y colocándola al final de una fila—. Irá bien. Hemos enviado trescientas invitaciones con toda la información pertinente, haciendo especial hincapié en que habrá comida y champán gratis. La gente vendrá —dijo con una confianza que, en mi opinión, era tan injustificada como ingenua.

—¿Y si no lo hacen?

Se encogió de hombros.

—Entonces, nos bebemos el champán, hacemos una hoguera con los libros, quemamos el edificio y cobramos el seguro. Hablando de libros... —dijo, arqueando las cejas.

La razón por la que he estado desaparecida en combate durante tres días ha sido que hemos tenido un problema con la imprenta. Dado que nuestro periplo de dos años desde que terminé el manuscrito hasta su publicación no ha tenido más que problemas, no era de extrañar. Pero a duras penas se puede celebrar una fiesta de presentación de un libro sin libros, así que cuando la imprenta llamó para decir que la entrega se retrasaría debido a una huelga en el almacén, conduje hasta Indiana y recogí los libros personalmente, o al menos tantas cajas como cabían en la nueva furgoneta de segunda mano que Dawes compró en marzo.

Dawes, al que le siguen encantando los viajes por carretera, se había ofrecido a ir en mi lugar, pero me negué. Aunque ya no me preocupa que desaparezca, sigo sin saber hacer salsa de champiñones y coñac, y como nuestra última boda de la temporada era el sábado, el trabajo de transportista recayó en mí.

Cuando señalé con la cabeza las cajas de libros, Yolanda soltó un chillido y dio una palmada.

—¿Los has visto? ¿Son preciosos?

—Todavía no.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Has preferido esperar para que pudiéramos hacerlo juntas? ¡Oh! ¡Qué detalle!

—Bueno..., la verdad es que tenía que salir de la ciudad antes de la hora punta, así que metí las cajas en el maletero y conduje directamente. Pero luego —dije, alargando las palabras y dirigiendo los ojos hacia la galería—, me distraje tanto con el modo tan absolutamente genial en que has dispuesto la exposición que me olvidé por completo de los libros. —Extendí los brazos—. ¡Mira esto!

Yolanda sonrió.

—Está bien, ¿verdad?

—¿Bien? ¿Bromeas? ¡Es brillante! —exclamé—. Sabes, si nuestra aventura editorial se va al garete, podrías conseguir trabajo diseñando exposiciones para museos.

—Sí, bueno... Esperemos no llegar a eso. Pero, tal y como van las cosas últimamente, nunca

se sabe. Vamos —dijo, volviéndose hacia las cajas—. Abramos estas cajas y veamos qué tenemos aquí, asegurémonos de que no han impreso las cubiertas del revés o han decidido traducirlo al urdu.

Casi lo decía en serio. Llegar hasta hoy, presentar el primer libro de Loblolly Press, ha llevado más tiempo, ha costado más y ha sido más duro de lo que jamás hubiéramos imaginado. La impresión fue especialmente tensa. Cuando llegaron las pruebas de imprenta, a seis de los treinta capítulos les faltaban páginas y los títulos de los capítulos tenían un tipo de letra llamado Trattoria Gothic, que parece tan raro como suena; Yolanda casi rompe a llorar.

Cada una de nosotras rajó un lado de la caja, luego, tras contar hasta tres, levantamos las solapas simultáneamente, dejando al descubierto dos prístinas pilas de los libros más exquisitamente impresos y encuadernados que jamás había visto, con una cubierta texturizada que parecía la colcha de confeti de Adele, los tonos perfectamente fieles al original, y el título *Color de vida* y los nombres de las autoras grabados en relieve en un exquisito tono ámbar...

Bueno, no rompimos exactamente a llorar. Pero Yolanda parpadeó y moqueó y yo apreté el puño contra la boca y tragué saliva con fuerza.

El interior era tan bonito como el exterior. Los tipos de letra eran los que habíamos pedido, los márgenes uniformes, el espaciado perfecto y todas las páginas estaban ahí: no faltaba ninguna y estaban ordenadas. La página de la izquierda de cada capítulo tenía una gran y hermosa fotografía de la colcha en la que se basaba el capítulo, impresa en papel grueso y lujoso con un ligero brillo. Durante unos minutos, pasamos las páginas en silencio, porque a veces no hay palabras. Era todo lo que habíamos imaginado y mejor de lo que esperábamos.

Finalmente, cerré mi libro.

—Será mejor que nos pongamos a ello. Tengo que descargar el resto de las cajas. Solo tenía espacio para cuarenta, pero debería bastar para cubrir nuestros pedidos hasta que acabe la huelga.

—En caso contrario, estaré encantada de conducir hasta Indiana y recoger más. —Yolanda cerró su ejemplar y se quedó mirando la portada—. Me gustaría que al menos pusieras «y» delante de tu nombre.

Aunque ambas participamos en el título, la decisión sobre los créditos fue mía. Decidí poner a Adele como autora y a mí como editora. Porque, aunque las escribí y las pulí, seguía creyendo que las palabras pertenecían a Adele. Yolanda estaba molesta porque cree que me estoy vendiendo poco, pero se equivoca. Me sentía orgullosa de ver las palabras «Editado por Esme Cahill» en la portada de este hermoso libro. Editar es lo que hago, y se me da bien.

Quité a Yolanda el libro de las manos.

—Ven a echarme una mano con las cajas.

—Esperemos a que llegue David —dijo, rodeando el mostrador y sacando las sillas plegables que yo había guardado—. Va a traer una carretilla para descargar el champán. Deberías ir a vestirme. Parece que has dormido con la ropa puesta.

Lo había hecho, pero, en ese momento, el vestuario era la última de mis preocupaciones.

—¿Una carretilla? ¿Cuánto champán has comprado?

—Seis cajas.

—¿Seis? ¿Cajas?

Yolanda me dio un ligero manotazo.

—Para. No pasa nada. Ya has oído el viejo dicho: «Si lo sirves, lo beberán. Y comprarán libros».

—Nadie dice eso.

—Bueno, lo digo yo. De hecho, estoy pensando en ponerlo en el logotipo de la empresa. — Empezó a recolocar las filas de sillas, plantificando de golpe la primera en el suelo con una sonrisa burlona—. Ve a vestirme.

—Te odio, Yolanda.

Besó el aire.

—Yo también te odio, Ez. Ahora vete.

Capítulo 35

Milagrosamente, sí llegan.

Cuando estamos listos para empezar, todas las sillas están ocupadas y hay una docena de personas de pie al fondo. Conozco muchas de las caras.

Robyn está allí, por supuesto. Y David, y Dawes, y Hannah.

Cuando Hannah entró por la puerta, su cara se iluminó como una bengala, cruzó la habitación y saltó a mis brazos chillando: «¡Tía Ez!», como si hubieran pasado tres meses y no tres días desde la última vez que la había visto. Está muy bien y crece como la mala hierba. Dentro de uno o dos años, no podré levantarla del suelo. Además, se ha convertido en un verdadero ratón de biblioteca, cuyo mérito me arrego yo al completo. Dawes no es lo que se dice un lector. Me cae bien, pero cuanto más lo conozco, más me doy cuenta de que mis primeros instintos eran correctos; realmente no es mi tipo.

Llevo a Hannah a Malaprop's el primer sábado de cada mes y dejo que se vuelva loca y compre tres o cuatro libros, a veces más. Luego bajamos la calle hasta Chocolate Fetish y compramos una caja de ranas de chocolate. Si hace buen tiempo, llevamos los libros y las ranas al banco de Adele y leemos hasta que oscurece. ¿La estoy malcriando? Posiblemente. Pero su amor está en venta y yo estoy en el mercado. Además, después de todo lo que Hannah ha pasado, no le viene mal que la mimen un poco.

Dawes y Hannah no son los únicos que vienen en coche desde el refugio. Vera y sus hermanas han venido, y también Brian. Finalmente, ha pasado el corte y pronto será ascendido a subdirector. Cassie, a la que contratamos para que nos ayudara con los banquetes porque ya no puedo ocuparme sola de los eventos, está aquí, al igual que Jeff, jefe de mantenimiento. Incluso Jamie, que se gradúa en la escuela de cocina en primavera y empezará a trabajar como segundo de cocina dos semanas más tarde. Cuanto mejor va el negocio, más personal tenemos que contratar. Los beneficios son modestos, pero teniendo en cuenta la cantidad de gente que hemos contratado, nos va bien. Ya tenemos reservadas doce bodas, una fiesta de jubilación, un retiro de acolchado y un *bar mitzvah* para 2012.

Han venido muchas de mis amigas de Asheville: las mujeres del grupo de ganchillo que fundó Yolanda y al que yo me uní, todas las del club de lectura de los jueves por la noche que yo fundé y al que se unieron Yolanda, Sylvia Barnett y Sutton (se divorció de Martin catorce meses después de la boda, pero no me lo echa en cara), un puñado de antiguas compañeras de clase con las que he vuelto a tener relación y algunos de los comerciantes de los otros negocios de Haywood Street. También veo a Gwen Blessing, que ha escrito una novela maravillosa ambientada en la Gran Depresión sobre una viuda de los Apalaches que fabrica dulcémeles y

colecciona canciones. El libro de Gwen será nuestra segunda apuesta.

Al echar un vistazo a la sala, me conmueve ver que hayan venido tantos forasteros. Entre ellos, los Wilson y el señor Thayer, cuya hija le había traído en coche desde Kentucky. Ahora es viudo y bastante frágil, pero tan perspicaz como siempre. Cuando lo saludé, me dio cinco dólares, me guiñó un ojo y me dijo que no me los gastara todos en el mismo sitio. Carl está sentado en primera fila, tan desaliñado como siempre a pesar del éxito de la agencia, aún lleva su anillo de graduación y una corbata de rayón demasiado corta.

Oscar está aquí, pero eso no es algo inusual. Aparece cada dos meses durante una o dos semanas, en parte para escribir, pero sobre todo para ver a Robyn. Ya han superado la etapa del vértigo y Robyn, por suerte, ha dejado de murmurar lo guapo que es. Sin embargo, no parecen haberse cansado el uno del otro. El libro de Oscar fue muy bien, llegando a todas las listas de los más vendidos. Su próximo libro, *Animación suspendida*, saldrá en mayo y ya está dando que hablar. A juzgar por la cantidad de gente que hay y el número de caras desconocidas que estoy viendo, sospecho que se ha corrido la voz de su presencia. Después de que Oscar aceptara presentarme esta noche, Yolanda lo incluyó como maestro de ceremonias en todas las invitaciones.

Mientras estoy de pie con Oscar en un lateral de la sala, esperando a que los rezagados encuentren un sitio donde aposentarse para que podamos empezar, me fijo en un hombre de la quinta fila. Nunca lo había visto, pero algo en él me resulta familiar. Tal vez sean ilusiones mías. Es alto, delgado, tiene el pelo color arena, unos preciosos ojos color turquesa en los que me fijo a pesar de sus gafas, espaldas anchas pero no demasiado. En resumidas cuentas, es exactamente mi tipo.

Cuando me pilla mirando, desvío la mirada, me vuelvo hacia la pared y le pregunto a Oscar por lo bajo si el tipo de la quinta fila es uno de sus fans.

—¿Qué tipo? —pregunta, arqueando el cuello y escudriñando a la multitud de forma demasiado obvia.

—Alto, pelo arenoso, gafas. ¿Le conoces? ¡No señales!

—¿Quién, ese? —pregunta señalando—. No. No le he visto en mi vida. ¿Quieres que vaya y le pregunte cómo se llama?

Me tapo los ojos con la mano.

—No. Gracias.

—Así que, escucha —dice Oscar—, entonces, cuando suba ahí y te presente, ¿te importa que te llame Media Pinta?

—¿Te importa que te eche arsénico en el champán?

Oscar sonríe.

—Vale, me lo tomo como un no rotundo. Pero escucha, Ez, hay algo más de lo que quiero hablarte. Ahora probablemente no sea un buen momento, pero más tarde podríamos...

Yolanda se acerca, interrumpiendo su petición y frotándose las manos.

—¿Y? Son casi las siete. ¿Estamos listos?

—No del todo —dice Oscar—. Esme quiere saber quién es el tipo de la quinta fila.

Yolanda se da la vuelta, estira el cuello.

—¿Qué tipo?

—¡Oscar, no señales! —siseo, aunque, por supuesto, sin éxito.

Yolanda se vuelve hacia mí.

—De hecho, sí le conozco —dice, sonando más que ligeramente petulante—. Ese es Ryan

Chrysanthemum, jefe del Departamento de Botánica.

Descuelgo la mandíbula.

—Cállate. No es él.

—Te dije que sería perfecto para ti —dice con voz alegre—. ¿Quieres que te lo presente más tarde? —Asiento en silencio—. Dalo por hecho. Pero, primero, vamos a vender algunos libros. ¿Oscar? ¿Estás listo?

Oscar se dirige decididamente hacia el podio. El público, cada vez más inquieto, empieza a aplaudir. Cuando se me hace un nudo en el estómago, Yolanda me pone la mano en el hombro, se inclina y me susurra al oído:

—Eh, Ez. Adivina qué. ¡Lo logramos!

Le aprieto la mano y sonrío. Sí. Sí, es verdad.

—Y ¿te digo algo más? Esta va a ser una de las mejores noches de nuestra vida.

... No hacen falta palabras. No hay nada que tenga que hacer, ni decir, ni demostrar a nadie, ya no. Yo soy su todo y él es el mío. Desde hoy y para el resto de nuestras vidas, solo hay un mundo: el nuestro.

Cuando levanto la vista de la página, los aplausos me golpean como un trueno.

Es evidente que es público local, pero su entusiasmo es genuino. Respondo a las preguntas del público, contándoles lo que pasó después del beso. Les cuento que George subió al tren, que Adele y él fueron a Baltimore a visitar a la madre de ella durante dos semanas y a pedir su bendición. Les cuento cómo Jimmy, que era el dueño del billar y consideraba a George como el hijo que nunca tuvo, murió poco después y le dejó un pequeño legado que, junto con todo lo que George había ahorrado, les permitió comprar el terreno y construir aquellas cuatro cabañas, las primeras estructuras de lo que, de hecho, se convertiría en su pequeño mundo, un mundo que les encantaba compartir con los demás, un legado que nos transmitieron a Robyn y a mí y que, aunque por supuesto no lo digo en voz alta, pienso transmitir algún día a otra generación, si no a un hijo mío, quizá a Hannah.

Cuando acaban las preguntas, fuerzo a una Yolanda ceñuda a dar un paso al frente para que el público pueda aplaudirla también, luego damos las gracias a todos por venir, y yo me abro paso entre una multitud de simpatizantes hasta la mesa del fondo de la sala y empiezo a firmar libros.

Dawes, David y Oscar se pasean con bandejas de champán y fuentes de aperitivos. Alguien pone la música, nuestra lista de reproducción preseleccionada de canciones de los años cuarenta, que incluye temas de Glenn Miller e incluso de Spike Jones. Firmo montones y montones de libros. El recuento final rondará los doscientos, porque mucha gente compra varios ejemplares para regalar. Más de un bibliófilo bromea diciendo que esta noche tendré que ponerme hielo en el brazo, y lo cierto es que al cabo de un rato empieza a dolerme la mano. También me empieza a doler la cara, pero solo porque estoy sonriendo mucho.

Por la cola pasa mucha gente interesante. No puedo hablar tanto como me gustaría porque hay gente que está esperando, pero escucho más de una historia intrigante sobre el Asheville de aquellos días. Un hombre me cuenta que está trabajando en un libro sobre la vida de su bisabuelo, un médico que emigró de Suiza en la década de 1890 y dirigió un sanatorio para tuberculosos. Le doy una tarjeta y le digo que me gustaría leer el manuscrito cuando esté listo.

Ryan Chrysanthemum se acerca con cinco ejemplares del libro para que se los firme.

—Son regalos de Navidad. Vengo de una larga estirpe de lectores voraces. ¿Podrías firmar el

último a Chris? Así es como me llama todo el mundo. —Se ríe entre dientes—. Chrysanthemum es un apellido un poco loco. Oye, me estaba preguntando..., hay una lectura en la librería el sábado por la tarde. ¿Te gustaría venir? ¿Y quizá almorzar después?

Le doy también mi tarjeta y hacemos planes para vernos. Se aleja, cargado con su pila de libros. Yolanda viene detrás de mí para reponer mis provisiones y me susurra al oído:

—¡Eh, Ez! A lo mejor necesitas un clínex, se te cae la baba.

Le doy un codazo en las costillas, pero discretamente, y saludo al siguiente lector.

La última persona de la cola es Robyn. Me acerca un ejemplar. Me resulta raro firmarle un libro a mi madre, pero ella insiste.

—Adele estaría tan feliz por esto, y tan orgullosa de ti. Pero hay algo que quiero que sepas, Esme. Yo también estoy orgullosa de ti. Y siempre lo he estado. Incluso cuando no nos llevábamos bien, siempre estuve orgullosa de ti. Celosa, a veces —admite encogiéndose de hombros, los ojos un poco húmedos al tiempo que esboza una sonrisa—, pero siempre orgullosa.

Cuando pienso en cómo eran las cosas entre nosotras hace apenas tres años, me admira lo mucho que han cambiado. Aunque no puedo decir que siempre haya estado orgullosa de Robyn, ahora lo estoy. Y me gusta de verdad, lo que tal vez sea aún más sorprendente. Cuando se lo digo, echa la cabeza hacia atrás, se ríe y dice:

—Lo sé, ¿vale? Quién lo iba a decir... Aquí hay algo más que espero que te guste —dice, extendiendo la mano como un monarca que autoriza a un campesino a besarle el anillo.

¡El diamante en su dedo es enorme!

—¡Guau! ¿Oscar?

Mueve la cabeza y sonríe, de repente parece diez años más joven.

—Me lo pidió la semana pasada, pero no quería decirle nada hasta después de la presentación de tu libro. Sé que él se ha divorciado cuatro veces, pero yo nunca he estado casada. Si sumamos todo y lo dividimos entre dos, supongo que no estamos muy lejos de la media para gente de nuestra edad.

Su cálculo parece un poco erróneo, pero se la ve tan feliz que no digo nada.

—Además —razona—, es la primera vez que Oscar se casa con alguien al que no dobla la edad.

Esta parte, al menos, es exacta. Oscar y Robyn tienen ambos unos diecinueve años, al menos emocionalmente. Así que tengo razones para creer que les irá bien juntos.

Hay cosas que resolver acerca de dónde vivirán y quién sustituirá a Robyn en el refugio si acaba pasando mucho tiempo en Sag Harbor, pero son temas para otro momento. La abrazo, me levanto de la mesa y voy en busca de Oscar.

—¿Puedo llamarte papá ahora?

—Solo si puedo llamarte Media Pinta.

Me río y le abrazo.

—Enhorabuena, Oscar.

Oscar levanta unos centímetros su copa de champán e inclina ligeramente la cabeza.

—Felicidades a usted, señorita Cahill.

Firmar todos esos ejemplares fue maravilloso.

Pero para mí, la mejor parte de la tarde llega más tarde, cuando termina la firma y puedo entrar en la galería y ver la exposición o, mejor dicho, ver a otras personas ver la exposición.

Permanezco en un segundo plano, observando sus caras mientras pasan lentamente de una colcha a otra, dedicando tiempo a leer las cartelas, a comentar la colcha con un amigo o, simplemente, a contemplar el arte de mi abuela durante un largo largo rato, asimilándolo todo con silenciosa admiración.

Ver a Adele recibir por fin lo que merece es lo más satisfactorio de todo este largo viaje. Es, posiblemente, el momento más satisfactorio de mi vida.

Una anciana con una nube de níveo pelo blanco, profundas arrugas en una piel fina como el pergamino y demasiado colorete en las mejillas se acerca con pasos arrastrados, va del brazo de otra mujer, unos treinta años más joven que ella. Ya nos hemos visto antes, cuando buscaba más información para el libro. Son Liz Reynaud y su madre, Betty Rae, que vivió en la pensión con Adele y George durante la guerra.

—Mamá tiene algo que decirte —me dice Liz.

Betty Rae era bajita de por sí y el tiempo la ha hecho aún más pequeña, incluso más que yo. Cuando me inclino para mirarla cara a cara, sus ojos azules están a punto desbordarse.

—Quería decirte que lo siento —suelta de carrerilla al tiempo que las lágrimas se derraman sobre sus mejillas—. Ojalá pudiera decírselo a Adele, pero no puedo, así que te lo digo a ti: lo siento mucho. Nos burlamos de su trabajo y sé que le dolió. Pero es que... —Hace una pausa y trata de serenarse—. Nunca habíamos visto algo así, no en aquellos días. Por favor, perdóname. No entendíamos lo que veíamos ni lo que era. No sabíamos lo que ella era.

Me trago el nudo que tengo en la garganta, me inclino aún más y cierro las temblorosas manos de la anciana entre las mías.

—Está bien, señora Reynaud. No pasa nada. No hay nada que perdonar. Tampoco creo que ella supiera lo que era. Ni siquiera si llegó a saberlo alguna vez. De haberlo sabido —digo, levantando la cabeza y viendo la serpentina circular de color, y vida, y emoción—, todo esto habría ocurrido hace mucho mucho tiempo.

Siempre seré una planificadora, el tipo de mujer que se muere por una buena hoja de cálculo y añade las cosas que ya ha hecho a su lista de tareas pendientes solo por el placer de tacharlas. ¿Y por qué no? Hay cosas peores que saber lo que quieres de la vida.

Pero este es el trato...

Todo lo que merece la pena lleva más tiempo del que crees, créeme.

Puedes trabajar duro, y debes hacerlo. Porque incluso el fracaso más estrepitoso sirve para algo: para prepararte para el éxito que está por venir. Y mientras aprendas, todas las lecciones son válidas. Sin embargo, las cosas que realmente importan suelen venir con un calendario incorporado, que suele ser secreto y casi siempre distinto del tuyo.

La espera merece la pena, créeme.

O no. En cualquier caso, es lo que hay.

A la mañana siguiente, saco mi café y mi cesta de costura al porche y me siento en la mecedora, con el sol en la cara y el canto de los pájaros en los oídos, cosiendo parches hexagonales. Ya tengo cientos, casi suficientes para hacer una colcha de boda para Robyn y Oscar. Pero no tengo prisa. Por primera vez en mi vida, no estoy a la espera de que pase nada. Saboreo cuanto tengo y cuanto soy en este momento.

Y cuando dejo a un lado mi costura y me concentro de lleno en el jilguero posado entre las hojas del roble escarlata de Adele, sé que las cosas que más me importan son mías por fin, y que

vendrán más.
Muchas más.

Agradecimientos

¡Maravillosos lectores! Sin vosotros, no podría hacer este trabajo que tanto me gusta. Para mostraros mi agradecimiento, tengo algunos regalos que haceros.

Visitad mi sitio web y haced clic en «Esme Extras», en la pestaña «Goodies», donde encontraréis preguntas para el debate del club de lectura; una carta que explica los hechos y la inspiración de la historia de Esme; un vistazo al mundo de Esme, con sugerencias y consejos de viaje para vuestra próxima visita a la bella Asheville, Carolina del Norte; e incluso algunas recetas inspiradas en Esme. (¿Alguien quiere tarta de caramelo?). Muchas gracias por pasar un rato conmigo y con Esme. Espero que hayáis disfrutado del viaje.

Muchas gracias a...

Lucia Macro, por su perspicacia editorial, su ánimo, su entusiasmo, su visión y su paciencia más allá del deber.

Liza Dawson, mi agente literaria, por sus consejos, su asesoramiento y su capacidad para decir la palabra adecuada en el momento preciso.

Asanté Simons, por mantener a los patos editoriales en fila, los platos girando y a la autora en el buen camino.

Kathie Bennett, de Magic Time Literary Publicity, y Ashley Hayes, de Uplit Reads, por todas las horas de trabajo y capacidad intelectual que dedican a ayudar a mis libros a encontrar su público, así como por dar de vez en cuando un empujoncito a la autora, a veces tímida ante los focos.

Linde McDonough y Adam Kortekaas, por su dedicación y experiencia en todos los aspectos relacionados con el sitio web, el blog, el boletín y las redes sociales, y por hacer que todo funcione sin problemas para que yo pueda centrarme en lo único que se me da realmente bien: escribir.

Betty y John Walsh, por animarme, por leer atentamente los primeros borradores y por su atención a los errores tipográficos y a las palabras que faltaban.

El personal de Colecciones Especiales del Condado de Buncombe en la Biblioteca Pack Memorial, por su ayuda y orientación en la investigación de la historia de Asheville y alrededores durante la Segunda Guerra Mundial.

Los archiveros de la Galería Nacional de Arte, por su ayuda en la investigación de las obras de arte almacenadas en la finca Biltmore durante la guerra.



Mi huerto, mi vida

Wilhelmi, Christy

9788418976599

320 Páginas

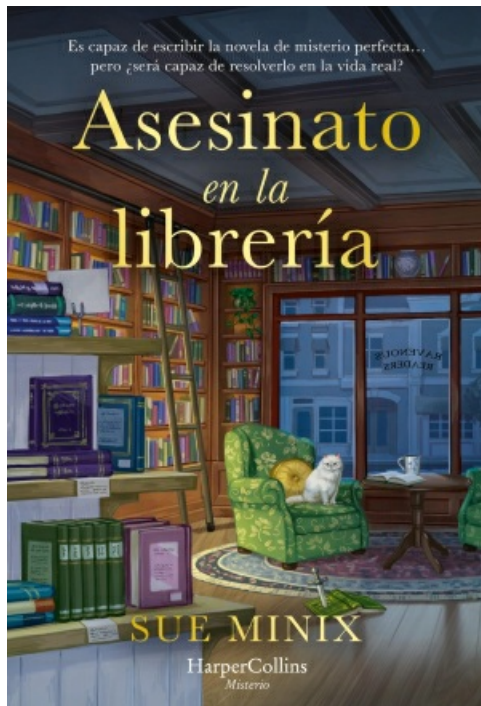
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si crees que la jardinería comunitaria solo es quitar malas hierbas y plantar semillas, estás equivocado. En esta novela fresca y encantadora, Christy Wilhelmi nos demuestra que la jardinería es mucho más que mantener a raya a las plagas. Cada vez que Lizzie cruza las puertas del huerto comunitario Vista Mar deja atrás el caos del mundo exterior. Allí las filas son uniformes, las herramientas se almacenan correctamente y cada temporada trae nueva vida. Pero incluso la manzana más brillante puede ocultar un gusano, y detrás de la frondosa fachada verde se esconden desilusiones, gusanos cornudos del tomate y juegos de poder por los bancales. Y, para empeorar las cosas, una amenaza legal por parte de un vecino desagradable hace que todo se derrumbe. Los miembros se pelean, el romance incipiente de Lizzie se está marchitando en la vid y la existencia misma de Vista Mar se encuentra en peligro.

¿Podrán Lizzie y sus compañeros jardineros salvar su oasis urbano mientras se esfuerzan por conservar un equilibrio en mitad de una caótica ciudad? Mi huerto, mi vida no solo trata de cultivar alimentos y flores, sino también de las complicaciones de la vida y de cómo una comunidad se une para salvar a los suyos. «No hace falta ser un ávido jardinero para enamorarse de Mi huerto, mi vida y de los personajes de Vista Mar. Cada vez que lo abría, Christy Wilhelmi me hacía sentir que regresaba a un lugar de calma, compasión y simpatía con una buena dosis de ironía y sinceridad brutal».

Milla Jovovich

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Asesinato en la librería

Minix, Sue

9788419883520

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Te presentamos a Jen Dawson, escritora de misterio, amante del café y detective aficionada. Jen regresa a su pequeña ciudad natal, Riddleton, con un best seller a sus espaldas y un grave caso de bloqueo creativo. Incapaz de escribir un solo capítulo de su nueva novela, Jen espera con impaciencia que le llegue la inspiración instalada en la librería local, viendo pasar a los viandantes a través de los ventanales y charlando con su amiga Aletha, dueña de la librería y suministradora incansable de café. Pero Aletha muere repentinamente en circunstancias misteriosas y Jen tiene que resolver un asesinato en la vida real. Las cosas se ponen serias cuando las pruebas la sitúan en la escena del crimen y la lectura del testamento la nombra nueva propietaria de la librería... ¿Podrá resolver el caso y limpiar su nombre antes de que el asesino vuelva a atacar? Perfecta para los fans de Agatha Christie, Richard Osman y S. J. Bennet,

Asesinato en la librería de Sue Minix es una novela llena de ingenio, humor y una adorable ambientación que te enganchará desde la primera página.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El chico de las musarañas

Obregón, Ana

9788491399056

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ana Obregón, una de las mujeres más queridas y reconocidas de nuestro país, nos ofrece un desgarrador testimonio sobre la pérdida de su hijo Aless Lequio, tras una larga y dura enfermedad. El corazón de este libro es El chico de las musarañas, el texto que Aless empezó a escribir cuando le diagnosticaron cáncer. Un relato sincero, ácido, irónico, vibrante, con un sentido del humor único, que no pudo terminar, y que nos descubre el talento, el carisma y la personalidad de un joven que, sin duda, hubiera triunfado como escritor. A través de estas páginas, Ana se desnuda en un viaje de esperanza, lucha y fuerza, donde muestra un huracán de sentimientos y emociones sin filtro, en el que sumerge al lector en una experiencia inolvidable. La prueba de amor más bonita de una madre, una narración conmovedora, que sobrecogerá y en más de una ocasión despertará una sonrisa cómplice.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Pérdidas de risa. Historias de una mujer imperfecta

Abril, Silvia

9788491398950

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A los 50, la puñetera crisis no te pilla por sorpresa. Te pilla medio ciega, menopáusica y con tus primeros achaques. Es en ese punto de inflexión que a la peña le coge la pájara de pensar todo aquello que le queda por hacer. Que si tirarse en paracaídas, que si hacerse un tattoo, que si probar el poliamor... Amigas, ¿a quién queremos engañar? Ya no nos queda tanta energía. Os propongo algo mejor: echemos la vista atrás y repasemos todo aquello que Sí hemos vivido. Ha sido emocionante, divertido y también humillante, para qué negarlo. Pero, sobre todo, podemos decir que lo hemos vivido y, lo mejor, SUPERADO. Este libro habla de mí. Pero creo que también de todas vosotras. Leedlo. Nos reiremos juntas. Por no decir que nos vamos a mear. Y me temo, que será literal. Vamos a acabar todas con Pérdidas de risa.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Mi confinado adolescente

Urra, Javier

9788491395775

26 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Convivir con adolescentes nunca ha sido fácil, pero la situación de confinamiento ha hecho que nos sorprendan gratamente. En *Mi confinado adolescente*, el psicólogo Javier Urra nos explica como estos jóvenes están dando un buen ejemplo a la sociedad, han sacado lo mejor de ellos al darles la oportunidad de ayudar, comprometerse o compartir. En un momento como el que estamos viviendo es preciso ser flexibles con ellos y transmitirles confianza. Una oportunidad única para conocerles y que nos conozcan. Urra reflexiona también sobre las lecciones que nos están dando nuestros adolescentes, nos cuestionan sobre el maltrato al planeta y están aprendiendo que no podemos cambiar las circunstancias, pero sí las actitudes. Un texto imprescindible con una mirada amable y conciliadora de la adolescencia.

[Cómpralo y empieza a leer](#)